
J. HADLEY CHASE

**Un asunto
de hombres**

Lectulandia

James Hadley Chase, seudónimo de René Raymond, es un famoso escritor de novelas «Serie negra» con fuertes dosis de psicología criminal. Nació en Londres en el año 1906 y murió en 1985, habiendo dejado escritas casi un centenar de novelas, que han sido traducidas a diversos idiomas.

En 1939 con su primera novela, «No hay orquídeas para Miss Blandish», inmediatamente consiguió situarse a la altura de los mejores escritores del género iniciado por Dashiell Hammett y Raymond Chandler. «Un asunto para hombres» es una apasionante novela, de la que se hizo una excelente película inglesa. Harry Collins es un mecánico que posee un taller de reparación de automóviles, está casado y vive feliz, a pesar de que su situación económica es muy delicada. Una noche recoge en la carretera a una mujer hermosísima que está haciendo «auto-stop», a causa de una avería en su coche. A partir de ese momento, la vida de Harry sufre un vuelco total, y se ve involucrado en un acto delictivo del que le será muy difícil salir. La intensidad de la acción, la calidad narrativa, obligan al lector a mantener el suspense y la atención hasta la última página.

Lectulandia

James Hadley Chase

Un asunto de hombres

DestinoSuspense - 10

ePub r1.0

Titivillus 15.08.2019

Título original: *The Things Men Do*
James Hadley Chase, 1953
Traducción: Ramón Margalef

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Un asunto de hombres](#)

[Portadilla](#)

[Dramatis personae](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[Sobre el autor](#)

Dramatis Personae

HARRY COLLINS: Dueño de taller mecánico, protagonista de la novela.

ANN: Su mujer.

TIM GREENSLEEVES: Ayudante de Harry.

BILL YATES: Guardián de oficina de correos, compañero de Harris.

EDDIE «ED» DIX: Empresario de negocios turbios.

GLORIA SELBY: Amiga de Dix.

BERRY: Brazo derecho de Dix.

JOE: Antiguo boxeador, compinche de Dix.

LOUIS: Afeminado, al servicio de Dix.

BETHY, CONNIE, PAULA Y MADGE: Chicas de alterne.

HARRIS: Vigilante de oficina de correos.

NORTON: Periodista del *Evening Mail*.

J.V. RAWSON: Superintendente jefe de Policía.

HOLLIS: Detective sargento.

DAVIES: Detective agente.

La acción transcurre en Londres.

Los haces luminosos de los faros de la furgoneta la localizaron en la oscuridad, de la misma forma que sobre el escenario de cualquier teatro las luces de los proyectores aíslan y destacan la figura de un actor.

Ella se encontraba junto a un Buick Roadmaster de 1939, que llevaba varios meses sin ser lavado y años sin ser sometido a un abrillantado. Vestía falda de franela gris y chaqueta de piel de ante de color vino dotada de una cremallera central ahora descorrida. Levantó la mano, haciéndome una seña.

Yo siempre tenía por norma no detenerme en la carretera, yendo al volante de mi vehículo, a la vista de las chicas que hacían *auto-stop*. Pero a juzgar por lo que estaba contemplando, aquello era algo distinto. Todo daba a entender que la joven tenía dificultades con su coche, y ocurre que mi oficio, precisamente, consiste en solventar esta clase de contratiempos.

Me detuve a su altura, asomando la cabeza por la ventanilla.

—No puedo seguir —me dijo—. ¿Puede ayudarme?

Las manecillas del reloj del salpicadero me dijeron la hora: las once y veinte. Yo me sentía cansado y hambriento. Me había pasado las dos horas anteriores trabajando en un coche que se averió a dos kilómetros del aeropuerto de Northolt. No obstante, abrí la portezuela de la furgoneta, plantándome en la carretera.

—¿Qué le ocurre, concretamente?

—No me he quedado sin combustible. El tanque está casi lleno. Se me paró el motor, sin más.

Me acerqué al Buick y levanté el capó del motor. Cierta olor a quemado me dio a conocer cuanto quería saber. Dedicué unos momentos al examen de determinada zona del motor a la luz de mi linterna. Seguidamente, abatí el capó.

—Se ha quemado el encendido. Su arreglo tardará un par de días.

—¡Oh, demonios! ¿Está usted seguro de ello? ¡Si apenas lo miró!

—No tenía ni que mirarlo siquiera. ¿No huele usted? Además, yo soy del oficio.

La joven volvió la cabeza, observando mi furgoneta por encima de su hombro. A la luz reflejada de los faros, pudo leer el rótulo estampado sobre el blanco panel:

HARRY COLLINS, LTD.

Mecánicos

14 Eagle Street, W.1

Un par de años atrás, me había sentido orgulloso de aquella furgoneta. El día que me hice cargo de ella no podía apartar mis ojos del vehículo. Pero mis entusiasmos habían ido menguando desde entonces. Ahora veía en la furgoneta una especie de sepulcro blanqueado.

—¿Quién podría creerlo? —La chica se echó a reír—. Cualquiera otra muchacha habría hecho parar a un conquistador callejero. Yo, en cambio, me he procurado todo un mecánico. Siempre he sido afortunada.

—No lo es tanto como piensa. Yo no puedo hacer nada. La llevaré hasta el taller más próximo, si es que tal solución le interesa.

—A estas horas no es posible que haya algún taller abierto.

—Puedo remolcarla hasta que encontremos uno.

—No, gracias. No me imagino viéndome remolcada. Además, esta vieja ruina no es mía. Voy a dejarla aquí. Ya se ocupará mi amigo de mandar a buscarla mañana.

—A su amigo quizá no le guste el asunto.

Ella se echó a reír.

—Allá él. Lo que yo deseo es volver a casa. ¿Querrá llevarme hasta la zona oeste de la ciudad?

—Si es su deseo...

Ella abrió la portezuela de la furgoneta, acomodándose en su interior.

Yo vacilé, contemplando por unos instantes la oscura masa del Buick.

—No me gusta dejar sin luces ese coche. Alguien podría chocar contra él.

—¡Por lo que más quiera! ¿Siempre anda preocupándose de cosas así? Me sorprende que no haya encanecido.

—Pienso siempre en la posibilidad de que pueda producirse un accidente. A mí no me gustaría verme implicado en uno.

Rebusqué en la parte posterior de la furgoneta, localizando una linterna roja. Después de encenderla, la colgué de la manecilla de una de las portezuelas traseras del Buick.

—No va a recuperar su linterna.

—Bueno, es igual.

Me senté junto a la joven, poniendo el motor en marcha. La luz del salpicadero se derramó sobre sus bien torneadas piernas, enfundadas en unas medias de nylon. Se le veían las rodillas, y pude apreciar que eran muy bonitas. La miré de soslayo. Miraba al frente, manteniendo la cabeza algo

ladeada. La luz de que disponía no me permitía distinguir mucho más de la joven. Sólo había podido contemplarla, medianamente bien, durante breves momentos cuando quedó bañada por la luz de mis faros. Me había fijado en sus morenos cabellos, partidos por una raya central y derramándose hasta sus hombros en una serie de rizos orientados hacia el rostro. Tenía la vaga impresión de que en lo tocante a belleza quedaba por encima del tipo normal, aunque no me encontraba excesivamente seguro de ello.

—¿Es suya esta furgoneta?

Mientras pronunciaba estas palabras abrió el bolso, sacó del mismo un paquete de cigarrillos y me ofreció uno.

—Sí, y la utilizo para mi trabajo.

Acercó una cerilla a mi cigarrillo. Amparándome en el resplandor de la llama pretendí echarle un vistazo a la chica, pero en ese momento venía en dirección contraria un camión, y me fue imposible apartar la vista de la carretera.

—Debo deducir, pues, que es usted Harry Collins.

—Ciertamente.

—Yo me llamo Gloria Selby.

Nos desplazamos unos doscientos metros más antes de que ella manifestara:

—¿Trabaja usted, a menudo, a tanta distancia de su taller?

—¿Y qué es lo que le hace pensar que hoy he estado trabajando?

—Sólo si una piensa que ha estado trabajando se explica por qué un hombre como usted conduce con unas manos tan sucias.

—Tiene razón. Uno de los pocos clientes que tengo sufrió una avería y me llamó. Había un taller a cinco minutos de distancia del sitio en que se hallaba, pero confiaba tanto en mí que tuvo que hacerme dejar atrás una cena caliente y obligarme a efectuar un desplazamiento de veinticinco kilómetros... Un tipo muy simpático.

—¿No pudo usted negarse?

—Dada la forma en que se encuentran los negocios actualmente, no tenía más remedio que atender su llamada.

—Pues yo creía que todos los dueños de talleres nadaban en la abundancia.

—Eso es lo que yo me figuraba antes. Por eso entré en el negocio. Luego descubrí que las cosas marchan de otra manera.

—¿No se gana dinero?

—Sí, supongo que sí se gana, pero ocurre que yo escogí el emplazamiento que menos me convenía.

—Siempre me imaginé que Oxford Circus era una excelente zona de actividades.

—Lo mismo pensaba yo antes de establecerme allí... No irá a decirme que sabe por dónde cae Eagle Street, ¿eh?

—Queda en una de las curvas de Oxford Street, cerca de la calle de Peter Robinson.

Fijé la vista en ella y luego volví a contemplar la oscura cinta de la carretera, que continuaba deslizándose hacia mí, bajo la luz de los faros.

—Jamás había conocido, hasta ahora, una persona que supiera, de buenas a primeras, dónde está esa calle. El tráfico le ha dado circulación en un solo sentido, llenándola además de señales con la prohibición de aparcar. Los posibles clientes se asustan, incluso en el trance de verse obligados a repostar combustible. No sé por qué le estoy explicando todo esto. Lo más seguro es que no le interese lo más mínimo.

—¿Acaso le he dicho que me aburría?

Permanecimos en silencio durante un minuto, aproximadamente. Después, ella dijo:

—Le llevaré mi coche para que cuide de él. Le recomendaré a mis amistades.

—Eso está bien. Muchísimas gracias.

—Usted no cree que vaya a hacer lo que he dicho, ¿eh?

—Lo haré, probablemente, si se acuerda. Es posible que no viva en ningún sitio que quede cerca de Eagle Street. Mañana se habrá olvidado de que hay un taller en Eagle Street y continuará recurriendo a los servicios del mecánico de su vecindad. La gente suele proceder así, ¿sabe? Es lo normal.

—Yo vivo en New Bond Street. Es una calle que queda bastante cerca de la suya, ¿no?

Pensé que estaba mintiendo.

—¿Qué coche conduce usted?

—Tengo uno de los nuevos modelos de Jaguar que hay en el mercado. Es un encanto de coche.

Ahora tenía la seguridad de que mentía.

—Su coche necesitará pocos cuidados.

—Alguien ha de ocuparse de que esté limpio. ¿Podría encerrarlo en su taller? Normalmente lo guardo en Shepherd Market, a demasiada distancia de mi apartamento...

—Dispongo de espacio, pero no sería un espacio cerrado, claro.

Continué pensando que la joven se obstinaba en seguir mostrándose jactanciosa.

—Algunas noches, me retiro a casa muy tarde.

—Lo mismo me sucede a mí en ocasiones. Ahora bien, mi vivienda está situada sobre el taller.

—¿Qué me cobraría?

—Treinta chelines por semana. Cinco de ellos serían en concepto de gratificación por trabajos de lavado y abrillantamiento.

—¡Pero si eso es lo que estoy pagando por un aparcamiento!

Denegué con un movimiento de cabeza.

—Apuesto lo que quiera a que eso no es cierto.

Ella se echó a reír.

—Bueno, me lo pensaré. Dejémoslo en una libra y se cierra el trato.

—Treinta chelines es un precio bajo, y usted lo sabe. No se puede mejorar.

—¡Oh, bien! Me lo pensaré.

Estaba absolutamente convencido de que, una vez se apeara de mi furgoneta en Bond Street, no volvería a saber de su Jaguar. Estaba seguro, además, de que no volvería a verla de nuevo.

Decidí hacerle saber que no había conseguido impresionarme con sus pretenciosas palabras.

—¿Qué es lo que le ocurre a su coche para haberse decidido hoy a utilizar el Buick?

Ella se inclinó hacia adelante para hacer caer la ceniza del cigarrillo entre sus pies.

—La hermana de mi amigo tenía que tomar el avión de esta noche para París. Él tenía otras cosas que hacer, por cuya razón me rogó que la llevara a Northolt. ¿Ha estado alguna vez en París?

—Cuando estuve en el ejército. Mi visita duró tan sólo tres o cuatro días.

—¿Le gustó?

—Me pareció que estaba bien. Resultaba entonces una ciudad cara, pero he oído decir que ahora no hay quien pueda con ella.

—Allí pasa lo que en otras partes: hay que conocer todos los rincones. Yo sé de un sitio barato para alojarme, aparte de que dispongo allí de amigos. Suelo desenvolverme bien en París. Y las estancias no me resultan caras.

—Por lo que se ve, va usted allí con mucha frecuencia.

—Una vez por mes, aproximadamente.

—¿En viajes de negocios?

—Desde luego. Diseño y confecciono lencería.

Esto me dejó sorprendido.

—¿Se gana dinero con eso?

—Bastante. No me quejo. Poseo buenas relaciones en París.

—Yo hubiera pensado que eso era como vender carbón en Newcastle.

—Hay un mercado limitado, pero he conseguido una porción interesante.

—Usted es muy joven para ser dueña de un negocio, ¿no?

Ella se echó a reír.

—Usted, a su vez, también se me antoja joven para ser propietario de un taller.

—No sé, no sé... Tengo ya treinta y dos años.

—¿Está casado?

—Sí. ¿Y usted?

—¿Yo? ¿Por qué había de pensar en casarme? He de ocuparme de mis asuntos.

Giré para entrar en Wood Lane, rumbo a Shepherd's Bush.

Empecé a preguntarme si, a fin de cuentas, ella estaría diciéndome la verdad o no. Podía ser que tuviera un piso en Bond Street, un negocio de lencería y un Jaguar. Era posible que hiciera desplazamientos a París. Comprendí, poseído de pronto por una sorda irritación, que llevaba tanto tiempo viviendo al borde de la quiebra que ya no creía que pudiera existir una persona capaz de ganar dinero.

Me había equivocado por completo al invertir todo el dinero que poseía en mi taller. De haber dejado aparte alguna suma habría podido salir del lío en que ahora me hallaba. Hubiera podido comprar herramientas, un torno y otros elementos similares. Abundaban los trabajos que se conseguían mediante contrataciones privadas, siempre que uno dispusiera del equipo a propósito. En lugar de haber invertido todo mi capital en una complicada unidad de lavado de coches, en aparatos de engrase a presión y demás cosas parecidas, que solía utilizar de vez en cuando, debía haberme quedado con algún dinero en reserva, por si se me deparaba un golpe de suerte. Pero en aquella época, consideraba con tanto optimismo mi empresa que no creía en la posibilidad de que vinieran momentos difíciles.

La chica que se encontraba sentada a mi lado podía viajar a París, conducir un Jaguar y tener un piso en Bond Street. Tres cosas que se hallaban por completo fuera de mi alcance. Y esto yo lo sentía. Había estudiado, había trabajado, estaba capacitado para dominar mi oficio y lo único que logré fue

procurarme un montón de preocupaciones. Por lo que podía apreciar, la joven, al fin y al cabo, tenía simplemente un talento natural para confeccionar prendas bonitas. Y sin embargo, daba la impresión de hallarse en la cima del mundo.

—¿Va bien este reloj? —me preguntó súbitamente—. ¿Es tan tarde como nos indican sus manecillas?

—Se adelanta un poco. Ahora son las doce menos veinte... Ésta es la hora exacta.

—Bueno. Menos mal que no tengo que levantarme temprano mañana. Odio los madrugones. ¿No le pasa a usted lo mismo?

—Me guste o no, tengo que levantarme siempre muy temprano. —El tono de mi voz delataba la irritación que sentía—. Abro el taller a las seis y media de la mañana. Es el único momento del día, casi, en que se me presenta la ocasión de vender algo de carburante. Hay en la vecindad cuatro o cinco camionetas de reparto que suelen llenar sus tanques antes de iniciar sus rondas cotidianas. Si no madrugo, me pierdo estas ventas.

—No parece usted muy animado.

—Habitualmente doy esa impresión siempre que me siento cansado. De todos modos, la verdad es que las cosas marchan bastante mal.

—Quizá usted ignore qué teclas hay que tocar para que su negocio funcione mejor.

—¿Qué quiere decir?

—Sé de un individuo que también es propietario de un taller y que está ganando mucho dinero.

—Se lo he dicho ya: elegí el emplazamiento menos conveniente.

—El hombre se dedica a la compra-venta de coches usados. Hay dinero a ganar en esa actividad.

—Ahora, de momento, no. ¿No ha oído decir que el sector ha entrado repentinamente en crisis?

—No creo en las crisis. Siempre se alude a ellas para justificar la falta de espíritu empresarial. Cuando no es posible ganar dinero de una forma, siempre cabe el recurso de recurrir a otra. ¿Nunca ha pensado en eso?

Me agité en mi asiento, más enfadado que antes. Unos minutos más y mi interlocutora me daría instrucciones sobre el modo más conveniente de regir mi negocio.

—Usted ocúpese de su lencería que yo ya cuidaré adecuadamente de mi taller.

La joven se echó a reír.

—Como quiera.

Descendimos por Edgware Road, girando en Marble Arch. A lo largo de Oxford Street, pisé más a fondo el acelerador. Los dos guardamos silencio hasta el instante en que detuve la furgoneta poco a poco, enfrente de New Bond Street.

—Usted ya ha llegado.

—No sé qué hubiese hecho sin su ayuda. Muchísimas gracias.

—No tiene importancia.

Me incliné sobre ella, abriendo la portezuela de la furgoneta.

La joven se apeó, cerrándola.

—No tardaremos en volver a vernos.

—Ya sabe mis señas: 14 de Eagle Street. El taller queda a la derecha conforme se sube.

—Sabré localizarlo. Gracias de nuevo. Hasta la vista, Harry.

—Hasta la vista —vacilé antes de añadir—: Gloria.

Ella cruzó la calzada, encaminándose a New Bond Street. Me asomé un poco por la ventanilla para observarla mejor. No había conseguido ver bien todo su rostro. Pensé que no la reconocería si en un futuro encuentro no llevaba el mismo vestido.

Al llegar a la esquina de New Bond Street, la joven volvió la cabeza para mirar hacia donde yo estaba, haciéndome una seña antes de perderse entre las sombras de aquella calle.

Encendí un cigarrillo, antes de dirigirme a Eagle Street. Durante el corto trayecto, pensé en ella. Me pregunté si, en realidad, llegaría a verla de nuevo. Me pregunté si en verdad era tan bonita como me había imaginado. Pensé en sus largas y bien torneadas piernas, en sus rodillas. No había pensado, de esa manera, en ninguna muchacha desde el día en que Ann y yo contrajimos matrimonio... Pero ahora estaba haciéndolo.

Continuaba pensando en mi pasajera al apearme de la furgoneta y cerrar el taller, pero su imagen desapareció de mi mente, con la misma rapidez con que desaparece el puño al abrir la mano, al llegar a mis oídos la voz de Ann.

—¿Eres tú, Harry?

—Ya subo.

Ascendí por la escalera que conducía a nuestro piso de cuatro habitaciones. Ann me esperaba en la puerta. Se había embutido en la suave bata de algodón, que se comprara para nuestra luna de miel. Ya se veía bastante usada y le había prometido comprarle otra. Pero, dada mi situación económica, eso era imposible.

—Has tardado mucho en regresar, Harry.

—Llegué a temer que no lograría terminar con la reparación.

Ann tenía veintiséis años, aunque no lo parecía. No podía decirse que fuese guapa, pero tenía un agradable color de cara, unos grandes ojos oscuros, pensativos, y una boca también grande y generosa. Era una mujer menuda, graciosamente proporcionada, y de carácter paciente. Yo solía decirle que era el tipo clásico de mujer que cualquier hombre desearía por esposa y no como compañera de vagabundeos o diversiones. Ella me contestaba que esto quería decir que carecía de especiales atractivos y que debía de parecer algo así como una buena cocinera. Es posible que careciera de esos atractivos; sin embargo, era dulce. Tal condición suya podía apreciarse sólo con mirarla, y su dulzura significaba para mí más que cualquier atractivo femenino, mucho más.

—Date un baño, querido. He preparado un poco de té. ¿Tienes hambre?

—Tomaría un bocado si hay algo por ahí a mano.

—Te haré un bocadillo.

Cuando salí del cuarto de baño, para entrar en nuestro pequeño dormitorio, ella se había acostado. Sobre la mesita de noche vi el té y unos bocadillos de pasta de pescado.

Mientras daba buena cuenta de ellos, al tiempo que me desnudaba, le expliqué todo lo referente a la avería sufrida por mi cliente. Sólo cuando acababa de meterme en la cama y de apagar la luz, mencioné a Gloria Selby.

No sé por qué me mostré tan detallista y natural. El caso es que me comporté así.

—Cuando regresaba, una chica hizo que me detuviera en la carretera. Se le había quemado el encendido del coche. La verdad es que hay en circulación demasiados coches en condiciones defectuosas.

—¿Tuvo que hacer un largo desplazamiento? —preguntó Ann, somnolienta.

—Me acompañó hasta la ciudad. Tiene un piso en Bond Street. Hace lencería. Al parecer, éste es un buen negocio. Visita París cada mes.

—Me gustaría mucho que pudiéramos ir a París, Harry.

—Mi pasajera debe de estar ganando mucho dinero. Conduce un Jaguar.

—¿Sí? —preguntó Ann, sin mucho interés.

—Me dijo que cuando una persona no puede ganar dinero de una manera siempre se puede recurrir a otra. ¿Quieres que te diga una cosa, Ann? Me estoy hartando ya de andar siempre escaso de dinero.

—Lo sé, querido, pero no debes impacientarte. Antes de que pase mucho tiempo, estarás ganando dinero. Ella, probablemente, tiene preocupaciones semejantes a las nuestras.

—Quizá. Bueno, será mejor que durmamos. Dentro de cinco horas y media he de estar nuevamente en pie.

—Por la mañana seré yo quien se levante, Harry. Me gustaría hacerlo.

—Nada de eso. Buenas noches, querida.

—Ya te he dicho, Harry, que me gustaría. Sé muy bien cómo se manejan los surtidores de combustible. ¿Por qué has de ser tú siempre quien madrugue más?

—Es mi trabajo. A ti no te agradaría que me ocupase yo de la cocina, ¿verdad?

Ella rió.

—No creo que te gustara.

—Buenas noches, Ann.

Yo continuaba despierto todavía mucho después de que el regular ritmo de su respiración me diera a entender que se había dormido. Estuve pensando en el taller, en el dinero que debía, en el dinero que necesitaba. Seguía escuchando la voz de Gloria: *La crisis es una excusa para justificar la falta de espíritu empresarial. Quizá no sabe usted qué teclas debe tocar... Cuando uno no logra hacer dinero de una forma lo intenta de otra...*

La voz continuó resonando en mi mente, hasta que hubo un instante en que creí que acabaría enloqueciéndome.

Un par de días después, alrededor de las cuatro y media de la tarde, Tim Greensleeves entró en el pequeño habitáculo que me servía como despacho, secándose las manos en un aceitoso trapo. Tim tenía diecisiete años. Era un muchacho alto y delgado, flaco, y usaba unas gafas grandes de montura de acero que le daban la apariencia de un búho; sus cabellos, de color del alquitrán, aparecían desaseados. En cambio, tenía una mente sagaz, astuta. Llevaba ya un año conmigo en el taller y sabía acerca de coches tanto como yo.

Le pagaba cuatro libras y diez chelines por semana y su trabajo valía el doble de lo que le daba. El negocio no me permitía disponer de un empleado, pero no tenía más remedio que sostenerlo. Cuando me llamaban de fuera para realizar una reparación, alguien tenía que quedarse en el taller. No cesaba de decirme a mí mismo que tenía que prescindir de los servicios de Tim, pero iba aplazando la inevitable decisión.

Por otra parte, jamás me había pedido aumento de sueldo, y sentía una devoción canina por Ann, cosa que también contaba bastante en mi relación con él.

—Hola, Tim —le dije, echando a un lado el libro en que había estado efectuando unas anotaciones—. ¿Has arreglado ya esos frenos?

—Sí, señor Collins. Ahí fuera hay una joven que pregunta por usted.

—Está bien. —Eché la silla hacia atrás, poniéndome en pie—. Ahora dedícate a comprobar las existencias de combustible de los tanques, Tim. Si podemos pasar con el que tenemos no quiero comprar más esta semana.

El muchacho me dirigió una rápida mirada, asintiendo. No le había explicado que el negocio marchaba mal. Ahora bien, él no tenía nada de tonto. Debía de haberse dado cuenta de que me estaba costando mucho trabajo pagar mis facturas semanales.

Entré en el amplio y oscuro local que era utilizado como taller y garaje. Dejando aparte el material habitual, el camión de diez toneladas en que Tim estaba trabajando y mi furgoneta, el lugar daba la impresión de estar desierto, desamparado. En aquel local había espacio suficiente para encerrar veinte furgonetas grandes.

Una chica vagaba por los alrededores de los bancos de trabajo. Llevaba un vestido color azul oscuro, de hilo, iba sin sombrero y de uno de sus hombros

colgaba un bolso de piel de cocodrilo.

—Buenas tardes —le dije, preguntándome qué desearía de nosotros aquella joven—. ¿En qué puedo servirle?

Ella se volvió hacia mí.

¿Quién no ha tratado alguna vez de arreglar un interruptor de la luz y ha sufrido una sacudida en todo el brazo? Tal fue la sensación que entonces experimenté al verla girar: como una fuerte descarga por todo el cuerpo, comenzando mi corazón a latir aceleradamente de manera irregular. Noté, además, que se me resecaba la boca.

No hay que llegar precipitadamente a la conclusión de que ella era una belleza. No lo era, ciertamente, si bien su cara y su figura atraían en seguida la atención de uno, inevitablemente, y cualquier hombre, en la calle, habría vuelto la cabeza dos veces, y también tres, a su paso, para observarla a sus anchas. Con todo, había en su persona algo más interesante. Poseía ese algo indefinible que atrae por encima de todo a los hombres: su naturaleza *sexy*, por decirlo así. Pese a ello, aún se notaba en la joven algo superior y más decisivo: la sensualidad animal que se desprendía de ella, algo primitivo que tenía que provenir forzosamente de la selva.

Su cara resultaba un tanto alargada y estrecha para pensar en un modelo de belleza. En cambio, tenía unos pómulos prominentes que daban al rostro una especial expresión; sus ojos eran oscuros y seductores y poseían una promesa oculta a medias de cosas inexpresables.

Su figura era provocativamente acaparadora de miradas. Llevaba su vestido no para ocultar sus atractivos físicos, sino para acentuarlos. Sus menudos y rotundos senos daban la impresión de estar en pugna con la tela oscura que los ceñía, luchando por liberarse de ella. La cintura era breve. Unas compactas y sólidas caderas se ahusaban rumbo a unas piernas largas y bien hechas, abrazadas estrechamente por las medias de nylon.

—Hola, Harry —dijo la joven.

Su sonrisa me permitió contemplar unos blancos dientes, y además apreciar que al sonreír aparecía en sus ojos una especie de curiosa chispa que los animaba.

A menudo, a lo largo de los dos días anteriores, su recuerdo se había deslizado en mi mente, preguntándome si volvería a verla de nuevo. Había llegado a convencerme de que no sabría nada más de ella. Sin embargo, allí la tenía, recién salida de las sombras ahora, mejor que nunca, más excitante y mucho más peligrosa de lo que se me había aparecido en mis evocaciones.

—Esto es una sorpresa. No esperaba volver a verla.

Yo mismo no reconocí mi voz, que sonó como un ronco graznido.

Ella me observó con la resuelta curiosidad con que yo la había estudiado.

—Le dije que vendría.

De pronto, me di cuenta de que Tim nos miraba, esforzándome entonces por recuperar mi dominio.

Los ojos de la joven se fijaron en Tim durante un espacio de tiempo suficiente para que el muchacho se ruborizara. En ese momento se alejó de nosotros, en dirección al otro extremo del local.

—Es un chico de aspecto algo chocante. ¿Su ayudante?

—Es más listo de lo que parece.

Ella soltó una risita.

—Supongo que sí. Quiero encerrar mi coche aquí.

Comprendí intuitivamente que debía decirle que había cambiado de opinión. Dados los sentimientos que ella me inspiraba ahora, su proximidad era peligrosa. Tenía que lograr no volver a verla por allí. Debía pararlo todo, antes de que avanzáramos más. Lo sabía. Comprendía que si en lo sucesivo seguía viéndola, lo más probable era que surgiesen complicaciones.

—Aquí no disponemos de ninguna plaza de aparcamiento. —Mi débil excusa revelaba mis vacilaciones—. Además, usted tendrá ocasión de hallar algún sitio más conveniente cerca de su casa.

Sus oscuros ojos repasaron atentamente mi cara. Sus cejas, finamente perfiladas, ascendieron y descendieron por su tersa frente.

—No es un aparcamiento lo que busco, y este edificio queda suficientemente cerca de mi piso. Ahora bien, si usted no quiere que guarde aquí mi coche, dígamelo con toda franqueza.

—No es que yo no quiera. Pensaba, simplemente, en lo que más podía convenirle.

—No se preocupe por mí. Le pagaré treinta chelines por semana, y cinco por cada lavado. ¿Estamos de acuerdo o no?

Mi mente me dictaba una contestación negativa, pero mi voz replicó:

—Estoy de acuerdo, sí. Si deja el coche junto a ese muro, a mí no va a molestarme y usted podrá entrar y salir fácilmente de aquí.

La expresión de enojo desapareció de su cara y los ojos volvieron a animarse como antes.

—Magnífico. —Ella abrió el bolso—. Le pagaré un mes por anticipado. Me gustaría que me diese un recibo.

—Venga a mi despacho.

Nos dirigimos a la parte posterior de la nave, pasando junto a Tim, que se había aproximado allí para coger la varilla de medir el contenido de los tanques de combustible, colocada junto a un montón de restos de coches apilados en un rincón. Se quedó con la vista fija en ella. Sorprendí una mirada de desagrado en sus ojos y por primera vez, desde el día en que había comenzado a trabajar conmigo, suscitó en mí una gran irritación.

Empujé la puerta del despacho, echándome a un lado.

—Siento que esto sea tan pequeño.

Ella pasó junto a mí, rozándome una manga, y percibí la discreta fragancia de su perfume.

—¿Y qué más da en tanto que le permita hacer su trabajo?

—Creo que tiene usted razón.

Ella puso sobre la mesa un billete de cinco libras, dos de una y uno de diez chelines.

Me desplacé al lado opuesto de la mesa.

—Siéntese, ¿quiere?

Ella tomó asiento en la desvencijada silla, de recto respaldo, que había allí, cruzando las piernas algo descuidadamente. Desde mi sitio, me fue posible divisar una rodilla y un pequeño triángulo de blanco muslo, por la parte en que la falda se había arrugado. Tenía mi boca tan seca como un puñado de polvo.

Saqué el libro de recibos, y extendí uno. Me costó trabajo hacer una letra legible. Las palabras estampadas en el papel parecían haber sido escritas por un viejo de noventa años.

Al levantar la vista para alargarle el recibo, vi que estaba observándome. Yo albergaba la idea de que ella se daba cuenta de mi estado de ánimo, pero sus ojos no expresaban nada de particular al sonreírme.

—Mañana, a una hora u otra, traeré el coche. No lo utilizo mucho. —La joven hizo una pausa, preguntándome a continuación—: ¿Cómo marcha su negocio, Harry?

Le dediqué una irónica sonrisa al responder:

—Muy bien. Hoy casi he alcanzado un *record*. Dos libras de combustible, diez chelines por la reparación de una zapata de freno y siete libras con diez chelines por el alquiler de una plaza de garaje. Me encuentro nadando en la abundancia.

Gloria Selby me dedicó una larga mirada. Cerró el bolso y se puso en pie.

—Si no es posible ganar dinero de una forma...

—Ya lo sé: se puede conseguir de otra. Lo he oído de sus labios, anteriormente. La cosa no es tan fácil como parece. Quizá usted tenga algunas ideas y quiera compartirlas conmigo.

Ella se acercó a mí. Yo estaba de pie ahora, y apartado de la mesa. Su perfume era tan provocador como su cuerpo.

—¿Quiere usted ideas?

—Si me las da, las consideraría. No soy orgulloso.

Gloria Selby levantó una mano, haciendo saltar de la solapa de mi americana una imaginaria mota de polvo. Era inconfundible la invitación que me brindaban sus negros y chispeantes ojos. Me di cuenta de que me había llevado las manos a la espalda, para impedir que acabara asiéndola.

—Pensaré en ello. Es posible que disponga de una idea para usted.

—¡Harry!

La voz de Ann acababa de resonar escaleras abajo.

Retrocedimos los dos como si una fuerza invisible se hubiese interpuesto entre nosotros, apartándonos violentamente.

—¿Estás ahí, Harry?

Vacilando un tanto, fui a la puerta y la abrí.

—¿Puedes subir un momento?

—Voy.

—¿Es su esposa?

La voz de Gloria Selby, baja, aguda, sonó otra vez cerca de mí. Acababa de aproximarse.

—Sí. Tengo que subir.

Hablábamos como si fuéramos unos conspiradores.

—Mañana me presentaré aquí con mi coche. Adiós, Harry.

—Adiós.

La joven se deslizó junto a mí, cruzando rápidamente el recinto del taller. Concentré mi atención en el rítmico movimiento de sus caderas mientras caminaba. De no haber estado tan aturdido en aquellos instantes, habría comprendido que las movía deliberadamente en atención a mí.

Subí los peldaños de la escalera de dos en dos.

Ann andaba forcejeando con el tapón enroscado de una botella de zumo de fruta.

—No acierto a moverlo siquiera.

—Dame la botella.

Probé. Al principio, el tapón se resistió, pero después terminó por girar.

—Espero no haberte interrumpido en tu trabajo.

La examiné con atención.

Ann llevaba un jersey viejo y unos pantalones lavados tantas veces que se habían encogido, quedando muy por encima de los tobillos y demasiado ajustados por las posaderas. Le caían sobre un ojo varios mechones de castaños cabellos, y tenía un tizne en la barbilla. Media hora antes habría dicho que su figura era sugestiva. Ahora, ya no... Mis ojos permanecían todavía deslumbrados por el bonito y elegante vestido azul que acababa de contemplar, así como por su adivinado contenido.

—Por lo que más quieras, Ann, ¿no podrías arreglarte un poco? Los pantalones que llevas duplican el tamaño real de tus posaderas, y ese jersey viejo estaría mejor en el cubo de los desperdicios.

No se me escapó la mirada de sobresaltada sorpresa que apareció en sus ojos. Luego, Ann se echó a reír.

—Lo siento, querido. Ya sé que voy hecha una birria, pero estuve limpiando. Pronto me cambiaré de ropa. —Deslizó los brazos en torno a mi cuello—. Desde luego, no quiero que me tomes por una mujer descuidada. Hasta este momento he estado terriblemente atareada.

Me sentí de pronto avergonzado de mí mismo por haberla hablado en aquel tono y noté que me ruborizaba.

—No tomes a mal mis palabras, Ann. Lo único que quiero es que estés todo lo bonita que has estado siempre.

—Hay maridos que ni siquiera se dan cuenta de lo que se ponen sus esposas. Me siento halagada, Harry.

—Pues yo no soy de esos. —Me incliné sobre ella, besándola—. Dentro de un rato me reuniré contigo de nuevo. Estoy comprobando las anotaciones del libro mayor.

—¿Encontraste algún error?

Ann me llevaba las cuentas, cuidaba de las pólizas de seguro y de las demás inevitables formalidades. Una vez por mes, yo comprobaba sus apuntes, a fin de que siempre estuvieran en regla.

—Todos tus apuntes son perfectos. —Propiné a Ann una ligera palmada en las nalgas—. Y quítate de una vez estos pantalones. Son indecentes.

—Sólo tú me los has visto puestos —Ann bajó la mirada hacia ellos, contemplándolos con un gesto de desaliento—. Está bien. Me pondré algo que esté en mejor estado, Harry. Supongo que no podemos hacer frente al gasto que supone comprarme unos pantalones nuevos... Piensa que con estos me ahorro unas medias.

El billete de cinco libras que me había dado Gloria me quemaba en el bolsillo. Lo saqué, consciente de que no me sentiría tan culpable por pensar tanto en Gloria si me gastaba el dinero en algo de Ann.

—Cómprate unos nuevos. He alquilado un espacio del taller para guardar un coche. Esto es parte del pago mensual. Adelante. Cómpratelos.

Los ojos de Ann se dilataron por efecto del asombro.

—¡Oh, no! Estaba bromeando. Todavía no podemos dedicar este dinero a comprar ropa, Harry. Debemos...

—Nada tiene que ver aquí lo que debemos. Esto es algo que nos ha venido a las manos inesperadamente. El dinero no va a figurar en los libros. Adelante. Cómpratelos. Mañana te los compras, ¿eh?

—Pero, Harry, hay que tener conocimiento...

—¡Oh! ¡Por lo que más quieras, no discutamos! ¡Cómpratelos!

Le metí el billete a la fuerza entre los dedos de una mano y me fui abajo.

Durante unos minutos, permanecí sentado frente a mi mesa de despacho, sintiéndome acalorado, poseído de cierta irritación, algo trastornado. Aquélla era la primera vez que le gritaba a Ann. Nunca había criticado sus cosas antes. Todavía podía ver su sobresaltada expresión, su gesto de persona dolida. Recordé la actitud de conspiradores que habíamos adoptado Gloria y yo al oír la voz de mi esposa. El anuncio de lo que se avecinaba estaba a la vista. Aquello había que pararlo. Cuando Gloria volviese con su coche le diría que había cambiado de opinión. Si ella guardaba su coche en mi taller, la vería con frecuencia. Recordé la mirada que me dedicó en el momento de hacer saltar de la solapa de mi americana la imaginaria mota de polvo. Cuando una mujer se comporta así es que busca algo. Yo sentía que mis mejillas ardían o se enfriaban. Nada más pensar en Gloria, empezaba a sudar.

Tim Greensleeves abrió la puerta del despacho.

—¿Se le ofrece algo más, señor Collins? He comprobado las existencias de carburante. Para esta semana son suficientes. Si no me manda nada más me iré a casa.

—Conforme, Tim.

En sus ojos había una expresión de desconcierto.

—Buenas noches, señor Collins.

—Buenas noches.

Cuando el muchacho se hubo marchado, me levanté y me puse una bata blanca, por si alguien se presentaba para repostar combustible. Dejé la puerta del despacho entreabierta, a fin de poder echar un vistazo al taller. Luego, empecé a trabajar otra vez en el libro mayor.

Estuve trabajando, con aire un tanto ausente, por espacio de media hora. No lograba concentrarme en mi tarea. Me esforcé por olvidarme de Gloria, pero ella se abría paso entre mis pensamientos. Finalmente, dejé caer sobre la mesa el lápiz que tenía en la mano, recostándome en la silla con un gruñido de irritación.

Atravesé la larga nave hasta la entrada, donde estuve observando el tráfico, en aquella parte siempre muy intenso durante todo el día, a causa de que Eagle Street era utilizada como vía de regreso a Piccadilly, a fin de evitar los semáforos de Regent Street.

Al otro lado de la calzada había un centro de distribución postal. Dos pequeñas furgonetas habían sido aparcadas ante la entrada del local. Varios funcionarios del servicio de correos andaban ocupados, cargando sacas en las furgonetas.

Me fijé en los vehículos sin el menor interés. Pero de pronto, localicé junto a ellos a Bill Yates. Acababa de dejar sobre el pavimento un par de sacas y le hice una seña a manera de saludo.

Bill había estado en mi batallón durante la guerra. Habíamos combatido juntos en Caen; habíamos sido heridos el mismo día; habíamos pasado un mes, finalmente, en la misma sala de un hospital. Incluso fuimos desmovilizados el mismo día. Poco después de haber abierto yo el taller, me enteré que figuraba en la nómina laboral del centro distribuidor de correos que tenía enfrente.

En su rojo y burlón rostro campaba una ancha sonrisa al aproximárseme. Bill era un hombre menudo, que se acercaba a la cuarentena, dotado de un fornido torso y unas piernas cortas pero sólidas.

—Hola, Harry. ¿Qué tal marchan las cosas?

—Poco más o menos, igual que siempre.

Bill me guiñó un ojo.

—No me engañes, ¿eh? ¿Quién era esa buena pieza que vi salir de tu taller hace un rato? ¡Madre mía! Al ver la clase de busto que tenía estuve a punto de arrojarme por la ventanilla de mi furgoneta.

—Quiere guardar su coche aquí.

—¿Sí? Así pues, tendré ocasión de verla en lo sucesivo, ¿eh? En esta calle no se disfruta muy a menudo de la oportunidad de estudiar buenas formas. ¡Uf! Es una suerte que seas un hombre respetable y casado. Entre tú y yo, Harry: esa chica no estaría muy segura si encerrase su coche en un garaje de mi propiedad.

—Yo creí, Bill, que estas cosas ya habías ido dejándolas atrás. —Intenté sonreír, pero no acerté a hacerlo—. ¿Qué es lo que te hace aparecer tan alegre y complacido? —Me esforzaba ansiosamente por cambiar de conversación—. No irás a decirme que te han aumentado el sueldo...

—Ha habido algo más importante: he ascendido de categoría. Desde el lunes soy el guardián Yates. Se acabaron para mí los trabajos de carga y descarga de sacas. De ahora en adelante permaneceré en el vehículo, adoptando una expresión amenazadora. Ésta será toda mi misión.

—Enhorabuena, Bill. ¿Y qué es lo que has de custodiar?

—Puede que no te lo creas —replicó Bill, sonriendo—, pero de vez en cuando transportamos en nuestras furgonetas objetos de gran valor, y en estos casos yo y mis compañeros hemos de cuidar de que no le ocurra nada al conductor del vehículo e impedir la acción de cualquiera que concibiera la idea de atracarnos. En suma, el nuestro es un trabajo cómodo, mucho mejor que el que he estado haciendo hasta el presente.

—De cómodo no tiene nada, si se piensa en la posibilidad de un atraco.

—No me importaría disfrutar de algunas emociones. ¿Te acuerdas de los viejos tiempos? ¿Te acuerdas de aquella vez en que tú y yo...?

Uno de los funcionarios del centro postal dio una voz desde el otro lado de la calzada.

—¡Eh, Bill! ¿Qué estás haciendo ahí? Vamos, vamos, vuelve y échanos una mano.

El rostro de Bill se ensombreció.

—Esa gente me envidia ahora. Bueno, para que esas furgonetas salgan de aquí esta noche habré de tomar cartas en el asunto. Ninguno de ellos trabaja como yo. Hasta la vista, Harry.

Bill desando el camino recorrido.

Al regresar a mi despacho vi que Ann estaba allí. Se había puesto una falda y peinado el cabello. La falda se la había hecho ella. Era una costurera habilidosa. No sé cómo nos las hubiéramos arreglado de no haber sido ella capaz de confeccionarse sus vestidos.

—¿De quién proviene este perfume que se percibe aquí, Harry?

Sentí que mi cara cambiaba de color. Los ojos de Ann me observaron inquisitivamente. Un gesto de sorpresa asomó a su cara.

—¿Un perfume? Yo no huelo nada. Quizá... Probablemente, el perfume de la señorita Selby. Ni lo advertí. Quería contártelo todo, Ann. ¿Te acuerdas de la chica que llevé en mi furgoneta la otra noche, aquella que se dedicaba a la confección de lencería? Se presentó aquí hace poco. Quiere guardar su

coche en el taller. Va a pagarme siete libras y diez chelines por mes. Pensé que era una buena idea acceder a ello.

—¡Eso es maravilloso! —El rostro de Ann se iluminó—. Tú sabes, Harry, que disponemos de espacio de sobra... ¿No podríamos conseguir que otras personas también guardasen sus coches aquí?

Miré atentamente a mi mujer.

—No contamos con aparcamientos. Y la mayor parte de la gente desea disponer de un sitio aparte, netamente acotado.

—Bueno, pues ella pasó esto por alto.

—Ella no es exigente. Pero no todo el mundo es así.

Encendí un cigarrillo, sentándome en uno de los ángulos de la mesa.

—Ha sido una suerte, realmente, que la recogiera en mi furgoneta. —Yo intentaba aparecer natural, pero no lo conseguía, evidentemente—. El que un Jaguar se guarde aquí, da categoría al taller.

Ann me miró, fijando después la vista en el suelo.

—Sí.

Permanecimos durante largo rato en silencio. Yo, entretanto, me estrujaba el cerebro para dar con un tema de conversación que aliviara aquella tensión repentina.

—¡Ah! Bill ha sido ascendido. Le han hecho guardián del centro.

—¿De veras? ¿Y le conviene? ¿Qué es lo que debe hacer de ahora en adelante?

—Se limitará a estar sentado junto al conductor del vehículo en que viaje, protegiéndolo frente a cualquier intento de atraco. —Sonreí—. Bill asegura que éste es un trabajo cómodo. ¿Qué es lo que entenderá por tal cosa?

—Parece más bien un trabajo peligroso.

—No sé. Ni siquiera me acuerdo de los años que han pasado desde la última vez que fue asaltado un vehículo de correos.

—Harry...

Miré a mi esposa.

—He estado haciendo una lista de las facturas principales.

—¿Sí? ¿A cuánto asciende? ¿Mucho?

Ella asintió:

—Ochenta y nueve libras.

Emití un silbido de admiración.

—No puede ser tanto dinero.

—Pues es así, Harry. He guardado como un ingreso más las cinco libras que me diste. Hemos de conducirnos sensatamente. Vamos a necesitar hasta

el último penique que podamos ganar.

—Bueno, ¿y a cuánto ascienden los pagos mensuales? ¿Qué cantidad representan?

—Si todos pagan sus facturas reuniremos unas cincuenta libras, algo más, quizá. No debimos haber adquirido esa provisión de aceite nuevo. No lo vamos a vender.

—¡Ese condenado viajante! Tiene labia suficiente para convencer a una rata de que debe comprar veneno. Bien. Todos tendrán que esperar si quieren ver su dinero.

—He estado pensando. Si te desembarazaras de Tim, ¿no podría manejar yo los surtidores?

—¿Tú? Mira Ann: tu misión consiste en ocuparte de la casa. Ya tienes bastante con eso. Además, tú no sabes absolutamente nada sobre motores de coches. No, ésa no es la solución. No podemos prescindir de Tim. No puedo esperar aquí tranquilamente una solución a mis problemas, he de poner los remedios necesarios a esta situación. Tengo que conseguir una idea que me dé resultado.

De repente, la expresión de los ojos de Ann fue de alerta.

—¿Qué clase de idea, Harry?

—No lo sé. Tengo que pensármelo.

Seguimos sentados, en silencio, por un rato. Finalmente, habló Ann:

—¿De verdad te molesta que continúe usando mis pantalones? Todavía pueden servirme bastante tiempo. Además, está la cuestión de las medias...

—No, no me importa. Haz lo que quieras.

Yo había respondido con un dejo de impaciencia en la voz porque estaba pensando en lo que Gloria había dicho: *Pensaré en ello. Es posible que disponga de una idea para usted.*

—Continuaré poniéndomelos entonces.

Apenas reparé en sus palabras.

¿Lograría Gloria dar con algo para mí? Tal vez colocara algo en mi camino... Era probable que conociese a gente que a mí me conviniera tratar. Tal vez fuera, incluso, una mujer influyente.

—Harry...

Levanté la vista, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?

—¿Es elegante la señorita Selby? ¿Viste bien?

Sentí un escalofrío espina dorsal arriba. Fijé la vista en Ann y ella me observó atentamente. Y mi mirada cedió terreno...

—No lo sé. No me di cuenta de ello. ¿Por qué?

—Era sólo una pregunta. —En la voz de Ann noté un repentino cansancio
—. Voy a subir al piso para preparar la cena.

Yo me quedé sentado, inmóvil, escuchando el rumor de sus pasos mientras subía por la escalera. Contemplé obstinadamente mis apretados puños. Me odiaba a mí mismo en aquellos momentos.

Me encontraba de muy mal humor al abandonar la cama al día siguiente para entrar en la cocina y poner la cafetera en el fogón, antes de afeitarme.

La noche anterior, cuando ya había cerrado el taller, nos visitó Bill Yates. Traía consigo casi un kilo de salchichas y patatas fritas, adquiridas en un establecimiento de la vecindad, y dos botellas de cerveza. Anunció que se proponía celebrar su ascenso, con nosotros, en la forma debida.

Estaba de muy buen humor, pero no era éste nuestro caso. Yo sabía que Ann se sentía dolida, y sospechaba lo que ella pensaba: que había estado comparándola mentalmente con Gloria Selby, juzgándola carente de todo. Desde luego, estaba en lo cierto. Yo me había comportado como un estúpido irreflexivo al criticar abiertamente su aspecto. Sabía que a ella le agradaban las prendas bonitas, y que no se hubiera puesto su viejo jersey y los deslucidos pantalones de haber tenido a su alcance algo mejor. Ahora bien, al encontrarme frente a ella, tras haber admirado la sobria elegancia de Gloria, me hallé irremediabilmente abocado a meter la pata antes de que me fuera posible evitarlo.

Los dos hicimos un gran esfuerzo para aparecer animados frente a Bill en atención a su persona, pero la celebración no resultó muy brillante. Sólo hubo débiles intentos por mi parte para compartir la alegría de Bill. Pesaban demasiadas cosas en mi mente: mis deudas, la obsesionante figura de Gloria, la estúpida forma en que había llegado a herir a Ann en su orgullo... Con todo, mi esposa, que evidentemente se sentía cansada y deprimida, acabó por hacer un papel mejor que el mío ante nuestro amigo.

Nos sentimos profundamente aliviados cuando Bill, por fin, se marchó. Estaba el hombre tan contento con su ascenso y la degustación de una cena que él mismo había provisto que, al parecer, no advirtió hasta qué punto nos hallábamos disgustados.

Ann aprovechó los minutos que dediqué a acompañar a Bill hasta la salida del taller y cerrar éste para acostarse. Se volvió en la cama, dándome la espalda y fingiendo hallarse dormida.

Me metí en la cama, a su lado, y permanecimos en silencio y a oscuras sin hablarnos, ambos fingiéndonos dormidos, ambos sintiéndonos mutuamente irritados.

Yo esperaba que ella acabara volviéndose hacia mí, para refugiarse en mis brazos, como ocurría siempre después de haber tenido alguna pequeña desavenencia. Pero esta vez no lo hizo, cosa que me enfureció un poco más, y enojado todavía fue como me quedé dormido finalmente.

No dio muestras de hallarse despierta cuando abandoné el lecho, a las seis de la mañana, y mientras me afeitaba pensé que me enfrentaba con una desagradable jornada.

Suministré el combustible de costumbre a las tres furgonetas de reparto antes de que iniciaran sus itinerarios de todos los días. Luego, hasta el momento en que Tim se presentara en el local, me dediqué a despejar de obstáculos un sitio para el Jaguar de Gloria.

Finalmente había decidido dejarla encerrar su coche allí. Había aceptado su dinero, entregándole el correspondiente recibo. Ahora ya no podía cambiar de opinión: era ya tarde para eso. Además, yo no podía seguir adelante como estaba, y tenía la seguridad de que la joven haría algo por mí. No sabía qué, concretamente, pero estaba convencido de que me había tomado afecto y que por tal motivo me proporcionaría alguna idea útil que me sirviera para sacarme del lío en que me encontraba metido.

El sentido común me decía que me estaba engañando a mí mismo, pero procuré desechar tal pensamiento. Me dije una y otra vez que ella era mi última esperanza. Era necesario que la viera de nuevo, por si había dado ya con alguna idea susceptible de solucionar mis dificultades. Si bien, en todo momento, me daba cuenta de que me valía de esa esperanza como excusa, y sentía unos torturadores remordimientos.

Hacía frío y se notaba una gran humedad para ser una mañana de mediados de junio. El agua de la lluvia entraba por las puertas abiertas del taller, formando unos charcos cenagosos, con residuos de grasa y aceite, justamente en la parte interior de la entrada.

Tim llegó unos minutos antes de las ocho, llevando su bicicleta por el manillar. Se cubría con una capa impermeable de color amarillo y el agua había convertido sus rojizos cabellos en un casquete, aplastándoselos contra el cráneo.

—Buenos días, señor Collins.

—Una mañana asquerosa, ¿eh, Tim?

—Es mala, sí.

El muchacho dejó la bicicleta apoyada en una pared y se quitó la capa. Vi que estudiaba el espacio que yo acababa de dejar despejado.

—Deberías pasar la escoba por ahí, Tim. Éste es el espacio que he alquilado a la señorita Selby, para su Jaguar.

Sus ojos de búho parpadearon.

—Lo haré inmediatamente. ¿Se refiere usted a la joven que estuvo aquí ayer?

—En efecto.

Entré en el pequeño despacho antes de que continuara haciéndome preguntas. Una vez hube abierto la caja en que guardaba el dinero y el escritorio, subí al piso para desayunar.

El aroma a café me recordó que estaba hambriento.

—Hola, Ann.

Ella se había puesto el jersey viejo y los pantalones, pero llevaba los cabellos sujetos con una cinta roja. De pronto, aprecié cuán bonita era su menuda figura, algo de lo que no había hecho caso en los meses anteriores.

—Hola, Harry.

Andaba ocupada preparando unos pasteles de pescado, por lo cual no había vuelto la cabeza en dirección a mí.

—Qué bien huele.

—Sí.

Me senté a la mesa, expectante. La miré, aguardando que ella me mirara a su vez. Abrigaba la esperanza de que no se mostrara malhumorada.

Se volvió con el plato en las manos, colocándolo frente a mí.

—¿Has dormido bien, querida?

Deslicé un brazo en torno a sus caderas, atrayéndola hacia mi cuerpo.

—Pues sí, Harry. ¿Y tú?

La miré con fijeza.

—No muy bien. Siento lo de ayer, Ann. ¿Quieres hacerme el favor de intentar olvidarlo?

Ella me rozó ligeramente la cara con su mano.

—Lo olvidaré todo.

Eché mi silla hacia atrás, obligándola a sentarse sobre mis rodillas.

—No tenía nada contra ti, Ann. Simplemente: me encontraba fatigado. Las cosas no marchan como es debido. Tú no te preocupes. Todo saldrá bien.

—Cuando las cosas no marchan bien es cuando quiero que tengas la seguridad de que estoy a tu lado, Harry. Deseo ayudarte. Éste no es el momento más oportuno para perder la fe que sentimos el uno por el otro.

—Eso está bien. Tú eres mi mujer, Ann. En mi vida no hay más mujer que tú.

Vi que de pronto ella arrugaba el ceño, como una criatura que ha sido herida en su amor propio. Mordióse el labio inferior, volviendo el rostro hacia el lado opuesto.

—Me agrada mucho oírte decir eso.

—Yo seré un estúpido, Ann, pero te quiero. No sé qué haría sin ti. Lamento lo de ayer. ¿Querrás perdonarme?

Sus brazos rodearon mi cuello. Luego, apoyó una de sus mejillas contra mi cara.

—No tengo que perdonarte nada. Sé que estás preocupado, Harry. ¿Fue esto lo que te hizo comportarte ayer de un modo tan extraño? Porque no fue... la chica, ¿verdad?

—Claro que no. En mi vida no hay más chica que tú, Ann, con franqueza. No debieras pensar tales cosas.

—Ya sé que mi aspecto, ahora, deja mucho que desear. Sé que debería esforzarme por aparecer elegante ante tus ojos, Harry, pero me resulta terriblemente difícil. Has de tener paciencia conmigo.

—No hables así. Yo te quiero a ti y no a las prendas que puedas vestir. No se trataba de eso. Es que andamos metidos en un lío. Hemos de enfrentarnos con la realidad. Si esta situación se prolonga durante mucho tiempo lo perderemos todo. ¿Y qué es lo que haremos después?

—Venderemos lo que nos quede y procuraremos colocarnos. El día menos pensado, tú conseguirás una colocación, y a mí me pasará lo mismo. En tanto nos mantengamos unidos, Harry, nada tiene importancia. ¿Crees que deberíamos vender ya para aminorar nuestras pérdidas?

—Todavía no. —La figura de Gloria acudió de pronto a mi mente—. Resistamos durante algún tiempo más, Ann. Quizá se nos depare una oportunidad. Pudiera ser que se me ocurriese algo.

Ann me besó, poniéndose en pie.

—Bueno, tómate el desayuno antes de que se enfríe. Tal vez fuese una excelente idea que yo me buscase un trabajo. Nos resultaría útil, ¿no te parece?

—Nos permitiría aguantar esta situación algún tiempo más. No quiero verte alejada de todo esto. Eres una buena chica, Ann. Yo no sé qué haría sin ti.

Alrededor de las diez, se presentó en el taller uno de mis pocos clientes para que le afianzáramos uno de sus parachoques. Le hablé de cambiarle el aceite del cárter. Así daría salida a parte del adquirido en exceso. Después, ordené a Tim que se ocupara de aquello.

Estaba hablando todavía con el chico cuando entró Bill.

—Hola, Harry. ¿Qué? ¿Hay trabajo?

—No hay mucho, pero, en fin, siempre tenemos algo que hacer.

—Quisiera hablar contigo.

Miré a mi amigo atentamente.

—Ven a mi despacho, Bill. ¿Qué ronda por tu cabeza?

—Poca cosa. —Me siguió hasta el despacho, y yo cerré la puerta—. ¿Tienes un cigarrillo?

Encendimos sendos cigarrillos. Bill tomó asiento en la silla del respaldo recto y yo me acomodé tras la mesa.

—¿Cómo está Ann?

—Perfectamente.

—Muy bien.

—Lo pasamos bien anoche. Fuiste muy amable al querer celebrar tu ascenso en nuestra compañía, Bill.

Éste se quitó la picuda gorra con que se tocaba para rascarse la cabeza y volver a ponérsela nuevamente.

—No hay nada de particular en ello, Harry. A fin de cuentas, tú y Ann sois las dos únicas personas por quienes siento un afecto auténtico.

—Lo mismo sentimos nosotros por ti.

Bill me observó gravemente, correspondiéndome con una embarazosa sonrisa.

—Lo sé. Hemos pasado los dos algunos buenos ratos juntos, ¿eh?

—Y también malos.

—Eso es cierto.

Se hizo el silencio en el reducido habitáculo. Fumamos en silencio. Yo no había apartado los ojos de mi amigo, quien acababa de fijar la vista en el suelo. En su rubicunda y jovial cara había un gesto de preocupación.

—¿En qué estás pensando, Bill?

—En ti y en Ann.

No contesté nada.

—Quizá sea algo que a mí no debiera importarme, pero... Es que os quiero a los dos. Las cosas no marchan bien, ¿verdad?

—Sí, tropezamos con dificultades, es verdad, pero tú no tienes por qué andar preocupado a causa de ello.

—¿No? Yo opino, Harry, que los amigos tienen la obligación de ayudarse entre sí. Me imagino que si yo tuviera algún problema tú no vacilarías en acudir en mi ayuda.

—Desde luego. Ahora bien, en nuestro caso tú no puedes hacer nada por nosotros, Bill. Estamos en uno de esos momentos peculiares que a veces nos depara la vida...

—Hay algo que sí puedo hacer. Anoche había algunas nubes entre vosotros, ¿eh?

Observé con curiosidad a mi interlocutor, quien sonrió.

—La verdad, Bill, es que nuestra disposición de ánimo no era la más propicia para una fiesta. Teníamos la esperanza de que tú no lo advertirías.

—¿Y cómo no iba a advertirlo? ¡Dios mío! ¡Si me disteis la impresión de estar participando en un duelo...! Pero, ¿por quién me habéis tomado? ¿Es que creíais que estaba ciego?

—Lo siento, Bill. Ahora mismo es mucho lo que tenemos encima.

—¿Hasta qué punto es malo, Harry?

—Lo suficiente para desvelarnos.

—Bueno, Harry, ¿quieres dejar de una vez de comportarte como si te hallaras ante un recaudador de impuestos? Te conozco desde hace ocho años. Somos amigos, ¿no?

—Bien. Te diré que debemos ochenta y nueve libras y que solamente conseguimos reunir unas cincuenta para hacer frente a las facturas del mes. Si no las liquidamos, no podremos procurarnos los materiales que precisamos en el negocio. Así están las cosas de mal.

—¿Conseguiríais con cincuenta libras aclarar vuestra situación?

—Por este mes, sí, pero luego vendría el siguiente... Estamos empezando a darnos cuenta, Bill, de que Eagle Street es una vía sin valor comercial para nosotros.

—Ocupémonos de este mes. A su debido tiempo, ya llegará el próximo — Bill sacó de uno de sus bolsillos un talonario de cheques—. Voy a prestarte cincuenta libras, Harry, en la misma forma que tú me las dejarías si me hallara en algún apuro.

—¡De ningún modo! Mira, Bill, eres muy amable al proponerme esto, pero soy yo quien ha de solucionar esta cuestión por mí mismo. Si aceptara tu dinero no dejaría por ello de continuar mal. Sería peor. Tendría otra preocupación: ¿cómo iba a devolvértelo? No, no puedo aceptarlo.

—Cincuenta libras servirán para que puedas llegar hasta fin de mes. Entretanto, algo pudiera presentarse de carácter favorable. Vamos, Harry, no seas tan orgulloso. Me importa un bledo la fecha de devolución de mi préstamo.

—Pero es que tú, Bill, no estás seguramente en condiciones de prestarme cincuenta libras... Tú lo sabes.

—Puede ser que te quedes sorprendido, amigo mío, si te digo que tengo en el Banco ciento cincuenta libras. Llevo ahorrando desde que dejé el ejército. Sólo gasto en mí. Vamos, dime que aceptas el dinero. Tú también harías una cosa así por mí. Y seguro que yo no me mostraría tan orgulloso.

Vacilé. Aquellas cincuenta libras me llegaban en aquel momento como venidas del cielo. La idea de poder deshacerme de todas las facturas menudas que se habían ido acumulando sobre mi mesa representaba una tentación demasiado fuerte.

—Bueno, de acuerdo. Es una gran atención por tu parte. Pero es posible que tengas que esperar algún tiempo antes de que pueda devolverte el dinero.

Bill sonrió otra vez.

—No hay prisa. Me lo devuelves cuando quieras.

Le vi extender el cheque, que seguidamente me entregó. Luego estreché con fuerza la mano que me apresuré a tenderle.

—Muchísimas gracias, Bill. Te estoy muy reconocido. Una cosa tan sólo, sin embargo: no le digas a Ann nada sobre esto. No le gustaría mi aceptación.

En sus ojos descubrí una mirada de sorpresa y confusión.

—¿Y tú crees que eso está bien, Harry? Yo creí que tú y Ann erais como una sola persona, que no teníais secretos el uno para el otro, que no os guardabais mutuamente nada bajo la manga...

Sentí que me ruborizaba.

—Bueno, sí que somos una sola persona, pero esto es otra cosa... Yo sé que ella no aprobaría mi aceptación y que andaría preocupada. Las mujeres no son como los hombres. Los hombres se valen de sus amistades en ciertas situaciones; las mujeres no. Tú sabes que yo te ayudaría si me necesitases, y por eso he aceptado tu ofrecimiento. En cambio, Ann piensa de otra manera... Yo preferiría que no le dijese nada sobre el particular.

—Conforme. No obstante, pienso que estás cometiendo una equivocación. —La roja cara de Bill presentaba una expresión de desencanto—. ¿Sabes, Harry? Aprecio a Ann tanto como a ti. Formáis una pareja estupenda. Vuestro comportamiento, vuestra unión, ha servido para abrirme los ojos. Siempre pensé que el matrimonio venía a ser una vida de perros y gatos juntos... Hasta que os conocí. Por favor, no vayas a echarlo a perder todo.

—Te estás expresando como un sentimental ingenuo. —Me esforcé por soltar una risita—. Ann y yo nos llevaremos siempre como hasta ahora.

—Espero que sea así. —Bill se guardó el talonario de cheques, poniéndose en pie—. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. Tres días más y comenzaré a desempeñar mis nuevas tareas. Si tú y Ann no tenéis nada mejor que hacer el sábado, ¿qué te parece si fuéramos al cine, a uno del barrio? Están dando una buena película de la Hepburn. A mí me gusta esta actriz. ¿Tú qué dices?

—De acuerdo. Ven a cenar con nosotros, alrededor de las siete.

—Esperemos que nuestra salida no resulte el velatorio a que, en parte, asistimos anoche —señaló Bill, sonriente.

Le acompañé hasta la entrada del taller en el preciso momento en que un Jaguar negro se detenía junto a la acera.

Al volante del vehículo, embutida en un elegante impermeable blanco, pero sin nada en la cabeza, se encontraba Gloria.

Nada más verla, el ritmo de los latidos de mi corazón se alteró. Ella me hizo una seña para indicarme que se disponía a entrar. Noté que Bill me miraba.

—Hasta el sábado —me dijo, al tiempo que se alejaba de mí, haciendo caso omiso de la lluvia.

Gruñí algo mientras indicaba a Gloria el espacio del taller que antes despejara de obstáculos.

Tim sacó la cabeza de debajo del vehículo en que estaba trabajando, observándome. Lo miré frunciendo el ceño, y tras unos segundos más de contemplación por su parte ocultó de nuevo la cabeza bajo el coche.

—¡Qué mañana tan horrorosa! —exclamó Gloria abriendo la portezuela del Jaguar y apeándose.

No se esforzó lo más mínimo por ocultar sus piernas al efectuar aquel movimiento. Por una fracción de segundo, tuve un electrificante atisbo de azulados volantes, cubriendo de modo fugaz porciones de unos blancos muslos y ligas de color azul cielo, visión que me dejó sobrecogido, como si hubiese sido un jovenzuelo que fisgara algún incitante espectáculo.

—Buenos días.

Vi cómo se ajustaba el impermeable, inclinándose luego dentro del coche, en busca del bolso y el paraguas.

—Por hoy se quedará aquí. Es posible que lo recoja mañana. Si el tiempo cambia, ¿querrá usted lavarlo?

—Sí. Haré que se ocupen de esto.

La joven se volvió hacia el Jaguar.

—Bonito cacharro, ¿verdad?

—Estupendo.

—¿Ha conducido alguna vez un coche como éste?

—No.

—Lo probará uno de estos días. Va como una seda y tiene una aceleración impresionante.

—Me gustará hacerlo.

Gloria fijó la vista en las largas piernas de Tim, que asomaban por debajo del coche en que trabajaba. Luego, me miró. Su mirada se detuvo a continuación en mi despacho, enarcando entonces las cejas.

—Si tiene usted la amabilidad de pasar a mi despacho tomaré nota, en el libro reglamentario, de todos los detalles del coche.

Ella sonrió, guiñándome un ojo pícaramente.

Una vez dentro del reducido habitáculo, cerró la puerta, apoyándose de espaldas en la misma.

—Su taller no asegura una perfecta discreción, ¿eh, Harry?

—Se puede confiar perfectamente en Tim.

Mi voz sonó ronca.

Gloria levantó la vista hacia el techo, mirándome después.

—Ella ha salido de compras.

—Ha comprendido usted pronto, ¿eh? —Gloria se echó a reír, arrugando graciosamente la nariz al hablar—. No quiero aparecer como una persona misteriosa, pero es el caso que a algunas esposas no les gusta ver a sus maridos hablando con chicas jóvenes.

—Ann no es así.

Sentí que el vello de mi nuca se erizaba, igual que se encrespan los pelos del lomo de un gato al ver a un perro.

—Lo siento. No quiero aparecer indiscreta. —Gloria hundió sus manos en los bolsillos de su impermeable, sonriéndome—. Quiero que asista a la fiesta que doy el sábado por la noche. Estará presente en ella un hombre que tal vez pueda ayudarle. Se dedica al negocio de la radio, y he pensado que podría ser útil para usted entrar en relación con él.

—¿Se dedica al negocio de la radio, ha dicho usted? Yo entiendo poco o nada de esto.

—Bueno, es igual. Él me dijo que anda tras una agencia que se encargue del transporte de sus piezas de repuesto. La agencia ha de estar emplazada en el West End. Usted dispone aquí de espacio de sobra. Le será fácil almacenar en este lugar para proveerlos. Comerciará con ellos. Sus clientes vendrán aquí para proveerse de cuanto necesiten. ¿No cree que ésta es una excelente idea?

Comprendí enseguida que, en efecto, se trataba de una buena idea.

—Saltaría de gusto si me dejase dirigir su agencia. Ahora bien, ¿accederá a ello?

Gloria sonrió.

—Es posible que sí. Tengo cierta influencia sobre él. Venga a casa el sábado. Lo conocerá. ¿Dispone usted de algún esmoquin?

Estuve a punto de contestar que no, pero me contuve a tiempo.

—¿Se trata de una reunión clásica de amigos?

—Naturalmente. —Las cejas de Gloria ascendieron por su frente—. Asista a nuestra fiesta en compañía de su esposa... Bueno, a lo mejor prefiere advertirle que se trata de una reunión de negocios. Las esposas, en ocasiones, resultan inoportunas, ¿no cree?

—No, no iré con Ann.

Ella asintió, bajando la vista hasta su calzado, de piel de ternera vuelta, impecable. Finalmente, me miró de nuevo.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? Se presentará en mi casa... Queda en el segundo piso, encima de Kenwick's, la joyería situada a media calle, a mano derecha. Hay una entrada auxiliar. Preséntese alrededor de las ocho.

Me acordé de pronto que había prometido a Bill que Ann y yo iríamos con él al cine el sábado por la noche. Reflexioné rápidamente. Podía escabullirme, inventar cualquier pretexto y hacer que Bill se ocupara de llevar a Ann al cine. De esta forma, no estaría sola aquella noche.

—¿Querrá hacerme un favor?

—Desde luego. ¿De qué se trata?

—¿Querrá telefonarme alrededor de las siete el sábado? No tiene más que marcar mi número, para colgar en cuanto yo atienda la llamada.

Los negros y chispeantes ojos de Gloria estudiaron mi rostro.

—¿Se está preparando una coartada, Harry?

Sentí que mi rostro se encendía.

—¿Importa mucho eso? ¿Hará lo que le he dicho?

Ella asintió.

—Lo haré.

Yo quería ahora que Gloria se fuera cuanto antes, para que Ann no la viera al regresar. Me moví impacientemente hacia la puerta.

—¿Quién era ese hombre menudo, de aspecto chocante, con quien estaba usted hablando hace unos momentos, Harry? —me preguntó la joven con toda naturalidad mientras cogía su bolso, que, al entrar, había depositado sobre la mesa.

—Se llama Bill Yates. Hace años que somos amigos.

—¿Qué es?... ¿Un cartero?

—De momento, pues ha sido ascendido hace poco. A partir del lunes será guardián.

—¿Guardián? ¿Es que hay guardianes en las estafetas de correos?

—Se asignan guardianes a las furgonetas y otros vehículos cuando transportan cosas de gran valor debidamente certificadas.

—¿Sí? Lo ignoraba. Me pareció un hombre simpático...

—Lo es. Se trata de mi mejor amigo.

Gloria echó a andar por el taller, hacia la puerta.

—Adiós, Harry.

—Adiós y gracias.

En el momento en que Gloria salía del local, Ann llegó a buen paso, protegida por su paraguas. Pasaron una tan cerca de la otra que hubieran podido tocarse de haber alargado sus brazos. Vi que Gloria se había fijado por un instante en los bastos y desgastados zapatos de Ann antes de avanzar decididamente por la acera.

Mi esposa no la había visto, porque se protegía con el paraguas.

Descubrí de pronto que Tim acababa de sacar la cabeza de debajo del coche en reparación. Primero miró a Ann y luego a mí. Me sentí como un ratero sorprendido *in fraganti*.

El viernes por la tarde, alrededor de las tres, comuniqué a Tim que iría a la casa Ward's, en Charing Cross Road, con el fin de comprar unas cuantas bombillas Gnome, para tenerlas de repuesto.

Después de adquirirlas, me fui a Moss Bros., donde alquilé un traje de etiqueta. Había hecho efectivo el cheque de Bill, así que disponía del dinero necesario y efectué la transacción sin ningún inconveniente. Me entregaron allí, también, un maletín para llevar el traje, la camisa y los accesorios. Seguidamente, me trasladé a la estación de Charing Cross, dejándolo todo en consigna.

No se crean que me sentía contento perpetrando este engaño. Por supuesto que no. Ahora bien, yo no podía decirle a Ann que Gloria me había invitado a su fiesta y no quería que me acompañara.

Iba a ser la primera vez, tras nuestro casamiento, que saldría solo. Y lo que resultaba peor: para ir en busca de otra mujer. No cesaba de decirme que me hallaba ante una cita de negocios, que me iba a deparar seguramente la oportunidad de mi vida. Me dije una y otra vez que sería un estúpido sin remedio rechazando el ofrecimiento de Gloria. Sin embargo, advertí que no había procedido honradamente al no insistir en que Ann me acompañara. Por otra parte, no podía decirle a mi mujer que Gloria me había invitado a ir a su piso, cuando Ann me preguntó si ella había sido la causa de nuestro roce. Estaba seguro de que no hubiera podido mirar a mi esposa a la cara de haberme sincerado. Además, yo sabía que ella no iría: no podía ir. No tenía ningún vestido adecuado para una reunión como aquella. Opté por lo más fácil: decidí no tenerla al corriente.

El sábado hizo un buen día, tras toda una semana de persistente lluvia. Ann se pasó la tarde haciendo preparativos para la cena, dedicando también parte de su tiempo a planchase el único vestido decente que tenía. Estaba haciendo un gran acontecimiento de aquella salida al cine, en mi compañía y en la de Bill. Llevábamos seis meses sin ver una película, y lo cierto era que me sentía muy mal al advertir su alegría, por el hecho de saber que yo no les iba a acompañar.

Ann había hecho un pastel de liebre para cenar: el plato favorito de Bill. Alrededor de las siete, mi esposa entró en el cuarto de estar para anunciar que todo estaba preparado.

Le brillaban los ojos y la vi bonita con su sencillo vestido. Se plantó ante mí como buscando mi aprobación y entonces sentí una punzada de atormentadores remordimientos.

—Estás muy guapa, Ann. —Me levanté de mi sillón para dar una vuelta en torno a ella—. ¿Quién se atrevería a decir que no me casé con un chica auténticamente bonita?

—¿Te parezco bien así? —Ann me tendió ambas manos y yo la besé—. Todo está dispuesto ya. Espero que Bill no se retrase.

—Faltan diez minutos para las siete. Debe de venir ya hacia aquí. Confía en Bill. No se perdería el pastel de liebre por nada del mundo.

—¿Quién es el que habla aquí de un pastel de liebre? —inquirió mi amigo desde el recibidor.

Se había puesto su mejor traje, y su roja cara se veía recientemente afeitada. Al entrar en el cuarto en que nos hallábamos Ann y yo tendió, con una tímida sonrisa, un ramo de claveles a mi mujer.

—Para ti, Ann. No creo que duren mucho estas flores. Se las compré, en la esquina de esta calle, a un vendedor ambulante.

Al ver cómo se iluminó el rostro de Ann al coger las flores, me sentí un tanto trastornado. Estaba empezando a pensar que no iría a casa de Gloria. Nunca había visto a Ann más guapa. Incluso Bill, que no solía fijarse en cosas así, se vio forzado a hacer un comentario.

—He de decirte, Harry, que te casaste con una joven encantadora. Es la primera vez que me doy cuenta de ello.

Ann se echó a reír.

—Haz el favor de callarte, Bill. Ésta no es una cena de cumplidos. Sentémonos a la mesa, no vaya a hacérsenos tarde.

Nos acomodamos alrededor de la mesa faltando ya muy pocos minutos para las siete. En cualquier instante, ahora, Gloria llamaría, y su llamada telefónica desencadenaría toda una serie de mentiras, que se prolongarían posteriormente, para no cesar. Este pensamiento hizo que se esfumara mi apetito, sintiéndome avergonzado.

Bill andaba muy ocupado con su porción de pastel de liebre para darse cuenta de nada; en cambio, Ann comprendió inmediatamente que algo marchaba mal.

Me miró sonriendo, algo vacilante.

—¿Está bueno, Harry? —investigó señalando mi plato.

—Magnífico. —Correspondí a Ann con una forzada sonrisa—. El pastel está estupendo. ¿No es así, Bill?

—Desde luego. Si alguna vez me caso, obligaré a mi futura esposa a que aprenda a hacer este plato, aunque estoy convencido de que nunca logrará hacerlo tan bueno como Ann.

Sonó el timbre del teléfono.

Ann fue a levantarse.

—No te molestes. Yo atenderé la llamada —dije, dando un salto en dirección a la puerta.

Sentí tanto pánico ante la idea de que Ann pudiera adelantárseme que al ponerme en pie derribé la silla, yendo a parar al suelo el tenedor y el cuchillo que estaba manejando.

Al abrir la puerta de la habitación sorprendí un gesto de sorpresa en el rostro de Bill. Ann se había quedado inmóvil, rígida, en su asiento, contemplándome con ojos súbitamente ansiosos.

Bajé la escalera, metiéndome en mi despacho y descolgando el auricular.

—Diga.

—Bueno, Harry, usted me dijo que le telefonara y esto es lo que acabo de hacer.

Al oír aquella ronca voz sentí una especie de hormigueo en la espina dorsal.

—Gracias —susurré—. Me reuniré con usted poco después de las ocho.

—Espero verle pronto. ¿Todo marcha bien?

Nos comportábamos de nuevo como dos conspiradores.

—Sí. Adiós, por ahora.

—Adiós, Harry.

Lentamente, colgué. Permanecí de pie junto a la mesa durante breves momentos. No tenía por qué mentir ante Ann. Podía subir y decirle tranquilamente que Gloria acababa de llamar para pedirme que fuera a su piso, donde tendría ocasión de charlar con el hombre del que me había hablado. ¿Por qué no contar a Ann lo de la agencia? Ahora bien, yo sabía que no sería capaz de enfrentarme con ella y con Bill, consciente de que en aquel asunto había algo más que mi entrevista con el amigo de Gloria.

Desde la puerta del despacho contemplé en silencio el taller, en aquellos momentos en sombras. Intenté hacer acopio de valor para correr escaleras arriba y dejarlo todo aclarado debidamente.

—¡Harry! ¿Qué pasa?

—Es el viejo Lewis. Se le ha averiado nuevamente el coche. Tendré que ir a ver qué le pasa, Ann.

Estas palabras salieron de mi boca sin pensármelas previamente.

—¡Oh, Harry! Esta noche no, no puedes irte.

Salvé lentamente los peldaños que me separaban de ella.

—Lo siento, querida, pero las cosas vienen así —dije, adelantándome y pasando uno de mis brazos por sus hombros al tiempo que la oprimía contra mi cuerpo, gracias a lo cual podía evitar mirarla a los ojos—. He de atenderle. No tengo tantos clientes como para permitirme el lujo de perder uno.

—¿Qué sucede? —preguntó Bill, abandonando la mesa.

—Un coche que se ha averiado en Edgware. No tengo más remedio que irme. Se trata de un antiguo cliente. Bueno, ocúpate tú de llevar a Ann al cine. Volveré con la mayor rapidez posible.

—¿Tienes que ir tú necesariamente, Harry? ¡Maldita sea! ¿Ese hombre no puede buscar otro mecánico que le repare el coche? Edgware queda muy lejos de aquí —manifestó Bill.

—Naturalmente que podría dar con alguien que se ocupe de su avería, pero si dejo que lo haga no volveré a verle por aquí jamás. Se trata de mi mejor cliente, Bill. No tengo más remedio que atenderle.

—Harry: si tú no vienes no me interesa ir al cine.

Di unas palmaditas a mi esposa en un brazo.

—¡Oh! Por supuesto que has de ir. No tengo tiempo para discusiones. He de ponerme el «mono» y sacar la furgoneta. Bill te acompañará al cine.

—No. Estoy segura de que Bill comprenderá mi actitud. Para que yo vaya al cine, tú tienes que acompañarme.

No había esperado enfrentarme con tal resistencia. Por un momento me sentí desorientado.

—No seas tonta, Ann. No puedes hacer que deje de cumplir con mi obligación. Irás al cine con Bill.

Nada más haber pronunciado estas palabras, me di cuenta de que no podía haber escogido otras peores. Vi que Ann erguía el busto y que su cara se encendía.

—Lo siento, Harry. Tienes mucha razón: soy una tonta. —Se volvió hacia Bill—. ¿Te importa acompañarme, Bill? Tengo ganas de ver esa película.

—La veremos, no faltaba más —contestó mi amigo.

—¿Puedo hacer algo, Harry, para que salgas de aquí con la mayor rapidez posible?

Ella no me miró mientras lo decía. No me habría sentido más afectado de haberme propinado una bofetada.

—Me las arreglaré solo. Terminad de cenar. Voy a cambiarme de ropa.

Al entrar en nuestro dormitorio, capté la mirada de Bill. Me pareció que sospechaba que allí había algo extraño. Saqué del guardarropa un traje de faena blanco, limpio, y en esos instantes me di cuenta que mis manos temblaban.

Bajé al taller, y abrí la puerta de salida. Puse en marcha el motor de la furgoneta y crucé el umbral, plantándome en la calle. Después, volví a subir al piso.

Bill y mi mujer se habían sentado a la mesa. Ann no comía. Sin embargo, Bill estaba dando buena cuenta de la ensalada de fruta, como si no hubiese ocurrido nada.

—Bueno, me voy. Procurad pasarlo bien.

Los dos levantaron la vista, pero yo ya había emprendido la retirada, y nuestras miradas no se encontraron. Encendí un cigarrillo.

—Espero que todo te salga bien, Harry —manifestó Ann en voz baja.

—Haré lo posible para que sea así. Que os divirtáis.

—Hasta luego, Harry.

—Hasta luego.

Bajé al taller. Seguidamente, me instalé en la furgoneta. Tenía la impresión de haber cometido el acto más cruel de mi vida.

Dejé la camioneta en un aparcamiento para coches del Strand, dirigiéndome a continuación a la estación de Charing Cross, donde recuperé la maleta. Me aseo en uno de los servicios de la estación, me cambié de ropa, guardé el traje y el «mono» en el maletín y luego lo deposité en consigna.

A las ocho menos cuarto abandonaba la estación. Disponía de suficiente tiempo, así que, a pie, me encaminé a Bond Street. Llegué a la casa de Gloria unos minutos después de las ocho.

La entrada auxiliar quedaba en un patio. La puerta principal estaba pintada de rojo escarlata muy vivo, viéndose geranios y lobelias en las cajoneras de las ventanas, lo que daba a la vivienda un aire alegre y continental. Descubrí aparcados en las inmediaciones tres coches grandes: un Cadillac, un Humber y el Buick del 39 que ya conocía de antes.

Me mantuve quieto, vacilante, unos momentos, levantando la vista hacia las ventanas. Todavía no sabía si optaría por hacer sonar el timbre de la puerta o salir de allí.

Decidí hacer lo primero.

Al cabo de unos minutos de espera, la puerta se abrió.

—Hola, Harry.

Di un paso adelante, y me detuve en seguida. Ella vestía un traje de noche negro, con un escote tan pronunciado que casi pude distinguir la parte superior de sus senos y el surco formado por éstos. Bajo aquella luz, sus hombros tenían la blancura de la porcelana, y la lámpara de techo del vestíbulo pareció encender los brillantes que remataban la parte más alta del vestido. Captaron mi atención unos centelleos provenientes de una horquilla con piedras que adornaba sus cabellos.

Jamás había tenido ante mí una mujer más sensual y excitante que aquella. Nada más mirarla, experimenté una impresión tan violenta que me asusté.

—¡Vaya! Está usted muy elegante —Gloria extendió un brazo para asir una de mis manos—. Va a ser la envidia de los otros chicos.

—Usted parece haber salido de una película.

—¿Sí? Éste es el primer cumplido que oigo esta noche. Me he puesto este vestido pensando exclusivamente en usted. ¿Le gusta?

—Es precioso: capaz de dejar a cualquiera fuera de combate.

—Bueno, venga. Voy a presentarle a los demás.

—¿Se encuentra él aquí?

—Sí. Se llama Dix, Ed Dix. Cuando la reunión se haya animado un poco, ya buscaré una ocasión para que pueda hablarle.

Me llevó hasta el pie de un tramo de empinados peldaños. Una vez arriba, penetramos en una alargada habitación saturada de humo de tabaco. Las cortinas habían sido corridas, eliminando así la débil luz del exterior. Estaban encendidas unas pequeñas lámparas provistas de tulipas de pergamino, distribuidas por las paredes.

—Chicos: aquí tenéis a Harry Collins, mi nuevo amigo predilecto —manifestó Gloria desde la entrada.

Estas palabras me dejaron sorprendido. Ahora, ¿qué podía hacer yo? La dejé que me condujera hasta el centro de la habitación.

—De izquierda a derecha —dijo ella, hablando rápidamente—: Betty, Connie, Paula y Madge. Harry, no les permita que dejen caer sus garras sobre su persona. Y vosotras, chicas, acordaos de que Harry me pertenece.

Las jóvenes lucían vestidos caros e iban muy maquilladas. Había allí dos rubias, una pelirroja y una rubia platino. Ninguna de ellas me atraía particularmente. Dedicué una leve y rígida reverencia a cada una, en tanto que Gloria deslizaba su brazo bajo uno de los míos adoptando un aire de posesión que me desconcertó.

Todas sonrieron. Paula, la pelirroja, me guiñó un ojo, en tanto que Madge, una de las rubias, me escrutó atentamente.

Un leve tirón en la manga me hizo dar media vuelta, encarándome para saludar a los cuatro hombres.

Tres de ellos vestían de etiqueta. El cuarto llevaba un traje de color gris perla, al estilo americano. La corbata era de las pintadas a mano, y representaba dos cabezas de caballo sobre fondo amarillo. Tratábase de un tipo alto y fornido, de unos veinticinco o veintiséis años. Sus pequeños y oscuros ojos intentaban penetrarme; la boca era menuda y de labios excesivamente rojos; la mandíbula resultaba alargada y maciza.

—Eddie: quiero presentarte a Harry Collins.

Así pues, aquel hombre era Ed Dix. Nada más verle, me disgustó.

—¡Hola! ¿Qué tal está? —me preguntó, desplazándose hacia mí con un movimiento lento, perezoso.

Era patente el acento norteamericano en sus palabras.

—Muy bien. Encantado de conocerle.

Me dedicó una burlona risita.

—¿De veras? Estupendo. Conozca a los chicos: Joe, Berry y Louis.

Aquellos hombres no debían de sobrepasar, cada uno, los treinta años. Berry era bajo y grueso, de rostro muy blanco y unos cabellos de un rojo flameante. Joe se veía corpulento y casi tan fuerte como Dix. Tenía la cara apelmazada, señalada por los golpes, como un ex-boxeador. Louis era rubio y de aspecto afeminado. Llevaba un bigotito que daba la impresión de haber sido pintado con un lápiz, adornándose con un clavel en un ojal.

Estos tres individuos me gustaron menos que Dix. Ahora estaban decididos, evidentemente, a mostrarse afables y uno tras otro estrecharon mi mano, sonrientes.

—Bueno, puesto que ya conoce a todos, tomemos una copa.

Gloria me hizo cruzar la habitación, guiándome hasta un bien provisto bar. Se deslizó tras el reducido mostrador.

—¿Qué desea tomar? ¿*Whisky*?

—Gracias.

Mis ojos buscaron ansiosamente sus senos, semidesnudos.

Mientras ella andaba ocupada con la coctelera, una de las chicas puso un disco en la radiogramola. Las cuatro parejas, casi inmediatamente, se pusieron a bailar. Gloria, apoyada en el bar, las observaba, fijando la vista en mí de vez en cuando.

Tuve tiempo para observar la habitación en que me hallaba. Había muebles caros, vistosos y de lujo. El piso era de pulido *parquet*; contaba con grandes y cómodos sofás, así como sillones, distribuidos a lo largo de las

paredes. Uno de los rincones estaba ocupado por un aparato de televisión, el más grande de cuantos yo había visto hasta entonces.

—¿No quiere bailar conmigo, Harry?

—No creo estar en condiciones de poder hacerlo ahora.

Gloria salió de detrás del mostrador.

—¿No quiere probar?

Deslicé mi brazo por su cintura y ella se apretó contra mí. Pude sentir las suaves curvas de sus senos contra la pechera de mi camisa y aspiré el perfume que se desprendía sus cabellos. Experimenté una emoción ya familiar, que anulaba toda voluntad en mí.

Bailar con Gloria era como bailar solo. Hubo un tiempo en que Ann y yo acostumbrábamos a ir al baile, pero tras la compra del taller no habíamos dispuesto de tiempo para tal expansión. Pronto descubrí que no estaba yo tan carente de facultades como me había imaginado, y tras un par de bailes, Gloria levantó la cabeza para obsequiarme con una sonrisa.

—¿Quién dijo que no podía bailar? Es usted tan bueno como Ed.

—¿Eso es un cumplido?

—Me explicaré: no hay nada que Ed haga mal, nada en absoluto.

Dix estaba bailando con Madge. Parecía contentarse con permanecer en un rincón con ella, haciendo oscilar el cuerpo al ritmo de la música, sin mover los pies.

Solamente cuando cesaron de sonar las notas de aquel disco y nos acercamos todos al bar en busca de bebidas, pensé de pronto en Ann.

Me alegraba de no haberla llevado allí. Sentía un gran alivio en ese sentido. Mi esposa se habría encontrado desplazada en medio de aquellas mujeres tan elegantemente vestidas. Al estudiarlas bajo la brillante luz del bar, mientras solicitaban sus bebidas, me pregunté, nervioso, si serían o no unas simples prostitutas: las cuatro tenían las voces fuertes, estridentes, los ojos centelleantes y la vulgar desenvoltura que podía verse en quienes hacían su carrera de trotonas. Esta idea me produjo un gran sobresalto.

Fijándome en los hombres, llegué a la conclusión, en ese instante, de que no pertenecían seguramente a una clase mejor. Berry podía pasar por un individuo dedicado a la caza de incautos; Joe era un boxeador de poca monta; Louis podía ser cualquier cosa: un gigoló, probablemente.

No logré clasificar a Dix. Evidentemente, era norteamericano. Había algo en él que me prevenía en contra suya, anunciándome que quizá era un tipo peligroso. Recostado en el bar, masticando chicle, con un *whisky* en la mano,

con sus negros ojillos chispeando al examinar de reojo a Gloria, me hacía pensar en el clásico *gangster* de las películas.

—Harry baila divinamente —proclamó Gloria—. Ed: tendrás que buscar la manera de reverdecer tus laureles.

—¿Sí? Bueno, pues ya me ocuparé de ello. —El hombre se había vuelto a medias, apoyándose de espaldas contra el mostrador del bar para mirarme—. Voy a hacerte una demostración que tú no eres capaz de llevar a cabo, amigo.

Se alejó del mostrador como dándose un poco de impulso, fue a la chimenea y sacó de ella un grueso atizador.

Cogiendo éste con ambas manos por los dos extremos, lo dobló en un santiamén y, a continuación, sin hacer ningún esfuerzo, aparentemente, lo enderezó de nuevo.

—¿Eres capaz de hacer esto, amigo?

Moví la cabeza, denegando.

—No es fácil, desde luego.

Ed arrojó el atizador dentro de la chimenea, con gran estrépito, volviendo otra vez al bar.

Gloria exclamó, irritada:

—¡Ésta sí que es buena! ¿A qué viene lo de querer lucir tus habilidades a costa de estropearme el atizador? Todos sabíamos ya que eres el hombre más fuerte del mundo.

Un feo brillo se notó en los ojos de Dix.

—Tú habla cuando te den permiso para ello, bragas sabelotodo, si no quieres exponerte a que te den un azote donde más pueda dolerte.

La expresión de Gloria se endureció, pero forzó una sonrisa.

—¡Vaya una manera de hablar! ¿Estás viviendo todavía en una caverna, Eddie?

Él la sujetó por una muñeca, haciéndola girar y propinándole un manotazo en las nalgas, todo ello en un rápido movimiento. El restallido causado por su mano fue como un seco pistoletazo. Gloria profirió un grito.

Sentí que se me subía la sangre al rostro. Mis puños se cerraron, e iba a descargar un puñetazo sobre aquel individuo cuando Joe se interpuso apresuradamente entre nosotros dos, dándome a mí la espalda y enfrentándose con Dix.

—Vamos, vamos, Ed. Éstas no son formas de tratar a una dama —dijo el hombre, reposadamente, desplazándose hacia la derecha al intentar yo rodearle, y cerrándome el camino de nuevo.

—Bueno, dejémoslo —repuso Dix, observándome por encima de la cabeza de Joe—. Esta mujer no desaprovecha nunca cualquier ocasión que se le presente para lucir sus irónicas salidas.

—¡Oh! ¿Por qué no os calláis los dos de una vez? —proclamó Gloria—. Tú, Ed, no eres mucho mejor que un orangután de pesadas manazas. —La joven se frotó la nalga, haciendo una mueca—. Apuesto lo que sea a que me has dejado estampados aquí tus dedos.

—Apuesto lo que quieras a que no —declaró Dix, sonriendo repentinamente—. Echemos un vistazo a la parte condolida.

—¡Ed, por Dios! —Ella se volvió hacia Louis—. Pon un disco y bailemos.

La tensión se atenuó y los otros comenzaron a bailar. Gloria se deslizó en mis brazos y la fui apartando de todos.

—¿Le hizo daño?

Gloria se echó a reír.

—No debe usted tomar a Ed en serio. Es un tanto largo de manos, pero esto no quiere decir nada concretamente en él. Tuve la impresión de que iba usted a iniciar una pelea.

Yo todavía estaba muy excitado.

—Me disponía a darle unos tortazos.

—No se le ocurra tal cosa, Harry. Él es un hombre demasiado fuerte y rápido. Ha peleado en el *ring* con hombres como Baksi y Mauriello, en Estados Unidos. No vaya a creerse que podría vencerle. Ni siquiera Joe, que fue en otros tiempos profesional del boxeo, se atrevería a pelearse con él.

—De todas maneras, si ese tipo la pega de nuevo, le daré una lección.

Gloria levantó la vista hacia mí. Sus ojos brillaban.

—Creo que lo haría, Harry, pero la verdad, no vale la pena.

Tomamos unas cuantas copas más, bailamos, y volvimos a beber. Berry andaba un poco embriagado. Yo mismo me hallaba por el estilo. No estaba acostumbrado a beber *whisky*, y cada vez que finalizaba un disco me encontraba con que, en el mostrador del bar, me esperaba otra copa. Además, aquellos *whiskys* eran muy fuertes.

Una discusión estalló de pronto en un rincón, entre Berry y Madge. Ella estaba tan atiborrada de alcohol como él, si bien no todo lo que el hombre deseaba.

Berry intentaba llevarse a la joven a otra habitación cuando Gloria advirtió lo que allí sucedía.

—¡Ed! Haz el favor de ocuparte de esto... A mí me tiene sin cuidado lo que él quiera hacerle a ella fuera de aquí, pero no estoy dispuesta, en modo alguno, a que utilice para eso mi dormitorio.

Dix sonrió perezosamente.

—Bueno, ¿qué más da? Deja al hombre en paz.

—Si tú no intervienes lo haré yo.

Ed se encogió de hombros, dirigiéndose hacia Berry.

—Cuando ha ingerido mucho alcohol es igual que un animal —me informó Gloria, arrugando la nariz.

Dix comunicó algo a Berry, quien dejó a Madge en paz, sentándose y frunciendo el ceño. Dix volvió al bar.

—Ed: ¿no crees que ya es hora de que hables con Harry?

—Conforme. Vámonos a la habitación de al lado, Harry.

—Por favor, no te tumbes en mi cama, como hiciste la última vez —pidió Gloria.

—¿Y para qué sirven las camas si no es para tumbarse en ellas?

El hombre hizo un movimiento expresivo de cabeza dedicado a mí y yo eché a andar tras él. Al pasar ante Berry, éste dijo con una burlona sonrisa:

—¿Sois dos chicas que se disponen a pasar al tocador para empolvase la nariz?

Dix se volvió, asiendo a Berry de lado con la rapidez del rayo. Le propinó unas bofetadas antes de que Berry dispusiera de tiempo para protegerse. Se las dio con tanta fuerza que el agredido se escurrió del diván, yendo a parar al suelo.

—¡Ed! —chilló Gloria.

Las otras chicas se pegaron a la pared, procurando quitarse de en medio. Louis y Joe no se movieron. El primero parecía sentirse asustado, en tanto que Joe sonreía, hundiendo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones.

Dix se mantuvo de pie junto a Berry, quien, tendido de lado en el piso, miraba a su atacante. Una de sus blancas mejillas estaba ahora roja como la grana.

—¿Qué fue lo que dijiste, estúpido? —le preguntó Dix en un tono de voz peligrosamente tranquilo.

—Yo no dije nada —contestó Berry, sin moverse.

—Pues, entonces, cállate.

Dix relajó sus macizos hombros, bajo su enguantada chaqueta, volviéndose después hacia mí.

—Adelante. Hablemos.

Se adentró en la habitación vecina sin volver la cabeza. Todavía impresionado, y un tanto nervioso, a causa de la increíble rapidez con que se había desplazado para golpear a Berry, le seguí, cerrando la puerta.

Me vi dentro de un dormitorio profusamente amueblado con piezas de tonos azules y plateados. Junto a una de las paredes se encontraba una cama de cabecera acolchada en raso azul. Otro de los tabiques estaba ocupado por armarios empotrados de madera de nogal. Había allí también un enorme espejo iluminado por lámparas fluorescentes de tubo, que cubría la mayor parte de la tercera pared, así como un tocador lleno de botellas de lociones, perfumes y cajas de cremas, todo lo cual quedaba delante del lecho.

Dix andaba de un lado a otro del dormitorio, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Qué dormitorio, ¿eh? ¿Quién podría quedarse dormido entre tantos volantes?

—Yo no, pero esto es del agrado de casi todas las mujeres.

—Sí, quizá tenga usted razón. Déjese caer donde prefiera. Deseo charlar con usted.

Se aproximó a la cama y tendióse en ella. Extrajo un cigarrillo de un paquete, me lanzó otro y encendió el suyo.

—Gloria me ha dicho que tiene usted un taller de grandes dimensiones en Eagle Street. ¿Le explicó que intento montar una agencia en el West End?

—Sí, en efecto, lo mencionó.

—Eagle Street es una calle que me iría bien. ¿Cree usted que podría dirigir mi agencia?

—¿Por qué no? Concretamente, ¿cuál sería mi misión?

—Al principio, no tendría mucho que hacer. Más adelante, habría que cuidar de un *stock* de artículos, los que fabrica mi compañía, tomando todas las precauciones necesarias para estar perfectamente abastecido en todo momento. Hay unas ciento quince piezas de repuesto para el receptor de televisión que nosotros fabricamos, y cada pieza tiene su número de código. Los comerciantes del ramo le pasarán los pedidos utilizando tal número y usted se encargará de abastecerlos. En esto consistirá todo su trabajo. Usted obtendrá el diez por ciento del precio bruto.

—¿A cuánto podría ascender?

Mi interlocutor se encogió de hombros.

—Eso depende de las ventas, claro. La cifra a alcanzar nunca representaría menos de cincuenta libras semanales.

Me esforcé por no mostrar ninguna sorpresa, pero Dix me estaba observando atentamente y comprendí que con mi gesto le había hecho saber que tal cantidad era mucho más de lo que yo me había imaginado.

—Me parece bien.

Dix me dedicó una perezosa e insolente sonrisa.

—Tiene que parecérselo. De salir bien la cosa va a representar para usted una especie de salvavidas, ¿no es así?

—Bueno, he de reconocer que mi situación no es muy boyante, de momento.

—¿Qué le parece si me pasara por su taller, para echarle un vistazo? Si es suficientemente grande, quizá llegáramos a un acuerdo. No puedo prometerle nada hasta entonces, pero no veo por ahora nada que impida que trabajemos juntos. ¿Piensa usted igual?

Yo no me sentía muy decidido a asociarme con un hombre tan violento como aquél. En el curso de la media hora anterior, me había facilitado dos ejemplos demostrativos de su mal genio. No me agradaba nada aquel individuo. Había algo en su persona que me inducía a desconfiar. Pero pensé en el dinero que estaba ofreciéndome y esto pesó en mí más que los recelos que me inspiraba. Con aquellas cincuenta libras entrando en mi casa cada semana yo podría, por fin, dejar de ver números rojos en mis cuentas.

—Me ocuparé de cumplir con mi tarea si usted me concede esta oportunidad.

Dix me miró de reojo.

—Tendrá que cumplir, socio. Si trabaja bien, nos entenderemos. De no ser así, prescindiremos de usted.

—Es justo.

—Bien. De momento, esto es todo. —Abandonó el lecho echándose a un lado y dejando la huella de su corpachón en la almohada y el edredón, de color azul pálido—. El lunes por la tarde iré a ver su taller. No puedo concretar la hora. Posteriormente, cerraremos el trato.

—Allí le esperaré.

Regresamos a la habitación grande.

Berry, Louis, Madge y Connie estaban jugando a las cartas. Gloria y Joe se encontraban charlando en el bar. Las otras dos chicas se habían ausentado.

—¿Dónde están Paula y Betty? —inquirió Dix, acercándose a los del bar.

—Se han ido a casa —respondió Gloria.

—Eso está bien. Vosotros vais a retiraros también. Llevaos a vuestras amigas. Se acabó la fiesta.

Yo esperaba ver protestar a Gloria, pero ella no dijo nada. Los cuatro de la mesa abandonaron las cartas, poniéndose en pie. Las chicas pasaron al dormitorio, para coger sus abrigos. Berry y Louis se plantaron, algo nerviosos, junto a la puerta. En la cara de Berry, y en el sitio preciso en que Dix le había golpeado, estaba comenzando a aparecer la huella de su agresión.

—Os veré mañana, muchachos —manifestó Dix—. A la hora de costumbre.

—De acuerdo —repuso Joe.

Consulté mi reloj de pulsera. Eran las once y media. Ann ya habría regresado a casa. Ni siquiera me había dado cuenta de la rapidez con que había pasado el tiempo.

—Yo también he de marcharme.

—No tiene por qué apresurarse. Deshagámonos de esos trastos primeramente —dijo Dix mientras arrancaba a una pastilla de chicle su envoltorio de papel—. Ponle una copa a nuestro amigo, Gloria.

—No quiero beber más.

—¡Sírvele otra bebida!

Mientras Gloria preparaba un *whisky*, las chicas aparecieron con sus abrigos puestos ya. Su despedida estuvo caracterizada por un gran nerviosismo. Evidentemente, les alegraba salir de allí.

Una vez se hubieron marchado, Dix dijo:

—Todo parece indicar, Gloria, que Harry y yo vamos a trabajar juntos. Si su taller está en condiciones, lo dejaremos todo ultimado el lunes.

Gloria me miró sonriente. Sus ojos se habían iluminado.

—Me alegro. A los dos os vendrá bien asociaros. De otro lado, tendremos más ocasiones de vernos.

—Gloria no tiene un pelo de tonta —señaló Dix, de muy buen humor, aparentemente—. Esta muchacha me ha dado unas cuantas buenas ideas en el pasado, y esta de ahora puede que dé muy buen resultado. —El hombre levantó su vaso—. Esperémoslo así, Harry.

Apuré mi *whisky*.

—Tengo que irme a casa ahora —declaré, consultando de nuevo mi reloj de pulsera, francamente nervioso.

—¿A qué vienen tantas prisas? —inquirió Dix, enarcando sus gruesas cejas—. Véngase con nosotros al Millonaire's Club. Vamos a hacer que la noche sea sonada.

—No. Lo siento. Se lo agradezco, de todos modos. He de regresar a casa.

—Tiene una esposa que le espera, Ed —aclaró Gloria, sonriendo—. Espera a que te veas casado. De casado no creas que vas a poder volver al hogar a la hora que se te antoje.

Sentí que se me encendía el rostro.

—¿Que no? —preguntó Dix—. Vamos, vamos, no bromees. Yo estaré por ahí hasta la hora que me dé la gana y si a mi esposa no fe gusta, ya te puedes figurar a dónde terminará mandándola.

—Vosotros, los hombres de las cavernas, me asustáis.

Dix hizo una irónica mueca.

—No hace mucho te di un susto, y si ahora no te andas con cuidado te daré otro.

Gloria retrocedió rápidamente, riendo.

—Déjate de esas cosas, por favor. Tengo todo el cuerpo lleno de contusiones. Bueno, Harry, si tiene que irse, váyase ya.

—He de levantarme temprano. Necesito dormir algo esta noche.

—Bueno, pues hasta la vista —repuso Dix, dedicándome una burlona sonrisita, al tiempo que me alargaba una maciza mano. Con su apretón estuvo a punto de estrujarme los huesos de mis dedos y de hacerme proferir una exclamación de dolor—. Nos veremos el lunes.

—Sí.

—Bajaré con usted —anunció Gloria.

Descendimos por la escalera hasta el vestíbulo en sombras.

—Todo marchará perfectamente, Harry. Le ha caído usted bien. Conozco sus reacciones. Normalmente, no estrecha nunca la mano a las personas que no son de su agrado.

—Todo esto he de agradecerérselo a usted.

Gloria levantó la cabeza para mirarme, sonriente.

—También a mí me parece usted una persona agradable, Harry.

Nos miramos mutuamente, muy cerca. Volví a sorprender en sus ojos aquello que yo viera ya antes y que ahora, de pronto, me sacó de mis casillas. Ella avanzó lentamente, cayendo entonces en mis brazos.

—Será mejor que no, Harry... —murmuró Gloria.

Pero irguió la cabeza, al mismo tiempo que sus brazos se deslizaban en torno a mi cuello.

Mis labios entraron en contacto con los suyos. Los sentí presionando los míos, ablandándose luego, entreabriéndose... Quedamos estrechamente abrazados en aquella semioscuridad.

Al besarla sentí como si me hubiese visto arrastrado por el ojo de un huracán. Cuando Gloria se desasíó de mí, yo respiraba roncamente, los latidos de mi corazón se habían acelerado terriblemente, y experimenté la sensación de tener en torno a mi pecho una curvada barra de hierro que me ahogaba poco a poco.

—Buenas noches, Harry.

Gloria abrió la puerta principal. A la luz de la luna vi que sus senos se elevaban y descendían rápidamente, y que sus ojos brillaban más que nunca.

Crucé el umbral de un modo vacilante. Intenté decir algo, pero no me salieron las palabras de la boca. Seguía plantado allí, ante la entrada, esforzándome por controlar mi respiración y mirando embelesado a Gloria, cuando ella, lentamente, fue cerrando la puerta, dejándome por fin solo en el patio de acceso, iluminado por la luz de la luna.

Mientras caminaba en dirección a la estación de Charing Cross, con objeto de coger mi maletín, elaboré un plan de campaña.

Aquel beso de despedida, tras todo el *whisky* que ingerí, me había espoleado igual que si me hubiera tragado un puñado de tabletas de benzidreno. Tenía la absoluta seguridad de que lograría controlar la situación. ¡Iba a ganar cincuenta libras por semana! Ann, desde luego, se enteraría de esto, pero yo tendría que proceder de manera que no pudiera resultar dañada en nada. Era cuestión esencial que no saliera herida. No acertaba a comprender por qué me había portado tan neciamente al decirle una mentira. Dado mi estado de ánimo en aquellos instantes, se me antojaba entonces ridículo no haberle dicho que no me era posible acompañarla al cine porque llevaba entre manos un gran negocio. Había de corregir este error tan pronto llegara a casa. Ello implicaría la elaboración de unas cuantas mentiras más, pero esta cuestión se me antojaba inevitable.

Y luego estaba Gloria... No la amaba, por supuesto, pero es verdad que me había encaprichado de ella. Son muchos los hombres que se encaprichan de ciertas mujeres, me dije, a pesar de estar auténticamente enamorados de sus esposas. Esto es algo que sucede a diario, que ha sucedido siempre, que siempre sucederá. Esta vida, pensé, sólo se vive una vez, y uno sería un estúpido al desechar una oportunidad como la que a mí se me deparaba. «Gloria quiere acostarse contigo y tú quieres acostarte con ella. Desde luego, pensando en Ann, tu conducta no es leal, pero... A fin de cuentas, estas cosas se dan cotidianamente. Entonces, ¿por qué has de ser tú, Harry, la excepción? No va a pasar nada. Ojos que no ven corazón que no siente, dice el refrán. En tanto que Ann no sepa una palabra del asunto, y yo me voy a ocupar muy en serio de que no tenga la menor noticia, ¿cuál es el daño que puedo causar?».

Viviría un romance amoroso con Gloria, seguí diciéndome, y más tarde rompería con ella. Para salir bien parado con Ann tendría que mantener a Gloria constantemente fuera de nuestro ámbito habitual. No quería engañarme y hacerme la ilusión de que ella estaba enamorada de mí. No había nada de eso. El amor no entraba en aquella historia. Todo quedaba reducido a una pasión física de la que participábamos los dos. Superada ésta, ya no quedaría nada.

Yo creía realmente en cuanto iba diciéndome. Siempre que Ann no se enterara de nada, todo marcharía perfectamente. «Adelante —pensé—, procura no correr ningún riesgo, y no te pierdas esta oportunidad».

Al enfilear Eagle Street sentí un cúmulo de emociones, pensando en Ann. Me poseyó una gran excitación. Ann era una buena chica. No había ninguna mejor. No había otra persona en el mundo a quien amara más. La aventura con Gloria no iba a alterar los sentimientos que Ann me inspiraba. Procuraría que se mantuviera alejada de mis cosas. Lo que me convenía más era actuar con la mayor rapidez posible en aquel escarceo, para olvidarme en seguida de Gloria. Todo resultaría así de fácil.

Cuando abrí la puerta del dormitorio vi que la luz estaba encendida. Ann se encontraba acostada; sus cabellos se derramaban sobre sus hombros; observé en sus ojos una grave mirada de preocupación.

—Bueno, ya estoy de vuelta.

—Sí, Harry.

Cerré la puerta de la habitación.

—¿Os gustó la película?

—Estuvo bien.

Me situé a los pies de la cama, sonriéndole. Estaba todavía bajo los efectos del *whisky*, sintiéndome dominante, seguro, optimista.

«Yo haré que desaparezca de tus ojos esa mirada de preocupación, querida. Sí. Dentro de un minuto», me dije. «Espera a oír lo que voy a decirte».

—Ann: tengo que confesarte algo.

Sorprendí en ella un titubeo.

—Es tarde, Harry. ¿No sería mejor que empezaras a desnudarte?

—He dicho que tengo que confesarte algo. ¿No sientes ninguna curiosidad?

—¿De qué se trata?

Vi que sus manos se cerraban, y entonces ella, rápidamente, ocultó sus puños bajo las ropas del lecho.

—No fue Lewis quien llamó por teléfono esta noche. Te mentí.

Ella continuó mirándome en silencio durante un largo momento, para responder después:

—Lo sabía, Harry.

Esto me sobresaltó. Mi maniobra de apertura quedaba arruinada. La miré fijamente.

—¿Lo sabías? ¿Cómo lo supiste?

—¿Qué más da? Era bastante evidente, Harry. Será mejor que vayas desnudándote.

—Verás, creo que estás pensando cosas que no tienes derecho a pensar. Te mentí sólo porque deseaba evitar que te hicieras falsas ilusiones. No debiera haber procedido así, desde luego, pero es que no tenía la seguridad de que el ofrecimiento que me habían hecho se tradujera en algo práctico. Quise evitar que sufrieras una decepción.

Ella continuaba mirándome con atención, todavía con un gesto preocupado en el rostro, aunque ya no tan asustada.

—No sé qué quieres decir.

Me senté en el borde de la cama, junto a mi esposa.

—Naturalmente, es muy lógico. ¿No te acuerdas de que te dije que era preciso pensar algo por mi parte, buscar una idea que sirviera para sacarnos de nuestros apuros? Bien, pues ya he dado con ella. Existe una compañía que se dedica a la fabricación de receptores de televisión. En realidad, sucedió que el viejo Lewis mencionó la razón social ante mí mientras yo me ocupaba de repararle el coche. Me dijo que andaban buscando una agencia por el West End. Decidí tomar cartas en el asunto. Llevé a cabo unas cuantas indagaciones y entré en contacto con el hombre que me convenía conocer. Se llama Ed Dix. ¿Te acuerdas de que ayer por la tarde salí a comprar unas lámparas de coche? Bueno, pues fui a verle entonces. Al principio no parecía hallarse interesado, pero insistí, terminando por decirme que hablaría con su gente, tras lo cual me telefonaría. Él fue quien me llamó por teléfono esta noche, cuando dije que era Lewis. —Estaba bajo los efectos del *whisky* que había bebido. Las mentiras iban sucediéndose con tal fluidez que yo casi las aceptaba como verdades—. Me pidió que fuera a su casa inmediatamente. Todavía parecía dudar, pero tuve la impresión de que no me costaría trabajo ponerlo de mi parte. Claro, no podía estar seguro de salirme con la mía, por lo cual no me sinceré contigo ni con Bill. Quería estar absolutamente seguro de todo antes de poder dar la gran noticia. Lo cierto es que ahora, Ann, la cosa está ya en el bote, siempre que él considere que nuestro taller es suficientemente grande. Vendrá a verlo el lunes y estoy convencido de que lograré remachar la operación. Escúchame, Ann: este asunto es importante; podría, realmente, serlo aún más con un poco de suerte. ¡El hombre me ha dicho que yo no ingresaré menos de cincuenta libras por semana! ¿Te das cuenta? ¡Cincuenta libras por semana! ¡Válgame Dios! Ahora voy a comprarte una docena de pantalones. ¡Lo que se te antoje!

Ann se incorporó en el lecho. Su gesto de espanto, de preocupación, se había disipado. Sus ojos brillaban.

—¡Oh, Harry! ¡Qué preocupada me has tenido!

Pasé un brazo por sus hombros, oprimiéndola contra mi pecho.

—Sé perfectamente que no hubiera debido mentirte, Ann, pero, ¿cómo iba yo a saber que serías capaz de adivinar mis verdaderos pensamientos? Me figuré que os había engañado sin grandes esfuerzos a los dos, a ti y a Bill. Si hubiese adivinado, en algún momento, que tú no te creías lo de Lewis, te habría dicho la verdad. ¡Maldita sea! ¿Por qué no te sinceraste conmigo? ¿Por qué fingiste dar crédito a mis palabras cuando no era así? Has estado pensando todo género de insensateces desde entonces, ¿eh?

—Lo siento, Harry. Lo siento de veras.

—Ya me lo imagino, Ann. No hace mucho, me dijiste que no debíamos perder jamás la fe el uno en el otro. Lo cierto es que esta noche no confiabas en mí lo más mínimo.

—¡Oh, Harry! Perdóname. Estaba preocupada. Pensé que...

—No importa ahora qué fue lo que pensaste. —No quería oírla decir que se había figurado que me había ido en busca de Gloria—. Todo ha quedado aclarado ya. El lunes, si tenemos suerte, voy a ser el encargado de una agencia que nos proporcionará ingresos por valor de cincuenta libras por semana. ¡Imagínate, Ann!

—He aquí la respuesta a mi plegaria —contestó mi esposa, rodeando con ambos brazos mi cuello—. Sé lo que piensas, Harry: que he sido una tonta en lo tocante a todo esto, pero Dios es bueno con nosotros. Anoche estuve rezando por los dos, poco antes de que tú regresaras. No podía creer que nos pasara algo malo... Esto es imposible que suceda entre nosotros, Harry.

Justamente, cuando empezaba a dudar de que Dix se presentarla, entró en mi taller al volante de su gran Cadillac pintado de azul y rojo.

Yo había estado sobre ascuas a lo largo de todo el día. Me había puesto mi mejor traje después de haber suministrado a mis clientes habituales el combustible de cada mañana, permaneciendo sentado en mi despacho, esperando, mientras el tiempo pasaba lentamente.

En el asiento delantero, junto a Dix, se hallaba Berry, repantigado. El primero llevaba un traje oscuro con una fina rayita blanca, tocándose con un sombrero gris perla, de ala caída. Su chillona corbata, pintada a mano, no encajaba con un traje como el suyo. A decir verdad, la corbata en cuestión hubiera estado fuera de lugar con cualquier otro traje.

El de Berry era gris y llevaba su sombrero, negro, de ala caída también, echado sobre un ojo. Daban la impresión de acabar de abandonar una película de gánsters tipo Humphrey Bogart. El coche, las ropas, la forma en que se apearon del vehículo, dejando las portezuelas abiertas, eran detalles que yo había visto en los filmes de Hollywood.

—Hola, ¿qué hay? —saludó Dix, al verme—. Así pues, éste es el local. — Se quedó plantado, de pie, con las manos metidas en los bolsillos, mirando a su alrededor—. ¿Dispone de tomas de corriente?

—Sí: hay unas diez.

—La luz no es muy buena, verdaderamente.

—Utilizamos lámparas portátiles para nuestros trabajos. Así ahorramos electricidad. Bueno, podría hacer que la instalación fuese mejorada, si cree que esto debería estar más iluminado.

El hombre emitió un gruñido.

—De todos modos, hay mucho espacio aquí. Este taller es como un gran granero campestre. ¿Le importa, socio, que echemos un vistazo por el local? Cuando haya finalizado mi inspección iré a su despacho. ¿Es eso de ahí?

—Sí.

Un tanto desinflado, regresé a mi despacho, sentándome. A través de la ventanilla observé a los dos hombres yendo de un lado a otro del taller.

Ann asomó la cabeza por la puerta posterior.

—¿Han venido?

Se había puesto, para aquella ocasión, el mejor de sus vestidos. Su cara estaba enrojecida a causa de la excitación.

—Ahora andan por ahí fuera.

—¡Santo Dios! ¿Es ése su coche?

—Es impresionante, ¿eh? Ese hombre debe de estar nadando en dinero.

Ann se desplazó hacia la ventanilla, paseando la mirada por el taller.

—Procura que no te vean.

—Ese hombre tiene un aspecto deslumbrante, Harry.

—Es norteamericano. Tú ya sabes el aspecto que tienen los norteamericanos.

—Preferiría que no tuviera un aire tan llamativo. ¿Quién es el que le acompaña?

—Uno de los suyos, me parece. Se llama Berry. No sé más acerca de él.

Ann se apartó de la ventanilla. Parecía preocupada.

—¿Estás seguro de que se trata de buena gente?

Miré a Ann con un gesto de extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es que hay algo en ellos que...

—¡Por lo que más quieras, Ann! Naturalmente que son buena gente. Bueno, mira, sé sensata y deja este asunto en mis manos. No es necesario que los conozcas personalmente. En realidad, no tengo ningún interés especial en estrechar con ellos lazos de amistad. Es mucho mejor mantenerlo todo dentro de los estrictos términos de un negocio.

Ella me contempló, un tanto confusa:

—De acuerdo, Harry, pero no te dejes arrastrar a nada dudoso. Procura ponerlo todo bien en claro antes de comprometerte a hacer lo que sea.

La empujé hacia la puerta que conducía a la escalera.

—Vete, Ann. Hablas como si ellos fuesen un par de granujas.

Cuando mi esposa se hubo marchado, volví a la ventanilla, observando a Dix y a Berry, que se habían detenido en la entrada del taller, mirando al otro lado de la calle.

No había querido admitirlo ante Ann, pero lo cierto era que aquellos dos individuos también me ponían nervioso. Pensé en las cuatro chicas que había conocido en la reunión de Gloria. Estaba casi seguro de que no eran gente clara. Podía ser que no fuesen unas simples prostitutas, pero no debían resultar nada mucho mejor. ¿Por qué diablos andaba Gloria asociada con tales mujeres? Quizá Dix las había llevado allí por el hecho de acompañar a los otros hombres, sin saber Gloria que harían acto de presencia en su piso.

¿Hasta qué punto eran Gloria y Dix amigos? El gesto de él al azotarla revelaba la existencia entre ellos de una familiaridad que a mí me había desconcertado.

Al ver que Dix avanzaba rápidamente por el taller en dirección a mí, dejando a Berry en la entrada, abrí la puerta del despacho.

—Entre.

Dix se detuvo en el umbral, mirando a un lado y a otro.

—¡Demonios! Esto no es mucho más grande que una madriguera.

—No preciso de más espacio —declaré, enojado de pronto por su actitud crítica—. Así me basta para poder llevar mis libros en regla, de modo que, ¿por qué hacer esto más grande?

Él me miró por el rabillo del ojo, sonriendo después.

—No se altere, socio. Quizá esté usted en lo cierto.

Empujé una silla hacia Dix y éste se sentó a horcajadas, echándose el sombrero hacia atrás. Sus dedos se hundieron en uno de los bolsillos del chaleco, en busca de un paquete de cigarrillos. Me ofreció uno, que procedió a encender, ocupándose luego del suyo.

—¿Qué le ha parecido el taller? —inquirí, impaciente.

—Está bien. Aparque sus posaderas. Quiero que hablemos.

Me senté. Mi corazón había comenzado a latir con fuerza. Si el taller merecía su aprobación, ya no había nada que se opusiera a que nuestro asunto siguiera adelante, pensé. ¡Cincuenta libras semanales! Empecé a pensar en la cantidad de cosas que yo podía comprar con tanto dinero.

—Es posible que el sábado por la noche le causara una errónea impresión —declaró Dix. Sus menudos y brillantes ojos no se apartaron un momento de mi cara—. Creo haberle hablado de establecer aquí una agencia para la distribución de piezas de repuesto. ¿Es así?

Me erguí, atento.

—Pues sí, de eso estuvo hablándome.

—En efecto, creo que sí —Dix me dedicó su perezosa e insolente sonrisa, un gesto en él característico—. Bueno, ésa es la idea, en general. Ahora bien, puede ser que necesitemos que transcurran nueve meses o un año para ponernos en condiciones de suministrar piezas de repuesto.

—No fue eso lo que me comunicó el sábado.

—Lo sé. Quería ver este lugar primeramente. La verdad es, socio, que aún estamos en el período experimental. Nuestro receptor va a ser una revolución en el mercado. Mientras no lo tengamos a punto, procuraremos que todo lo relativo a él sea secreto. Cuanto menos gente hable de nuestro proyecto

mejor. El sábado quise despistarlo... Quería tener la seguridad de que éste era el lugar que yo andaba buscando.

—Comprendido. Bueno, esto resta importancia a la cosa. Yo contaba con empezar a trabajar inmediatamente.

Él denegó con un movimiento de cabeza.

—No podemos hacer eso. El receptor todavía no está a punto.

—Entonces, ¿no vamos a asociarnos ahora? ¿Queda desechada la idea de la agencia?

—No, no queda desechada. Dentro de un año, de menos tiempo tal vez, podría estar en marcha.

—Para entonces yo ya no estaré aquí.

—¿Por qué?

—Mi negocio marcha mal. Esperaba que su agencia me permitiera abandonar los números rojos. No me es posible aguardar un año.

—No le he pedido que aguarde durante todo un año. —Dix se inclinó hacia adelante para hacer caer, con un golpecito de uno de sus dedos, la ceniza del cigarrillo sobre un recipiente que tenía encima de la mesa para tal fin—. Estoy dispuesto a alquilar una parte de este taller por quince libras semanales. ¿Le conviene este trato?

Estudié detenidamente el rostro de mi interlocutor.

—¿Por qué quiere alquilar una parte del taller si la agencia no empezará a funcionar hasta dentro de un año?

—Escúcheme... Nuestros talleres se encuentran en Maidenhead. Estoy harto de ir y venir de Maidenhead cada día. Ello supone una gran pérdida de tiempo. Me propongo, de momento, mientras no se pone en marcha la agencia, que haya aquí un pequeño centro experimental. Ganaré tiempo, y a usted esto le servirá para sostenerse hasta que nosotros actuemos plenamente. ¿Le serán suficientes esas quince libras semanales?

—Bueno, pues sí. ¿De qué espacio necesitará usted disponer?

—Vamos afuera y se lo enseñaré.

Echamos a andar por el taller, rumbo a la salida.

—Quiero todo este lado, incluida la ventana: unos nueve metros.

—Le convendría más disponer del fondo de la nave. Si llegan coches para ser reparados le molestarán. Además, aquí interceptará mis movimientos.

Dix movió la cabeza, denegando.

—Necesito lo más cerca posible la agitación del tráfico. Nuestro receptor está proyectado para no presentar distorsiones en la imagen, ni en el sonido, por efecto de los parásitos procedentes de la circulación. Por eso escogimos

Eagle Street. El tráfico, en este lugar, es continuo, y si podemos montar una demostración aquí la podremos hacer en cualquier parte. Quince libras por semana no es un alquiler malo, si se considera que no es probable que usted pague más de cinco por toda la nave.

No estaba muy lejos de la realidad. Yo abonaba un alquiler por debajo de las cinco libras, más las tasas.

Desde luego, después de haber estado esperando percibir cincuenta libras semanales, suponía una baja notable la nueva cifra. Pero quince libras constituían algo mejor que nada, mucho mejor.

—¿Desea usted encargarme algún cometido?

Dix contestó que no con un gesto.

—Esto es un trabajo de expertos. Berry y Louis trabajarán en ello. Los dos han efectuado ya prácticas experimentales en Maidenhead.

Observé en silencio a Dix. Yo comenzaba a sospechar algo, a recelar. Nadie conseguiría convencerme de que Berry y Louis eran expertos en cuestiones de radio: especialmente el segundo.

Dix interpretó, en seguida, correctamente, mi expresión de incredulidad.

—Bueno, socio, no hay por qué seguir adelante si no quiere. Le estoy ofreciendo setenta y cinco libras en efectivo por el alquiler durante un mes, pero no quiero que me mire así. Este asunto es mío, no suyo. Todo lo que hace usted es alquilarme un sector de este local de poca monta. ¿Cerramos el trato o no?

Vacilé.

¡Setenta y cinco libras! Podría devolverle a Bill la mitad de lo que le debía, quedando todavía dinero suficiente para saldar las deudas más apremiantes. Como el hombre había dicho, aquello era asunto suyo, en caso de que su historia se me antojara algo endeble. De todos modos, yo tendría siempre ocasión de vigilar a Berry y a Louis, y de sorprenderles haciendo alguna treta podría intervenir convenientemente para romper con todo.

—Conforme. Trato hecho. ¿Cuándo quiere instalarse aquí?

Los ojos de Dix adquirieron ahora una extraña expresión. Ésta venía a ser una mezcla de jactancioso triunfo y excitación.

—Muy bien. Antes de que nos instalemos llevaré a cabo unas cuantas alteraciones. Puedo hacer que el trabajo se inicie mañana por la mañana. Nos vendremos aquí el viernes.

—¿Qué alteraciones va usted a hacer?

—Quiero estar aislado de todo lo demás. Haremos que este espacio resulte independiente del resto. Ya le dije que nuestro trabajo tiene un carácter

secreto. No quiero ver a ningún curioso, sea quien sea, metiendo las narices donde no debe. Luego, traeremos nuestro equipo eléctrico, un banco de trabajo y otros elementos.

—¿Van a hacer mucho gasto de energía eléctrica?

El hombre sonrió.

—¿Tiene miedo de no obtener ningún beneficio? Envíeme la cuenta de la que se gaste. Me ocuparé de saldarla. ¿Desea su dinero ahora?

—Lo necesitaré el viernes.

—Tómelo ahora, socio.

Eché a andar hacia el despacho y le seguí. Una vez hube cerrado la puerta, Dix sacó un montón de billetes enrollados, de cinco libras. El rollo tenía el grosor de mi puño. Separó del montón quince y las puso sobre la mesa.

—Le extenderé un recibo.

—No lo quiero. Nunca pago nada por segunda vez, así que, ¿para qué necesito el recibo? No sea tonto, socio: guárdese estos billetes en su bolsillo y evítese pagar impuestos sobre el presente ingreso.

—Bien, gracias.

Le acompañé hasta la salida del taller, donde acababa de plantarse Berry, que llevaba a cabo unas mediciones. Había marcado con tiza el espacio del que habíamos hablado y miró inquisitivamente a Dix.

—¿Es esto lo que quieres?

—Sí. Que sea este trabajo lo primero que hagas mañana por la mañana. Deseo que todo quede listo para el viernes.

—Para entonces estará listo.

Dix se volvió hacia mí.

—Hasta la vista, socio. Empiece a contar los días que faltan. El año que viene se encontrará al frente de la agencia más próspera del West End.

—Esperemos que así sea.

Dix se acomodó en el Cadillac.

—Ya veo que le ha buscado sitio al cacharro de Gloria. Un coche precioso, ¿eh?

—Despampanante.

Ahora me obsequió con una sonrisa irónica.

—Lo dicho: hasta la vista, socio.

Lentamente, regresé a mi despacho, donde me senté. Algo marchaba mal, pensé. Estaba dispuesto a apostar lo que fuera a que ninguno de aquellos tres individuos era experto en cuestiones de radio. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué había detrás de todo aquello?

Me pregunté si Gloria sabría algo del asunto, y en caso afirmativo, si estaría dispuesta a informarme. Deslicé una mano en uno de los bolsillos de mis pantalones y mis dedos entraron en contacto con los billetes de cinco libras.

No quiero ver a ningún curioso, sea quien sea, metiendo las narices donde no debe, había dicho Dix. Ésta era una salida muy expresiva. A mí se me estaba pagando bien y no me importaba nada lo que allí hubiera. Sería mejor que empezara ya a demostrar que no metía las narices donde no me llamaban.

Ann entró en el despacho.

—He visto que se iban.

Alargué un brazo, obligándola a sentarse sobre mis piernas.

—La cosa no salió todo lo bien que esperaba. La agencia empezará a funcionar dentro de un año.

—¡Oh! —La mirada de alivio que sorprendí en los ojos de Ann me irritó—. Quizá sea para bien, Harry. No me agradó el aspecto de esos individuos.

—Espera un momento. No es que estemos obligados a convivir con ellos, a fin de cuentas. Tampoco son muy de mi agrado, pero disponen de dinero y lo gastan. No puedo permitirme el lujo de despreciar una oportunidad, Ann, y tú sabes por qué. Están trabajando en la construcción de un nuevo receptor de televisión en el que no habrá interferencias causadas por el tráfico. Será una revolución en cuanto aparezca en el mercado, pero tropiezan por ahora con algunas dificultades. Les he alquilado una parte del local, que convertirán en taller suyo. Tan pronto como el receptor quede perfeccionado, será vendido al público y yo me encargaré de dirigir las actividades de la agencia que se monte.

—Pero no fue ésa la idea original, ¿verdad? Él te había hecho creer...

—Lo sé. Es que no quiso decirme nada sobre el receptor hasta tener la seguridad de que mi local le convenía. Cuando se barajan aparatos nuevos e importantes, Ann, es preciso tener mucho cuidado. Te quedarías sorprendida si supieras la cantidad de gente que se dedica a robar ideas a los demás.

En realidad, yo estaba defendiendo a Dix, pese a que pensaba lo mismo que mi mujer.

—Bueno, Harry, esto no va como debería ir. Podían haber obtenido una patente, ¿no?

Comencé a sentirme enfadado.

—No lo sé. No te atormentes más con esta historia. Lo único cierto es que él está dispuesto a pagarme quince libras semanales por el alquiler de una

parte del taller, y con ello me basta.

—¿Quince libras semanales?

Saqué los billetes de cinco libras que Dix me diera, dejándolos caer sobre el regazo de Ann.

—Ahí tienes: el alquiler de un mes por anticipado. Y no es necesario que quede registrado el ingreso en nuestros libros.

—¡Harry! ¡Son setenta y cinco libras!

Miré a mi esposa, esperando verla excitada o, al menos, complacida, pero hubiera debido saber ya entonces que era demasiado cautelosa, demasiado sagaz para quedar más convencida de lo que yo había quedado.

—Hay algo que no está claro en esos dos hombres. Por favor, Harry, sé sensato. Hazme el favor de devolverles este dinero, para no volver a tener nada que ver con ellos.

—¡Por el amor de Dios! Necesitamos el dinero.

—No, no lo necesitamos. Al menos, esta clase de dinero.

—Estás imaginándote cosas fantásticas. Sólo porque Dix lleva una corbata chillona...

Ann se puso en pie, enfrentándose conmigo.

—No es eso. Pagar quince libras semanales por un pequeño espacio de este taller es algo ridículo, Harry, y tú lo sabes. ¡Pero si hay al principio de la calle un local vacío que se alquila por seis libras a la semana! ¿Por qué no se ha quedado con él? ¿Por qué ha tenido que venir aquí? ¿Por qué ha preferido pagar todo este dinero a cambio de un pequeño espacio en este taller?

Mi irritación subía de punto.

—Bueno, Ann, estimo en lo que vale tu deseo de que no me meta en algo dudoso. Te comprendo. No soy ningún tonto, y por ello no voy a buscarme problemas. Es posible que esos dos tipos no sean de fiar. Ahora bien, ¿qué daño pueden causar? Necesito el dinero. Lo necesito muy de veras. Piensa en las facturas que tengo sin pagar. No tengo que explicarte cuál es nuestra situación actual. Pienso quedarme con este dinero, así que no tiene objeto que continuemos discutiendo.

—Por favor, Harry...

—Yo estoy al frente de este negocio, Ann. Y tú te ocupas de la casa. Hazme el favor de no meterte en lo que no te incumbe.

—Pero, querido, ¿es que no comprendes...?

—¡Oh! ¡Basta ya!

Ella estuvo mirándome durante unos instantes. Después, dio la vuelta, saliendo lentamente del despacho.

Cogí los billetes. Creo que estuve contemplándolos, absorto, durante casi un minuto.

Ya había hecho el tonto bastante tiempo, me dije. Iba a quedarme con aquel dinero. Era hora de que Ann aprendiera a ocuparse de sus cosas y a dejarme en paz con las mías.

Estuve durante un rato pensativo, dentro del despacho. Nadie vino a verme en aquellos instantes. A las seis y media decidí dar la jornada de trabajo por terminada. Cuando me disponía a cerrar el taller, llegó Bill, que venía del centro de distribución postal.

—Hola, Harry.

—Iba a cerrar ya. Entra. ¿Qué tal en tu nuevo puesto?

Bill me ayudó a cerrar la doble puerta.

—Muy bien. Hay poco que hacer de momento. En cambio, la semana que viene tendremos que cuidar de un importante envío. Guárdame el secreto, Harry.

—Estoy completamente al margen de las cosas de tu centro. Me alegro de que hayas venido, Bill. Tengo algún dinero para ti.

—No hay prisa. Todavía no lo necesito.

—Ya que lo tengo, te lo daré. He tenido suerte estos días.

Bill me dirigió una mirada escrutadora.

—Me alegra oírte decir eso. Ya es hora de que tengas un poco de suerte.

—Entra en mi despacho.

Una vez estuvimos sentados allí, le alargué desde mi lado de la mesa cinco de los billetes.

—El próximo mes te daré el resto. He alquilado un sector del taller a una firma de radio y televisión. Puedes creerlo o no, pero me paga quince libras semanales por tal privilegio.

Bill silbó.

—Magnífico. ¿Seguro que no quieres disponer de esta cantidad algún tiempo más?

—Toma el dinero, Bill. No me gusta debértelo.

—Como quieras. —Bill se guardó los billetes en un bolsillo—. ¿Qué te ocurrió el sábado por la noche, Harry?

Sonreí. Sin embargo, no me atreví a mirarle a los ojos. Encendí un cigarrillo para ocultar mi turbación.

—Me comporté un tanto estúpidamente, ¿no crees? Acabo de explicárselo a Ann. ¿Sabes? Tenía entre manos este trato con la empresa de radio. Ellos querían verme el sábado por la noche. No quise decirle nada a Ann hasta estar

seguro de que el asunto saldría bien. Por eso fingí que me llamaban por teléfono para atender a un cliente que había sufrido una avería. Fui un estúpido, porque Ann se dio cuenta de que no estaba diciendo la verdad.

Bill me dedicó una mirada de comprensión.

—Yo también. Tú no estás hecho para esas cosas, Harry. Nuestra velada, que iba a ser agradable, dejó de serlo. Ann estuvo terriblemente preocupada. Y lo mismo me pasó a mí.

Empecé a enojarme de nuevo.

—Los dos os pasáis en lo concerniente a mí. Simplemente: yo no estaba seguro de poder cerrar el trato. No quería que Ann sufriera una desilusión.

—Bueno, no te alteres —contestó Bill, sonriendo—. Has logrado tu propósito, ¿no? Bien. Te felicito. Esos hombres deben de ser unos estúpidos para avenirse a pagar tanto dinero por una parte de este taller. ¡Pero si hay en esta misma calle un local vacío que...!

Aquel lugar vacío estaba comenzando a hartarme.

—Lo sé. Ya me lo dijo Ann. Si esa gente quiere instalarse aquí es cosa suya, ¿no?

Bill se dio cuenta de mi enojo.

—Para ti es una suerte. A propósito, Harry, ¿quiénes son concretamente esos hombres? ¿A qué empresa pertenecen?

De repente me di cuenta, sorprendentemente, que desconocía aquel dato.

—El tipo con quien cerré el asunto se llama Ed Dix. Su compañía se dispone a lanzar al mercado un nuevo receptor de televisión. Es algo secreto de momento. Y aquí es donde piensan llevar a cabo sus ensayos.

—Pero, ¿cómo se llama la empresa?

—No lo sé. —Sentí que se me encendía el rostro—. Es una empresa pequeña. No ha hecho más que empezar.

—¿No te parece que esa gente, dada la cantidad de dinero que se ha comprometido a pagar, no piensa seguir aquí por mucho tiempo? Bueno, supongo que ellos, mejor que nadie, saben lo que se traen entre manos. Probablemente, todo está planeado para evadir unos impuestos sobre beneficios excesivos, o algo por el estilo.

—Yo he pensado lo mismo.

Bill aplastó lo que quedaba de su cigarrillo en el cenicero, levantando la vista hasta mí con una sonrisa de disculpa.

—Lamento insistir en esto, Harry; pero yo, en tu lugar, no volvería a utilizar la excusa del sábado. Ann lo pasó muy mal por ese motivo.

Sentí que me poseía nuevamente una oleada de irritación.

—No saques el tema a colación, por lo que más quieras. Ann y yo ya hemos hablado suficientemente de eso. No tienes por qué preocuparte.

Bill se puso en pie.

—Me voy a casa. Ya nos veremos, Harry.

Le acompañé hasta la salida del taller.

Se detuvo junto al Jaguar.

—Así que ella guarda su coche aquí, ¿eh? —comentó.

—Cierto.

Intenté mostrarme natural, pero comprendí que no lo lograba.

Bill me miró.

—Toda una mujer, Harry. La clase de mujer capaz de proporcionar determinadas ideas a no importa quién: a mí me facilitó unas cuantas.

—¿Sí?

—Una chica como ésa requiere vigilancia. Acepta mi sugerencia y vigílala.

—Vete ya, Bill. —Mi sonrisa no tenía nada de espontánea y mi irritación se incrementaba rápidamente—. Ocúpate tú de vigilarla, si te place. Yo tengo que cuidar de mi negocio.

—¿Conociste a Dix por mediación de ella, Harry?

—¿Qué diablos quieres decir? —pregunté, notando que la cara me ardía.

—Es evidente, ¿no? No pensarás que el sábado lograste engañarme, ¿eh?

—Escucha, Bill...

—Simplemente: estoy mirando y no me gusta lo que veo. Se impone una absoluta franqueza, Harry. Te estás poniendo en evidencia por culpa de esa chica.

—No sé lo que quieres decir. Si no te explicas mejor, lárgate.

—No nos enfademos por esta cuestión, Harry. Todo es evidente. Tú viste a la chica el sábado, ¿verdad? También viste a Dix, pero ella, por supuesto, estaba allí. Conozco la trama. Cuando un hombre necesita ver a una mujer con gran ansiedad, hace lo que tú hiciste el sábado. Voy a decirte algo: debes pensar en Ann antes de que hagas algo que luego pueda avergonzarte. Si has caído en esa debilidad tendrás que sobreponerte, en honor a Ann.

Permanecí como clavado en el suelo, mirando a mi amigo con ojos centelleantes.

—Todo eso es imaginación tuya. ¡Tú no puedes hablarme en ese tono!

—No te excites. No te llevará a ninguna parte descargarle conmigo. Yo sé a qué estás expuesto. Deja a esa chica en paz: ella no es buena. Haz lo que sea para que se desentienda de ti. Tienes a Ann, que vale lo que cien mujeres

como ésa. Eres un hombre casado, con responsabilidades. Prueba a conducirte como corresponde a un hombre de tu edad, Harry.

Cerré mi puño e intenté golpearle. Estaba tan furioso que se me olvidó que Bill había ganado el título de campeón de los pesos ligeros en nuestro batallón. Eludió mi torpe directo y me propinó un seco puñetazo en la mandíbula.

Ni lo sentí, pero fui a parar al suelo, como catapultado.

Él se inclinó sobre mí.

—Lo siento, Harry, pero tú te lo has buscado. Deberías manejar mejor tu derecha.

Bill me levantó, cogiéndome por la muñeca.

Yo temblaba de rabia, y me desasí bruscamente de él.

—¡Vete al infierno!

—Bueno, Harry, te he dicho que lo sentía. No vamos a reñir por...

—¡Vete!

Di la vuelta y regresé al despacho.

—Harry...

Entré y di un portazo.

A la mañana siguiente, poco después de las nueve, Berry llegó con tres trabajadores y una camioneta cargada de maderas.

Me mantuve alejado de él, pues estaba todavía de muy mal humor. El recuerdo de las palabras de Bill me mantenía furioso, y el silencio de Ann y su gesto preocupado me habían irritado hasta la exasperación.

Sabía que mi mal humor era debido al hecho de no haber visto a Gloria desde la noche de la fiesta. Esperaba que fuese a buscar su coche y, cada vez que alguien entraba en el taller, yo salía corriendo del despacho, esperando que fuera ella. Acabé subiéndome por las paredes.

También me tenía fuera de mis casillas el haber podido comprobar que Bill había adivinado claramente mis propósitos. Si yo era transparente hasta tal punto, pronto llegaría el momento en el que no me sirvieran absolutamente de nada mis mentiras ante Ann. No me gustaba pensar, desde luego, en las consecuencias que este hecho me acarrearía.

El ruido de unos persistentes martillazos no contribuyó, precisamente, a calmarme los nervios. Los tres hombres que allí trabajaban producían un notable estruendo. Sin embargo, fueron eficaces en su tarea. Al anochecer todas las mamparas se hallaban emplazadas en sus sitios respectivos, e incluso instalaron, convenientemente, un canco de trabajo.

Terminaron de trabajar a las seis. Después de marcharse me acerqué a Berry, para hablar con él.

—Han sido ustedes puntuales, desde luego. Hoy el avance ha sido notable, ¿eh?

Berry me miró largamente, y después asintió.

—Todo ha de quedar listo para el viernes. Cuando Ed se propone una cosa, la consigue.

—Esto parece indicar que, en efecto, el viernes todo habrá terminado.

Mi interlocutor gruñó. Pude apreciar que no tenía ningún interés particular en hablar conmigo.

—He aquí algo que no he preguntado en ningún momento a Dix: ¿cuál es el nombre comercial de la empresa?

Los ojos de Berry miraron rápidamente a un lado y a otro.

—Será mejor que le haga esa pregunta a él. Yo soy un simple ayudante suyo. —Berry se echó el sombrero sobre la nuca, haciendo una mueca—.

Bueno, yo me voy...

—Acompáñeme hasta ahí enfrente. Tomaremos un trago antes de que se marche.

Él movió la cabeza, denegando.

—No, gracias. Estoy citado con una persona.

Comenzó a sacudirse las motas de polvo que llevaba en la ropa, y se dirigió hacia su Humber, que había dejado estacionado junto al Jaguar de Gloria.

—¿Ha visto a Gloria últimamente?

Berry me miró, inexpresivo.

—Que si he visto... ¿a quién?

Sentí que se me encendía la cara.

—A Gloria Selby.

—La vi el sábado pasado, lo mismo que usted. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Apenas usa el coche, ¿eh?

—¿Y eso le preocupa?

Forcé una sonrisa.

—No. Creo que es una pena no disfrutar más de un coche tan hermoso.

—Eso es cosa de ella, ¿no? Bueno, me voy. Hasta la vista.

Subió al Humber. Dio marcha atrás para salir del taller. Me dejó irritado y con la impresión de haber quedado como un estúpido.

Había incurrido en un error, me dije mientras me dirigía al despacho. No hubiera debido mencionar a Gloria en su presencia.

Me senté, encendiendo un cigarrillo y fijando la vista en el tablero de la mesa. Permanecí en aquella actitud durante varios minutos. Después, extendí una mano y cogí la guía telefónica. Pase unas hojas. *Selby, A. Selby, George. Selby, Gloria.* Repetí el número correspondiente en un susurro, poniéndome en pie. Me acerqué a la puerta que conducía a la escalera, que entreabrí, quedándome a la escucha... Pude oír los pasos de Ann desplazándose por el cuarto de estar. Seguí así por espacio de unos minutos. Después cerré la puerta y volví a la mesa. Mi corazón empezó a latir con fuerza al marcar el número de Gloria. Escuché atentamente el zumbido en la línea. A continuación percibí otro sonido, el rumor de unos pasos en la escalera, y presa del pánico dejé caer el auricular sobre su soporte.

Se abrió la puerta del despacho. Era Ann.

—Me voy a llevar el libro mayor arriba. Puedo empezar a trabajar en él mientras espero a que hiervan las patatas.

—Está ahí.

Sabía que Ann estaba mirándome, pero yo no levanté la vista.

—¿Ocurre algo, Harry?

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento... No es necesario que grites, querido. Me pareció que estabas...

—Yo no he gritado. —Me puse en pie—. Voy a cerrar.

Todavía sin mirarla, abandoné el despacho. No había hecho más que dar cuatro pasos cuando sonó el teléfono. Me volví rápidamente. Tuve que contenerme para no lanzarme precipitadamente hacia mi mesa.

Ann descolgó el auricular.

—Aquí Harry Collins... ¿En qué puedo servirle?

Me quedé quieto, observando a mi mujer. De repente, noté que mis labios estaban resecos. La vi fruncir el ceño.

—¡Oiga! ¡Oiga! —Ann me miró, encogiéndose de hombros—. ¡Oiga! — Esperé unos cuantos segundos más, colgando el auricular finalmente—. Debe de haberse cortado la comunicación. No hay nadie al habla.

¿Había intentado Gloria hablar conmigo? ¿Había colgado al oír la voz de Ann? ¿Por qué tenía que habersele ocurrido a Ann entrar en el despacho en aquellos momentos? ¿Por qué diablos había sido tan inoportuna?

Salí al taller. Y ella me siguió. Cuando empezaba a cerrar la doble puerta me di cuenta de que mi esposa estaba inspeccionando el trabajo realizado por nuestros visitantes durante el día.

—Han estado desenvolviéndose bien, ¿eh?

—Supongo que sí.

Acabé de cerrar la puerta y los dos nos quedamos uno al lado del otro, dentro de la nave, no muy bien iluminada, como siempre, y contemplando las nuevas y blancas maderas montadas allí y el Banco de trabajo.

—Harry: ¿qué es lo que marcha mal?

—Nada. ¿Qué quieres decir?

Ann me miró, sonriendo nerviosamente.

—Pero es que algo debe de estar marchando mal, querido... Te noto extraño; no eres como de costumbre. Sé muy bien que ayer te enojé. Lo siento. No demos lugar nunca más a cosas así.

—Nada va mal. Por lo que más quieras, Ann, no hagas una montaña de cualquier cosa. ¿No sería mejor que empezaras a trabajar en ese libro? Son ya las siete menos veinte.

—De acuerdo.

Yo sabía que ella me estaba observando, y deseaba evitar su mirada. Todavía estaba preguntándome si habría sido Gloria quien había telefoneado, y si había optado por colgar...

—Harry, querido...

Estaba muy cerca de mí, ofreciéndome la mejilla para que le diera un beso.

—Vamos, vamos, Ann. Se ha hecho tarde.

Me rodeó el cuello con sus brazos, oprimiendo su rostro contra el mío.

—Harry, por favor, no demos lugar a estas cosas.

El timbre del teléfono comenzó a sonar ahora.

La aparté de mí. Tal vez, en mi excitación, en mi afán por llegar al teléfono antes que ella, desplegué una innecesaria violencia, pues Ann vaciló al retroceder.

—¡Oh! Lo siento, Ann. —Extendí los brazos para que recobrará el equilibrio, pero ella los evitó—. Yo atenderé la llamada.

Corrí hacia el despacho, descolgando el auricular.

—¡Diga!

—Hola, Harry.

Al percibir aquella voz baja y ronca sentí un especial hormigueo en la espina dorsal.

—Hola.

Miré por encima de mi hombro. Ann se aproximaba al despacho.

—¿Está solo?

—No.

—¿Debo cortar la comunicación?

—No. ¿En qué puedo servirle?

Ann entró en el despacho. Me incliné para coger un lápiz, a fin de que no pudiera ver mi rostro. Ella cruzó el recinto, en busca de la puerta posterior.

—He estado preguntándome si le agradaría venir por aquí, en caso de que no tuviera nada mejor que hacer.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Cómo? Pues claro que sí: puedo hacerlo. ¿A qué hora?

Ann había subido al piso. La oí cerrar la puerta.

—No hay novedad ahora. Ella se ha ido.

Gloria dejó oír una risa.

—No hubiera debido llamarle, pero la verdad es que me sentía sola y aburrida, y pensé que usted podía sentirse igual, imaginándome que, en tal

caso, le agradecería venir a verme. En el Plaza dan una buena película... Claro que a lo mejor prefiere quedarse en casa...

—Por supuesto que no quiero. ¿A qué hora desea que llegue?

—¡Oh! Alrededor de las ocho. ¿Está seguro de que no le importa dejar sola a su esposa?

—Está trabajando en nuestros libros de cuentas, de momento. No hay inconveniente alguno.

—Pues entonces a las ocho, Harry.

—Sí.

La comunicación se interrumpió y yo, lentamente, coloqué el auricular en su soporte. Cogí el paquete de cigarrillos, llevándome uno a los labios. Al encenderlo, vi que me temblaban las manos.

«No puedes hacerle esto a Ann —me dije—. No puedes separarte de ella así». Pero yo apenas me escuchaba a mí mismo. Aquélla podía ser la ocasión que soñaba. Gloria estaba sola. Ella me había pedido que fuera a verla. Ahora podía suceder aquello en que había estado pensando desde que me besara.

«Haz realidad tu sueño —pensé—. Quítatela de la cabeza. No permitas que se te escape de las manos esta oportunidad».

Consulté mi reloj.

Eran las siete menos diez minutos. Disponía de tiempo suficiente para darme una ducha, cambiarme de ropa y plantarme en Bond Street a las ocho.

Subí al piso, entrando en el cuarto de estar.

Ann se había sentado a la mesa. Estaba anotando unas facturas en el libro mayor.

—Después de cenar he de salir, Ann. Era Dix quien llamaba por teléfono. Quiere presentarme a los otros directores.

Esta vez no tenía ninguna confianza en mí mismo, ni me hallaba bebido, por lo que me costó trabajo urdir aquella mentira. No cesé de moverme mientras hablaba, consciente de que no me sería posible mirar a Ann a los ojos.

Ella no dijo nada, y esto hizo que me sintiera mucho más nervioso que si Ann hubiese entrado en el dormitorio para decirme que sabía que yo mentía.

—¿Me has oído, Ann? —le pregunté, levantando la voz al tiempo que me quitaba la chaqueta y la camisa—. Tengo que salir después de cenar.

—Sí, ya te he oído.

Habló serenamente y no hizo ningún ademán de que fuese a abandonar la mesa. Me sentí súbitamente poseído por una sorda irritación.

Entré en el cuarto de aseo. Una vez afeitado y duchado, regresé al dormitorio. Oí a Ann moverse por la cocina. De pronto me arrepentí de no haberle dicho que tenía que salir inmediatamente. Todo parecía indicar que la cena iba a resultar penosa.

Estaba de nuevo vestido cuando mi mujer se dispuso a servir la cena.

—Esto parece estar bueno —dije, sentándome—. Lamento dejarte sola, Ann, pero es que Dix quiere que conozca a los otros dos directivos. Suelen visitar la ciudad ocasionalmente.

Tampoco ahora contestó nada Ann. Se limitó a tomar asiento frente a mí, mientras yo empezaba a repartir el pastel de tocino hecho por ella. La miré rápidamente de reojo. Su rostro estaba pálido e inexpresivo, y no levantó la vista ni un momento.

—Por el amor de Dios, Ann... Supongo que no irás a enfadarte porque tenga que salir ahora.

Ella me miró. Y yo experimenté un sobresalto al sorprender un centelleo de ira en sus ojos.

—No me enfado, Harry. No quiero que salgas esta noche, pero estoy completamente segura de que mi deseo no bastará para evitarlo. Únicamente espero que te des cuenta claramente de lo que haces.

—¡Esto es ridículo! Se me depara una oportunidad de ganar dinero y tú haces cuanto está en tu mano para ponerme las cosas difíciles. Sólo porque Dix luce una corbata estafalaria se te ocurren ideas raras. Nos hallamos en apuros; tenemos que salir de este mal paso, y ésta es la forma de conseguirlo. En consecuencia, no dejes correr la imaginación al formular tus críticas. Ésta es una salida de negocios y tú debes permitir que salga.

—¿De negocios? ¿Cómo puedes expresarte así, Harry? Pero, ¿es que no te das cuenta de que soy capaz de leer en tu mente? ¿Me tomas por una tonta?

—No te comprendo. ¡Naturalmente que es una salida de negocios!

—¿Es la Selby una de las amigas de Dix?

Sentí que mi cara cambiaba de color.

—¿Qué diablos te ha llevado a preguntarme esto? ¿Por qué la has mencionado ahora?

—¿No fue ella quien te presentó a Dix?

—Ella no tiene nada que ver con esto de ahora. ¿Es que no puedes quitártela de la cabeza?

Ann me miró. Su rostro estaba blanco, si bien la expresión era decidida.

—¿Piensas mentirme, Harry? No debes hacerlo. Todo lo que deseo es conocer la verdad. Si tú te has encaprichado de la muchacha, dilo. No actúes

ocultamente. Ella acaba de telefonearte, ¿verdad? No era Dix.

La contemplé, pensativo. Me sentí frío, trastornado. De pronto, advertí el peligro y me asusté.

—Bueno, mira, Ann...

—¡Harry! ¿Quieres dejar de intentar soslayar la cuestión? Te he hecho una pregunta directa y quiero una respuesta. ¿Fue ella o no quien te telefoneó?

—Sí, fue ella.

—¿Pretendía que fueses a verla?

—Sí.

—Perfectamente, Harry. Ve a verla, si quieres. No seré yo quien te lo impida. Si ella significa tanto para ti, ve en su busca. Yo no te necesito si te inspira tales sentimientos.

—Por lo que más quieras, Ann...

—No te muestres tan asustado. Todo está en orden. Yo quiero que seas feliz. Si tú piensas que esa chica va a hacerte feliz...

—¡Basta! No se trata de nada de eso, Ann. No hables así. He sido un condenado estúpido. Si se trata de elegir entre tú y ella, tú debes saber a quién prefiero. Lo siento. No iré. Tú no tienes más que mirarme como lo estás haciendo ahora para conseguir que yo vuelva a comportarme con sensatez. Yo no te haría daño ni te haría desgraciada por nada del mundo...

—No hables así, Harry, si es que te he asustado. No quería atemorizarte. Sólo estar segura de que me necesitas. Si no es así, dímelo. Me iré. Sé cuidar de mí misma. Yo no estoy dispuesta a compartirte con nadie.

—Ella no significa absolutamente nada para mí. Tienes que creerme, Ann. Me sentí atraído por esa mujer físicamente. Perdí la cabeza. Esto no volverá a suceder jamás. Te lo prometo, querida. No volverá a suceder nunca.

Ann se derrumbó, hundiendo el rostro entre sus manos.

—Ann, querida, no llores. Perdóname. Todo se acabó ya. No volverá a suceder nunca más.

Me acerqué a ella, y la abracé.

—Tú no sabes, Harry, cuánto he tenido que esforzarme para hacer esto, que me repugnaba —declaró Ann, aferrándose a mí—. Pero teníamos que poner las cosas en claro de una vez, ¿no crees? ¡Oh, querido! Intenta luchar contra eso. No permitas que ella arruine cuanto hemos logrado juntos. ¡Es tan fácil destruir!

—Ya ha pasado todo, Ann, te lo juro. He sido un loco y un estúpido. Ya te he dicho que esto no volverá a ocurrir.

Ella oprimió su rostro contra el mío.

—Sólo tú, querido, puedes hacer que eso sea verdad. Confío en ti. Por favor: no vuelvas a mentirme. Si yo puedo ayudarte en algo, dímelo. Te amo mucho, Harry, pero no estoy dispuesta a compartirte con nadie.

La levanté en peso, llevándola al dormitorio, para tenderla en la cama.

—Esto no pasará más, Ann. Tú eres la única mujer que significa algo para mí. ¡Oh, Ann! Estoy loco por ti.

—Harry, Harry... Tu cena se está enfriando.

—¡Al diablo mi cena!

—Ten cuidado... Yo lo desharé... No, querido, lo vas a romper. ¡Oh, Harry!

Las manecillas del reloj de la mesita de noche marcaban las ocho y veinte cuando el timbre del teléfono empezó a sonar.

—Será mejor que atiendas la llamada.

Ann se puso rígida, clavando sus dedos en mi brazo.

—Que siga sonando.

Permanecimos uno al lado del otro, escuchando el timbre. Nuestros corazones latían aceleradamente.

—Podría ser algo importante, Harry.

—Nada es tan importante como tú.

El teléfono continuó sonando durante largo rato, pero al cabo de unos instantes dejé de oírlo.

A la mañana siguiente, en mi despacho, pensando en todo aquello, me di cuenta de que me había comportado como un estúpido y un loco. Y que estuve a punto de arruinar mi unión con Ann, nuestro matrimonio, por una joven a la que apenas conocía. Tontamente me confié, convencido de que representaba bien mi comedia cuando en realidad Ann y Bill estaban leyendo en mi mente. Desde luego, debí de perder completamente la cabeza.

Bueno, ¡aquello había terminado! Y tuve la suerte de que Ann enfocara la cuestión en la forma que lo hizo. Si ella no hubiera tenido el coraje suficiente para ponerlo todo al descubierto, probablemente habiéramos acabado mal.

Encendí un cigarrillo y eché hacia atrás la silla. ¿Qué habría pensado Gloria al ver que yo no me presentaba? ¿Habría sospechado que Ann se había enterado de nuestra cita? ¿Se figuraría, quizá, que yo había optado por dejarla plantada? Me agité en mi asiento, nervioso. ¿Y qué más daba lo que ella podía pensar? Gloria no tenía por qué haberme telefoneado para concertar un encuentro. Ella era la culpable de lo sucedido. Ahora me preocupaba su presencia en el taller con el fin de llevarse el coche y esperaba que se lo llevara para siempre. Si yo la veía, antes de que ella me viera a mí, dejaría en manos de Tim aquel asunto, procurando mantenerme al margen.

Cuando entré en el taller, los obreros, bajo la dirección de Berry, estaban concentrados celosamente en su tarea. Los tabiques estaban terminados, el espacio acotado era ya una realidad y ahora colocaban la puerta.

—Todo parece indicar que el trabajo quedará terminado esta noche.

Berry emitió un gruñido.

—Todavía queda mucho por hacer dentro.

Se alejó de mí. Viendo en su actitud un claro deseo de mantenerme apartado, me encaminé al banco de trabajo y ayudé a Tim en la delicada labor de regular una magneto.

Hacia el final del día, Joe y Louis se presentaron en el Buick. Llevaban dos pesadas maletas de cuero, que dejaron dentro del compartimiento y se encerraron con ellas.

Seguía esperando que apareciera Gloria, y a medida que transcurrían las horas y al observar que no venía, fui poniéndome más y más nervioso. Cada vez que sonaba el timbre del teléfono casi daba un salto y luego

experimentaba un sentimiento de desilusión cuando al atender la llamada comprobaba que no era ella.

Berry entró en el despacho alrededor de las cinco.

—Vamos a trabajar hasta tarde. No acabaremos hasta las diez.

—De acuerdo. Cerraré el taller y cuando ustedes estén listos para marcharse, díganmelo, y les abriré la puerta. ¿Todo va bien?

—Perfectamente.

El hombre regresó a la partición, cerrando la puerta.

A las seis y media cerré la doble puerta del taller. Luego, me encaminé a la partición, manipulé el tirador de la puerta y descubrí que se hallaba cerrada con llave.

—¿Qué quiere usted? —inquirió Berry, desde dentro, en un tono seco.

—Acabo de cerrar el taller. Me preguntaba qué tal se les daban a ustedes las cosas.

Plantado frente a aquella puerta, que siguió cerrada, me vi como un estúpido.

—Bien, bien. Andamos ocupados.

Me alejé de allí, rumbo al despacho, sintiéndome irritado por aquella descortesía.

«Bueno —pensé al apagar la luz y empezar a subir la escalera—, si esta gente quiere mostrarse misteriosa, allá ella».

Ann me acogió con una sonrisa.

—La cena está casi a punto.

—Antes de reunirme contigo me daré una ducha.

Mientras me duchaba empecé a preguntarme qué era lo que estaba ocurriendo dentro de la zona acotada del taller. Estaba convencido ya que ninguno de aquellos tres hombres era experto en radio. Lamentaba ahora haber cedido el espacio a Dix, y estaba convencido de que la agencia de que habláramos no se convertiría en realidad nunca. ¿Me había sido ofrecida acaso como un cebo? ¿Por qué? Por una razón u otra, Dix había tenido un gran interés en instalarse en mi taller. El hecho de que no hubiera optado por ocupar el local vacío que existía en el otro extremo de la calle, de precio mucho más bajo, indicaba que mi local merecía sus preferencias a causa de su situación. La tienda contigua era una joyería de poca monta, y al otro lado había un estanco. ¿Estarían planeando aquellos hombres un robo? ¿Habrían proyectado un plan para entrar en el establecimiento abriendo un orificio en el muro de separación? Esto era improbable. Conocía la joyería por haber entrado en una ocasión para dejar mi reloj a reparar, y entonces advertí que

las existencias eran de escaso valor. En cuanto al estanco, yo sabía que era un negocio sin importancia, y el propietario, conocido mío, había llegado a decirme que pensaba cerrarlo.

Cabía la posibilidad de que estuviera dando demasiadas alas a mi imaginación. Pero me picaba la curiosidad. Aquella misma noche, cuando se fueran, comprobaría si podía abrir la puerta que habían puesto, para echar un vistazo en su interior.

En el transcurso de la cena, Ann me dijo en cierto momento:

—Mañana voy a ir a ver a mi madre, Harry.

Me quedé rígido, y levanté la vista.

Una vez por mes, Ann iba a Leytonstone, pasando la noche con su madre. Me había olvidado que al día siguiente era la fecha señalada. Inmediatamente, pensé en Gloria. Fue una idea refleja, más allá de mi control, y la rechacé de inmediato. Pero aquello había sido tan espontáneo y violento que me quedé atemorizado.

—Se me había olvidado. Lo siento, Ann —manifesté, intentando expresarme con toda calma.

—Si tú prefieres que no vaya, no iré.

—Naturalmente que debes ir. Tu madre te estará aguardando.

—Podría mandarle un telegrama.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso por qué? Lo normal siempre es que la visites, Ann.

—Sí.

Hubo una larga y embarazosa pausa.

—Si tú crees que sería mejor que me quedara, Harry, me quedaré.

Sentí que me ruborizaba.

—¿Es que no confías en mí?

—Desde luego que sí, querido. Sucede tan sólo, simplemente, que no deseo ponerte las cosas difíciles.

—Ya sé que me he comportado como un tonto, pero espero que no pienses de mí que ya no tengo remedio. Te dije que lo que pasó no volverá a repetirse y ahora te lo confirmo.

—De acuerdo, querido. —Ann dejó caer una de sus manos sobre las mías—. ¿Qué pensáis hacer tú y Bill?

Siempre que Ann iba a ver a su madre, Bill y yo salíamos por la noche juntos. Íbamos al Regimental Club a jugar una partida de billar y a tomar unas copas. Aquello me deparaba la oportunidad de entrar en contacto con los amigos que había hecho durante la guerra. Normalmente, esperaba con

ansiedad tales veladas, pero ahora comprendí que no quería visitar el club al día siguiente por la noche.

—Ya acordaremos algo.

—No he vuelto a verle desde el sábado. ¿Se encuentra bien?

—Estuvo el lunes unos momentos en el taller. Sí, está bien.

Aunque había visto alguna que otra vez a Bill desde el taller, procuré eludirle y él no había vuelto a visitarme. Todavía me tenía irritado, por haberme golpeado, aunque me lo merecí porque fui el primero en provocarle y recurrir a los puños.

Alrededor de las diez, Berry, apostado al pie de la escalera, me gritó que se iban. Bajé al taller para cerrar con llave la puerta de la calle, una vez salieran.

El Humber estaba estacionado fuera y vi por un momento a Louis, al volante.

—¡Hasta pronto! —saludó Berry—. Nos veremos mañana por la mañana.

Vi cómo se alejaba el Humber. Luego, cerré las puertas.

Me aproximé a la puerta de la partición. Le habían puesto por fuera un candado. Ahora sería un juego, pensé, desatornillar un cáncamo. Fui al banco de trabajo para coger un destornillador. En este momento, percibí un débil sonido dentro del espacio acotado. Me erguí, atento.

Miré a mi alrededor. La iluminación no era buena. No pude descubrir nada que se moviera. Permanecí inmóvil durante varios minutos, escuchando... Acabé pensando que aquel sonido había sido figuración mía, y me acerqué a la puerta cerrada.

Entonces, me acordé de que no había visto a Joe en el Humber cuando éste partió. ¿Se había marchado antes o seguía allí dentro?

Apliqué un oído al panel y presté atención... Por unos instantes, no oí nada. Luego percibí débilmente como un raspado. Probablemente, alguien, apostado en el lado opuesto de la puerta, escuchando igual que yo, acababa de mover un pie.

Retrocedí silenciosamente. Así pues, Joe estaba allí. Vacilé. Seguidamente, llamé con viveza a la puerta.

—¿Hay alguien ahí dentro? —inquirí, llamando de nuevo.

No me contestó nadie; sin embargo, ahora estaba convencido de que Joe estaba allí. Podía notar su tensión a través de los paneles separadores. Fui al banco de trabajo, donde dejé el destornillador. Después, entré en mi despacho, apagué las luces del taller y ascendí por la escalera, haciendo muy ruidosos mis pasos.

Ann estaba preparando el baño.

—¿Se han ido?

—Sí. Ya he cerrado. Creo que está empezando a llover.

No pensaba decirle lo que acababa de figurarme: que Joe seguía dentro del local. ¿Qué podía hacer Ann al respecto? ¿Para qué intranquilizarla?

—No me entretendré mucho, Harry.

—Bien. No te apresures. Todavía no he hojeado el periódico.

Me senté en el comedor, y cogí el diario de la noche. No conseguía concentrar mi atención en sus páginas. Al oír ciertos rumores, que me dieron a entender que Ann acababa de entrar en la bañera, me puse en pie, apagué la luz, me quité los zapatos y fui a la escalera, procurando no hacer ruido.

Me aposté en la puerta de mi despacho, por dentro, paseando la mirada a lo largo del local, débilmente iluminado por la luz de la luna.

Estuve escuchando... Al cabo de un rato oí un sonido familiar: el rascado de una cerilla y el chisporroteo de ésta al encenderse. Inmediatamente, olí a tabaco. No divisé ninguna línea de luz bajo la puerta de la partición. ¿Qué estaba haciendo allí Joe, en la oscuridad? Seguí atento, pero únicamente llegó a mis oídos el ocasional crujido de una silla o el rumor de unos pies moviéndose sobre el suelo. El hombre no hacía nada. Permanecía, simplemente, sentado en la oscuridad.

Volví al piso. Ann había terminado de bañarse y preparaba ahora mi baño. Apagué la luz del comedor, entré en el dormitorio y me desnudé.

Después de haberme bañado, le dije a Ann que no recordaba si había apagado la luz de mi despacho, por lo que volví a bajar al taller. Me puse a la escucha... y no oí nada. El espacio aislado por los paneles seguía a oscuras.

Decidí desentenderme de aquello. Nada podía hacer sobre el particular. Sólo acerté a dar con una explicación posible: Berry había sospechado que yo intentaría entrar en la partición, y había decidido dejar allí a Joe, de guardia, para impedírmelo.

Regresé al piso nuevamente.

Mi mente se mantenía demasiado activa para que me fuera posible conciliar el sueño. Mucho después de haberse quedado dormida Ann, yo continuaba con los ojos abiertos en la oscuridad de la habitación, contemplando la débil claridad lunar que se filtraba por la ventana. Había cesado de llover. Eagle Street se mantenía en silencio.

Al día siguiente por la noche, me encontraría solo. Por mucho que me esforzaba no conseguía evitar que Gloria se mezclara en mis pensamientos. Luché contra la tentación de pensar en ella. Con toda seguridad que en el caso

de que me decidiera a establecer contacto con Gloria al día siguiente, no querría nada conmigo. La había dejado plantada y no era probable que me deparara otra oportunidad semejante.

Le había dicho que iría a verla a su piso, y luego ni siquiera se me ocurrió telefonarla para disculparme por no poder ir. Esto me tenía descontento conmigo mismo. Me dije que lo menos que podía hacer era llamarla al día siguiente y facilitarle la explicación debida. No iría más lejos. Le diría que Ann conocía su existencia y que no podíamos vernos de nuevo. Sí: esto era lo mínimo que cabía hacer por mi parte. Una vez que tomé tal decisión, mi mente se relajó, quedándome dormido.

Debí de dormir durante cuatro o cinco horas. Me desperté de repente, viendo la grisácea luz del amanecer en la ventana, a través de las cortinas. Oí el motor de un coche al ponerse en marcha e instantáneamente pensé en Joe.

Me deslicé fuera del lecho, yendo a la ventana, cuyas cortinas aparté.

En la acera opuesta divisé una furgoneta de correos estacionada. Dos funcionarios se hallaban apostados junto a ella. Vi a Bill, que abandonaba el centro de distribución postal, haciendo una seña con la cabeza a los dos hombres, quienes subieron al vehículo.

Bill consultó su reloj y tomó nota de la hora en un papel. Subió también a la furgoneta, instalándose junto al conductor.

El vehículo se puso en marcha.

Miré el reloj. Eran las tres y media.

—¿Qué pasa, Harry? —preguntó Ann, amodorrada.

—Nada de particular. Creí oír detenerse un automóvil... Se trata de una de las furgonetas de la oficina de correos.

Volví a la cama. Y de pronto recordé lo que Bill me había dicho, respecto a su ascenso:

Puede ser que no te lo creas, pero de vez en cuando transportamos en nuestras furgonetas objetos de gran valor, y en estos casos yo y mis compañeros hemos de cuidar del conductor del vehículo, e impedir la acción de cualquiera que pretenda apoderarse de nuestra mercancía.

Después, el lunes, antes de que riéramos, él me comunicó:

No hay mucho que hacer, de momento, pero la semana que viene nos será confiado un importante envío. Guárdame el secreto, Harry.

Ahora me desperté del todo. ¿Andaba Dix, acaso, detrás de aquel envío? ¿Pretendía robar al correo? Esto explicaba por qué se había interesado por mi taller y no por el local libre situado al principio de la calle. Así quedaba explicado también por qué Joe permanecía apostado en el espacio acotado. De

esta manera podía controlar los movimientos de las furgonetas del centro postal. Recordé que Dix había insistido en quedarse con aquel espacio dentro del local: el que tenía la ventana desde la cual se divisaba el edificio de enfrente.

Sentí que un frío sudor perlaba mi frente. Si Dix planeaba un atraco, Bill estaría en peligro. Conocía perfectamente a mi amigo, como para estar seguro de que en la eventualidad de una acción de ese carácter él no se sometería dócilmente al intento de los atracadores: podía salir muy malparado.

Mi corazón latía aceleradamente. También yo podía quedar implicado en aquel asunto. Si la Policía descubría que Dix se había valido de mi taller para observar los movimientos de las furgonetas del centro, pagándome setenta y cinco libras por el alquiler del espacio acotado, ¿cómo no imaginar que yo era uno de los miembros de la banda?

Mi primera reacción fue comunicar a Bill lo que había y que fuese él quien decidiera lo que convenía más. Luego, se me ocurrió otra idea. No tenía un gran interés, por supuesto, en que Bill se enterara, sin más, de cuán fácilmente me había engañado Dix, siempre suponiendo que me hubiese engañado. Lo mejor era, seguramente, hablar con Gloria antes de nada. Si le hacía saber, sin rodeos, qué era lo que sospechaba, ella tal vez pudiera conseguir información sobre Dix, suficiente para confirmar mis sospechas, y cuando yo tuviera la seguridad de que el hombre había planeado un robo recurriría a Bill.

Decidí ver a Gloria al día siguiente, para decírsele todo. También se me pasó por la cabeza otro pensamiento: ¿formaría ella parte de la banda? Lo más seguro era que no: la joven tenía su negocio, vivía cómodamente en Bond Street. Era absurdo pensar que podía ser una delincuente. Dix, simplemente, figuraba entre sus amigos. Gloria no podía ser responsable de la conducta de todas sus amistades. En cambio, cabía la posibilidad de que poseyese informes sobre su amigo y que me los comunicara cuando le hubiese dado cuenta de mis recelos.

Intenté apagar el júbilo que sentí ante la perspectiva de verla y de hablar de nuevo con ella. Allí no había por qué alegrarse de nada, me dije. Tenía que verla, simplemente. No pensaba faltar a la promesa que le hiciera a Ann. No habría ninguna insensatez entre nosotros... Hablaría con la joven acerca de Dix, escucharía lo que ella tuviera que decirme, y luego nos separaríamos. De no haber sido porque no quería que Ann anduviese preocupada con motivo de mis sospechas sobre Dix, le hubiera hecho saber que era necesaria mi entrevista con Gloria. Por añadidura, si yo estaba equivocado, si Dix era un

tipo cabal, y mis sospechas habían sido un error, no había por qué provocar inquietudes en Ann.

Ya tendría tiempo de explicar a mi esposa toda aquella historia cuando dispusiera de alguna prueba.

Ann se fue poco después del almuerzo. Se llevó consigo un maletín con las cosas personales indispensables, y cuando cruzábamos el taller, camino de la salida, vi que Berry la observaba de reojo desde el radiador de su coche.

No hice el menor ademán de ir a presentárselo, y al pasar junto a él, Berry, deliberadamente, nos dio la espalda.

Permanecimos unos instantes parados junto a la puerta.

—Mañana, a las once, estaré de vuelta, Harry —dijo Ann, en voz baja—. ¿Sabrás arreglártelas solo?

Forcé una sonrisa.

—Naturalmente, querida. Espero que Bill se deje ver por aquí esta tarde. Es posible que vayamos al club.

—Muy bien. Adiós, Harry.

Ann me besó, dedicándome una leve sonrisa.

—Hasta la vuelta. Y muchos recuerdos a tu madre.

Desde la puerta del taller vi cómo se perdía de vista. Luego, me dirigí al despacho.

Berry dio la vuelta, mirándome al tiempo que sonreía burlonamente.

—¿Dispuesto a pasar una noche de soltero?

Aquel tipo me gustaba aún menos con su nueva actitud.

—Pues sí. Mi esposa va a ver a su madre.

—En ocasiones, las madres políticas tienen sus aplicaciones —comentó Berry, guiñándome un ojo—. Bueno, cuidado con hacer lo que no se debe.

Entré en el despacho, sintiéndome furioso. Encendí un cigarrillo y me sequé las manos con el pañuelo, que notaba húmedas. Titubeé durante varios minutos... Seguidamente, me acerqué al teléfono, descolgué el auricular y marqué el número de Gloria. Mientras escuchaba el sonido de la llamada, al otro extremo del hilo telefónico, mi corazón empezó a latir con fuerza, arrítmicamente, permanecí a la espera más de un minuto y pensé que posiblemente había salido. Al final, más furioso que nunca, dejé caer el auricular en su soporte.

Hice la llamada cuatro veces aquella tarde, sin el menor resultado.

Cuando iba a marcar por quinta vez el número de Gloria, oí unos golpecitos en la puerta del despacho, que se abrió seguidamente.

Levanté la vista bruscamente.

Bill se encontraba en el umbral, con una amplia sonrisa en su rostro.

—¿Qué tal estás, Harry? Se me ha ocurrido asomarme... Esta noche es nuestra, ¿no?

No esperaba ver a mi amigo en aquellos instantes, y en principio me quedé desconcertado. Reflexioné a toda prisa. Lo último que estaba deseando era irme al club en compañía de Bill, pero sabía que si me negaba, Ann no tardaría mucho en enterarse.

—Claro. —Eché mi silla hacia atrás—. ¿Nos vemos a la hora de siempre? Sorprendí una mirada de alivio en los ojos de Bill.

—¿Por qué no? Me presentaré aquí alrededor de las siete. Antes de ir al club tomaremos un bocado, a manera de cena.

—Conforme.

Los dos nos sentíamos molestos, nerviosos. Bill se refugió en el gesto de ofrecimiento de un cigarrillo. Prendí fuego al mío y después al suyo.

—¿No me guardas rencor, Harry?

—No seas tonto, Bill. Estuve buscándomelo y me lo gané.

—No obstante, debía haberme estado quieto. Bueno, olvidemos el incidente. No vine más que para confirmar la salida. Ahora tengo que regresar a mi trabajo. Te veré a las siete.

Oí un ruido en la puerta y volví la cabeza. Berry se acababa de plantar en la entrada del despacho, fijando sus grisáceos ojos en Bill.

—¿Tiene una cerilla? Acaba de apagárseme la última que me quedaba.

Bill le alargó su caja de cerillas. Noté que observaba con gran atención a Berry.

—Te presento al señor Berry —dije—. Pertenece a la firma de radio de que te hablé. Aquí, el señor Yates.

Berry tendió la mano a mi amigo.

—Me alegro de conocerle —manifestó, sonriendo, expansivo—. ¿Qué, amigos? ¿Se disponen a pasarlo lo mejor posible esta noche?

—Ése es nuestro propósito —le confió Bill.

—A usted le he visto en el edificio del otro lado de la calzada... ¿Me equivoco? ¿No es usted uno de los guardianes, o algo por el estilo, del centro postal?

Los ojos astutos de Bill centellearon.

—En efecto. Acabo de ser ascendido.

—¿Es de su agrado el puesto?

—Desde luego.

—Me imagino que tendrá pocas ocasiones de hacer valer sus habilidades en semejante tarea.

—Así es verdaderamente.

Berry se apoyó en el quicio de la puerta.

—¿Y qué pasaría si ustedes se viesan en algún aprieto? A ustedes no les está permitido el uso de armas, ¿eh?

Bill hizo una mueca.

—Está en un error, amigo. Yo dispongo de una metralleta, de una caja de granadas y de un par de rifles automáticos. Quien quiera vérselas conmigo se llevará su merecido.

—Vamos, vamos, no bromea —contestó Berry, riendo—. He oído decir que lo único que ustedes disponen es de una porra y unas cuantas oraciones.

Yo no me perdía una sola palabra de la conversación, pese a mantenerme aparte. Ahora ya estaba convencido de que mis sospechas no eran vanas. ¿Por qué había centrado Berry el diálogo con mi amigo en ese tema precisamente? Sólo cabía una idea: andaba en busca de información.

—Usted procure no dar crédito a todas las cosas que oiga decir —aconsejó Bill, de buen humor—. Los guardianes de correos sabemos cuidar de nosotros mismos. Todo posible atracador se expone a sufrir una desagradable sorpresa.

—No me explico por qué motivo no están ustedes equipados todavía de coches blindados, como los que se emplean en Estados Unidos. Sus dotaciones llevan las armas convenientes y cuando se hace necesario se valen de ellas.

—A sus policías les pasa igual —replicó Bill—. Los nuestros no van armados. Sin embargo, nosotros, según las estadísticas, nos enfrentamos con un número menor de delitos. Consulte cifras sobre el particular. Ya verá... —Bill se volvió hacia mí—. Hasta luego, Harry. Nos veremos a las siete.

—Si ustedes dos no tienen nada especial que hacer esta noche —dijo Berry, apresuradamente—, ¿por qué no vienen a mi casa? Doy una pequeña fiesta. Nada especial: unas cuantas chicas, unas copas, y algo de diversión. ¿Qué les parece?

—No, gracias —respondí antes de que Bill pudiera hablar—. Esta noche ya tenemos nuestro plan. Gracias, sin embargo, por su ofrecimiento.

Berry se encogió de hombros.

—Bueno, por si cambian de opinión les haré saber que la fiesta se da en el edificio 3a de la Queen's Avenue, último piso. Asómense por allí cuando

quieran. —El hombre hizo saltar un poco de ceniza de su cigarrillo sobre el piso antes de agregar—: Estará allí Ed. Y también Gloria.

Sentí que Bill me miraba.

—Lo lamento. Esta noche no podemos ir.

—Bueno, adiós —me dijo Bill—. Hasta la vista.

Mi amigo saludó con un movimiento de cabeza a Berry y se encaminó a su oficina, ya con prisa.

Berry se rascó la nariz mientras me dirigía una larga y severa mirada.

—Ha estado bromeando, ¿verdad?

—Bromeando..., ¿acerca de qué?

—Acerca de lo de ir armados esos guardianes.

—¿Le preocupa esa cuestión? —interrogué con intención aviesa.

Él se echó a reír, si bien su mirada se endureció.

—Simple curiosidad, eso es todo. Bien, no puedo perder un minuto más.

Ed se presentará aquí mañana.

—¿Cuál fue el objeto de que Joe se quedara aquí toda la noche?

Había estado observándole con atención y noté que parpadeó levemente.

—Tenía que acabar su trabajo.

—¿A oscuras?

—¿Y por qué no? La noche es muy buena para trabajar, amigo. No se presentan interferencias.

Berry dio la vuelta, dirigiéndose al espacio acotado por los paneles.

Bill regresó unos minutos antes de las siete. Yo me había cambiado de ropa y le estaba esperando. Berry se había marchado, pero yo sabía que Joe permanecería en el interior del reducto con la puerta cerrada con llave.

—¿Nos vamos? —inquirió Bill.

—En marcha.

Me ayudó a cerrar la doble puerta, y di vuelta a la llave. Después descendimos por Eagle Street en dirección a Oxford Circus. En Soho tomamos un autobús. Recorrimos a pie Greek Street, hasta llegar al pequeño restaurante griego donde solíamos cenar las noches de nuestras escapadas.

Mientras esperábamos que nos sirvieran la cena, Bill declaró repentinamente:

—Ese sujeto, Berry, no parece ser un experto en radio.

—Bueno, tú tampoco tienes la apariencia de guardián de furgón de correos, ¿verdad?

Bill sonrió.

—Creo que es un granuja, Harry.

En aquel momento estuve a punto de darle a conocer mis sospechas, pero, pensándomelo mejor, me contuve. Gloria participaría en la reunión organizada por Berry. La joven regresaría a su piso, probablemente alrededor de la medianoche. Yo me las arreglaría para desembarazarme de Bill hacia esa hora. Me proponía visitarla para sincerarme con ella. Reflexioné que lo más prudente era poner al corriente a Bill de mis sospechas en cuanto hubiese hablado con Gloria.

—En los tiempos que corren hay granujas por todas partes —declaré con naturalidad.

Sentí un gran alivio cuando llegó la camarera para servirnos el primer plato.

Después de la cena, nos encaminamos al club, situado en las proximidades de Tottenham Court Road.

—¿Cuándo vais a proceder al transporte de ese importante envío, Bill? —pregunté a mi amigo mientras esperábamos en la acera que se encendiera la luz verde del semáforo para cruzar.

—¿Qué envío? —interrogó él, con viveza.

—¿No recuerdas lo que me dijiste: que se os iba a confiar un cargamento importante esta semana?

—Es cierto, pero no estoy autorizado para hablar de ello.

—En consecuencia, dentro de los centros de distribución postal suelen adoptarse medidas de seguridad. En serio, Bill: ¿llevas encima algún arma? Me consta que estabas bromeando al mencionar lo de las granadas, pero, ¿os dejan llevar armas?

—Ni hablar. Todo lo que llevo para defenderme es una porra capaz de provocar un gran dolor de cabeza. Y también dispongo de mis puños. Ya no hay más.

—¿Y no te sientes preocupado por ello?

Bill se echó a reír.

—En absoluto. Nosotros tomamos determinadas precauciones. Cuando llevamos un cargamento de valor alteramos nuestros itinerarios y las horas. Quien planea un atraco ha de saber la hora de partida de nuestras furgonetas, algo que un individuo ajeno al centro siempre ignorará. Llevamos años sin sufrir ningún contratiempo.

—Esta mañana habéis madrugado mucho...

Bill me miró, un tanto sobresaltado.

—¿Llegaste a verme?

—Oí el motor de la furgoneta y me asomé a la ventana.

—Entre tú y yo, Harry: lo que viste fue un simple ensayo, para el gran día. Guárdame el secreto, ¿eh?

—¿Cuándo va a ser el gran día?

Bill denegó moviendo la cabeza.

—No te lo puedo decir. No lo sé. Llevaremos a cabo nuestro trabajo sin previo aviso.

Y cambió bruscamente de tema, empezando a hablarme de las probabilidades que tenía el equipo del Middlesex en su encuentro contra el Surrey. Comprendí su actitud, enzarzándonos entonces en una acalorada discusión. Bill había sido siempre un seguidor del Middlesex, y yo sostenía que este año el Surrey era superior.

Cuando abandonamos el club serían las doce y diez minutos.

Nos paramos en la acera para encender sendos cigarrillos.

—Yo me voy a casa —anunció Bill, ahogando un bostezo—. Esta madrugada, a la una y media, ya estaba en pie. Menos mal que mañana tengo el día libre. ¿Serás capaz de llegar a tu casa por tus propios medios?

—Más o menos. Me estaba sintiendo preocupado por ti.

Los labios de Bill se distendieron en una sonrisa.

—Podré arreglármelas perfectamente valiéndome de mis propias fuerzas. Si no me meto pronto en la cama voy a quedarme dormido de pie. Nos veremos de nuevo mañana por la tarde.

Nos separamos al final de Greek Street. Yo tomé un autobús que me llevó a Oxford Circus. Luego, eché a andar, a buen paso, por Oxford Street rumbo a Bond Street.

Cuando llegué al domicilio de Gloria serían las doce y veinticinco minutos. Reinaba la oscuridad en el piso. Me pregunté si habría regresado para acostarse en seguida. Aunque no era probable, quise cerciorarme y pulsé el timbre. Nadie respondió a mi llamada, por lo que decidí que no había vuelto. Me situé en un oscuro rincón del gran patio en que me hallaba y me dispuse a esperar.

Estuve aguardando durante algún tiempo. Sería casi la una cuando oí el rumor de un coche acercándose hacia allí. Momentos después, se deslizó un taxi en el recinto, que se detuvo frente a la entrada de la casa.

Mi corazón empezó a latir con fuerza cuando vi a Gloria apearse del vehículo. Llevaba un vestido de noche blanco sin cinturón y en el brazo un abrigo de pieles.

Pagó al taxista y el coche se alejó. Mientras buscaba en su bolso la llave de la puerta y sin pensármelo me encaminé rápidamente hacia ella.

Al percibir el ruido de mis pasos, Gloria se volvió bruscamente.

—Hola, Gloria —le dije.

Mi voz sonó ronca.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué es lo que hace usted aquí, a esta hora de la noche?

—Lamento presentarme tan tarde, pero es que tenía que verla. Se trata de algo importante, Gloria. ¿Me permite entrar para que hablemos?

—Es que es casi la una y media —objetó ella, con los ojos muy brillantes, entre sus pestañas—. No es adecuada la hora...

—Ya le he dicho que es algo importante.

Súbitamente, la joven se echó a reír.

—¡Oh! Está bien, Harry. Entre. Me figuro que eso no es más que un pretexto, pero, en fin, lo admito.

Una vez hubo abierto la puerta nos plantamos en el pequeño recibidor. Ella se me adelantó al subir por la escalera y yo la seguí hasta el gran salón.

Gloria encendió las luces, y a continuación la radio, cuyos mandos manipuló hasta dar con una musiquilla lenta. Después, fue disminuyendo el volumen, hasta dejarlo en un susurro.

—¡Demonios! Estoy cansada —manifestó, arrojando sobre una silla el abrigo—. Sírvame algo de beber, Harry. Un *whisky*... Sírvase usted también.

—Yo no quiero nada, gracias.

—Por supuesto que se va a tomar un *whisky*.

Se acercó al bar, preparó las dos bebidas, y empujó uno de los vasos en dirección a mí. Debía de estar sedienta, porque de un solo trago apuró la mitad del contenido del suyo.

—Ni siquiera sé por qué todavía le dirijo la palabra —declaró Gloria, dejando el vaso sobre el mostrador—, después de haberme dejado plantada la otra noche.

—Siento lo ocurrido. Mi esposa...

—Por todos los santos del cielo, Harry, no empiece a excusarse —contestó ella, riendo—. Me figuré que su esposa se había enterado de todo. Resulta desconcertante esta facilidad con que se enteran de ciertas cosas las esposas. No importa... Es algo que viene ocurriendo todos los días.

—No tengo más remedio que hacerle una pregunta, Gloria.

—Eso podrá esperar, ¿no? —La joven encendió un cigarrillo—. Quiero salir de esto... Pase al dormitorio mientras yo me cambio, Harry.

Mi corazón pareció paralizarse por una fracción de segundo.

—Yo... Yo me quedaré aquí.

Ella sonrió.

—¿Le doy miedo, Harry?

—Quizá. Sea lo que fuere, no deseo buscarme problemas.

—¿De veras? Pues yo me figuré otra cosa...

Bebí parte de mi *whisky*, esforzándome por no mirar hacia la puerta abierta del dormitorio. Sin embargo, un minuto después miré hacia allí. Y vi a Gloria, delante de un enorme espejo, casi desnuda, llevando encima tan sólo el sujetador y las bragas. El corazón me dio un vuelco y sentí que se me reseca la boca. La vi que se cubría el cuerpo con una bata de seda roja, que se ajustó al salir de la habitación. Y entonces antes de que se anudara el cinturón, admiré sus desnudos y lisos muslos y sus largas piernas.

Esta última visión y la anterior produjeron un impacto devastador en mis buenas intenciones. Tuve que hacer un gran esfuerzo para dominarme, para no intentar estrecharla entre mis brazos.

—¿Y cómo es que ha venido aquí esta noche? —me preguntó, acercándoseme y tomando asiento en un taburete, junto al bar.

—Mi esposa se ha ausentado para ir a ver a su madre.

—Y entonces pensó que se le deparaba una oportunidad de venir a hablar conmigo.

—Sí.

—Se ha presentado aquí en el instante oportuno, Harry. Estoy muy predispuesta hacia usted.

Mi situación era la misma con respecto a ella.

—Yo..., yo quería hablar con usted acerca de Dix.

—¿Está seguro?

—Gloria: ¿qué es lo que sabe de Dix? ¿Sabía que es un granuja?

La joven apuró el contenido de su vaso, dejándolo encima del mostrador. Su rostro era inexpresivo. Después, abandonó lentamente el taburete, aproximándose a mí.

La mirada que sorprendí en sus ojos me trastornó. El tono rojo anaranjado de su bata acentuaba las oscuras sombras de sus cabellos y sus ojos. Ella me pareció la mujer más deseable que jamás había visto.

—He de estar informado, Gloria —manifesté, dándome cuenta apenas de lo que decía.

Ella me cogió una mano. Al notar la caricia cálida de su carne sentí un escalofrío.

—Vamos a la otra habitación, Harry.

Yo no estaba en condiciones de negarme. Crucé con ella el cuarto, pasando al contiguo. Gloria manipuló varios interruptores. Aparte de las dos luces que proporcionaban sendas lámparas dotadas de tulipas, quedaron encendidas otras, en el cielo raso y en torno al gran espejo de cuerpo entero, en el que se reflejaba la blanca alfombra extendida junto al enorme lecho.

—Me encantan las luces —declaró Gloria, acercándose al espejo para contemplar su imagen en él—. ¿Por qué a la gente le gusta, en general, hacer el amor a oscuras? Yo quiero a mi alrededor luces, y luces, y más luces. Quiero verte, Harry, y que tú me veas a mí. —La joven dio la vuelta observándome con ojos centelleantes—. ¿Crees que soy bella, Harry?

—Jamás he visto una mujer más bella que tú —repuse con voz ronca.

—Creo que eres sincero. Pero todavía no me has contemplado como yo deseo que me veas.

Gloria soltó el lazo de su cinturón. Y luego, la bata, con un movimiento suyo, fue resbalando. Ella la dejó caer sobre el piso a sus pies. Sus manos se movieron rápidamente, desprendiéndose de las otras prendas. Bajo la intensa luz de la habitación, su carne tenía el brillo de las perlas.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, mientras mis ojos disfrutaban de aquel festín visual. Después, extendió sus brazos hacia mí.

Al principio, resultó realmente la sensación más violenta y más excitante que jamás había experimentado en mi vida. Esa clase de cosas que la mayoría de hombres han soñado en los repliegues más oscuros de su espíritu en algún momento de su existencia, pero que nunca, o casi nunca, han realizado: un entendimiento animal de una intensidad aterradora.

Y parecía que no iba a terminar jamás. Al principio, tuve la impresión de que era yo mismo el que provocaba esta reacción volcánica, pero no tardé en comprender que, en realidad, Gloria fingía. Todo cuanto hacía estaba calculado y ensayado, como un papel conocido, sabiendo exactamente cuál debía ser el próximo gesto para lograr de mí las máximas reacciones.

Ahora, deseaba concluir. Deseaba estar tranquilo, necesitaba huir de aquellas luces crudas que nos inundaban; y, por encima de todo, huir de ella.

Como si hubiera leído mis pensamientos, se calmó de repente, echó los brazos en torno a mi cuello, sus uñas penetraron en mi carne y su boca se aplastó con tanta violencia contra la mía que sentí el sabor de la sangre.

La luz me quemaba los ojos a través de mis párpados y sentía la contracción convulsiva de los músculos de Gloria.

De pronto, ella gritó con una voz ronca que me puso un escalofrío en la espalda:

—¡Dios mío! Ed, ¿aún no has terminado? Te aseguro que vomitaré si hemos de continuar esta sesión.

Durante un horrible instante, creí haber entendido mal. Me quedé abismado, helado y paralizado, pensando que Gloria había perdido la cabeza.

—Está bien, está bien. Vosotros dos, acabad el trabajo.

La voz profunda de Dix sonó como si él estuviera en el dormitorio. Gloria se apartó de mí. Cogió su bata, embutiéndose rápidamente en ella.

Yo me quedé en el lecho, paralizado, mirando la estancia a mi alrededor, tratando de averiguar la procedencia de aquella voz desdeñosa.

—¿Qué ha sido eso? —inquirí.

—¡Oh! ¡Cállate! —exclamó Gloria.

Se fue hacia el espejo, ordenando sus cabellos. A continuación se pasó por los labios el reverso de una mano, con una mueca de disgusto que me dejó sorprendido.

—¿Quién acaba de hablar?

—¿Quién crees que puede ser, torpe, estúpido?

Yo acababa de abandonar la cama en ese momento.

—¿Era Dix?

Gloria no hizo el menor caso de mi pregunta, procediendo a retocarse los labios ante el espejo.

A mí me temblaban las manos. Casi no podía respirar. Empecé a vestirme.

—¡Gloria! No es posible que esté aquí, ¿eh?

—¡Oh! ¡Cállate de una vez!

Crucé el cuarto y la así por un brazo, obligándola a girar en redondo.

—¿Está aquí?

Gloria se desasí de mi mano, con un violento gesto, y me abofeteó tres veces seguidas, con tanta rapidez y fuerza que no tuve ocasión de evitar su ataque.

—¡No me toques, patán asqueroso! —chilló, poniéndose muy pálida, con una expresión en su mirada tan dura como el granito. Sus ojos parecían dos orificios negros practicados en una lámina blanca.

Oí el ruido de la puerta al abrirse y di media vuelta.

—Cálmese —expresó Dix, entrando en el dormitorio—. Vete, Gloria. Deseo hablar con él.

Gloria acabó de ceñirse la bata al cuerpo, y salió de la habitación. Dix cerró la puerta a sus espaldas.

Éste vestía su traje oscuro que yo ya conocía, el de la rayita blanca. Se había echado el sombrero sobre la nuca. Su rostro aparecía perlado por gotas de sudor.

—Bueno, socio, todo parece indicar que lo está pasando bien, ¿eh?

Una furia que nunca había sentido me invadió rápidamente. Me animaba ahora el deseo de pegarle sin piedad, de estrangularlo, de pisotearlo, de molerlo a patadas hasta destruirlo.

Avancé hacia él, alargando los brazos, con los dedos de mis manos encogidos como garfios...

—Es mejor que no lo intente, socio...

Me encontraba ya a la distancia conveniente. proyecté un directo hacia su rostro, un directo con todas mis fuerzas. Él ladeó la cabeza un milímetro y mi golpe se perdió en el vacío. Entonces uno de sus puños se me incrustó sólidamente en el pecho, por debajo del corazón. Mis piernas se doblaron. Pegado a mi adversario, mis manos fueron en busca de su garganta, pero él se separó de mí mediante un tremendo empujón. Al repetir mi intento anterior, me correspondió con otro puñetazo semejante al primero, y fui a parar al

suelo, quedándome a gatas. Sentí como si me hubiera hundido unas cuantas costillas. Tenía la impresión de haber sido coceado por un caballo.

Me quedé en aquella postura durante unos segundos, y luego, lentamente, me fui incorporando. Él no me perdía de vista, expectante, los brazos en jarras, con una sonrisa en los labios, una sonrisa burlona y complacida.

—Físicamente no pertenece a mi categoría, socio. Tómeselo con calma. Quiero que hablemos.

Sus dos certeros golpes me habían dejado casi sin fuerzas. Me costaba trabajo hasta mantenerme en pie. Pero la ira que sentía me arrojó contra él. Quería aplastar aquella cara irónica, aunque ello me costara la vida.

Me dejó avanzar, y al disparar yo mi brazo volvió a eludir el golpe como antes. De nuevo su puño se abatió como un mazazo sobre mi cuerpo. Retrocedí aparatosamente, para quedarme al final tendido en el suelo, cuan largo era. Creí que acababan de despedazarme. Retorciéndome con dificultad, conseguí ponerme de rodillas. Pero no pude ponerme en pie. Me quedé, arrodillado, con la cabeza caída sobre el pecho. De mi boca entreabierta salía el aliento con entrecortados jadeos. Los tres puñetazos encajados habían acabado con todas mis energías, dejándome tan desvalido como una criatura.

Ella ya me había advertido oportunamente que no le agrediera. Bien. No me había mentido al formular su prudente advertencia.

Dix se acercó a la cama, y se sentó en el borde. Se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió y arrojó luego la cerilla a la chimenea.

—Tómeselo con calma, socio —repitió—. Disponemos de mucho tiempo.

Continué arrodillado en el suelo. No sé cuánto tiempo estuve así: diez minutos, quizá algo más. Luego, poco a poco, me así a una silla y fui levantándome. Cada uno de mis movimientos me producía una punzada de dolor. Por fin, me quedé sentado a medias, con los brazos cruzados sobre el vientre. Me asaltó la terrible sensación de que si yo no podía retener mis entrañas, éstas iban a derramarse por el suelo.

—Le traeré algo de beber.

El hombre se levantó, y salió del cuarto.

La radiogramola continuaba sonando. Todo aquello parecía completamente irreal. Era una pesadilla de la peor especie. Dix permaneció ausente durante un tiempo. Percibí vagamente un murmullo de voces. Yo continué sentado en el mismo sitio, con los ojos fijos en la alfombra blanca. Mi mente se hallaba como congelada, sin elaborar ninguna idea.

Dix volvió una media hora después, al menos eso creí, con un vaso de *whisky* que él mismo me colocó en la mano. Engullí el licor en un alargado y

convulsivo trago. Mi ira se había esfumado. Todo lo que sentía ahora era simple horror ante mi propia persona y un enfermizo temor frente a él.

Se sentó en la cama nuevamente.

—¿Sabe, socio? Me figuré que se iba a mostrar mucho más inteligente. Al no dejarse ver después de haberle telefonado Gloria, empecé a sospechar que había descubierto el plan. No me importa reconocer que estuve algo preocupado. Hasta ahora el cebo no ha fallado nunca cuando se trata de hacer picar a un pez. Bueno, no importa: más vale tarde que nunca. Al final, todo funcionó como se esperaba.

Abrióse la puerta del cuarto, y entró Berry. Iba en mangas de camisa. Lo noté acalorado. El sudor había hecho que un mechón de cabellos se le hubiera quedado pegado en la frente.

—Aquí las tienes, Ed. Están todavía húmedas, pero me han salido estupendas. ¿Son soberbias o no?

Berry tendió a Dix una cubeta de hierro esmaltada en blanco, grande, y después de dedicarme una fría mirada se fue, cerrando la puerta.

Dix estudió el contenido de la cubeta.

—Son buenísimas. Eche un vistazo a esto, socio. ¿Qué le parecen estas obras de arte?

Colocó la cubeta sobre mis rodillas. Contenía tres fotografías de siete por once centímetros, recién salidas del baño de hiposulfito. Al verlas, me sentí horrorizado, con ganas de vomitar. No tuve que examinarlas dos veces para descubrir que el hombre que aparecía en ellas era yo. ¡Eran auténticas fotos pornográficas!

Arrojé la cubeta lejos de mí, me puse en pie haciendo un supremo esfuerzo e intenté golpear a Dix en el rostro.

Él bloqueó el golpe con el antebrazo, propinándome un empujón que me devolvió atropelladamente a mi silla.

—Relájese, socio, si es que no quiere que le atice de nuevo.

Clavé mis ojos en Dix. De haber tenido a mano una pistola no hubiera vacilado en matarlo.

Sonrió.

—Tranquilícese. Deseo hablar con usted. —Volvió a sentarse en el borde de la cama—. ¿Ve ese pequeño disco negro que hay en el centro del espejo? ¿No se ha preguntado el porqué de su existencia? Apuesto lo que quiera a que no. Nadie suele hacerlo. Oculta la lente de una cámara de cine de dieciséis milímetros. La película que ésta contiene vale ahora para mí un par de miles de libras. Serán distribuidas copias del filme por todo el mundo. Va usted a

convertirse en un famoso y estimado «astro» del cine, socio. —Dix hizo caer un poco de ceniza sobre la alfombra blanca—. Puede creerme o no, pero equipar debidamente este dormitorio me ha costado mil libras. Ahora bien, mi instalación arroja buenos dividendos. Le estoy explicando todo esto, socio, porque actualmente es usted uno de los nuestros. Si piensa de otra manera, dígamelo, y entonces enviaré alguna de esas fotografías a su simpática esposa. Lo lógico es que la sorprendan, y yo me inclino a pensar que no desea que viva este tipo de sorpresas.

Me daba cuenta de que estaba en sus manos. No había una sola cosa que no estuviese dispuesto a hacer con tal de evitar que Ann viera aquellas fotografías. Ni una tan sólo.

—Los hechos son así, socio —continuó Dix—. Ha pasado un buen rato y ahora tiene que pagar un precio por él. Un falso movimiento por su parte y distribuiré esas fotografías. Tendré un trabajo para usted dentro de poco, y lo hará. De lo contrario, ya sabe a lo que se expone. —El hombre se inclinó hacia adelante, clavando sus menudos y brillantes ojos en mi rostro—. Me imagino que ya se ha figurado lo que llevo entre manos. Por si no es así, se lo explicaré. A finales de esta semana, quizá el sábado o el domingo, se hará un envío al continente de diamantes industriales, un envío de importancia. Tal remesa pasará por el centro de distribución de Eagle Street. Desde este centro irá a parar al aeropuerto de Northolt en una furgoneta. Quiero esos diamantes, socio. Todo está preparado para que consiga apoderarme de ellos. Nuestro cuartel general de operaciones es su taller. El Jaguar que Gloria dejó en él es uno de los vehículos a utilizar para la huida. Hemos manipulado su teléfono para que Joe pueda avisarme en cuanto vea partir la furgoneta de los diamantes. Pero hay por hacer una pequeña tarea de la que no nos hemos ocupado. Quien la haga ha de tener ciertos conocimientos técnicos. Usted los tiene. El viernes por la noche entrará en el centro de distribución postal con objeto de inutilizar el timbre del dispositivo de alarma. ¿Cómo ha de hacerlo? Eso es cosa suya. Pero lo hará. Si se niega, visitaré a su esposa y le haré entrega de las fotos. Si hay una filtración, si no podemos llevar a cabo la operación, sabré inmediatamente quién es el que ha hablado más de la cuenta, y le pondré las peras a cuarto. A usted y a su esposa. Puede ser que no se lo haya figurado, pero Louis es uno de los más hábiles lanzadores de ácido de la ciudad. ¿Ha visto alguna vez una muchacha que ha sufrido los efectos de una rociada de ácido en la cara? Pues esto es lo que le sucederá a su esposa si habla demasiado, aunque antes le daré las fotografías.

Dix se puso en pie.

—No hay más que decir, socio. Hoy es miércoles. Dispone de tiempo hasta el viernes por la mañana para idear la forma de inutilizar el timbre del sistema de alarma. El viernes por la tarde me explicará cómo piensa proceder. Guardaré, entonces, una de las fotos en el bolsillo, sólo por si todavía no se le ha ocurrido nada. —Dix echó a andar hacia la puerta del dormitorio y la abrió—. Ya puede marcharse, socio.

Me puse en pie lentamente, sintiendo fuertes punzadas en todo el cuerpo. Nada tenía que decir. ¿Qué podía contestar? Aun con los ojos bien abiertos, me había metido en una trampa y ésta se había cerrado de golpe. No era éste el momento de buscar una salida a aquella situación.

Cada paso que daba era un ramalazo de dolor. Poco a poco logré entrar en el salón contiguo.

Berry y Louis estaban sentados frente al mostrador del bar, donde había un par de vasos de *whisky*. Gloria estaba tendida en el sofá, fumando. Su roja bata se había entreabierto. Pude ver sus piernas, una estirada en el sofá, la otra colgando. Ni siquiera me miró cuando, moviéndome como un tullido, crucé el salón camino de la puerta.

—Acompaña a nuestro visitante hasta la puerta, Berry —ordenó Dix—. Trátale afectuosamente. Ahora es un socio más en nuestro negocio.

Berry abandonó su taburete, y me abrió la puerta.

—Adelante —me invitó, mientras sus labios se distendían en una burlona sonrisa—. Ahora, tenga cuidado, no vaya a caerse por la escalera.

La bajé a tientas, hasta que pude abrir la puerta principal.

—Un momento —dijo entonces Berry—. Quiero decirle algo antes de que se marche...

Me volví hacia él.

Me di cuenta de que su puño se abatía sobre mí, si bien mis reflejos eran demasiado lentos para que pudiera evitarlo. Encajé un golpe en la boca que me hizo retroceder dando traspiés por el recinto exterior. No fui capaz de guardar el equilibrio y rodé por el suelo.

—Esto es de parte de Gloria, con sus mejores saludos —explicó Berry—. Hasta la vista, estúpido —finalizó, dando un portazo.

Ann regresó a casa poco después de las once de la mañana siguiente. En seguida se presentó en la parte del taller donde Tim y yo estábamos colocando una nueva junta de cilindro.

—Subiré dentro de diez minutos —le dije, agitando a modo de saludo mis manos grasientas de aceite, para hacerla ver que no podía darle un beso—. ¿Ha ido todo bien?

—Sí. ¿Y qué tal lo has pasado tú?

Sabía que me estaba mirando con ojos escrutadores. La pálida cara con las profundas ojeras que yo descubriera aquella mañana en el espejo, al afeitarme, había impresionado; estaba seguro de ello.

—Salí anoche con Bill. Esta mañana me dolía mucho la cabeza, pero ahora me siento bien —aclaré, sonriendo y buscando su mirada—. Subiré dentro de un momento.

Ella asintió mirando a Tim. Después cruzó el despacho y subió por la escalera.

Necesitamos poco más de media hora para dejar lista la junta.

—Misión cumplida —comenté al tiempo que cogía unos desperdicios de algodón para secarme las manos—. Tú te encargarás de rematar el trabajo. Y no te olvides de limpiar las herramientas.

—No, señor Collins.

Me encaminé al despacho y encendí un cigarrillo.

Alrededor de las nueve y media de la mañana se había presentado Berry para relevar a Joe, quien se marchó en el Humber del primero. Berry ni me miró. Se encerró en el espacio acotado y no volví a verle.

Tenía los labios algo hinchados por efecto del puñetazo que Berry me asestara, y también dos grandes morados en el pecho: las huellas de los golpes de Dix. Exteriormente tenía el aspecto de un hombre falto de sueño que ha pasado una noche algo agitada y que quizá ha tomado tres o cuatro copas de más. Interiormente, me sentía como un frío bloque de piedra.

Al traicionar a Ann, había caído en una trampa de la que me sería difícil escapar. De no haber sido por mi mujer hubiera podido intentar algo, pero la amenaza de Dix de arrojar sobre el rostro de Ann un chorro de ácido tras haberle enseñado las fotografías me tenía atado de pies y manos.

Pensando en todo aquello, comprendí que la trampa había sido montada a partir del momento en que viera por primera vez a Gloria en la Western Avenue. Ella debió de seguirme cuando yo abandoné el taller para acudir en ayuda de Lewis, en Northolt, deteniéndose para simular que su vehículo había sufrido una avería en un punto que quedaba dentro de mi itinerario de regreso.

De haber escuchado a Ann y a mi propia conciencia, no hubiera llegado a meterme en aquel lío. Pero, deliberadamente, había optado por seguir el mal camino, y ahora todo parecía indicar que ambos tendríamos que pagar un elevado precio por mi error.

Y, cosa rara, había cometido una segunda equivocación. La noche anterior, tras entrar en mi piso, vacío por la ausencia de Ann, sentí que se apoderaba de mí un miedo terrible. No acertaba a ver ninguna salida para aquella situación. Al principio, decidí que lo único que podía hacer era decir a Ann la verdad, e ir después a la Policía para explicar toda la sórdida historia, pidiéndole protección.

Sin embargo, cuanto más reflexionaba menos afortunada me parecía tal solución. No podía acercarme a Ann para explicarle que había roto mi promesa de no ver nunca más a Gloria. No podía confesarle que le había sido infiel. Paseé arriba y abajo por el cuarto de estar, hasta el amanecer, estrujándome los sesos para dar con una solución a mi problema. Más tarde llegué, sin embargo, a controlar mis nervios.

Me habían tratado como un estúpido y engañado desde el primer día. Al comprenderlo me irrité profundamente. Aquello era ya algo personal, entre Dix y yo. Lo odiaba como no había odiado jamás a nadie. Estaba decidido a derrotarle en su juego. No tenía la más leve idea de cómo lo haría, pero antes o después se me presentaría la ansiada oportunidad de lograr mis propósitos, y yo no la desaprovecharía.

No quiero que nadie se figure que siempre fui un tipo tan débil y despreciable como lo era en aquellos momentos. Admito que después de la guerra me había transformado en un individuo blando, aunque en el curso de aquella me había hecho con una sólida reputación como combatiente. Cuando se organizaba una patrulla para la captura de prisioneros, yo era siempre el designado para mandarla. Si antes de cualquier incursión era preciso silenciar a un centinela, yo me encargaba de hacerlo. Hacia el final de la guerra, Bill y yo fuimos destinados a Birmania, donde nos especializamos en el montaje de emboscadas y eliminación de japoneses. Matar se convirtió para mí en un oficio, y sólo al abandonar el ejército y casarme con Ann comencé a relajarme. Cinco años de matrimonio y de vida civil me habían hecho blando;

una sola noche en compañía de Dix había tenido la virtud de hacer que las manecillas del reloj de mi vida invirtieran el sentido de su marcha.

Mi pretendida blandura quedaba atrás. Ahora deseaba matar a Dix. Su muerte era para, mí una meta. Él me había metido en aquella trampa. Él era quien se proponía distribuir por el mundo copias del vergonzoso filme, para que sus escenas sirvieran de expansión a un puñado de degenerados. Él era quien obligaba a poner a Bill en peligro. Y quien me amenazaba con rociar de ácido el rostro de Ann. Cuatro razones que me daban derecho a quitarle la vida.

De momento, él tenía las mejores cartas en sus manos. Pero más tarde o más temprano jugaría mal sus bazas, seguramente, y entonces intervendría yo. Mientras tanto, había decidido dejarle imaginar que disponía por entero de mí, que me tenía donde quería tenerme. Planeaba que sus sospechas se adormecieran, aguardando mi ocasión.

Por otra parte, resultaba extraño que no experimentara temor alguno ante la perspectiva de tener que mirar a Ann a la cara. Todo era demasiado serio para que llegara a sentirme culpable por algo que ya pertenecía al pasado y que jamás volvería a darse de nuevo. En aquel asunto estaba implicada su felicidad y la mía. Ann y yo habíamos caído en la trampa por mi culpa. Salir de ella era una misión de mi exclusiva incumbencia. Todo quedaba, ahora, entre Dix y yo. Ann estaba al margen.

Subí al piso, donde Ann estaba preparando el almuerzo. Al situarme ante el fregadero de la cocina, para lavarme las manos, noté que ella me observaba ansiosamente. Me volví, sonriente.

—Estás pálido, Harry.

—No me extraña —contesté, secándome las manos en la toalla que pendía de un rodillo—. Me parece que la cena no me cayó muy bien. Los platos eran demasiado grasientos y además bebí mucha cerveza. Por lo demás, estoy bien.

Sabía que ella deseaba creerme, y el hecho de que yo no rehuyese su mirada calmó sus recelos.

—Veo algo raro en ti, Harry. Ahora haces que me acuerde de los días en que nos conocimos. Entonces eras un hombre brusco, que parecía estar en contra de todo el mundo.

Me eché a reír.

—Acabaré enfrentándome contigo si no me sirves a tiempo mi almuerzo.

Deslicé un brazo por su cintura, oprimiéndola contra mi cuerpo.

—Harry: ¿cuándo van a marcharse esos hombres? ¿Han de seguir aquí todavía mucho tiempo?

—Me han pagado el alquiler de un mes. Me figuro, por tanto, que estarán aquí un mes. No sé...

—¿Permitirás que sigan aquí luego?

Yo sabía que no existía ninguna posibilidad de que continuaran en el taller. Me imaginaba que a la semana siguiente se habrían ido.

—No, si tú no quieres.

—El dinero, claro, es importante...

—Bueno, de momento, despreocúpate de ellos y comamos.

Tras el almuerzo hice algo que no había hecho nunca. Crucé la calle y entré en el centro de distribución postal. Era una gran nave con el suelo de hormigón, llena de furgonetas del servicio de correos. Unos hombres que vestían ropas de trabajo de color marrón iban cargando sacas en algunos vehículos. Todos parecían estar muy concentrados en su labor y durante cosa de un minuto nadie reparó en mí.

Mirando a mi alrededor, en ese espacio de tiempo, me hice cargo de la distribución del local.

—No puede usted estar aquí, amigo. ¿Qué desea?

Me volví. Un hombre fornido, de corta talla, vestido con la misma ropa de trabajo que los demás, me miraba recelosamente.

—Lo siento —contesté, sonriendo—. Buscaba a Bill Yates. Yo soy Harry Collins, del taller de ahí enfrente. Quizá haya oído a Bill hablar de mí alguna vez.

El rostro de mi interlocutor cambió de expresión. Asintió.

—Pues sí. Bill habla de usted a menudo. No está aquí ahora. Hoy es su día libre.

—¡Claro! Recuerdo que me lo dijo anoche. El día menos pensado voy a acabar por olvidarme de cómo me llamo. —Saqué un paquete de tabaco, y ofrecí al otro un cigarrillo—. Anoche nos corrimos una pequeña juerga. Bill todavía se encuentra en condiciones de dar buena cuenta de unos cuantos litros de cerveza a lo largo de una velada.

—Siempre fue un buen bebedor de cerveza... Me llamo Harris. —Mi interlocutor cogió el cigarrillo que acababa de ofrecerle y lo encendió—. Ya lo dijo, que ustedes dos iban a salir anoche.

—Me alegro de que haya ascendido. Es justamente el hombre ideal para este trabajo.

—En efecto —confirmó Harris—. En otro tiempo fue boxeador, ¿no? Por el aspecto físico no es difícil adivinar si un hombre se ha calzado o no alguna vez los guantes de púgil.

—Bill llegó a ser campeón en la categoría de pesos ligeros de nuestro batallón. Hubiera podido llegar lejos de haberse hecho profesional.

—Es un hombre que no suele hablar mucho de sí mismo, pero adiviné en seguida que había boxeado. Yo también he practicado este deporte, pero nunca saqué nada en limpio de él, excepto algún que otro ojo morado.

Me eché a reír.

—Igual que yo. ¿Esa furgoneta nueva es la de Bill?

—¿Cómo? ¿Ese viejo cacharro? No, ¡qué va! La de Bill se encuentra ahí, en el andén 6.

—Estuvo hablándome de ella... Bueno, será mejor que vuelva al taller. Lamento haberle entretenido. Hubiera debido acordarme de que hoy es el día libre de mi amigo.

—No tiene importancia —contestó Harris, estrechando mi mano—. He oído a Bill hablar mucho de usted. Encantado de haberle conocido.

Emprendí la vuelta al taller, pensando en que Berry, desde su puesto de observación, debía de haber estado estudiando mis movimientos. Miré hacia la ventana del local, pero no divisé nada. Alguien había colocado una especie de cortinilla.

Alrededor de las seis apareció Bill.

—¿Llegaste a casa sin novedad? —me preguntó al entrar en el despacho.

—Sí, ¿y tú?

—Igual... Oye, Harry: traigo aquí unos arenques. ¿Qué te parece si Ann los preparara para que nos sirviesen de cena a los tres?

—Conforme. Súbeselos, y cuando la hayas convencido baja, que nos iremos a tomar una cerveza ahí enfrente.

—No es mala idea.

Bill subió al piso.

Yo sabía que mi amigo confirmaría a Ann que había pasado la velada con él, y me alegré de que se hubiera presentado. Diez minutos después, se hallaba en el despacho de nuevo.

—Todo está en marcha. Vámonos.

Ya había cerrado el taller. Echamos a andar en dirección a Las Cuatro Plumas, un establecimiento que quedaba junto al centro de distribución postal.

—Dos cervezas, señorita —pidió Bill a la camarera al tiempo que cogía el cigarrillo que le ofrecí. De pronto se quedó mirándome fijamente—. ¡Dios Santo! Estás hecho una lástima. ¿Qué les ha pasado a tus labios?

—Se me escapó de las manos una llave de tuercas y por poco pierdo todos los dientes. Al principio me dolió; ahora ya no. ¡Ah! Esta tarde conocí a Harris. Me dijo cuál era tu furgoneta.

Bill se mostró sorprendido.

—¿Sí? Eso va contra las normas del centro.

—No recordé que hoy no estarías y pregunté por ti. Nos pusimos a hablar, me fijé en una de las furgonetas y le pregunté si era la tuya.

—¡Oh! Bueno, no importa. Es que ha sido dotada de algunos artilugios acerca de los cuales preferimos no hablar.

—La verdad es que no llegué a estar ni a diez metros del vehículo —declaré, riendo—. ¿Contáis también con una sirena, Bill?

—Hay un timbre de alarma que funciona con la batería. Si tengo alguna dificultad, lo primero que he de hacer es ponerlo en marcha. Una vez empieza a sonar no hay manera de pararlo. Ha sido una buena idea. El timbre es muy ruidoso.

Ya me había enterado de cuanto necesitaba saber, así que cambié de conversación, y me puse a hablar de *cricket*. Lanzado a considerar las posibilidades del Middlesex de alcanzar el campeonato, Bill poseía una verborrea incontenible.

Mientras hablaba, completé mi plan de acción. Con un poco de suerte, me imaginaba que no iba a resultarme demasiado difícil inutilizar el timbre de alarma. No era cuestión de no hacerlo. Era muy pronto todavía para hacer un falso movimiento. Pensando en ganarle la partida a Dix, debía hacerle creer que me tenía acorralado.

Tuve que hacer grandes esfuerzos durante la cena, e incluso hasta el momento de irse Bill, para no perder el hilo de la conversación y aparecer relajado, natural. Tenía muchas cosas en la cabeza, y comprendía que resultaría fatal hacer algo que llevara a Ann o a Bill a sospechar que estaban ocurriendo cosas anormales.

Sentí un gran alivio, pues, al bajar al taller con Bill para abrirle la puerta.

Había algunas luces encendidas en el centro postal, cuyas grandes puertas de acceso se hallaban abiertas.

—Por lo que veo, nunca cerráis el centro —señalé cuando mi amigo y yo nos plantamos hablando en la acera.

—En efecto. A todas horas hay furgonetas que entran o salen. Desde luego, el resto del local se cierra, pero el garaje permanece abierto todo el tiempo.

—¿Y quién lo vigila?

—Esta semana, la vigilancia nocturna corresponde a Harris. No he conocido nunca un hombre más dormilón. Se pasa la mayor parte de la noche roncando en su oficina. A veces he llegado aquí después de medianoche y, de habérmelo propuesto, hubiera podido apoderarme de un par de furgonetas ante sus mismas narices.

—¿Y quién va a pensar en robar una furgoneta de estas?

—De encontrarse vacía, por supuesto, no interesa —repuso Bill, sonriendo—. Es lo que Harris dice siempre. Afirma que se despertaría inmediatamente si alguien pusiese en marcha el motor de un vehículo. Pienso que dice la verdad. Hay que maniobrar un poco para sacar una furgoneta de su andén respectivo. Bueno, me voy a casa. Hasta la vista, Harry.

—Nos veremos mañana.

—Mañana, no. Mala suerte: tengo otra sesión de entrenamiento por la mañana, a primera hora. Te veré el domingo.

Le vi bajar por la calle, en dirección a la parada del autobús. Seguidamente, cerré el taller y eché los cerrojos.

Joe salió de detrás de los paneles del recinto acotado.

—¿Qué tal te vas desarrollando, socio?

—Muy bien —repuse secamente.

Como continué andando, el otro me sujetó por un brazo, obligándome a dar la vuelta. Al sentir una de sus manos sobre mí, un arranque de furia asesina sacudió mi cuerpo. Estuve a punto de corresponder a su acción con un puñetazo, pero me contuve a tiempo.

—Ed se presentará aquí mañana por la tarde. Y espera que le facilites algunas noticias —apuntó Joe.

Sus ojillos no se apartaban de mí.

—Se las daré —contesté, liberándome de aquella mano con un brusco tirón.

Continué hacia mi despacho.

Ellos estaban absolutamente seguros de que me tenían en el lugar que deseaban. Muy bien. Que siguieran pensando así. Yo sólo quería una cosa: que cometieran un desliz. En tal caso, no tardarían mucho en descubrir que yo no era el tipo estúpido que creían.

El viernes por la tarde llegó Dix. Vi avanzar su gran Cadillac por el taller cuando me hallaba sentado ante mi mesa, en el despacho.

Me levanté, y fui en su busca.

Él no se apeó del automóvil.

—Suba, socio —me dijo—. Iremos a dar una vueltecita por el parque.

—No tardaré en volver, Tim —informé a mi ayudante.

Abrí la portezuela del coche, instalándome junto a Dix.

Dix se deslizó rápidamente por Regent Street y enfiló luego Cockspur Street. Pasado el Admiralty Arch, se internó en el parque. Conducía brillantemente, a buen ritmo en todo momento. Parecía tener una misteriosa habilidad para adelantarse a las señales del tráfico. Afinaba tanto y actuaba con tal precisión al calibrar las distancias que se me erizaron los cabellos más de una vez.

Los dos guardamos silencio hasta el momento de pasar por el palacio de Buckingham.

—¿Tiene ya un plan, socio?

—Sí. ¿Cuándo he de llevarlo a la práctica?

Dix me miró brevemente y yo vi un destello de sorpresa en sus ojos.

—Esta noche. ¿En qué consiste su plan?

—La oficina de correos permanece acierta toda la noche. El hombre encargado de su vigilancia se pasa durmiendo la mayor parte del tiempo. La furgoneta se encuentra hacia el fondo del recinto, en el punto opuesto a su despacho. Si me localiza le explicaré que habiéndome visto obligado a trabajar hasta una hora muy avanzada, me preparé un té, y me imaginé que a él le agradaría tomar una taza. Por eso llevaré conmigo un termo lleno. Después me iré y al rato volveré a intentarlo. Si él está dormido, me dirigiré inmediatamente a la furgoneta. Creo que podré lograr mi propósito sin que me vea. El timbre del sistema de alarma funciona mediante la batería. No me resultará difícil hacer saltar uno de los cables.

—Supongamos que efectúan una inspección de los cables. Éste no es un buen recurso. ¿No le parece mejor *ahogar* el sonido del timbre?

—Ni aun en el caso de que inspeccionen los cables podrán descubrir la manipulación, a menos que quieran hacer funcionar el timbre. Si proceden así, preparar algo para ahogar el sonido del timbre no conducirá tampoco a nada.

—De acuerdo. Puede hacer lo que quiera con tal de que lo haga bien. Yo no amenazo dos veces. Ya sabe lo que le sucederá si recurre a un juego sucio.

—Lo sé.

—Ahora, escuche... Parece ser que el trabajo de esa gente ha sido fijado para el domingo por la mañana. He sido informado de que la mercancía llegará a King's Cross dicho día, a la una del mediodía. Le comunico esto para que esté listo y pueda entendérselas con los polis cuando se presenten, ya que irán en su busca. Procure no incurrir en ningún error. Tan pronto como

nosotros hayamos rematado el trabajo, ya puede imaginarse el revuelo que se armará. La policía llevará a cabo registros en todas partes. Antes o después, irán a verle. Querrán saber si usted vio algo. Bueno, procure mantener el pico cerrado. Usted está ahora tan complicado en el asunto como yo mismo.

—Tim Greensleeves podría decir a los investigadores que les vio a ustedes tres entrar y salir del taller.

—Eso es cosa suya. Arrégleselas para mantener a los policías alejados de él. Si habla, echaré al correo las fotografías artísticas.

—Yo me ocuparé de él.

—Ésa es la idea, socio. Proceda como es correcto y el lunes por la mañana será la última vez que nos vea. Hable lo que no debe, deslice una palabra imprudente y me apresuraré a dejarle señalado, con objeto que se acuerde de mí durante mucho tiempo.

—No se me escapará nada.

El coche empezó a perder velocidad, deteniéndose por fin.

—Bien, usted ha llegado ya. Adiós, socio. Me ha resultado muy grato y provechoso conocerle. No creo que volvamos a vernos más. Espero, por su bien, que sea así.

Caminando lentamente, subí por Eagle Street. Mi mente andaba muy ocupada. De una manera u otra, tenía que mantener a Bill apartado de aquello. Si el atraco iba a llevarse a cabo el domingo por la mañana, había de asegurarme de que mi amigo no se encontrara en la furgoneta. Fuera lo que fuera de mí, deseaba que Bill no corriera ningún peligro. No tenía la menor idea acerca de la identidad de la persona que ocuparía su lugar, y ello no me preocupaba, pero había tomado la resolución de impedir que mi amigo se enfrentara a Dix y a sus secuaces.

Ahora bien, lo primero era *preparar* adecuadamente el timbre de alarma. Ann, desde luego, representaba el mayor obstáculo en una tarea que de otro modo habría sido relativamente fácil. No podía llevarla a cabo hasta después de la medianoche, y ella querría saber en qué andaba empeñado.

La suerte, sin embargo, acudió en mi ayuda; durante mi ausencia había entrado en el taller un Vanguard al que era preciso ajustar los frenos.

Le dije a Ann que el Vanguard tenía problemas con su carburador, por cuyo motivo quizá me acostaría tarde.

—El chico está de permiso mañana y ya le dije que me ocuparía de la reparación —comenté a Ann mientras me servía la cena—. No sé cuánto tiempo emplearé en este trabajo, pero lo más probable es que se alargue.

Después de cenar bajé al taller, y saqué el carburador del coche. Cogí un tubo de cobre y empecé a taladrarlo. Cuando bajó Ann para ver cómo iba con mi trabajo eran las diez y cuarenta y cinco minutos, y todavía estaba enfrascado con el tubo.

—Estaré ocupado un par de horas más. Este carburador es un completo desastre. Tú vete a la cama, querida. Yo subiré en cuanto haya terminado.

—¿Quieres que te haga un poco de té?

—Ahora no. Quizá luego me prepare uno yo mismo. Anda, acuéstate. Cuanto más tiempo perdamos charlando más tiempo tardaré.

—Está bien, Harry. Volveré a bajar después del baño.

—No, no lo hagas. Prefiero trabajar sin interrupciones. Este trabajo requiere mucha atención.

—Bueno. Supongo que no me encontrarás dormida cuando subas.

Unos minutos después de la medianoche, subí las escaleras silenciosamente, y puse la tetera en el fuego. No se veía ninguna luz en el dormitorio, lo que significaba que Ann dormía. Hice té y lo vertí en un termo que me llevé al bajar nuevamente al taller. Me metí un destornillador, unos alicates y una pequeña linterna en los bolsillos y, con el termo bajo un brazo, recorrí los cerrojos de la puerta. Poco después estaba observando la acera opuesta y la iluminada entrada que permitía el acceso al centro postal.

De repente, Joe apareció en la puerta de la partición.

—El hombre debe de estar dormido —declaró—. No le he visto ni una sola vez a lo largo de la última hora.

Correspondí a estas palabras con un gruñido, echando a andar hacia la calzada.

Eagle Street se encontraba desierta.

Crucé la calle sin hacer el menor ruido: calzaba zapatos de suela de goma. Penetré en el centro postal.

Una potente lámpara iluminaba la zona de entrada. En cambio, todo lo demás se veía sumido en densas sombras.

Me resultaba útil ahora mi pasada experiencia de soldado en la jungla. Yo había conocido situaciones más críticas que aquella. De vez en cuando, me había visto obligado a marchar al frente de una patrulla por espesas zonas de vegetación, al objeto de hacer salir de sus escondrijos a los francotiradores japoneses, tan peligrosos como serpientes de cascabel. Lo de ahora era un juego en comparación con las escaramuzas de la guerra.

Mi corazón latía normalmente; apenas hice ruido al deslizarme por el mal iluminado local. No hice el menor intento de ocultarme.

Si Harris estaba observándome no podía sospechar que mis intenciones no eran buenas. Me estaba conduciendo como un hombre que se movía con toda naturalidad allí dentro.

Al encontrarme a diez metros de la furgoneta de Bill, me detuve mirando a mi alrededor, como si me preguntara dónde se hallaba Harris.

Localicé a mi derecha un pequeño recinto con mamparas de cristales, iluminado por una lámpara eléctrica azul. Divisé a Harris. Se encontraba sentado en una silla, ante una mesa. La cabeza descansaba en sus manos, apoyado de codos en el tablero.

No se movió.

Yo no sabía si estaba dormido o no. Bueno, al menos no me había visto.

Avancé un metro más hacia la furgoneta, aún con la vista fija en él. Seguía sin moverse. Entonces, di rápidamente cuatro pasos y me interné en la zona más oscura donde no podía descubrirme incluso si levantaba la cabeza.

Lo demás fue fácil. Abrí la puerta del vehículo y me deslicé en su interior, volviendo a cerrarla.

Me valí de la pequeña linterna para examinar el tablero de instrumentos, tomando la precaución de proteger el haz luminoso bajo la palma de la mano. Cerca del asiento del conductor había un menudo botón rojo que aparecía marcado con una palabra: «Alarma».

Actué rápidamente, siguiendo la dirección de los cables, hacia las tablas del piso. Corté uno de ellos a la altura de su entrada en ellas y eché hacia atrás la cubierta aislante en una pequeña extensión, retirando la porción metálica, que sustituí por una cerilla. Empalmé ésta con la otra parte de envoltura aislante. Ni siquiera mediante una cuidadosa inspección visual del cable podría verse dónde había sido cortado éste.

Lo hice en menos de un minuto.

Volví a meterme en los bolsillos el destornillador, los alicates y la linterna. Después, saqué mi pañuelo, y lo pasé por la zona que había manipulado para hacer desaparecer mis huellas dactilares. Al abrir la portezuela oí el ruido de un motor, y unos momentos más tarde penetraba en el recinto una furgoneta, iluminando el interior con las luces de sus faros.

Me agaché para no ser visto, encogiéndome sobre la palanca del cambio de marchas. En seguida, abrí la portezuela opuesta y esperé pacientemente.

La furgoneta recién llegada se dirigió a uno de los andenes vacíos, a unos diez metros de donde yo me hallaba agazapado.

—Apostaría cualquier cosa a que estabas durmiendo, perezoso —oí decir al conductor.

—Pues te equivocas —repuso Harris, indignado, saliendo apresuradamente de su refugio—. Puede que estuviera dando a mis ojos unos instantes de reposo, pero de estar dormido nada.

—Bueno, vamos a lo nuestro. He de dejar la firma.

Oí a los dos hombres entrando en la oficina.

Salí con sigilo de la furgoneta, cerré la portezuela y avancé por el pequeño andén. El camino hasta la salida me pareció largo. Seis metros podía recorrerlos sin novedad, pero los otros seis restantes quedaban bajo la luz de la lámpara de techo.

Me deslicé por esta última zona pegado al muro.

El rumor de unas voces hizo que me escondiera tras un vehículo.

El conductor y Harris salieron del despacho y empezaron a caminar lentamente por el local, rumbo a la salida.

Ya en la puerta, el acompañante de Harris dijo:

—Bueno, Harris, que tengas dulces sueños. Y procura no roncar.

—Lárgate de una vez —contestó Harris, de buen humor—. Hasta mañana. Que seas bueno.

Harris se quedó plantado en la salida, contemplando la figura del conductor al alejarse. Luego, dando un bostezo, entró calmadamente en el recinto. Se detuvo, paseó la mirada por las sombras, se rascó la cabeza y terminó por volver a encerrarse en su despacho.

No me moví. Sabía que me vería si cruzaba la zona iluminada. Me apoyé en el muro, expectante. Esperé allí más de un cuarto de hora. Finalmente, lo vi como al principio, con la cara descansando en sus manos.

Rápida y silenciosamente, crucé la parte peligrosa y alcancé la calle. Atravesé también la calzada, rumbo al taller. Se me escapó un suspiro de alivio al llegar a la oscuridad sin percibir ninguna voz de alarma.

Joe estaba aguardándome. En la semioscuridad del local, y gracias a la poca luz que se escapaba de mi despacho, vi que el sudor perlaba su frente.

—Te ha llevado tiempo, ¿eh? Creí que el hombre te había localizado.

—No me ha visto.

—¿Lo dejaste todo en condiciones?

—Sí.

Cerré el taller. A continuación, me encaminé rápidamente al despacho, apagué la luz y subí al piso.

—¿Harry?

Me quedé rígido. Abrí la puerta del dormitorio.

—¿No estabas dormida?

—No. ¿Qué estuviste haciendo al otro lado de la calle? ¿A qué fuiste allí?
Sentí un fuerte escalofrío.

—Después de haber hecho un poco de té, pensé que a Harris le gustaría tomar una taza. —Mi voz era temblorosa—. Así pues, me viste...

—Creí haber oído un ruido y me asomé a la ventana. ¿Es Harris uno de los compañeros de Bill?

—Sí. Voy a darme una ducha antes de acostarme. No tardo. No enciendas la luz.

—¿Lograste reparar el carburador?

—Al final me salí con la mía. Fue un trabajo complicado.

—Date prisa, Harry.

—Estoy contigo en seguida.

Después de haber sido desmovilizado, pasé una semana de vacaciones con los padres de Bill. El matrimonio vivía en un solitario pueblecito de las inmediaciones de Anton, a unos quince kilómetros de Berwick-on-Tweed. El padre de Bill se hallaba próximo a los ochenta años y la señora Yates tenía unos cuantos menos. Sin embargo, vivían solos y sabían valerse por sí mismos. Bill pensaba en ellos a todas horas.

Decidí usarlos como cebo para sacar a Bill de Londres. No me gustaba proceder así, pero tenía en cuenta que sus padres eran para mi amigo los únicos seres a quienes quería, aparte de Ann y yo. El anciano matrimonio carecía de teléfono y su vivienda quedaba a casi dos kilómetros de sus vecinos más próximos, algo que siempre había preocupado a Bill.

—Si alguno de ellos se pone enfermo —solía comentar— no sé cómo van a arreglárselas. Pero nada, no hay manera de sacarlos de allí. He discutido con los dos, sin lograr nada.

En la tarde del sábado, poco después de las cuatro, me llamó por teléfono uno de mis clientes. Como Ann había oído el timbre, utilicé la llamada para empezar a rodar la pelota.

Tras colgar, subí al piso en busca de mi esposa.

—Acabo de tener malas noticias —le dije, entrando en la cocina—. Se trata de la madre de Bill. Ha caído enferma. El médico ha dicho que Bill debe ir en seguida a verla.

—¡Oh, Harry! ¿Y tú sabes dónde para Bill?

—No tengo ni idea. El médico no sabía si su nombre figura en la guía. El padre de Bill le dijo que se pusiera en contacto conmigo. Tengo que encontrarlo. Tim cuidará del taller. Es posible que donde trabaja conozcan su paradero.

—¿Es grave?

—Podría serlo. Ha sufrido una caída. A su edad, puede tratarse de algo de cuidado.

Bajé y me dirigí al centro postal. Harris estaba tomando el sol a la entrada.

—Tengo que localizar a Bill —le notifiqué—. Acabo de tener noticias de sus padres. Su madre se encuentra mal. Necesitan que Bill vaya urgentemente. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—¡Hombre! Lo siento —contestó Harris, preocupado—. Debe de estar en su casa... Como tiene servicio esta noche, me imagino que ahora estará durmiendo.

—¿Le será difícil obtener un permiso?

—No creo que haya dificultades en ese caso.

—Bueno, mire, voy a buscarle a su domicilio. Pienso llevarlo a la estación. Dentro de una hora sale un tren y me parece que podrá tomarlo. ¿Querría usted comunicar a sus superiores lo que le pasa? Él no dispondrá de tiempo para solicitar el permiso y se sentirá más tranquilo si sabe que usted se ocupa de ello.

Harris vaciló.

—Verá, lo reglamentario es que sea él quien informe. Debe conseguir el permiso antes de ausentarse.

—Pero es que tiene que coger ese tren. Incluso así podría llegar tarde. Es cuestión de vida o muerte. No puede esperar de él que...

—Está bien, está bien —manifestó Harris—. Déjelo en mis manos. Yo lo arreglaré todo.

—Es usted una buena persona, Harris. Voy a buscarlo inmediatamente.

Volví sobre mis pasos para comunicar a Ann lo que pensaba hacer. Luego, saqué mi furgoneta y me dirigí velozmente a casa de Bill, una pequeña vivienda situada junto a Fulham Road.

Su patrona me dijo que estaba durmiendo en su habitación. La mujer me conocía. Me indicó que subiera a verlo.

Mientras subía aquellas escaleras, me pregunté si sería capaz verdaderamente de llevar a buen fin mi plan. Bill era un hombre sagaz y difícil de asustar. Tenía que evitar que comprobara mi historia. Tenía que meterle en el tren sin que tuviera ocasión de coger un teléfono. Yo sabía que una vez en el tren no podría regresar hasta el domingo, a última hora de la tarde. Para entonces ya se habría cometido el atraco.

Llamé a la puerta y entré.

Bill estaba tendido en la cama, en mangas de camisa, con los pantalones puestos, leyendo una novela. Me miró con la boca abierta, incorporándose en el lecho.

—¡Harry! ¡Esto sí que es una sorpresa!

—Tengo que darte malas noticias, Bill —manifesté, adentrándome en el cuarto y cerrando la puerta—. Se trata de tu madre. Ha sufrido una caída y tu padre quiere que vayas inmediatamente.

Vi en los ojos de Bill lo alarmado que se sentía al saltar de la cama.

—¿Es grave la cosa, Harry?

—No creo... Más que nada, ha sido la impresión, el sobresalto sufrido. Dentro de cuarenta minutos sale un tren. Si te dieras prisa podrías cogerlo. Tengo ahí fuera mi furgoneta y te llevaré a la estación.

—No puedo irme. Para eso necesito un permiso. Estoy de servicio nocturno. ¿A qué hora sale el tren siguiente?

—Puedes contar ya con el permiso. He arreglado todo lo concerniente a eso con Harris. No tienes que ocuparte de nada. Él hará todo lo necesario. Y ahora, vámonos, ¡muévete! No disponemos de mucho tiempo.

—Eres un buen amigo, Harry. —Bill se sentó en el lecho, y se puso los zapatos—. ¿Cómo te has metido en este asunto?

—Tu padre le dijo al médico que me telefonara. Supuso que así se ganaría tiempo.

—¿Quién es el médico? ¿Es del hospital?

—No. Tu madre se encuentra en casa. El doctor me dijo su nombre, pero ahora no lo recuerdo.

—¿Mackenzie?

—Es posible. ¡Date prisa, por lo que más quieras, hombre!

Bill ya se había puesto el cuello de la camisa y la corbata.

—Me pregunto si no sería mejor telefonar primero.

—No hay tiempo. Anuncié que tomarías el tren de las cinco y cuarto. El médico me dijo que tu madre está bastante grave y que pregunta por ti.

Esto le espoleó, poniéndole en movimiento. Tres minutos después, Bill estaba listo para partir. A mí me trastornaba tener que engañarle así, pero lo hacía por su bien. Sólo un asunto de esta índole podía apartarlo de su trabajo.

Bajamos corriendo las escaleras, y nos dirigimos a la furgoneta.

Por fortuna, el tráfico no era muy intenso, como siempre sucedía en las tardes de los sábados, y tardamos un tiempo razonable en llegar a King's Cross. Bill no podía presentarse en su casa antes de la una de la mañana, e incluso si emprendía el regreso inmediatamente, le sería imposible estar en Londres antes de las nueve y media. Para entonces, ya se encontraría a salvo.

Caminamos con celeridad a lo largo del andén, hasta donde el tren estaba estacionado. Le estuve hablando en todo momento, para que no pudiera pensar.

—¿Necesitas dinero? —le pregunté, sacando un par de billetes de cinco libras—. Será mejor que te quedes con esto. Ahí hay un asiento. Instálate.

—No sabes lo agradecido que te estoy, Harry. —Bill trepó al tren. Su rostro, habitualmente risueño y de expresión animosa, reflejaba en aquellos

momentos preocupación y ansiedad—. No quisiera que mi vieja se fuese de este mundo sin verme.

—Se pondrá buena en cuanto pueda contemplar tu fea cara —le respondí, estrechando su mano—. Tenme al corriente de cómo marchan las cosas, Bill, y no te desanimes.

Tuvimos que esperar unos minutos a que el tren se pusiera en marcha, durante los cuales hablé sin descanso, para no darle la menor ocasión de reflexionar. Yo me sentía asustado ante la sola idea de que se empeñara en llamar por teléfono al médico. Dada su condición de funcionario del servicio de correos, no habría tenido ninguna dificultad en conseguir la conferencia. Por tanto, no le di la menor oportunidad de pensar en ello.

—Ahora se pondrá en marcha —indiqué al ver que el jefe de estación hacía ondear su bandera—. Buena suerte, Bill.

—Gracias por todo. Ya te notificaré cómo van las cosas.

El tren se movía y yo fui quedándome atrás. Suspiré, aliviado. Bill estaba asomado a la ventanilla, haciéndome gestos de despedida. Me quedé plantado en el andén, bañado por el sol, hasta que lo perdí de vista.

Mientras me dirigía a Eagle Street, mi mente andaba ocupada. Tenía la impresión de haber ganado la primera baza de la partida contra Dix. Bill ya no tendría problemas. Ahora habría que esperar para ver cuál podía ser mi siguiente movimiento. Todo dependía de Dix. ¿Qué haría él una vez cometido el robo? ¿Abandonaría el país o se escondería en Londres? Si optaba por esto último, ¿utilizaría el piso de Gloria? ¿Podría llegar a él a través de Gloria?

Antes o después, cometería un error, o bien me daría una oportunidad para arruinar su plan. Yo sabía que estaba corriendo un riesgo. Lo mejor habría sido, quizá, hacer saber a Bill qué era lo que iba a pasar, pero Dix podía escabullirse, y estaba seguro de que se ocuparía de lograr que las fotos comprometedoras llegaran a manos de Ann, aunque esto fuese lo último que hiciera.

Nada más pensar que mi esposa podía contemplar aquellas fotografías, sentía correr por mi cuerpo un sudor frío. Fuera lo que fuera de mí, fueran cuales fueran los riesgos que tuviera que afrontar, era preciso impedir que cayeran en su poder.

Una vez en el taller, le dije a Tim que se fuera a casa.

Ann se presentó en el despacho tan pronto como me oyó entrar.

—¿Le localizaste?

—Todo va bien. Ya está camino de la casa de sus padres. Me ha dicho que nos tendrá al corriente de lo que pase.

—¡Oh, Dios mío! Espero que su madre se reponga.

—Al ver a Bill se animará, supongo.

Estuvimos hablando de nuestro amigo durante unos minutos. Luego, Ann subió al piso.

Una vez solo en mi despacho, me dediqué a clasificar facturas de pago preferente, es decir, las más importantes.

Había ingresado en mi Banco las setenta y cinco libras que Dix me entregara. Tuve que vencer la tentación en su momento de no registrar el ingreso en mis libros. Ahora bien; yo no podía pagar las facturas en efectivo, y decidí finalmente que resultaba demasiado peligroso intentar defraudar a los recaudadores de impuestos. Había terminado de extender los cheques más importantes cuando vi a Joe saliendo de la partición para acercarse al Jaguar. Observé que comprobaba el nivel de combustible y del aceite. Después infló los neumáticos.

El coche de la huida, había explicado Dix.

Sentí que me corría por todo el cuerpo una violenta oleada de resentimiento al pensar en la facilidad con que me habían engañado, al percatarme de lo hábiles que habían sido.

—¡Harry!

Era Ann, que me llamaba desde arriba.

—¿Qué hay? —pregunté echando mi silla atrás y acercándome a la puerta.

—¿Dónde pusiste el termo?

—El... ¿qué?

—El termo, querido. No está en el armario de la cocina.

—No lo he visto.

—¿No te lo llevaste anoche, para ofrecer a Harris una taza de té?

Me pareció que unos fríos dedos comprimían mi corazón. Me costaba trabajo respirar. Por suerte, la luz, donde yo estaba, no era muy buena, por lo que Ann no podía verme la cara.

—No..., no me llevé el termo. Le llevé el té ya en su taza.

—¡Qué raro! Pues no, no encuentro el termo.

Me esforzaba por averiguar qué había hecho con aquél, pero de momento mi cerebro estaba como paralizado.

—Quise llevármelo, pero no lo encontré —manifesté, con voz ronca.

—En algún sitio estará. Lo buscaré de nuevo.

La oí entrar en la cocina.

Permanecí inmóvil y con el rostro bañado en sudor mientras iba recordando lo que podía haber hecho con el termo. Lo llevaba conmigo en el momento de atravesar la calzada, rumbo al centro postal. Lo tenía en la mano cuando localicé a Harris, al otro lado de la mampara de cristal de su oficina. Lo llevaba al entrar en la furgoneta para cortar el alambre... Pero ya no podía recordar lo que había hecho después con el termo.

¿Lo habría dejado olvidado en el vehículo?

¿Cabía la posibilidad de que hubiese cometido una locura así, una estupidez semejante?

Noté de repente que se me doblaban las rodillas, y me senté. ¡Era preciso recuperar el termo! Tal vez estuviera en el taller... Si había sido tan estúpido como para olvidármelo en la furgoneta, ¿llegaría alguien a relacionarlo conmigo? En aquel objeto estarían mis huellas dactilares.

Pasé al taller y empecé a buscarlo febrilmente por todas partes, pero no lo encontré.

—No está en la cocina, Harry —anunció Ann.

Me situé al pie de las escaleras.

—Ya aparecerá. No te preocupes.

—Volveré a echar un vistazo por aquí.

«No lo encontrarás» pensé, trastornado, tembloroso.

Ya lo recordaba todo perfectamente. Había dejado el termo en el suelo de la furgoneta antes de cortar el cable. Allí estaría ahora: un termo azul y blanco, fácil de identificar, y con mis huellas dactilares marcadas nítidamente.

La noche era extraordinariamente calurosa, y aunque la ventana, que daba a Eagle Street, permanecía abierta, con las cortinas descorridas, el dormitorio parecía un horno.

Estaba tendido en la cama, insomne. A mi lado, Ann dormía plácidamente.

No sólo el calor era el culpable de mi falta de sueño. Mi mente no cesaba de bullir, de inquietarse como hubiera podido hacerlo una rata en su trampa, buscando la mejor manera de salir del aprieto en que me hallaba. Al principio, decidí poner a Joe al corriente de lo sucedido con el termo, para que lo consultara con Dix, pero pensándomelo mejor desistí. Comprendí que ellos por ese motivo no renunciarían a perpetrar el atraco. Lo único que conseguiría, si hablaba, era ganarme algunos duros reproches por parte de aquella gente, motivados por mi estúpido descuido.

Me pregunté si me sería posible penetrar en el centro postal cuando hubiera oscurecido para intentar recobrar el termo. Pero nada más ocurrírseme la idea la rechacé... Joe estaría vigilando el lugar y me vería. Ello valía tanto como ir en su busca y explicarle el incidente.

Cuando llevaba más de una hora tendido, con los ojos abiertos, en la semioscuridad de mi dormitorio, empecé a tranquilizarme. Cabía la posibilidad de que uno de los guardianes, un chófer o cualquiera de los que manipulaban las sacas de correo, atribuyese la propiedad del termo, al dar con él, a uno de sus compañeros, sin formular por ello comentario alguno sobre el particular. Quizá estaba dejándome llevar por el pánico sin ningún motivo.

Aunque esta idea supuso un alivio para mí, no logré conciliar el sueño. Temía moverme, por si llegaba a despertar a Ann. Nada podía hacer... Debía continuar tendido en la semioscuridad del cuarto, esperando las luces del amanecer.

Alrededor de las tres oí a Joe que se movía por el taller. Estaba seguramente en el Jaguar, ya que percibí el ruido de una portezuela de coche al cerrarse.

A las cuatro menos veinte oí otro sonido que me paralizó, y los latidos de mi corazón se aceleraron.

Al otro lado de la calle acababa de ponerse en marcha el motor de un vehículo.

Aparté la sábana que me cubría. Poco a poco saqué los pies del lecho y, cautelosamente, fui incorporándome. Miré a Ann. El ruido de aquel motor no había alterado su sueño.

Me aproximé a la ventana y observé Eagle Street.

Había luces en el centro postal. Uno de los funcionarios se hallaba en la puerta, charlando con Harris. Percibí el acompasado ruido del motor en marcha.

El hombre que estaba con Harris entró en la oficina, perdiéndose de vista. Harris continuó en la puerta.

Unos minutos más tarde oí la puerta de la furgoneta al cerrarse y el motor más acelerado. El vehículo emergió de las sombras, deslizándose junto a Harris.

Al observarlo todo desde arriba, no me fue posible descubrir quién se encontraba en la furgoneta. Harris habló con el conductor, consultó su reloj y le hizo una seña para que continuara avanzando.

Al adentrarse más en la calle, vi que se trataba del vehículo de Bill. Estaba seguro de que los diamantes que pretendía apoderarse Dix, viajaban ahora en aquella furgoneta. En ese preciso instante, Joe estaría transmitiendo un mensaje a su jefe, comunicándole que la furgoneta ya estaba en camino. Probablemente, Dix, acompañado de Louis y Berry, estaría en una calle de la ruta que había de seguir el vehículo. Unos minutos más y sería cometido el atraco.

La furgoneta fue bajando lentamente por Eagle Street, hacia Oxford Street. Me asomé un poco más y vi que sus rojos pilotos desaparecían al doblar una esquina. Se dirigía a Marble Arch.

Volví la cabeza, contemplando por encima de mi hombro a Ann. Continuaba dormida. Crucé silenciosamente el cuarto, abrí la puerta y me deslicé escaleras abajo.

Joe se estaba moviendo en las sombras. Me quedé en la puerta del pequeño despacho por dentro, expectante.

El hombre salió de la zona de los paneles. Llevaba una linterna en la mano y se acercó al Jaguar. Colocó la linterna en el techo del turismo, de forma que el haz luminoso cayera directamente sobre la puerta de la partición. Seguidamente volvió a entrar en ella para salir con una gran maleta que le hacía vacilar, por su peso, al andar. La colocó en el portaequipajes del turismo.

Eché a andar hacia él.

—¿Qué hace usted?

Él dio media vuelta.

—Preparando la marcha. Acércate y échame una mano.

—¿Va a salir ahora? Ahí fuera, en la puerta de la oficina de correos, hay un hombre en estos momentos. Le verá, si saca el coche.

—¿Y quién ha hablado de sacar el coche? ¿Es que me has tomado por un idiota? El coche se queda aquí. Gloria se lo llevará mañana. Será la primera cosa que haga en el día.

Así pues. ¡Gloria vendría allí!

—Vamos, échame una mano —insistió Joe, impaciente.

—¿Ha empezado todo ya?

Bajo la luz de la linterna me miró sonriente.

—Puedes apostar a que sí. Dix y los otros aguardan a la furgoneta en Shepherd's Bush.

Entré con Joe en la partición. Entre los dos, llevamos la segunda maleta al portaequipajes del Jaguar, colocándola junto a la anterior.

—¿Qué diablos metieron en esas dos maletas?

—Fue una endiablada idea de Ed. Lo malo de él es que exagera en cuanto a los detalles. Están llenas de piezas de repuesto de televisores, traídas por si tú hablabas más de la cuenta y alguien se decidía a curiosear. Es un material peligroso, además: Louis lo robó en una fábrica. Y además está ahí el teléfono, también robado.

—Supongo que usted no pensará dejar todos esos materiales aquí, toda la noche... ¿Y si los localizara la Policía? Podrían encontrarlos, ¿no?

—Pudiera ser que sí, claro, pero no tienes por qué temer nada. Los policías no harán acto de presencia aquí hasta mañana. Para entonces, Gloria se habrá llevado ya el coche. Bueno, me largo. Mantén el pico cerrado y cuídate.

A pesar de su aparente naturalidad, pude apreciar que estaba nervioso y que la cara, terriblemente castigada en otro tiempo, a juzgar por su aspecto, brillaba a causa del sudor.

—Vamos, abre. Quiero salir de aquí.

Descorrí los cerrojos y abrí la puerta al tiempo que decía:

—No me gusta que esas piezas se queden aquí. Si la Policía las encontrara me culparía a mí del robo.

—Y eso, claro, sería muy malo para ti, ¿verdad? —repuso Joe, burlón.

Me obligó a echarme a un lado, miró arriba y abajo de la calle y añadió:

—Hasta la vista. Procura no meterte en líos. Si no, lo pasarás mal.

Lo vi echar a andar rápida y silenciosamente. Después, cerré la puerta, y mientras me dirigía al despacho me pregunté qué estaría pasando en aquellos momentos. ¿Habrían logrado sus propósitos los atracadores? Encendí un cigarrillo y casi inmediatamente lo aplasté en el cenicero. Me poseía una enfermiza sensación de excitación y disgusto. ¿Se presentaría la Policía en mi taller? De pronto, comprendí cuán peligroso podía resultar Tim. Aquel domingo, desgraciadamente, venía a trabajar, para que yo disfrutara del día que me correspondía de descanso. Si la Policía le interrogaba, con toda seguridad que hablaría de Joe y Berry. Tendría que desembarazarme de él. No quería perderlo, pero tenía que evitar por todos los medios que hablara con los investigadores.

Subí al piso. Al entrar en el dormitorio, esforzándome por no hacer ningún ruido, Ann me preguntó:

—¿Dónde has estado, Harry?

Me sobresalté.

—Me he levantado para beber algo... ¿Te apetece a ti?

—No, gracias. ¿No puedes dormir?

—Hace un calor terrible. Esto parece un horno.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las cinco.

—Será mejor que te acuestes. Es demasiado temprano para empezar a trabajar.

—He descansado ya bastante. Voy a vestirme.

Ella se incorporó a medias.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué va a ocurrir? Claro que no. Vamos, sigue durmiendo.

Cogí mis ropas y entré en el cuarto de baño. Después de haberme afeitado pasé a la cocina a fin de hacerme un poco de café.

Me llevé el café abajo y entré en la partición, desde cuya ventana estuve contemplando la calle y la entrada del centro postal, en la acera opuesta. Tenía los nervios de punta y el corazón me latía con fuerza.

Eran ahora las cinco y media. Había transcurrido una hora y cuarenta minutos desde que la furgoneta abandonó el centro. La alarma podía ser dada en cualquier instante.

Pude observar a Harris, que estaba barriendo una parte del suelo del local. Fumaba, y barría tan lentamente que parecía disponer de todo el tiempo del mundo para realizar aquel trabajo.

A las seis menos diez oí sonar el timbre del teléfono dentro de la estafeta. Harris dejó su escoba, y echó a andar con irritante lentitud hacia su oficina.

Sentí que el sudor me resbalaba por la cara. Me incliné hacia adelante para aplastar mi cigarrillo.

Pasaron unos minutos. Por fin, Harris apareció ante mí de nuevo. Llegó caminando rápidamente hasta el umbral de la entrada, mirando a uno y otro lado de la calle. La expresión de desconcierto, de profundo sobresalto, que descubrí en su rostro me dio a entender que el atraco había sido cometido.

Le vi salir del edificio y plantarse en la calzada. Permaneció allí dos o tres minutos. Seguidamente, dio la vuelta, regresando a su oficina, ya que el timbre del teléfono volvía a sonar.

Ahora eran las seis exactamente, y fui a abrir la puerta doble del taller. Habría dado cualquier cosa por poder cruzar la calle y preguntarle qué había sucedido.

Abierta la puerta, salí a la calle con la esperanza de que Harris reapareciera, pero no fue así. Durante unos minutos, me entretuve observando el cielo, que era muy azul. Luego, a disgusto, entré en el taller.

Las manecillas de mi reloj de pulsera marcaban las seis y cuarto. Entonces entró uno de los vehículos que se abastecían con regularidad de combustible en mi taller. Saludé con un movimiento de cabeza al conductor mientras desenroscaba el tapón del tanque.

—Hoy va a hacer calor.

—¡Uf! ¡Qué noche! No he podido pegar ojo.

—Igual que yo.

Un coche azul oscuro se detuvo repentinamente ante la entrada del centro postal.

—¡Vaya! —exclamó mi cliente—. Son policías. ¿Qué andarán buscando?

Se apearon del coche dos agentes de paisano, entrando seguidamente en la oficina de correos. El conductor de uniforme continuó al volante.

—Me figuro lo que habrá pasado: alguien ha robado un sello de dos peniques y medio —comentó mi cliente, desdeñosamente—. En eso consiste siempre el trabajo de esos hombres. Mientras tanto, se pasean alegremente a costa de los que pagamos los impuestos, metiendo las narices donde nadie los llama.

—Vale más que se dé usted prisa en salir de aquí pues de lo contrario se expone a que lo multen, quizá por obstruir el paso —respondí, deseando desembarazarme de él.

—Cierto, cierto. Hasta mañana, amigo.

El vehículo salió del taller. Cuando se perdió de vista, me metí en la partición, desde cuya ventana podía observar lo que ocurría enfrente sin ser visto, gracias a la cortina.

Poco había que ver allí, realmente.

El coche de la Policía siguió detenido junto a la acera durante media hora. No vi a Harris. Tampoco volví a ver a los dos policías de paisano. Cuando faltaban unos minutos para que dieran las siete surgió del edificio uno de los detectives, montó en el coche y éste partió.

—¡Harry!

Salí rápidamente de la partición, cerré la puerta y eché a andar por el taller.

Ann me llamaba desde arriba.

—¿Qué hay?

—¿Qué pasa ahí delante? Era la Policía, ¿no?

—Sí. No tengo la menor idea...

Me había colocado al pie de la escalera, y Ann se apoyaba arriba, en la barandilla.

—¿Crees que ocurre algo malo?

—No sé —repuse, hablando con naturalidad—. Es probable que intenten aclarar algo respecto a cualquier carta anónima u otro asunto por el estilo.

—Ya. —Ann me miró, dudosa—. No había pensado en eso.

—¿Has desayunado ya?

—Voy a hacerlo. ¿Quieres que te prepare algo, Harry?

—No me apetece nada ahora. Voy a echarle un vistazo a los frenos de la furgoneta. Hubiera debido revisarlos hace varias semanas.

—¿No... no crees que puede haber pasado algo malo ahí delante?

Me eché a reír.

—No tengo la menor idea, Ann. Ve a desayunar, querida.

Mi indiferencia pareció tranquilizarla. Ann se metió en la cocina.

Al volver al taller vi que se detenían dos coches de Policía ante el edificio de correos. Dos agentes uniformados se situaron a uno y otro lado de la entrada, en tanto que tres de paisano y un sargento de uniforme penetraban en el edificio. Uno de los agentes de paisano llevaba una caja negra y un trípode.

¿Se acercarían por el taller?, me pregunté. De momento no, seguramente. El atraco había sido cometido en Shepherd's Bush. Sería en aquella zona donde iniciarían sus investigaciones.

Para tener algo en que ocupar mi mente, llevé la furgoneta hasta la puerta, aplicándome después a la tarea de ajustarle los frenos. Desde el sitio en que

estaba trabajando podía ver perfectamente el centro postal, si bien lo único que podía contemplar allí era a los dos agentes uniformados.

Ann bajó poco después de las siete y media.

—Ahí pasa algo fuera de lo normal, Harry —señaló mi mujer, aproximándose a la salida del taller y fijando la vista en los policías.

—Eso parece —comenté con indiferencia—. Bueno, ¿y a nosotros qué?

—¿Podría tratarse de algún robo?

—No lo sé... Mira, Ann: pretendo dejar este trabajo listo antes de que Tim vuelva.

Me metí debajo de la furgoneta de nuevo, empezando a apretar la tuerca del tambor de frenos.

—¿Por qué no se lo preguntas a Harris?

—De verlo, lo haría. Te veo excitada, Ann. ¿A qué viene esto?

Hubo una larga pausa. Estuve contemplando sus menudos pies, sus finos tobillos, al quedarse quieta junto al vehículo.

—No estoy excitada: estoy preocupada, Harry.

—¡Oh! ¡Olvida eso, mujer, y déjame trabajar!

Ann se alejó de mí y yo estuve trabajando hasta las ocho. No había hecho más que terminar cuando entró Tim en el taller, montado en su bicicleta. En aquel momento acababa de congregarse una pequeña multitud delante de mi entrada, con la atención de todos puesta en el centro postal. Habían hecho acto de presencia en el lugar varios coches con periodistas. Tres hombres provistos de cámaras hacían fotografías.

—Buenos días, Tim —contesté al saludo del joven mientras me secaba las manos con unos trapos de algodón—. Ahí enfrente parece que hay un poco de movimiento, ¿eh?

—Se ha cometido un robo, señor Collins —explicó Tim, con los ojos muy abiertos tras las gafas.

—¿En una de las furgonetas dedicadas al transporte de correo?

—Así es. Al parecer todavía no se sabe si los ladrones huyeron con un buen botín. La prensa no ha recogido todavía este suceso. Estuve hablando con uno de los reporteros.

—Bueno, dejemos eso a un lado, por ahora. Ven al despacho, Tim. Quiero charlar contigo.

Sorprendido, el muchacho se desentendió de la actividad reinante fuera del taller para seguirme hasta el despacho.

Yo sabía que resultaría demasiado peligroso permitirle que continuara en mi taller un minuto más del tiempo necesario. No quería desembarazarme de

él, sino que me veía forzado a dar este paso. Tenía que evitar por todos los medios que llegara a hablar de Dix y los demás a la Policía.

Me senté en el borde de la mesa y para disimular mi turbación encendí un cigarrillo.

—Mira, Tim: no pienso andarme con rodeos. Iré directamente al grano. El negocio va mal. Tengo que hacer economías si no quiero perderlo todo. Lo siento, pero no me es posible contar ya contigo.

El chico se mostró abatido.

—¡Oh! Bueno, pues sí... Estaba esperándolo más bien, señor Collins. No hay trabajo en perspectiva, ¿verdad?

—Así es, en realidad. —Lancé un poco de la ceniza de mi cigarrillo al suelo, sin mirarle—. No voy a poner obstáculos en tu camino, Tim. Puedes irte ahora mismo. Voy a abonarte el importe de dos semanas.

Él me miró, decidido.

—Trabajaré la semana de indemnización, señor Collins. No quiero dejarle cuando se halla en dificultades y necesitado de ayuda.

—Ahora puedo arreglármelas solo muy bien, y me sentiré más a gusto sabiendo que andas en busca de algo, en vez de perder el tiempo sin hacer nada aquí.

—No me costará trabajo dar con otra colocación. Y me gustaría ayudarle esa semana de que acabo de hablar.

—Eso no tiene objeto. Aquí no hay trabajo. Tú te irás ahora mismo, Tim.

Él movió los pies, nervioso. Me esforcé por mirarle a los ojos, pero no fui capaz de hacerlo.

—¿Es... es que he hecho algo malo, señor Collins?

—No seas estúpido, Tim. Se trata de que normalices tu situación cuanto antes. De otro lado, si he de pasar sin ti, tengo que organizarme a partir de este mismo momento, ¿comprendes? Es lo mejor. —Saqué mi cartera, contando nueve libras, que dejé sobre la mesa—. Ahí tienes, Tim. Y ahora vete. Te mandaré una carta para que puedas presentarla como referencia. La recibirás mañana.

—No puedo aceptar todo este dinero, señor Collins —respondió Tim con un aire de absoluta dignidad que me sorprendió—. Me quedaré con el dinero de una semana, pero no con el de dos. No sería justo.

—Por favor —insistí, comenzando a irritarme. Estaba ansioso por verle salir, pensando en que Ann podía bajar de un momento a otro—. Te pertenece.

—No, señor Collins.

Cogió cuatro libras y un billete de diez chelines y dejó el resto del dinero encima de la mesa.

Se produjo otra larga y embarazosa pausa. Luego, como no daba señales de irse, dije:

—Bueno, Tim, gracias por todo. No sabes cuánto siento haber tenido que llegar a esto. Debes marcharte ya.

—Puesto que usted está tan seguro de que debo irme, supongo que lo mejor será que me vaya. No obstante, me gustaría decirle adiós a la señora Collins antes de irme.

Era algo que había estado aguardando...

—Ahora mismo está ocupada, Tim. Ya le diré que quisiste decirle adiós. Se hará cargo. —Forcé una risita—. Pero, bueno, ¿es que no nos vamos a ver ya nunca más? Espero que te acerques por aquí un día de estos.

Sabía que aquél sería el momento más difícil para Tim. Sentía un gran afecto por Ann. Asomó a sus ojos una expresión preocupada, de desvalimiento, y también como de ira.

—¿Sabe la señora Collins que me voy?

—Por supuesto. —Tenía que actuar rápidamente—. La verdad es que fue ella quien me sugirió la conveniencia de prescindir de tus servicios. No la pongas en una situación embarazosa con tu despedida.

Su cara pareció incendiarse.

—¡Oh, ya!

Me puse en pie, empezando a moverme con el expresivo afán de sacarlo del despacho.

—Desde luego, a ella le pasa lo que a mí: lamenta tu marcha. Ahora bien, Tim, hemos de ser sensatos en lo tocante a esta cuestión.

—Tengo que confesarle que he estado muy a gusto aquí, señor Collins. Lamento que me pase esto. Si cambiaran las cosas quiero que sepa que puede confiar en mí, que estoy dispuesto a ayudarle.

—Bien, muy bien. Y ahora vete. Tengo muchas cosas que hacer todavía esta mañana y no me la voy a pasar charlando.

Acababa de hablar con más brusquedad de la que me propuse. Sucedió, simplemente, que se me estaba agotando la paciencia.

Tim se puso aún más rojo.

—Bueno, pues, entonces, adiós.

—Hasta la vista. Y buena suerte.

Le vi ponerse su chaquetón, acercándose al sitio en que tenía la bicicleta. Avanzó con ésta hacia la salida del taller, mirándome por encima del hombro.

—También yo le deseo que tenga suerte, señor Collins.

La necesitaba, pensé. ¡Y de qué manera!

—Gracias, Tim.

La mirada de vencido, de persona abatida, que sorprendí en sus ojos hizo que me sintiera mal. Nos habíamos llevado muy bien los dos, y gozaba de mi afecto, pero ahora resultaba demasiado peligroso. Tenía que salir de allí.

Lo observé mientras se abría paso entre la gente reunida en la calle. Tim acabó por montarse en su bicicleta y alejarse pedaleando lentamente.

Ahora tendría que inventarme alguna explicación para Ann.

Fui al pie de las escaleras.

—¿Ann?

Ella se asomó al descansillo. La luz del sol, que entraba por una ventana, iluminó su cara plenamente. Me sobresalté al comprobar su palidez, su expresión de ansiedad.

—Creo que estabas en lo cierto, Ann. Tim dice que se ha cometido un atraco.

—Sí.

—Gracias a Dios, Bill no habrá estado implicado. Fue una suerte que lo llamaran de su casa.

—Sí.

Los dos nos miramos mutuamente.

—Una desgracia nunca viene sola —dije, haciendo un esfuerzo para dar naturalidad a mis palabras—. Tim se ha visto obligado a irse a casa. Su padre ha caído enfermo.

—¿Ha caído enfermo, Harry? Lo siento. ¿Es grave?

—Me habló de un ataque cardíaco.

—¿Se fue ya?

—Sí. Le dije que se tomara la semana de permiso. —Empecé a adentrarme en el despacho—. Me parece que voy a dar por finalizada la jornada de trabajo, Ann. Con tanta gente congregada ahí, en la puerta del taller, no es probable que se presente algún cliente.

—Cierto, Harry.

Ann dio la vuelta, y se metió en la cocina. Escuché el rumor de sus pasos, moviéndose de un sitio para otro. Yo sentía las manos húmedas; me notaba vacilante. Iba amontonando mentira tras mentira sucesivamente. Sólo acertaba a ver ante mí mentiras, las que había dicho a Ann, las que diría a la Policía, las que dije a Tim.

—¿El señor Collins?

Me volví rápidamente, sobresaltado.

Un hombre bajo, de roja cara, embutido en un traje marrón arrugado, tocado con un sombrero de ala abatida, que llevaba calado casi hasta los ojos, se había plantado en la entrada de mi despacho.

—Sí, soy yo —contesté, poniéndome en pie—. Lo siento: no le vi entrar.

—Es igual, señor Collins. Me llamo Norton... Soy del *Evening Mail*. Deseaba hablar con usted acerca del robo de que ha sido objeto el centro postal del otro lado de la calle.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué robo?

—¿No lo sabe? Una de las furgonetas de ahí enfrente fue atracada. El vehículo abandonó el centro postal alrededor de las tres y media de la madrugada. Cayó en una emboscada en Shepherd's Bush, cuando se dirigía al aeropuerto de Northolt. Ha sido una noticia sensacional. Los ladrones huyeron después de apoderarse de una partida de diamantes industriales, resultando muerto uno de los guardianes del servicio de correos.

—¿Muerto?

—Así es. Debió de producirse una escaramuza. Dos de los atracadores quedaron tendidos en el lugar del atraco, resultando muerto un guardián.

—¿Resultando muerto un guardián? —repetí estúpidamente.

Yo tenía la boca reseca. Mis palabras salían de ella en susurros.

—Sí. Bueno, mire, señor Collins. Usted vive enfrente de ese centro postal. Me pregunté si llegó a ver algo sospechoso.

—Yo no vi nada.

¡Uno de los guardianes había resultado muerto! De no haberme apresurado a alejar a Bill de todo aquello, ¡el muerto hubiera podido ser él!

Norton continuó hablando:

—Yo me he imaginado, señor Collins, que los atracadores debieron de estar durante algún tiempo vigilando el centro postal. La furgoneta partió de aquí a una hora nada habitual, y sin embargo la estaban esperando. Esto quiere decir que disponían de alguien que estaba pendiente de su salida. ¿Vio usted, por casualidad, a alguien (también pudo ser un coche) rondando por aquí, por Eagle Street, en el curso de los últimos días?

—No, no recuerdo haber visto a nadie.

No sé cómo logré arreglármelas para seguir sentado y tranquilo, aparentemente, ni cómo conseguí hablar. No solamente me hallaba implicado en un atraco, sino que ahora también en un crimen.

—Reflexione —me apremió Norton—. ¿Está seguro de no haber visto a nadie? ¿No oyó ningún ruido especial a las tres y media de la madrugada?

Yo tenía la vista fija en el tablero de mi mesa. Tras un prolongado silencio, repuse:

—Lo siento, pero no recuerdo haber visto ni oído nada sospechoso.

El hombre, contrariado, suspiró largamente.

—¡Oh, bien! ¡Qué le vamos a hacer! Me imaginé que podía haber tenido una idea luminosa al pensar en usted, dada la situación de su taller. No importa. La mayor parte de mi trabajo consiste en formular preguntas, no consiguiendo siempre respuestas adecuadas a ellas. Vale más que hable con otras personas de la misma calle. Puede ser que haya alguien que sí viera u oyera algo anormal. Gracias, señor Collins, por haberme dedicado su tiempo. Si recuerda más adelante algo, algo que usted cree podría serme de utilidad, telefonéeme, ¿quiere? —Norton dejó una tarjeta sobre la mesa—. No habremos perdido el tiempo en vano. Hasta la vista. Y no deje de pensar en ello, ¿eh?

No contesté nada. Me limité a continuar inmóvil, con la vista fija en la gente de la calle, mirando por encima de la figura del periodista.

—A propósito... Me refiero a ese joven que acabo de ver salir de aquí —manifestó Norton—. ¿Cree usted que pudo ver algo?

Con un esfuerzo, logré dominarme.

—No. No trabaja aquí.

—¿No? Ya ve usted: yo me había imaginado lo contrario. Me equivoqué.

—Este negocio lo llevamos entre mi mujer y yo.

—¿Podría hablar con ella un momento?

—Mi esposa no vio nada, señor Norton. De lo contrario, me lo habría dicho. En estos momentos está ocupada.

—Está bien. Hable con ella, ¿quiere? Nunca se sabe... Podría recordar algo. Llámeme por teléfono, en caso afirmativo. Hasta la vista, señor Collins.

—Hasta la vista —respondí.

Vi a Norton cruzar con deliberada parsimonia el taller. A juzgar por su actitud, por su poca prisa, no estaba satisfecho. Su mente andaba ocupada, tratando de dar con algo. De pronto, chasqueó los dedos y giró en redondo, volviendo sobre sus pasos.

—Yo sabía que se me olvidaba algo... ¿No era usted amigo del guardián Yates? Me parece haber oído decir a no sé quién, en el centro postal, que usted y Yates eran amigos...

Miré fijamente a mi interlocutor. Un extraño y repentino frío pareció helar en aquel momento mi cerebro.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me estaba refiriendo al guardián que resultó muerto —contestó Norton, pacientemente—. Hablaba del guardián Bill Yates. ¿Eran ustedes amigos?

Durante largo rato me quedé como petrificado, mirando a Norton. Experimenté la misma sensación que si me hubiesen propinado un violento golpe en la cabeza. No acertaba a moverme ni a hablar.

—¿No lo sabía? —inquirió Norton—. Lo siento. Pensé que alguien se lo habría dicho ya. Esto tiene que haberle producido una tremenda impresión.

Me puse poco a poco en pie.

—¿De qué diablos está usted hablando?

—Lo siento —repitió Norton. Ahora pude ver, por la sobresaltada expresión de sus ojos, que yo debía de tener el aspecto de una persona al borde de la locura—. Creí que estaba usted informado. Fue Bill Yates el guardián que resultó muerto en el atraco.

Di la vuelta a la mesa y asiéndolo por las solapas de su americana empecé a sacudirlo.

—¿Está usted mintiendo! ¡Bill no se encontraba allí!

—¡Eh! Tranquilícese, hombre. —Los ojos de mi interlocutor se dilataron y su rostro enrojeció—. Cállese, señor Collins.

—¡Usted miente! —exclamé, con la voz quebrada. Volví a sacudirlo—. Bill estaba en el norte. Se fue el sábado. No ha sido él el guardián muerto. ¿Lo ha oído usted, condenado embustero?

—¡Quíteme las manos de encima!

—¡Que sea ésta la última vez que venga aquí para contarme mentiras! Y ahora, ¡largo!

Le di tal empujón que el hombre dio contra la pared.

—¡Se ha vuelto usted loco! —exclamó Norton, jadeante, tirando de su americana, arreglándose las ropas mecánicamente—. Usted no sabe ni lo que se hace.

—¡Fuera de aquí!

—Bien. Puesto que está tan enterado, entonces no fue Yates el muerto. ¡Váyase al diablo!

Cruzó el taller rápidamente, sin volver una sola vez la cabeza.

Observé cómo se alejaba. El corazón me latía con fuerza. Todo mi cuerpo temblaba.

¡No podía tratarse de Bill! Estaba con sus padres a muchos kilómetros de distancia. Era imposible que hubiese regresado con tiempo suficiente para

viajar en la furgoneta.

Aquel estúpido reportero debía de haber confundido los nombres. Alguien debió de informarle que Bill era el guardián que normalmente se desplazaba en aquella furgoneta, llegando así a la conclusión de que se encontraba en el vehículo en el momento de cometerse el atraco.

Me enjuagué el rostro con el pañuelo. ¡Menuda imprudencia! Me había comportado de una manera temeraria con Norton. No debía haberle tratado como le traté. En mi situación no podía convertir en enemigo a un periodista. Estuve tentado de salir tras él, para disculparme. Pero ya se había ido.

Me había causado un sobresalto, un tremendo sobresalto. El primero de los que me esperaban, seguramente. Bill, ciertamente, estaba a salvo, sí, pero, ¿y qué decir del guardián que había sido asesinado?

¡Se había cometido un crimen!

Corrí hacia la salida para cerrar la puerta del taller. De repente, se me secó la boca. ¡Se había cometido un crimen!

Me detuve, fijando la vista en el Jaguar estacionado junto a uno de los muros. Sentí un escalofrío al pensar en las dos maletas depositadas en el portaequipajes. Las había olvidado. Si la Policía las encontraba allí ya tendría un pretexto para detenerme. Si la Policía llegaba a pensar que yo manipulaba cosas robadas, lo lógico era que terminase por relacionarme con el atraco a la furgoneta del servicio postal.

Joe había dicho que Gloria se presentaría allí por la mañana para llevarse el coche. ¿Lo haría realmente? ¿Tendría valor suficiente para presentarse en el taller mientras se encontraba la Policía allí mismo, en compañía de reporteros gráficos que tomaban fotografías? Lo ponía en duda.

Mis vacilaciones duraron tan sólo unos segundos. Tenía que desembarazarme de aquellas maletas, y en seguida. Titubeé un momento al considerar la conveniencia de usar el Jaguar o mi furgoneta. Yo sabía, naturalmente, que los policías apostados en la calle no dejarían de verme. Si me desplazaba en el Jaguar podían mostrarse curiosos; si lo hacía en mi furgoneta, en cambio, había más probabilidades de pasar casi inadvertido.

Rápidamente, cerré la puerta del taller, y eché los cerrojos. Abrí el portaequipajes del Jaguar, sacando del mismo una de las maletas.

Tenía un peso excesivo para mí. La coloqué en la parte posterior de la furgoneta, empujándola hacia adelante para que quedara oculta. Después cogí la segunda. Pasé unos minutos de verdadera angustia para arrastrarla hasta la parte posterior de mi vehículo. Resultaba demasiado pesada para subirla sin ayuda de nadie. Entonces, decidí valerme de dos tablones y una cuerda. Una

vez pasada la cuerda por el asa de la maleta, conseguí subirla lentamente, hasta que quedó depositada dentro de la furgoneta.

En ese momento tenía el cuerpo bañado en sudor y mi respiración era jadeante. Pero no podía permitirme ni unos segundos de descanso. Eché a un lado los tablones utilizados para mi operación, localicé una lona, que arrojé sobre las maletas, y me acerqué al pie de las escaleras.

—¡Ann!

Mi esposa salió al descansillo.

—Voy a salir. Es sólo para dar un par de vueltas. Uno de los frenos de la furgoneta se agarra y quiero probarlo. No tardaré en volver. Dejo cerrado esto.

—Muy bien, Harry.

Abrí la puerta del taller, sacando mi vehículo a la calle.

Afuera había menos curiosos que antes, y yo observé mejor que nunca a la pareja de policías plantados ante el centro postal, quienes me miraron inmediatamente nada más saltar de mi furgoneta para cerrar la puerta del taller.

Pero ninguno de ellos hizo el menor movimiento hacia mí al instalarme de nuevo frente al volante.

Tuve que doblar la esquina de la calle para poder volver a respirar a mis anchas. Me deslicé a lo largo de Oxford Street, en dirección a Holborn. El tráfico, en la larga calle, era escaso, y pude cerciorarme de que no me seguía nadie.

Cerca de la estación del metro de Moorfields había un vertedero de gran extensión. Decidí arrojar allí las maletas. A aquella hora del día, siendo domingo, pensé que no pararía nadie por aquel lugar.

Acercarme al lugar elegido me llevó un cuarto de hora. Tal como me figurara, el sitio aparecía desierto, pero opté por merodear por los alrededores unos minutos más para estar seguro de que no iba a ser visto por nadie. Luego, rápidamente, di marcha atrás, hacia un terraplén.

Dediqué unos segundos para borrar de las maletas las huellas dactilares que había dejado en ellas. A continuación me puse unos guantes, que siempre llevaba en la furgoneta, y fui empujando las maletas hasta verlas caer por el borde exterior del vehículo.

Las vi rodar cuesta abajo, dando tumbos, hasta perderlas de vista, envueltas en una nube espesa de polvo. No quise engañarme pensando que las maletas no serían encontradas. Porque estaba convencido de que las hallarían. Aunque no en mi taller.

Emprendí el regreso a Eagle Street.

Al detenerme frente al taller consulté mi reloj. Eran las ocho y media. Había necesitado algo más de media hora para desembarazarme de las maletas.

Abrí la puerta del edificio, metiendo dentro la furgoneta. En ese instante vi que uno de los policías del centro postal giraba rápidamente para perderse en el interior del ocal.

Estaba cerrando el taller cuando Ann apareció en la puerta del despacho.

—¡Sube, Harry!

La inflexión de apremio en su voz me sobresaltó. Corrí el último de los cerrojos y crucé aprisa el taller.

Ella ya subía por las escaleras y yo seguí sus pasos.

La encontré en el cuarto de estar. Había estado llorando, y nada más contemplar su pálida y atemorizada cara me quedé paralizado.

—¿Qué pasa?

—¿Te has enterado de lo de Bill?

—¿De lo de Bill? —Logré alcanzar el respaldo de una silla, en la que me apoyé para poder continuar de pie. Los músculos de mis piernas habían comenzado a temblar nerviosamente—. ¿Qué quieres decir?

—Lo han matado, Harry.

Por un momento, creí que iba a derrumbarme de repente.

—¡No puede ser! ¡Él no estaba allí! ¿Qué intentas hacerme creer?

—Volvió a tiempo para viajar en la furgoneta. Bill ha muerto, Harry.

Lenta, rígidamente, como un autómatas, di la vuelta a la silla en que me apoyaba, terminando por sentarme en ella.

—¿Cómo lo sabes? ¡No lo creo! Aquí hay algún error, Ann. ¡No puede estar muerto!

—Me lo comunicó la Policía.

—¿La Policía? ¡Ann! No habrá estado aquí la Policía, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —respondió ella, con voz cansada—. Se presentó después de salir tú. Querían verte. Te querían preguntar cosas referentes a Bill.

—¡Pero si Bill no pudo regresar a tiempo! Le vi tomar el tren. Se ha producido un error...

—¡Oh, Harry! ¿Crees que yo iba a hablar de Bill si no se tratase de él? ¡Ha muerto! ¡Esa gente lo mató!

Miré fijamente a Ann.

De pronto, la habitación comenzó a dar vueltas en torno mío. Todo se oscureció y experimenté la terrible sensación de que iba a desplomarme sin

sentido. Logré dominarme, oprimiendo con fuerza las palmas de las manos contra mis ojos.

—¿Tienes tú algo que ver con este atraco, Harry? ¡Tienes que decírmelo! ¡Debo saberlo!

¡Bill ha muerto! De haberme atrevido a decirle sólo lo que sospechaba, mi amigo habría salvado su vida. Ann continuaba hablando, pero yo no oía lo que decía. Mi mente parecía haber quedado paralizada. ¡Los atracadores habían matado a Bill! A pesar de todas mis precauciones, de mi plan, Bill había muerto.

—¡Harry!

Fue como si hubiese recobrado el conocimiento. Sacudí violentamente la cabeza, poniéndome en pie.

—Déjame en paz, Ann. Tengo que pensar. Cállate por unos momentos.

—¡Pero es que no tengo más remedio que hablarte! —exclamó ella—. ¿No te das cuenta? ¡La Policía ha estado aquí! Ellos han estado formulando preguntas. Yo siempre confié en ti, Harry. Les dije la verdad porque siempre he creído que tú también me decías la verdad. Sin embargo, ya no estoy segura... ¿No comprendes? He podido decir algo que te comprometiese... ¡Tienes que escucharme!

—¿Qué les has dicho? —Me acerqué más a Ann, sujetándola por los brazos y escrutando su pálido rostro—. ¿Qué les has dicho?

—Querían saber cosas de Bill, sobre la llamada telefónica del doctor. Me preguntaron si tú habías estado alguna vez en el centro postal.

—¿Y qué les contestaste?

—Les dije que estuve allí anoche, para invitar a Harris a tomar una taza de té.

La solté, retrocediendo un paso.

—¡Harry! ¿Es que acaso no es cierto? Tú estuviste allí... ¡Yo te vi!

—No, no le invité a tomar té. No lo vi.

—¡Pero tú me dijiste todo lo contrario!

—¿Sí? No me acuerdo de lo que dije. No tuve ocasión de ofrecerle el té. Lo busqué, pero al no localizarlo volví sobre mis pasos.

No pensaba en lo que estaba diciendo. Sólo acertaba a pensar en que Bill había muerto, y en que yo era el culpable de su muerte. Si le hubiera puesto al corriente de todo y si no hubiera sido un egoísta, hubiera salvado su vida.

—¡Harry! ¡Me estás mintiendo! —gritó Ann, juntando sus puños y batiéndolos uno contra otro—. ¡Oh, Harry! ¡Por el amor de Dios! Dime la verdad. Dime la verdad, al menos. Tú sabes que te amo; que yo haría

cualquier cosa por ti... Sin embargo, debo saber la verdad. ¿Qué estuviste haciendo, anoche, ahí delante?

La primera impresión estaba desvaneciéndose. Sentía ahora que iba creciendo dentro de mí una ira asesina contra Dix. Lo buscaría dondequiera que se hallase y lo mataría aunque fuese lo último que hiciera en la vida.

—¡Harry!

La miré. Y Ann retrocedió entonces, conteniendo el aliento.

—¡No quiero ver esa expresión en tu cara! ¿De qué se trata? ¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando, Ann, que ha llegado el momento de que te diga la verdad —repuse calmadamente—. Anoche fui al centro postal con el fin de inutilizar el timbre de alarma: el que llevaba la furgoneta de Bill.

Ann cerró los ojos. Se llevó las manos a los senos, permaneciendo inmóvil durante unos momentos, como paralizada. Luego abrió los ojos y fijó la vista en mí.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque no tuve el valor suficiente para negarme a ello, Ann. Y ése es el motivo de mi conducta.

—Así pues, ¿son Dix y los otros responsables del atraco?

—Sí.

—Y esa muchacha..., ¿es miembro de la banda?

—Sí.

—¡Oh, Harry! ¿Y cómo pudiste...?

—Falté a la promesa que te había hecho, Ann. Fui a verla aprovechando tu ausencia, cuando visitaste a tu madre. Dix me hizo víctima de un chantaje. De no avenirme a inutilizar el timbre de alarma haría llegar a tus manos pruebas de que yo había estado con la chica. Y no se trataba de unas pruebas halagadoras precisamente para mí, claro. No tuve valor para enfrentarme contigo, de modo que acepté.

Ann se dejó caer sobre una silla, como derrumbándose, con los puños apretados sobre el regazo.

—Me imaginé que había conseguido dejar a Bill al margen de todo. No habría aceptado las exigencias de Dix a la más mínima sospecha de que Bill podía llegar a enfrentarse con esos sujetos.

—Entonces, ¿no era verdad que la madre de Bill estuviera enferma?

—No. Urdí tal embuste para sacarlo de Londres. Todavía no me explico cómo pudo volver. Lo vi salir en el tren.

—Pues volvió, Harry.

—Ann: no espero que me perdones, pero quiero decirte que lo siento mucho. Esa mujer no representaba nada para mí. Ejerció una atracción puramente física que no logré dominar.

Ella se puso en pie, acercándose a la ventana. Hizo descansar su frente sobre el cristal.

—¿Qué vas a hacer, Harry?

—Voy a salir en busca de Dix. En cuanto a ti, Ann, es mejor que te marches a casa de tu madre.

Ann volvió la cabeza rápidamente, mirándome severa.

—¿Por qué quieres ir en busca de Dix? ¡Deja que sea la Policía quien lo encuentre! Ahora tienes que pensar en ti mismo, Harry. ¿Es que no te das cuenta de que puedes verte en un serio apuro?

—¿Quieres decir que puedo ir a la cárcel? De acuerdo. Me encerrarán, pero antes he de encontrar a Dix.

Algo, en la calle, acababa de atraer la atención de Ann.

—Vienen hacia aquí, Harry...

Con dos precipitados pasos me uní a mi esposa, a tiempo de ver a dos agentes de paisano que entraban en el taller.

—No pasa nada, Ann —dije, y deseé pasar un brazo por encima de sus hombros, solícito, pero me abstuve de hacerlo—. No tengas miedo. Voy a bajar a hablar con ellos.

Crucé la habitación, abrí la puerta y sin volver la cabeza una sola vez bajé las escaleras.

Los dos detectives se habían detenido ante mi despacho cuando abrí la puerta.

—¿El señor Collins?

—Sí.

—Soy el detective sargento Hollis, y me acompaña el detective agente Davies. Estoy realizando pesquisas relativas a un atraco perpetrado contra una furgoneta del servicio de correos, y creo que usted puede ayudarnos en ese sentido. Tengo entendido que usted era amigo de William Yates, el guardián postal que fue asesinado en las primeras horas de esta mañana.

Estudié a los dos hombres. Ambos eran morenos, macizos, y vestían trajes corrientes de color oscuro. De los dos, el más joven era el sargento. Su cuadrada cara no expresaba ninguna emoción; sus ojos, alerta, no delataban ninguna característica personal.

—Es cierto.

—Señor Collins: desearía que me acompañara. El superintendente jefe tiene mucho interés en charlar con usted.

Sentí de pronto que todo se derrumbaba a mi alrededor.

—No puedo abandonar mi negocio sin más —objeté—. ¿No podría él venir aquí?

—¿No dispone usted de ninguna persona a quien confiar el local por espacio de una hora, aproximadamente?

Vacilé. No quería salir de allí con los agentes, pero sabía que podían obligarme a acompañarles si lo deseaban. No ganaba nada, por otra parte, indisponiéndome con ellos.

—Supongo que mi esposa podrá atenderlo.

—Tengo un coche ahí fuera. Yo me encargaré de que lo acompañen aquí más tarde. No le retendremos mucho tiempo.

—Bueno. Voy a decírselo a mi esposa. —Miré a los dos hombres—. ¿Quieren subir conmigo?

El sargento esbozó una sonrisa impersonal.

—No es necesario, señor Collins.

Subí las escaleras. Las rodillas me temblaban un poco. De hecho no habían venido a detenerme. De sospechar que yo había tenido algo que ver con el atraco hubieran optado por no perderme de vista un solo momento.

Ann estaba esperando en el descansillo.

—Quieren que les acompañe hasta la comisaría de Policía —le expliqué, levantando la voz para que los dos detectives pudieran oír lo que estaba diciendo—. Estaré fuera más o menos una hora.

Ella me miró, y yo me quedé muy impresionado al sorprender en sus ojos una expresión de auténtico terror. Moví la cabeza, arreglándomelas para forzar una sonrisa.

—Ellos se encargarán de traerme aquí de vuelta.

Ann asió una de mis manos, obligándome a seguirla hasta el comedor, cuya puerta cerró.

—¿Sospechan algo? —susurró.

—No creo. De ser así hubieran subido conmigo. No te preocupes, Ann. Volveré pronto.

—Harry: debemos seguir unidos. No pienso apartarme de ti. Ahora, querido, lo único que importa es lo que tenemos por delante. Lo demás no importa nada. Te estoy hablando con entera sinceridad.

Miré con atención a mi esposa. No estaba seguro de haber oído bien sus palabras.

—Te he hecho mucho daño, Ann.

—No hables ahora de eso. Estoy asustada, Harry. Ten cuidado con lo que dices. Rezaré por ti.

Abracé a mi esposa, besándola. Sus labios estaban tan fríos como el hielo.

—Todo saldrá bien. Para mí no hay en el mundo más que una mujer, Ann: tú. Te amo, te amaré siempre.

Ella se pegó a mí.

—Todo saldrá bien —repetí, besándola de nuevo. La aparté suavemente—. No tardaré en volver.

Bajé rápidamente las escaleras.

—Estoy dispuesto, sargento.

Subimos al vehículo de la Policía estacionado ante mi taller. Unos minutos más tarde, llegábamos a la comisaría.

—Vamos, señor Collins —dijo Hollis, apeándose del coche.

Entramos en un edificio de fachada gris. Subimos un tramo de escaleras y atravesamos un pasillo, en una de cuyas puertas se leía: «*J. V. Rawson - Superintendente Jefe*». Mi acompañante llamó con los nudillos antes de entrar.

—El señor Collins, señor.

Entré en un pequeño despacho. Enfrente de mí había una mesa grande cubierta de papeles sueltos y carpetas. Al lado de la mesa había una silla. Había sido colocada otra junto a la ventana. Una de las paredes del despacho quedaba semioculta por una estantería repleta de legajos.

Tras la mesa se hallaba sentado un hombre de anchas espaldas, algo calvo, de edad comprendida entre los cincuenta y sesenta años. Nunca había visto unos ojos azules tan penetrantes como los suyos.

Se levantó al verme, inclinándose sobre la mesa para tenderme una mano. Su grisáceo rostro se iluminó con una cordial sonrisa.

—Gracias por haber venido, señor Collins. Lamento haberle apartado de sus ocupaciones, pero nos enfrentamos con un grave asunto y confío en que usted pueda ayudarnos.

—Haré lo que pueda.

—Siéntese. —Me mostró la silla situada junto a su mesa. Luego, miró a Hollis—. ¿Cree usted, sargento, que es demasiado pronto para pedir una taza de té?

—Voy a comprobarlo, señor.

Cuando Hollis hubo abandonado el despacho, Rawson sacó su pitillera, ofreciéndome un cigarrillo que yo acepté.

—Me parece que me he quedado sin cerillas —dijo mi interlocutor palpándose los bolsillos.

—Yo tengo.

Arrimé la lumbre a su cigarrillo y después al mío, arrojando la cerilla en el cenicero.

—¿No le importa que me quede con su caja de cerillas señor Collins? No saldré de este edificio hasta después del almuerzo y soy un gran fumador.

—No tengo inconveniente alguno —repuse, empujando hacia Rawson la caja de cerillas que había dejado momentáneamente sobre la mesa.

—Le quedo muy reconocido. Gracias. —El hombre se guardó en un bolsillo mi caja de cerillas, sonriéndome—. Por aquí suelen llamarme Rawson «el Gorrón». Debo reconocer que estoy haciendo honor a esa fama.

Su manera de conducirse me tranquilizó. Me recosté, relajado, en mi asiento.

—Un cigarrillo siempre ayuda a pasarlo bien.

—Cierto, sí, señor. Muy bien, señor Collins. Tengo entendido que Bill Yates era amigo suyo.

—El mejor de mis amigos. Estuvimos juntos durante la guerra. Acabo de enterarme de su muerte. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Hollis entró en ese momento, con dos tazas de té. Las colocó sobre la mesa y volvió a salir.

—¿Qué fue lo que pasó, señor Collins? —repitió Rawson empujando una de las tazas hacia mí—. Se lo explicaré. La furgoneta del servicio de correos cayó en una emboscada preparada en Wood Lane. Fue alcanzada por otro vehículo, que se le atravesó en el camino. Del mismo saltaron tres hombres enmascarados, armados con revólveres. Entonces, ordenaron al conductor, a Mackson, que colabora en la carga y descarga de la furgoneta, y a Yates que se apeasen. Yates pulsó el botón del timbre de alarma, pero ésta no funcionó. Primero, abandonaron la furgoneta el conductor y Mackson; les siguió Yates. Uno de los atracadores los apuntaba con su arma mientras otro desplazaba el vehículo del centro de la vía. El tercer hombre entró en la furgoneta.

Rawson hizo una pausa para tomar un sorbo de té, frunció el ceño y continuó diciendo:

—En el momento en que uno de los pistoleros procedía a desplazar el vehículo, Yates atacó al que los vigilaba. Un acto enormemente valeroso el suyo. El conductor de la furgoneta nos contó la escena y dijo que Yates se movió con tanta rapidez que el pistolero se quedó desconcertado. Yates le

hizo una llave de judo, arrojándole casi al otro lado de la calle. El sujeto en cuestión dio contra un cubo de basura, quedando, al parecer, en estado crítico.

»El individuo que estaba dentro de la furgoneta salió de ella de un salto, dirigiéndose hacia Yates, pero el guardián logró derribarlo.

»Mientras se desarrollaban estos hechos, Mackson echó a correr por una calleja lateral, pidiendo socorro a gritos. El conductor, un hombre ya mayor, siguió donde se encontraba, todavía con las manos en alto.

»Si él hubiese ayudado a Yates, o si Mackson no hubiera echado a correr, la emboscada, a mi entender, habría sido un fracaso. Dos de los atracadores estaban fuera de combate: uno de ellos indefinidamente, el otro de un modo momentáneo. Si bien el tercer hombre iba armado, quizá se hubiera acobardado si los tres empleados se hubiesen lanzado contra él. Por desgracia, Yates tuvo que habérselas solo con el atracador.

»El guardián llevaba una nueva arma para ser utilizada en situaciones de emergencia. Se trataba de una pistola que dispara un cartucho especial. Dentro del cartucho hay un producto químico que produce una brillante mancha azul en el que recibe la descarga, mancha que no puede ser eliminada.

»Yates estaba decidido a marcar así al atracador. Cruzó corriendo la calle. El atracador le apuntó con un revólver, dándole un grito para que se detuviera. Pero Yates no le hizo caso y disparó su cartucho en la cara del delincuente al tiempo que éste le disparaba un tiro en la cabeza. El guardián murió instantáneamente, si bien el conductor afirma que la cabeza y los hombros del atracador quedaron manchados de azul.

»El conductor no esperó a ver qué pasaba luego. Huyó. Bueno, así fue como murió su amigo, señor Collins. Se portó como un valiente. No me sorprendería que le fuese concedida la medalla de San Jorge».

—Eso no le volverá a la vida, ¿verdad? —inquirí, con los ojos fijos en mis apretados puños—. ¿Posee usted alguna descripción del atracador que lo mató?

—Era un tipo corpulento, que vestía un traje oscuro, tocado con un sombrero también oscuro, con el ala abatida. No será difícil de localizar, señor Collins. Gracias a la acción de Yates podremos dar con él con bastante rapidez.

¡Dix!

—Tenemos razones para creer que esta pandilla —continuó diciendo Rawson— se dedicó por algún tiempo a observar los movimientos de las furgonetas utilizadas por los servicios del centro postal. ¿Ha visto usted, en el

curso de los últimos días, vagar a alguien por Eagle Street, aparentemente sin objeto, señor Collins?

Levanté la vista.

—No, no reparé en nadie en particular.

—¿No ha visto, en ningún momento, un hombre con un aspecto que corresponda a la descripción del asesino? Era un sujeto excepcionalmente corpulento, macizo.

—No, no he visto a nadie así.

Rawson aplastó en el cenicero lo que quedaba de su cigarrillo.

—Es una lástima. Bien, no importa. Ahora, señor Collins, hábleme de la llamada telefónica que recibí. ¿Provenía de Anton?

—Sí.

—¿Se sorprenderá si le informo de que no existe registro alguno referente a una llamada a su taller desde Anton?

—¿No?

—No, señor Collins. ¿Le dijo la operadora algo que le llevara a pensar que la llamada provenía de Anton?

—No. No se me ocurrió pensar que la llamada podía no ser de Anton. El hombre se identificó como médico. Creo que dijo que se apellidaba Mackenzie, notificándome que llamaba desde Anton. Creí lo que me dijo.

—Ya. Evidentemente, alguien intentó apartar a Yates del hecho. Ignoro por qué, puesto que de no encontrarse él en la furgoneta otro guardián habría ocupado su puesto. Esto resulta bastante raro, señor Collins. Todo parece indicar que había alguien interesado en que no le sucediera nada desagradable.

—Yates fue en otro tiempo campeón de boxeo —repuse con firmeza—. Es posible que esos atracadores no quisieran enfrentarse con él.

Rawson asintió.

—Puede ser. Sin embargo, ¿cómo cree usted, señor Collins, que esa gente pudo saber que había sido un boxeador destacado?

—Lo ignoro.

Se produjo una larga pausa. Estuvimos durante unos momentos contemplándonos mutuamente en silencio. Finalmente, mi interlocutor preguntó:

—Con respecto a la llamada telefónica, ¿tiene usted algo más que decirme, señor Collins?

Escuté el rostro del policía. Desconocía el significado real de sus palabras. Era como si acabara de invitarme a decirle que yo me había

inventado la llamada telefónica.

—Pues no. Ahora, en cambio, es posible que se halle en condiciones de explicarme una cosa. Yo vi a Bill tomar su tren. ¿Cómo logró regresar a tiempo para viajar en la furgoneta?

—Ocurrió, simplemente, que el doctor Mackenzie también iba en aquel tren, y que los dos se encontraron en el pasillo de un vagón —explicó Rawson—. En la estación siguiente, Yates telefoneó a un vecino, quien se acercó a la casa de sus padres, encontrándolos sin novedad. El vecino llamó a Yates, que esperaba en la estación, y éste tomó el tren siguiente de vuelta a Londres. Cometió una equivocación al pensar que todo se reducía a una broma. Él hubiera debido ponernos al corriente de lo sucedido, señor Collins.

«Hubiera debido decírmelo a mí», pensé con amargura. De haberme hecho saber que viajaría en la furgoneta, yo habría corrido el riesgo denunciando a Dix.

—Ya —dije.

—Tengo entendido, señor Collins, que en la noche del viernes usted visitó el centro postal para invitar a tomar una taza de té a uno de los trabajadores del servicio nocturno, un hombre apellidado Harris.

Aunque los latidos de mi corazón eran muy acelerados exteriormente me mostraba sereno. Incluso me esforcé en mirar a Rawson a la cara.

—Quería darle una taza de té, pero como no se hallaba presente renuncié a mi propósito.

Rawson dio unos suaves golpecitos con los dedos sobre el borde de la mesa.

—¿Qué fue lo que sucedió exactamente, señor Collins?

—¿Exactamente? No le entiendo. ¿Tiene eso importancia?

Rawson sonrió, y en torno a sus azules ojos los párpados se arrugaron, dando a su rostro una expresión infantil que no sé por qué me tranquilizó.

—Cuando nos enfrentamos con un caso de asesinato, señor Collins, todo tiene importancia. Por favor: dígame qué fue lo que sucedió, con toda exactitud.

—Yo estaba trabajando y era ya una hora avanzada...

—¿Cómo cuál?

—Serían algo más de las doce de la noche.

—¿Trabaja usted habitualmente hasta tan tarde?

—No. Es que llevaba entre manos un trabajo que deseaba terminar.

—¿Qué clase de trabajo, señor Collins?

Miré a Rawson. La sonrisa amistosa todavía estaba en sus labios. Sus ojos delataban un bondadoso interés.

—Un cliente me dejó su coche para que fuera revisado. Vi que tenía el carburador bloqueado. Este cliente quería tener el coche listo para la mañana siguiente, pues pensaba marcharse de vacaciones. En consecuencia, trabajé hasta tarde con él.

—¿Quién era ese cliente?

La pregunta me cogió de sorpresa. Ante Ann había recurrido a esta fácil mentira, sabiendo que ella no podría comprobarla. Ahora, como un estúpido, la repetí ante Rawson, quien sí podría verificarla.

Por un momento, mi mente se negó a funcionar y me quedé mirando estúpidamente al policía, hasta que repitió la pregunta.

—Intentaba hacer memoria. Creo que el hombre se llamaba Manning. No era uno de mis clientes habituales. No sé de dónde salió.

Rawson asintió.

—Ya. ¿Y cuál era la marca de su coche?

—Su coche era un Vanguard.

—¿Puede decirme su matrícula?

—No tengo ni la más ligera idea —contesté con viveza, más dueño de mí—. Perdone, superintendente, pero, ¿qué tiene todo esto que ver con el atraco? ¿No estaremos perdiendo el tiempo?

Rawson se echó a reír, frotándose las manos, como si yo hubiera acabado de contar el mejor de los chistes.

—Seré franco con usted, señor Collins. Alguien inutilizó el sistema de alarma de la furgoneta. Debió de hacerse antes de esta mañana. El timbre fue probado el jueves por la tarde, así que entre la noche del jueves y la del sábado alguien inutilizó el sistema. Trato de averiguar quién lo hizo. A pocas personas se les permite la entrada en aquel lugar. Tengo una lista de las que lo visitaron estos últimos días y estoy efectuando algunas comprobaciones. Una de esas personas desconectó el timbre y confío en atraparla, y cuando lo haya conseguido dispondré de la solución al caso.

Sentí que mi cara cambiaba de color.

—¿No pensará usted que fui yo quien inutilizó el sistema de alarma, eh?

—Cinco personas no autorizadas entraron en el centro postal entre el jueves por la noche y la noche del sábado, señor Collins. Usted fue una de ellas. Una de estas cinco personas inutilizó la alarma. Todas son sospechosas en tanto no puedan probar su inocencia. ¿Puede usted demostrar que no cometió tal acción?

Permanecí inmóvil, con la mirada clavada en Rawson.

—Creo que no —me oí a mí mismo decir—. Pero, desde luego, yo no fui. El superintendente sonrió.

—Me hubiera quedado muy sorprendido de haberle oído afirmar lo contrario. Y ahora volvamos al Vanguard. ¿De qué color era el coche, señor Collins?

—Gris.

—¿Era el señor Manning vecino suyo? ¿Sabe quién era? —No. Nunca lo había visto antes.

—He de advertirle, señor Collins, que si nosotros pudiéramos localizarlo, y confirmar su declaración, todos saldríamos ganando.

—Sobre esto, señor, sólo puedo responder con mi palabra.

Me miró risueño antes de garabatear algo en un bloc.

—A la Policía no le dice nada, señor Collins, una afirmación hecha bajo palabra. Nosotros desconfiamos de todo el mundo. Sin embargo, no debe ser difícil localizar al señor Manning. Tenemos que indagar este aspecto, señor Collins. Bueno, y ahora dígame algo más. Usted estuvo trabajando hasta una hora muy avanzada de la noche en ese Vanguard... ¿Y qué ocurrió después?

Sentí que se me resecaba la boca. Hubiera dado en aquellos instantes cualquier cosa por un poco de agua. Había terminado mi té, pero sabía que no me atrevería a pedir agua. Equivalía a algo así como delatarme.

—Poco después de la medianoche me hice un poco de té. Pensé que a Harris podía agraderle tomar una taza, así que se la llevé.

—¿Usted le llevó la taza? —preguntó Rawson, dibujando algo en el bloc que tenía delante, sobre la mesa.

—En efecto. Crucé la calle y eché un vistazo al interior de la oficina, pero no logré localizarlo. Le llamé, y no me contestó nadie. Decidí dejarlo y regresé a mi taller.

—¿No entró usted en el centro postal?

—Me adentré dos o tres metros, nada más.

Rawson asintió, trazando otros complicados dibujos en su bloc antes de añadir:

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me fui a la cama.

Levanté la vista. Sus penetrantes ojos parecían estar taladrándome, metiéndose dentro de mí.

—Bien. Todo es correcto, señor Collins. La suya es una explicación satisfactoria. Harris ha admitido que, muy a menudo, descabeza algún sueño

durante la noche. Debía de estar dormido cuando usted se presentó.

Suspiré largamente. Rawson sonreía de nuevo, y sus ojos volvían a ser amistosos.

Consulté mi reloj.

—Si ya no tiene nada más que preguntarme, superintendente, quisiera volver al taller. Mi esposa...

—Sólo pienso retenerle el tiempo estrictamente necesario —respondió el superintendente—. Me gustaría hacerle todavía una o dos preguntas más. ¿Fue ésa la única vez que visitó el centro postal, señor Collins?

Sentí que un reguero de sudor me corría por la nuca.

—Yo... creo que sí. Quizá he estado alguna vez con Bill. No lo recuerdo bien, realmente.

—¿No estuvo usted en el centro el jueves por la mañana, señor Collins? Creo que usted deseaba hablar con el señor Yates, y que le dijeron que se había ausentado. ¿Es eso cierto?

Me pasé la punta de la lengua por mis resecos labios.

—Sí, ahora que pienso en ello... Estuve allí, en efecto.

—¿Es cierto que usted preguntó a Harris cuál era la furgoneta del señor Yates, y que Harris se la señaló?

Sentí que las mordientes fauces de la trampa se cerraban sobre mí. Logré dominarme haciendo un gran esfuerzo.

—Recuerdo que hablamos del vehículo.

Rawson hizo un gesto de asentimiento. Después, pareció desvanecerse su interés por el tema.

—¿Podría asegurar que el suyo es un buen negocio, señor Collins?

Aquel repentino cambio de tema de conversación me produjo un gran sobresalto:

—Las cosas marchan algo mal, de momento, pero mejorarán.

El superintendente asintió de nuevo.

—Ahora volvamos a ocuparnos de lo de anoche... ¿Está usted seguro, señor Collins, de que fue una taza de té lo que le llevó a Harris?

Instintivamente, comprendí que la pregunta encerraba algo peligroso, pero como ya la había contestado tenía que repetir, más o menos, mi respuesta.

—Ciertamente.

Rawson se inclinó a un lado para coger algo que la mesa me impedía ver.

—¿Y no sería precisamente este termo lo que usted llevó a la oficina de correos?

Entonces, el superintendente colocó, sobre la mesa, el termo blanco y azul que olvidé en la furgoneta.

El detective sargento Hollis fue aproximando el coche a la acera, y lo detuvo ante mi taller.

—Si le necesitamos de nuevo, señor Collins —dijo Hollis, en el momento en que yo abría la portezuela—, me acercaré aquí para recogerle. Haga el favor de mantenerse a nuestro alcance durante las próximas veinticuatro horas.

—Aquí estaré. Si alguien me llama y me veo obligado a salir le diré a mi esposa dónde pueden ustedes localizarme.

El detective escrutó mi rostro rápidamente.

—Ésa es una buena idea. —El hombre sonrió, inexpresivo—. Posiblemente le necesitaremos, muy pronto.

Me quedé mirando cómo se alejaba el coche.

«Has incurrido en una equivocación, amigo mío», me dije, plantado en el borde de la acera. «Habéis tenido vuestra oportunidad. La próxima vez no me encontraréis tan fácilmente».

Me sorprendió que Rawson me autorizara a abandonar la comisaría de Policía. Tuve la impresión de que disponía de motivos suficientes para detenerme de inmediato. Su amable sonrisa no me engañaba, ni su plácido interés por mi persona. Comprendí lo que pretendía cuando, en tono de disculpa, sugirió que Hollis habría de tomar mis huellas dactilares.

—Un miembro de la banda pudo manipular este termo, señor Collins —me había dicho—. Es posible que localicemos en él huellas digitales. Como sus manos y las de Yates estuvieron en contacto con este objeto, nos permitirá conocer las suyas, a fin de no sufrir desorientaciones.

Al parecer, el superintendente aceptó la explicación que le di: que yo había prestado a Yates el termo hacía varias semanas, y que Bill se olvidó de devolvérmelo. Sin embargo, no me engañó. Cada vez arraigaba más en mí la convicción de que jugaba conmigo como un gato puede estar jugando con un ratón.

Lo que realmente me persuadió de que Rawson debía de estar seguro de mi complicidad con la banda de atracadores, recordaba mientras Hollis me llevaba de nuevo a Eagle Street, fue la forma en que el superintendente se apoderó de mi caja de cerillas. Había sospechado en todo momento que existía alguna motivación tras su solicitud, y ahora comprendía cuál era. La

cerilla que yo utilicé para mantener unidos los dos extremos cortados del cable que iba al timbre de alarma, procedía de aquella caja. Yo había leído suficientes cosas acerca de los métodos científicos de detección: los necesarios para saber que la Policía se hallaría pronto en condiciones de probar que la cerilla encontrada en la furgoneta del centro postal había salido de la caja que yo entregara a Rawson.

Por mi parte, estaba convencido también de que, a pesar del cuidado puesto en la tarea de borrar mis huellas dactilares cuando estuve en el interior del vehículo, siempre cabía la posibilidad de que dejara alguna impresión en la furgoneta y de que la Policía la localizara.

Supuse que esperarían hasta comprobar que la cerilla encontrada en la furgoneta pertenecía a las contenidas en la caja, y a encontrar mis huellas en el vehículo, para atacarme de nuevo. O quizá no lo hicieran. Tal vez intentarían someterme a una discreta vigilancia, con la esperanza de que yo los condujera hasta el resto de los atracadores.

Pero lo que me preocupaba era de cuánto tiempo podía disponer hasta encontrar a Dix. En ese momento, yo era lo menos importante. No pensaba en mí. Tenía que localizarlo, aunque eso fuese lo último que hiciese en mi vida.

Abrí la puerta del taller y me interné en su oscuro y silencioso interior. En aquel momento, oí los pasos de Ann bajando las escaleras. Comprendí, entonces, que mi mujer representaba un problema. Por primera vez, desde el día en que me casé con ella, me percaté de que mi esposa andaba en medio de todo. Yo tenía ahora una misión que cumplir, y era algo que tenía que hacer solo.

—¿Qué ha pasado, Harry?

—Vámonos arriba.

Cruzamos lentamente el taller. Había cogido una de sus manos. Atravesamos el despacho y subimos las escaleras, entrando en el cuarto de estar.

Me dejé caer en un sillón, contemplando su pálido rostro, en el que había un gesto de temor.

—No hay nada bueno que contar, Ann.

Ella se arrodilló a mi lado.

—Dímelo todo.

Se lo expliqué. No le oculté nada. Le referí cómo había muerto Bill. Aludí al Vanguard y a mi estúpido embuste acerca del imaginario Manning. Le conté que me había dejado olvidado el termo en la furgoneta; le hablé de la

cerilla acusadora y de la forma en que Rawson se había apropiado de mi caja de cerillas.

—La Policía encontró el termo en la furgoneta —concluí—. Rawson fingió creerme cuando le conté que se lo había prestado a Bill, pero entonces le facilité el pretexto para tomarme las huellas dactilares.

Ann hizo una profunda inspiración antes de hablar.

—¿Te han tomado las huellas dactilares?

—Sí. No podía negarme... Sé que debí de dejar alguna en cualquier parte de la furgoneta. Lo lógico es que la encuentren. No quiero asustarte, Ann, pero debemos enfrentarnos con los hechos. Pronto me detendrán.

—Me cuesta mucho trabajo creer que todo esto nos esté ocurriendo a nosotros. ¿Cómo pudiste hacer tal cosa, Harry? ¿Qué es lo que vamos a hacer ahora?

—Pues nos está pasando a nosotros, sí. Y hemos de hacerle frente a todo, Ann. Yo soy el culpable, pero tú también sufrirás las consecuencias. Lo mejor que podemos hacer ahora...

—¡Espera! Solamente podemos hacer una cosa —exclamó ella, apremiante—. Tú debes ir a la Policía, para contarles la verdad. Debes decirles cómo sucedió todo, exactamente. Debes ir ahora mismo.

—Ya es un poco tarde para eso. Ha sido cometido un crimen. La Policía me detendrá y me meterá en la cárcel... ¿Qué será de ti, entonces? Dix me dijo que iría en busca tuya si lo delataba, y es capaz de cumplir su promesa. Me amenazó con bañarte la cara en ácido. No puedo confesar la verdad.

—¿Crees que me importa lo que él pueda hacerme? Nuestra felicidad es lo que más ha de interesarnos. Debes confesar la verdad. La Policía te creerá si recurres a ella ahora. ¿No lo entiendes? Gracias a tu información te tratarán con benevolencia. En cambio, si dejas que los detectives lo descubran todo antes de informarles, te tratarán como a los demás.

—Es demasiado tarde ya, Ann. Hubiera debido contárselo todo en seguida. Si lo hago ahora, la Policía pensará, simplemente, que he perdido los estribos.

—¡Tienes que hacerlo! —chilló ella, asiéndome una mano—. ¡Si te niegas, iré yo a verles!

—No, Ann.

Ella me miró fijamente.

—Estás planeando algo, ¿verdad? Hay algo en ti, Harry, que me preocupa.

—Voy a desaparecer.

—¡No puedes hacer eso! ¡No debes! ¿A dónde vas a ir? ¿No comprendes, querido, que si huyes la Policía pensará que eres tan culpable como los demás? No podrías ir muy lejos, en todo caso. Te encontrarían. La Policía siempre termina por encontrar a las personas que busca.

—Voy a desaparecer, Ann —repetí—. Tengo una misión que cumplir. Lo siento, pero es algo que he de hacer yo solo.

—¿Una misión? ¿Qué quieres decir?

—Voy a localizar a Dix.

Ella me miró sin comprender.

—Pero... Esto es absurdo. Ya dará con él la Policía. No puedes obrar así, Harry. Si huyes...

—Quiero que metas en una maleta lo indispensable, Ann, y que te traslades a casa de tu madre. En Leytonstone estarás a salvo. Dix no sabe dónde vive tu madre. Quiero que te reúnas con ella inmediatamente.

—Harry: no es posible que hables en serio. Estás asustándome. No pienso separarme de ti. Estoy segura de que vas a cometer alguna locura.

—Estás perdiendo el tiempo, Ann. Por favor, mete en una maleta lo que vayas a necesitar de momento. Déjate de discusiones, te lo ruego.

—Harry, Harry: ¿te das cuenta realmente de lo que estás diciendo? Si huyes ahora, podría ser que no volviésemos a vernos nunca más. ¿Cuánto tiempo puedes permanecer escondido? Tú debes ir a la Policía ahora mismo, y contar la verdad.

—Es demasiado tarde para proceder así, Ann. Tienes que dejarme solucionar este asunto a mi manera.

Ann tomó una de mis manos.

—Enfréntate con la realidad, querido. Hazlo por mí. No huyas —dijo, levantando la voz—. Te acompañaré. ¡Oh, Harry! ¡Haz cuanto está en tus manos ahora para que podamos seguir juntos! Por favor, haz lo que te he dicho.

Me di cuenta en estos instantes de que no lograría convencerla. El tiempo pasaba... Tenía que intentar otra línea de acción.

—Concédeme unos minutos para reflexionar, Ann —propuse, poniéndome en pie—. Voy a bajar al despacho. Necesito un poco de tiempo para ordenar debidamente mis ideas. Dame media hora, Ann.

Ella clavó en mí una escrutadora mirada.

—¿Por qué quieres localizar a Dix? —me preguntó.

—Quiero tener la satisfacción de arruinar sus planes. Me engañó. Y mató a Bill. Me gustaría mucho arreglar nuestras diferencias antes de que yo vaya a

la cárcel, aunque quizá tú estés en lo cierto. Lo mejor que puedo hacer, sin duda, es dejar que se ocupe de él la Policía. Dame media hora, Ann, para que pueda tomar una decisión.

Ella vaciló.

—Muy bien, Harry. Te esperaré aquí. Procura mostrarte sensato. Debes ir a la Policía y contar toda la verdad. Es tu obligación y también tu única salida.

Pasé un brazo por encima de los hombros de mi esposa, y la besé.

—Déjame pensar en ello.

Bajé las escaleras, metiéndome en el despacho. Nada más cerrar la puerta, me apresuré a abrir la caja metálica donde guardaba el dinero. Cogí ocho billetes de una libra, dos billetes de diez chelines y algunas monedas sueltas. Me guardé aquel dinero en un bolsillo. Seguidamente, eché un vistazo a mi talonario de cheques. Tenía un saldo de cincuenta y dos libras. Apresuradamente, extendí un talón a nombre de Ann por tal importe. Después, cogí una hoja de papel en la que escribí lo siguiente:

Querida Ann:

Esto debe ser un adiós. No dispongo de tiempo para largas explicaciones. No puedo permitir que Dix logre escapar después del asesinato de Bill. He de localizarlo para darle su merecido. Bill y yo compartimos tantos momentos en el pasado que llegó a convertirse en una parte de mí. Está muerto por culpa de mi egoísmo y de mi insensato comportamiento. Tengo la impresión de que con él ha muerto también lo mejor de mí. Lo que resta de mí carece ya de importancia. Yo eché a perder nuestra convivencia al quebrantar la promesa que te había hecho. En lo sucesivo, todo podrá ser distinto. No estoy dispuesto a que me encarcelen por unos años sabiendo que tú esperas a alguien que ya dejó de existir. Esto ha de ser una ruptura radical. El cheque que adjunto deja mi cuenta bancaria a cero. Vende todo esto: obtendrás unas dos mil libras por el equipo y la furgoneta. Todo este dinero es para ti.

Por favor, trasládame en seguida a la casa de tu madre y no te dejes ver mucho. Los miembros de esa banda son peligrosos y si pueden herirme a través de ti no desaprovecharán la ocasión. Hazlo por los dos al mismo tiempo, entonces. No les permitas que den contigo.

Si te es posible, perdóname por este proceder. Es mejor para los dos que rompamos ahora. Te tendré siempre en el

pensamiento. Tengo que llevar a cabo una tarea ineludible, algo que solamente yo puedo realizar.

Adiós, querida.

Harry.

Leí la carta rápidamente, bajo la impresión de que resultaba inadecuada, tanto que me sentí obligado a añadir unas palabras a continuación de mi nombre:

Me pondré en contacto contigo, antes de que transcurra mucho tiempo, para darte un adiós más cordial. Te escribiré o telefonaré a casa de tu madre.

La posdata mejoraría la carta, pensé mientras cogía un sobre. Ahora me sentía mentalmente espoleado. Tenía prisa. Debía salir de allí antes de que ella bajara o se presentara la Policía en el taller. Coloqué el escrito y el cheque dentro del sobre, dejándolo encima de la mesa, donde Ann pudiera descubrirlo inmediatamente.

Era un fastidio partir de aquella manera. Me hubiera gustado proveerme de un impermeable y unos cuantos efectos personales, pero no podía regresar de nuevo al piso. Era arriesgado. Por otra parte, me dije, si la Policía estaba vigilándome aumentarían sus sospechas en el caso de que me vieran llevando un maletín o bolso de mano, y entonces ellos optarían, quizá, por arrestarme, sin más.

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Había invertido siete minutos en mis preparativos. Había llegado el momento de marcharme. Me dirigí a la puerta, pasando junto al Jaguar. Me detuve, vacilante, pensando si debía llevármelo o no. Evidentemente sería localizable con demasiada facilidad si lo utilizaba.

Abrí una de las hojas de la puerta del taller y salí a la calle, bañada por la luz del sol.

Cerré la puerta. Hice una pausa para encender un cigarrillo mientras observaba por el rabillo del ojo a los dos policías plantados en la entrada del centro postal.

Me ignoraron de un modo especial, tan especial que en seguida me di cuenta de que les habían dado instrucciones para que adoptaran tal actitud. Esto podía significar solamente una cosa: Rawson había dado órdenes de que

me vigilaran. El policía escogido estaría aguardándome, escondido en cualquier parte.

Avancé a paso rápido hacia Oxford Street. No volví la cabeza en ningún momento. Lo único que me preocupaba era la posibilidad de que Ann hubiera bajado al despacho y que después de leer la nota que le dejé se apresurara a correr en mi busca. Deseaba alejarme de Eagle Street pronto, antes de que descubriera mi escrito.

Un autobús circulaba por Oxford Street al llegar yo a la esquina de Eagle Street. Corrí hacia él, saltando a la plataforma posterior.

Miré hacia atrás tan pronto me senté en uno de los asientos laterales, junto a la plataforma del conductor. Nadie había echado a correr persiguiéndome en aquellos instantes, pero al cabo de uno o dos minutos, al mirar de nuevo hacia atrás, distinguí un coche patrulla que seguía al autobús desde unos cincuenta metros.

No me iba a resultar fácil quitarme de encima a los agentes, pensé. Si me perdían de vista, se limitarían a ponerse en comunicación por radio con otros coches patrulla del distrito, que no tardarían en seguirme la pista. Los que recorrían a pie la zona o controlaban el tráfico estarían pendientes de mi localización. Decididamente, no saldría adelante en mi empeño con facilidad, pero la verdad era que me había visto en situaciones más apuradas que aquella en el curso de la guerra y abrigaba la confianza de lograr despistar a los agentes.

Pedí un billete para Hyde Park Corner, apeándome del autobús junto a la entrada del metro. Descendí hasta la taquilla. Estaba seguro de que nada más perderme de vista del coche de patrulla había saltado un detective, dos tal vez, con al propósito de seguirme.

Me detuve un momento para comprar un periódico en un quiosco. Después, saqué un billete para Knightsbridge.

Había solamente tres o cuatro personas en el andén. Me situé en el extremo más alejado, tomé asiento en el banco de madera que se encontraba pegado al muro.

Paseé la mirada por el andén. Nadie llegó para incorporarse a los que ya esperaban. Supuse que los detectives se mantenían al acecho convenientemente ocultos. Podría echarles la vista encima al llegar el tren. Abrí el periódico, buscando la página que recogía los sucesos.

ROBO EN CORREOS

Esta mañana, a primera hora, una furgoneta del servicio de correos fue objeto de una emboscada en Wood Lane. Tres hombres enmascarados lograron huir tras haberse apoderado de un envío de diamantes industriales valorados en 300.000 libras, en route desde el centro postal de Eagle Street al aeropuerto de Northolt. Un guardián del servicio de correos que intentó evitar el robo, el de mayor importancia sufrido hasta el presente por dicho servicio, resultó muerto a consecuencia de los disparos de los atracadores.

¡300.000 libras!

La importancia de la suma me dejó paralizado por un momento.

No me extrañaba que Dix hubiese tomado tantas precauciones. No podía extrañar a nadie que no hubiese vacilado al cometer un crimen. Para quien sabía a qué atenerse en ese asunto, los diamantes industriales valían tanto como el dinero en efectivo. Y aún ganaría más sacando la mercancía del país y negociándola en el mercado negro extranjero.

Me pregunté si Dix pensaría abandonar el país. Admití la posibilidad de que hubiese contratado un avión que en aquellos instantes le estuviera llevando a un punto u otro de Europa. Si se había ido, yo podía darlo todo por perdido.

¿Cuál había de ser mi primer movimiento?

Antes de lanzarme tras él, era preciso que me quitara de encima a la Policía. Una vez conseguido esto, tendría que intensificar la caza. Rawson no me daría una segunda oportunidad de escaparme de sus manos. Si me localizaban, tras una esporádica desaparición, sería ya para detenerme.

Tenía que arreglármelas para cambiar de ropas. Tenía que modificar mi aspecto exterior, para que no fuera fácilmente reconocido. Pensé en el piso de Berry, en el número 3a de la Queen's Avenue. A aquellas horas, Berry estaría escondido con los demás miembros de la banda. Lo más probable era que hubiese dejado algunas ropas en su vivienda. Era de mi complexión, más o menos. Si yo lograba llegar a su piso sin ser visto, seguro que podría equiparme adecuadamente, impidiendo así que los policías dieran conmigo.

Doblé el periódico, y me puse en pie. Oí el rumor del tren que se aproximaba. Eché a andar lentamente a lo largo del andén, reuniéndome con las otras cuatro personas que esperaban la llegada del convoy.

En el instante en que el tren salía con gran estrépito del túnel, vi un hombre alto y fornido que se destacó desde la arcada que conducía a las

escaleras de emergencia.

Lo observé con atención, sin hacer el menor intento de disimular mi curiosidad. Quería estar seguro de poder reconocerlo si me lo encontraba otra vez.

Vestía un traje de color marrón, y se tocaba con un sombrero de ala caída. Por su actitud y por el aire de estudiada naturalidad con que se acercó al tren, me figuré que era un agente de Policía.

Entró en un compartimiento contiguo al mío.

Yo tenía que actuar con mucho cuidado. No se trataba precisamente de emprender por mi parte una veloz carrera al llegar a la estación. Tenía que deshacerme del detective de tal forma que él no pudiese estar seguro de si yo me había escapado por haber burlado, efectivamente, su vigilancia, o si me había perdido por su propio descuido. Si sospechaba que intentaba huir, lo más probable era que me detuviera.

Me apeé del tren en Knightsbridge, caminando rápidamente a lo largo del andén, rumbo a la escalera automática. Fui subiendo poco a poco, y cuando me aproximaba al punto más alto eché un vistazo a mis espaldas.

El detective estaba en el centro de la escalera automática, detrás de mí, a unos diez metros de distancia. Estaba apoyado en la barandilla y leía un periódico.

Knightsbridge se encontraba casi desierta. Pensé que había escogido un mal momento para jugar a policías y ladrones. El domingo por la mañana, cuando normalmente están las calles vacías y las tiendas cerradas, es difícil pasar desapercibido.

Decidí esperar a acercarme a Queen's Avenue antes de llevar a cabo mi primer movimiento. Avancé a buen paso en dirección a Brompton Road, y luego enfilé Exhibition Road, una calle ancha que se extendía, larga y desierta, hasta Hyde Park.

Ya me encontraba a pocos minutos de distancia de Queen's Avenue. Pude oír los pasos del detective siguiéndome, pero logré resistir la tentación de volver la cabeza. Guiándome por el rumor de sus pisadas, me figuré que le separaban de mí unos cincuenta metros.

Crucé la calzada, yendo ahora más despacio. En la esquina de la Imperial Institute Road, me detuve, y saqué un paquete de cigarrillos.

El rumor de pisadas cesó bruscamente.

Encendí un cigarrillo, me guardé el paquete, y después, con paso lento, doblé la esquina.

Calculé que entonces desaparecería de la vista del detective durante unos seis segundos. Nada más doblar la esquina, tiré el cigarrillo al suelo, y emprendí una alocada carrera. Mis zapatos, de suela de crepé, no hacían el menor ruido al caer sobre el pavimento al cruzar la calle, rumbo al Imperial Institute. Subí a toda prisa por la escalinata de la entrada, hundiéndome en las sombras del gran porche que conducía al edificio principal.

Hice un alto, jadeante, pegándome a un muro. Aguardé unos momentos. Escruté, anheloso, la calle, con las mayores precauciones.

Vi la figura del detective, que doblaba la esquina. No había apretado el paso, y a juzgar por su actitud había estado convencido hasta aquel preciso instante de que iba a seguir viéndome caminar ante él. Pero al comprobar que la calle estaba desierta y que yo había desaparecido, se detuvo de pronto.

Retrocedí, y me interné un poco más todavía en las sombras del porche, expectante.

Oí sus pasos calle abajo. Súbitamente, echó a correr. Desplazándose rápidamente, alcanzó el extremo más alejado de la calle y miró a un lado y a otro de Queen's Avenue.

Yo seguí donde estaba, vigilándole.

El hombre vaciló. Luego giró, comenzando a andar hacia mí.

En la parte interior del porche había una cabina telefónica. Me acerqué a ella, me metí dentro y cerré la puerta.

A través del cristal de la cabina continuaba viendo muy bien la calle, y podía observar los pasos del detective. Vi cómo levantó indeciso la vista hacia el porche. Luego, ascendió por la escalinata rápidamente.

Me agaché, situándome por debajo del panel de vidrio. Esperé, nervioso. Mi corazón latía aceleradamente. Oí los pasos del detective en lo alto de la escalinata. Casi podía presentir sus ojos, sondeando las sombras.

Pensé que de un instante a otro abriría la puerta de la cabina y que yo me vería obligado a agredirle. Pero al cabo de unos segundos le oí bajar los peldaños de la escalinata para volver a la calle de nuevo.

Fui levantándome al tiempo que enjugaba el sudor que cubría mi rostro. Vi que el policía se detenía al pie de la escalinata, mirando a uno y otro lado de la calle.

Su ruda cara estaba enrojecida por la cólera. Adiviné que se maldecía por haberme perdido el rastro. Tras algunas vacilaciones se encaminó a Queen's Avenue y, doblando la esquina, se perdió de vista.

Me dispuse a esperar un buen rato. La espera duró unos veinte minutos. Las manecillas de mi reloj de pulsera daban la impresión de no moverse.

Tenía que asegurarme de que el detective estaba convencido de haber perdido mi pista. No se daría demasiada prisa en redactar un informe cuando cuenta de lo sucedido, pero tan pronto lo hiciera, dos coches patrulla, o quizá tres, se dedicarían inmediatamente a inspeccionar el distrito. Luego, mi empeño en evitar ser capturado se convertiría en una empresa mucho más ardua.

Pasados los veinte minutos me situé en la parte despejada de la escalinata, mirando a derecha e izquierda. No había nadie a la vista, y sin el menor apresuramiento bajé los peldaños y avancé por la calle rumbo a Queen's Avenue.

No quise apretar el paso, por si el detective se había ocultado en alguna parte y estaba observándome. Tuve la sensación de encontrarme como desnudo al caminar por aquella calle, desierta y bañada por la luz del sol.

Ni siquiera hice una pausa al llegar a la esquina, giré para adentrarme en Queen's Avenue sin vacilar lo más mínimo.

El detective se encontraba a veinte metros de distancia, alejándose de mí. La abandonada inclinación de sus hombros daba a su figura un aire de desconsuelo. Si volvía la cabeza, indefectiblemente me descubriría. Por unos segundos me sentí presa del mayor pánico. Logré dominarme, y eché un rápido vistazo al número de la casa que tenía al lado. Era el número 7. Berry habitaba en el 3, a unos treinta metros más allá del lugar donde me hallaba.

El detective continuó caminando, y yo, con el corazón que parecía ir a salirse del pecho, avanzaba silenciosamente a su espalda. El hombre rebasó el número 3. Yo andaba ahora de puntillas, conteniendo incluso la respiración y rogando que el policía no volviera la cabeza.

No volvió la cabeza. Y siguió por Queen's Avenue en dirección a Hyde Park.

Me planté en los peldaños que me conducían a la entrada del 3 y los subí corriendo para refugiarme en el portal abierto.

Permanecí quieto por un momento. Volvía a respirar normalmente. Examiné el cuadro indicador del vestíbulo. Buscaba el piso más alto.

Jack Berry, 5.º piso.

No había ascensor y me dirigí a las escaleras. Al alcanzar el segundo descansillo me acerqué a la ventana y observé la calle.

Me oculté inmediatamente, con el tiempo justo. Un coche de la Policía se estaba deteniendo a unos cincuenta metros de distancia, y el detective que había estado siguiéndome echó a correr hacia él.

Me aparté de la ventana, y continué subiendo. No vi a nadie ni oí nada. Era una hora temprana todavía: algo más de las diez. Los inquilinos,

probablemente, se encontrarían todavía en la cama, disfrutando de su descanso dominical.

Me detuve frente a la puerta del piso de Berry. Apliqué una oreja al panel, escuchando durante unos segundos. No percibí ningún sonido.

Hice girar el paño de la cerradura suavemente. Había esperado que la puerta estuviese cerrada con llave, pero el caso es que se abrió, y entré en un pequeño vestíbulo.

Lo primero que vi hizo que me quedara parado de pronto. Junto a la puerta había dos maletas, y encima de ellas un gabán y un sombrero de ala caída.

Esto parecía indicar que Berry continuaba allí. En aquel instante, más que nunca en mi vida, deseé disponer de un arma.

Cerré la puerta principal silenciosamente y me acerqué a una situada al otro lado del vestíbulo. Pegué una oreja a ella, sin percibir ningún ruido. Muy suavemente, fui girando el tirador, abriendo la puerta tan sólo lo suficiente para examinar el interior de la habitación.

Ésta era grande, bien amueblada con divanes y sillones. En un rincón, junto a la ventana, distinguí un bar bien provisto de bebidas. Entré en la sala cautelosamente, fijándome en una puerta entreabierta que supuse daba a un dormitorio.

Fui aproximándome a ella con todo género de precauciones, atisbando luego el cuarto.

Berry yacía tendido de espaldas sobre un diván-cama, completamente vestido. Su rostro tenía el color del sebo rancio. Sus ojos estaban cerrados y apenas parecía respirar.

A su lado, al alcance de su mano, había una pistola automática.

Crucé despacio el dormitorio, y al llegar a la cama, Berry abrió los ojos. Nos miramos mutuamente. Realizó un desesperado movimiento para coger el revólver, pero le gané en rapidez, sujetando el arma por la culata al tiempo que su mano se posaba encima del cañón. Tras arrebatársela retrocedí.

—Hola, Berry —dije.

Levantó la vista hacia mí. Pude ver una mancha húmeda en la almohada que rodeaba su cabeza. Examinándola atentamente, descubrí que era de sudor.

—¡Collins! —exclamó, con un ronco susurro—. Creí que eran los polis.

—No, no se trata de la Policía. Aunque anda por ahí fuera, buscándome.

—Me alegro de verte —dijo Berry—. Llevo aquí varias horas esperando. Dame un trago, ¿quieres? No sabes lo que me ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido?

Me senté a los pies de la cama, empuñando el arma, pero apuntando al suelo.

—Mi espalda... Ese malnacido me tiró. Debo de sufrir una fractura de columna.

—¿De qué te quejas? El malnacido, como tú has dicho, está muerto. Lo mató Dix.

Los párpados de Berry se estrecharon.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. ¿Qué haces aquí?

—La Policía me busca. Se imagina que soy un miembro más de vuestra banda. Muy gracioso, ¿eh? Vosotros os apoderáis de una partida de diamantes industriales que valen trescientas mil libras y yo cargo con todas las culpas. Puede ser, incluso, que me cuelguen en el caso de dar conmigo.

—No harán tal cosa —objetó Berry, rápidamente—. Tampoco me colgarán a mí. Yo no lo maté.

—Los diamantes no parecen serte de mucha utilidad ahora, ¿verdad?

—Nada importan los diamantes. Dame un trago, ¿quieres? Y haz que me vea un médico. No te quedes quieto ahí, mirándome. Llevo aquí varias horas. Al principio, sentía un dolor terrible, pero la espalda ya ha dejado de dolerme.

—La voz de Berry se hizo temblorosa—. Estoy asustado. Ya no siento mis piernas.

—Bill Yates ya no puede sentir nada, absolutamente nada.

—¿De qué me hablas? Oye, por lo que más quieras: ¡dame un trago!

—¿No puedes moverte?

Berry profirió un juramento.

—¿Tengo que repetírtelo? Tengo rota la espina dorsal. No siento mis piernas. Ni siquiera puedo levantar la cabeza. Tienes que buscarme un médico.

—¿Por qué no te lo buscó Dix, o Joe, o Louis?

Berry cerró los ojos.

—Joe dijo que iba a hacerlo. Tal vez no haya podido dar con ninguno.

—¿Intentas engañarme?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que te abandonaron aquí para que te murieras.

—¡No! Ellos no me harían jamás una cosa así —manifestó Berry, jadeante—. Es posible que se encuentren en apuros. ¿Y qué más da esto ahora? Tú estás aquí. Búscame un médico. Utiliza el teléfono. Llama a un hospital.

—Acabarían entregándote, para que te colgaran.

—No digas tonterías. Los que me atiendan no sabrán quién soy. Ignorarán en qué me he visto implicado. Puedo explicar que sufrí una caída. ¡Maldita sea! ¡Coge de una vez el teléfono!

—¿Dónde está Dix?

Berry me miró fijamente. Sus finos labios, de dura expresión, se movieron.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Búscame un médico!

Saqué de un bolsillo mi paquete de cigarrillos, y encendí uno. Me guardé el paquete mientras él me observaba con mirada cruel.

—¡Por Dios! ¿Es que no te das cuenta de lo mal que me encuentro? Dame un trago. En la otra habitación hay *whisky*. Hace horas que no tomo nada. ¡Dame un trago y llama a un hospital!

—¿Dónde está Dix?

Ahora la expresión de sus ojos era de furia, de fiera atrapada.

—¡Me vengaré, Collins, si no haces lo que te pido! ¡Si no llamas a un hospital me ocuparé de que lleguen a mano de tu condenada esposa las fotografías que tú sabes!

Me incliné hacia adelante, y lo abofeteé con fuerza suficiente para volverle la cabeza del otro lado. Berry profirió un grito ahogado, puso los ojos en blanco y se quedó totalmente inmóvil.

Me puse en pie. Inclinandome sobre él, tenté su pulso. Era muy débil. Por su aspecto, pensé que Berry no viviría mucho. Pero yo quería evitar que

muriera antes de decirme dónde estaba Dix. Él tenía que saberlo. Si no era así, podía considerarme hundido definitivamente.

Me trasladé al otro cuarto y fui al bar. En un vaso mezclé una pequeña cantidad de *whisky* con agua. Antes de regresar al dormitorio, me detuve en la ventana para echar un vistazo a la calle.

El coche patrulla se había ido y no vi a nadie por las aceras.

Entré en el dormitorio, vertiendo unas gotas del contenido del vaso entre los labios de Berry. Éste jadeó, abriendo los ojos y mirándome, confuso.

—Adelante —dije—. ¿No querías esto? Pues bébetelo.

Apuré todo el contenido del vaso, volviendo a cerrar los ojos. No me gustaba nada su aspecto. La carne de su cara parecía haberse ablandado, y respiraba lenta, entrecortadamente.

Decidí dejarle descansar durante unos minutos antes de ocuparme de él nuevamente. Mi atención se concentró en el gran guardarropa que había junto a la puerta.

Contenía varios trajes. Escogí una chaqueta gris de estilo deportivo y unos pantalones marrones de pana. Me probé la primera prenda. Me quedaba un poco holgada, pero resultaba aprovechable. Localicé una camisa amarilla y una corbata pintada a mano.

Me despojé de mis prendas, sustituyéndolas por las que acababa de elegir. En un estante del guardarropa encontré un sombrero de ala caída, gris. Era un número mayor que el que me correspondía, pero esto lo corregí insertando una tira de papel de periódico en la banda de cuero interior, con lo que me quedó perfectamente ajustado a la cabeza.

Me examiné en el espejo. Yo había llevado hasta unos minutos antes un traje azul cruzado, sin sombrero. El nuevo atuendo, muy chillón, me había hecho cambiar el aspecto de un modo impresionante. Ahora parecía un turista norteamericano, y mientras lograra mantenerme a una distancia prudente de cualquier detective no tenía por qué estar preocupado, ya que no sería reconocido.

Localicé unos zapatos de piel, en marrón y blanco, que parecían haber sido hechos expresamente para mí. Rebuscando en los cajones del guardarropa di con unas gafas de sol de cristales de color verde oscuro, que junto con el sombrero gris me daban un aspecto casi irreconocible.

Me quité el sombrero y las gafas y volví junto a Berry.

No apartaba la vista de mí. El dolor contraía su rostro.

—¿Dónde está Dix? —inquirí, inclinándome sobre él. Berry cerró los ojos.

—Será mejor que me lo digas, si es que realmente quieres que te vea un médico.

—No lo sé.

—Tú tienes que saber dónde está. ¿Dónde planeabais reuniros?

El hombre miró a un lado y a otro.

—Nos íbamos a reunir aquí.

—¡Estás mintiendo! Él no hubiera venido nunca a este piso. —Alargué un brazo, agarrándole por la pechera de la camisa—. Vas a decirme dónde está... Si te fuerzo a incorporarte morirás, y es lo que pienso hacer si no respondes a mi pregunta.

—¡Déjame en paz!

—¿Dónde está Dix?

Cerré el puño y lo moví ligeramente.

Su rostro se cubrió de sudor y profirió un grito.

—¡No! ¡No lo hagas!

—¿Dónde está Dix?

Levantó su mano hasta mi muñeca y sus uñas se hundieron en mi piel al intentar débilmente librarse de mi mano. De nuevo, lo levanté unos milímetros. Sus ojos parecieron salirse de las órbitas y gritó.

—Te lo diré.

Cuidadosamente, fui soltándolo.

—¿Dónde se encuentra Dix?

—En Monk's Farm, en Ilmer —respondió Berry, con un gemido.

—Eso queda cerca de Princes Risborough, ¿no?

—Sí.

—Vamos a ver, Berry —repuse ásperamente—. Tú ya no cuentas en esto. No pretendas engañarte pensando que tus amigos van a volver por ti. ¿Por qué habrían de hacerlo cuando disponen de la oportunidad de huir con todo el dinero y dejar que tú cargues con todas las culpas? ¿A dónde se proponen ir desde Ilmer? ¿Pretenden acaso abandonar el país?

Tuve la impresión de que se había disipado en Berry toda resistencia.

—Sí. Por la noche, serán recogidos por un helicóptero. Hay un campo apropiado para aterrizajes en la parte posterior de la granja. Se dirigen a París.

Me aparté de la cama. No podía estar absolutamente seguro de que me decía la verdad, pero tenía la impresión de que era así.

—¿Dónde están los negativos de las fotos que tomasteis?

—Búscame un médico —gimió Berry.

Volví a asirlo por la pechera de la camisa.

—¿Dónde están?

Abrió los ojos de pronto.

—No me toques. Están en la mesa de la otra habitación. Búscame un médico, Collins. Haré lo que quieras si me traes un médico.

Sonriendo, miré a Berry.

—¿Pero es que no oíste lo que dije antes? La Policía anda por ahí fuera, detrás de mí. No quiero que me vea aquí ningún médico. Tendrás que esperar.

Entré en la otra habitación, y en un cajón de la mesa encontré una caja de madera atestada de negativos y copias. Las fotos en que aparecíamos Gloria y yo se encontraban encima de todo lo demás. Tuve que ver muchas porquerías antes de dar con los negativos. Llevé la caja a la chimenea, y volqué su contenido. A continuación prendí fuego a todo aquello.

Estuve por unos momentos pensando en las ruindades que estaban consumiendo aquellas llamas, en los hombres que, al igual que yo, se habían apartado del camino recto un día, viéndose luego sometidos a un chantaje durante años, quizá.

Me pregunté si existirían otras copias de los negativos. Bien. Ya tendría tiempo de ocuparme de eso más adelante. Aunque le había dicho todo a Ann, todavía se me hacía insoportable la idea de que mi esposa pudiera llegar a ver aquellas fotografías.

Volví a la mesa, y efectué un registro a fondo de todos los cajones. En una caja metálica di con algún dinero: alrededor de treinta libras en billetes y monedas sueltas, dinero que no vacilé en meterme en uno de mis bolsillos. Hallé, también, una llave de coche que supuse correspondía al Humber de Berry. Encontré otra llave, grande, de la que pendía una etiqueta con una inscripción garabateada: *Garaje n.º 3*.

Esto me dio una idea. Entré en la cocina, desde la cual se dominaba la parte posterior del edificio. Abajo, en un espacio despejado, vi una fila de pequeños garajes individuales.

Regresé al dormitorio.

—¿Está tu coche en el garaje?

—No irás a abandonarme, ¿eh? —jadeó Berry—. Vas a ayudarme, ¿verdad?

—¿Está tu coche en el garaje? —repetí.

—Sí, pero antes de irte llamarás a un médico, ¿verdad?

—Si necesitas con tanta urgencia la ayuda de un médico, llámalo tú mismo —contesté situándome al pie de la cama—. Yo no me molestaría nunca en levantar un dedo para ayudar a una rata asquerosa como tú. Iba a

matarte, pero ya no es necesario. No te quedan muchas horas de vida. Ningún médico podrá hacer nada por ti. —Extendí un brazo en dirección al teléfono—. Si opinas lo contrario, adelante, llámalo. Yo no voy a impedirte.

Cogí el sombrero gris y las gafas de sol y me dirigí a la puerta.

—¡Collins! —exclamó él, jadeando—. ¡No me dejes aquí! Siento haberte hecho lo que te hice. No me dejes morir aquí, solo.

—Adiós —dije, abriendo la puerta—. Si tienes suerte, ya harán algo por ti tus compinches, aunque lo pongo en duda. No estás en condiciones de seguir con vida. Mientras aguardas el momento de dejar este mundo, piensa en todos los incautos que fotografiaste y a quienes hiciste víctimas de tus chantajes. Ello hará que te olvides de ti mismo. Te servirá de distracción, y te dolerá menos.

Salí del cuarto, cerrando la puerta.

Una vez en el vestíbulo, abrí las dos maletas, y examiné su contenido. Arreglé una de ellas introduciendo lo que pudiera serme de más utilidad: un traje oscuro, varias camisas, zapatos, un estuche para el afeitado, una botella de coñac y alrededor de diez mil francos. Todo aquello quedaba a mi disposición.

Pude oír la voz, muy débil, de Berry llamándome, pero no le presté atención alguna.

Disponía de un arma, dinero, un coche y ropas para cambiarme. Ahora estaba ya preparado para saldar mi cuenta con Dix.

Saqué el gran Humber del angosto recinto en que se hallaba y enfilé luego Queen's Avenue.

Al comienzo de la avenida localicé un coche de la Policía que se hallaba estacionado junto a la acera. El detective que estuvo siguiéndome estaba al lado del coche, charlando con el conductor. Los dos hombres volvieron la cabeza hacia mí al pasar cerca de ellos. Yo conducía sin prisas. Llevaba puesto el sombrero de ala caída, hasta los ojos, y también las gafas de sol. Confiaba, en aquellos momentos, en que no me reconocerían. Fueron instantes muy críticos.

Ninguno de los dos pareció interesarse por mí. Miré por el espejo retrovisor. Aquellos hombres no se habían movido, y continuaban su conversación. Noté que mis manos estaban húmedas en el momento de adentrarme en el Park para dirigirme a Queen's Road.

Las manecillas del reloj del salpicadero marcaban las once y cinco. Calculé que llegaría a Ilmer al mediodía. El tráfico a aquella hora no era muy intenso y descendí por Shepherd's Bush sin meterme en el atasco que habitualmente se formaba en el cuello de botella de Notting Hill Gate.

Una vez en Western Avenue, pisé más a fondo el acelerador del Humber y llegué a Princes Risborough alrededor de las once y cuarenta y cinco minutos. A un par de kilómetros escasos de la pequeña población torcí a la izquierda, donde un poste de señales rezaba «Ilmer».

Caminando en dirección contraria a la mía vi a una mujer que empujaba un coche de niño. Aminoré la velocidad, situándome cerca de ella.

—Estoy buscando Monk's Farm —le dije—. ¿Puede usted indicarme dónde queda?

—Siga esa primera curva a la derecha. Es un camino estrecho —me explicó la mujer—. Está a unos tres kilómetros de aquí. Verá enseguida la granja. No hay otra por arriba.

—Gracias. He oído decir que está en venta.

Ella movió la cabeza, denegando.

—Hace seis meses que la vendieron.

—Me informaron que está otra vez en venta. Pensé que lo mejor sería visitarla e informarme debidamente. Por casualidad: ¿conoce usted el nombre de su propietario actual?

—No sé quién es. Creo que ni siquiera ha llegado a instalarse allí. La casa estaba vacía, según pude apreciar la última vez que pasé por las inmediaciones. Me parece que fue el sábado pasado.

—Bueno, pues ahora, después de haber llegado hasta aquí, pienso que vale la pena echar un vistazo a la granja. Gracias por su ayuda.

Arranqué otra vez el coche y proseguí mi avance. Unos cinco kilómetros más adelante distinguí una curva a la derecha. A unos cincuenta metros de distancia, tras la curva, había una taberna. Me dirigí al estacionamiento de coches.

Un hombre de rostro enrojecido, corpulento, salió del local y me hizo una seña.

—¿Hay inconveniente en que deje mi coche aquí? —le pregunté—. Quiero dar un largo paseo. Quizá regrese tarde.

—No hay inconveniente alguno, señor —replicó él, dedicándome una cordial sonrisa—. La verdad es que yo no andaré mucho si dispusiera de un coche como ése.

—Lo haré si, durante una semana, un mes, viviera encerrado en Londres. —Señalé el camino cercano y pregunté—: ¿A dónde se va por aquí?

—A Monk's Farm, de donde arranca un sendero que puede llevarle hasta Thame, en el caso de que se proponga llegar tan lejos.

—Magnífico. Gracias. —Saqué de uno de mis bolsillos cinco chelines y se los di—. Tome, por si no volvemos a vernos.

—Gracias, señor. —Mi interlocutor pareció sorprendido—. Espero verle en la taberna antes de que se vaya de aquí. Estará sediento, después de un paseo tan largo. Esta tarde va a ser calurosa.

Le hice un ademán de despedida y eché a andar, y más adelante, al perder de vista el establecimiento, comprobé si la pistola automática de Berry se hallaba en perfecto estado de funcionamiento. La había llevado en el bolsillo posterior del pantalón. Contenía siete proyectiles, uno de ellos en la recámara. Quité el seguro del arma y la guardé en un bolsillo de la chaqueta.

Seguí por aquel camino, serpenteante y estrecho, a lo largo de casi un kilómetro. Después, me introduje en una arboleda, desde donde contemplé un edificio blanco con tejado de bálago, que quedaba a un centenar de metros de mi puesto de observación.

Remonté una elevación del terreno y pegándome a uno de los troncos estudié el edificio.

Por lo que pude apreciar, la casa debía de constar de siete habitaciones, y se hallaba enclavada en el centro de un jardín casi silvestre que ofrecía

numerosos sitios donde ocultarse. Rodeaba la construcción una masa de espesas malezas, matorrales y algunos viejos árboles. El camino interior, de piso de cemento, estaba cubierto de musgo y de barro endurecido formado en el último invierno.

Frente a la casa principal, cubriendo dos lados de una franja rectangular, se veían las construcciones auxiliares de la granja, en ruinoso estado: un granero, una vaquería, unas pocilgas y los establos.

En la parte posterior del gran edificio quedaba lo que debió de ser un pequeño huerto, ahora cubierto de hierbajos, y más allá una espesura de abetos y otros árboles.

Descendí de la elevación y continué mi avance por el camino. Me movía cautelosamente, aguzando el oído, tratando de captar el más leve sonido. El camino describía curvas incesantemente. Me exponía a tropezar, sin tiempo para ocultarme, con cualquier persona que caminara en dirección contraria.

Desde el último recodo del camino vi la blanca puerta de la granja. Hice un alto para esconderme. Durante unos momentos me dediqué a estudiar el terreno que tenía ante mí, decidiendo un plan de aproximación fácil y rápido.

Finalmente, me abrí paso a través del seto que bordeaba el camino que había seguido, y que luego se confundía con las hierbas crecidas y enormes matorrales de una explanada que flanqueaba la casa. La experiencia adquirida durante la lucha armada en la jungla acudió ahora en mi auxilio. Di unos pasos adelante, agachado, ganando terreno lenta y cuidadosamente, hasta llegar al seto que marcaba la separación del huerto y la explanada.

Mi escondite era seguro. Al ser el seto alto, pude incorporarme. Me costó trabajo hallar una abertura, pero después de desplazarme unos metros hacia la derecha localicé una que me permitía ver perfectamente la fachada principal de la casa y uno de los muros laterales.

Me senté, e inspeccioné la construcción. Permanecí así por espacio de más de media hora, sin descubrir el más leve indicio de vida, y entonces empecé a pensar que Berry me había engañado.

Cabía la posibilidad de que Dix y los suyos hubieran cambiado de opinión respecto a la idea de reunirse en aquel sitio, aunque a la derecha de la explanada en que me hallaba situado podía verse una amplia extensión de terreno apta para el aterrizaje de helicópteros.

¿Y si ya se habían marchado en un helicóptero? Lo creí poco probable. Resultaba demasiado arriesgado aterrizar allí en pleno día.

A aquellas horas ya debía de haber sido alertada toda la Policía de la zona para que reparasen en cualquier helicóptero sospechoso que intentara aterrizar

por allí. Era evidente que el proyecto de huida de Dix sería por vía aérea, y la Policía debió de pensarlo también así.

Sopesé el riesgo de aproximarme más a la casa. Estaba convencido de que podría situarme a unos metros de ella sin ser visto. Si me acercaba, quizá dispondría de la oportunidad de asomarme a algunas de sus habitaciones.

Estaba a punto de ponerme de nuevo en pie cuando se abrió la puerta del edificio y Joe salió.

Nada más verle sentí una especie de hormigueo a lo largo de la columna vertebral.

Llevaba una camisa de manga corta, de estilo deportivo, y unos pantalones grises de franela. Sobre el hombro llevaba una pistolera de cuero, de la que sobresalía la culata de una pesada arma automática. Descendió lentamente por el camino interior hasta la puerta de la granja, echando un vistazo a la carretera. Consultó su reloj de pulsera, frunció el ceño y volvió a fijar la vista en la carretera. Evidentemente, estaba esperando a alguien que se retrasaba. Me pregunté quién podría ser.

Al cabo de unos minutos dio la vuelta y regresó a la casa. Al llegar a la puerta apareció Louis. Vestía un holgado traje de franela, y pude apreciar, por el bulto que se notaba en su americana, que también iba armado.

—¿Ni rastro de ellos todavía? —inquirió, avanzando hasta quedar su figura bañada por la luz del sol.

—Así es. ¿Qué diablos puede haberles ocurrido? —preguntó Joe, inquieto.

En el silencio del lugar, sus voces llegaron con toda claridad hasta mis oídos.

—¿Crees tú que puede haber salido algo mal? —preguntó Louis.

Su afeminada voz era débil. Advertí unas intensas ojeras en su rostro.

—¿Y cómo diablos voy a saberlo? —contestó Joe, bruscamente, volviendo a mirar su reloj—. Hace una hora que debían haberse presentado aquí.

—Bueno, pasemos adentro y comamos. Se nos está enfriando todo.

Penetraron ambos en la casa y cerraron la puerta.

Me puse rápidamente en pie.

¿Estaban esperando a Dix y a Berry?, me pregunté luego, mientras me deslizaba por la abertura del seto. ¿Eran ellos las dos únicas personas dentro de la vivienda?

Decidí exponerme algo más, introduciéndome en la casa con objeto de saber de qué hablaban.

Hasta una distancia de cuatro o cinco metros del edificio podía mantenerme escondido perfectamente. Seguí avanzando, silenciosamente, asegurándome de que no me vieran.

La ventana de una de las habitaciones, en la parte posterior de la construcción, se encontraba abierta. Me vería obligado a recorrer un sendero para alcanzarla, sendero que no ofrecía ninguna protección.

Deseaba evitar, a toda costa, ser visto cuando apenas se había iniciado aquel juego, por cuya razón cambié de rumbo, empezando a arrastrarme en dirección a la fachada principal de la casa.

Localicé a Joe y Louis en la habitación contigua a la puerta principal. Se habían sentado a la mesa, y estaban dando buena cuenta de su almuerzo.

Seguro de que existían escasas probabilidades de ser visto, volví sobre mis pasos, esto es, a la parte posterior de la casa, me deslicé por el sendero antes estudiado llegué a la ventana abierta y miré al interior.

La habitación era pequeña y carecía de mobiliario. Una espesa capa de polvo cubría la madera del pavimento. Levanté una pierna hasta el antepecho y me introduje sigilosamente en el cuarto. Me acerqué a la puerta, giré el tirador y la entreabrí con el máximo cuidado. Me asomé a un largo pasillo que comunicaba la puerta principal con la posterior de la vivienda.

Dentro de la habitación delantera resonaba un murmullo de voces, pero al estar cerrada la puerta no podía entender lo que allí dentro se hablaba. Me situé en el pasillo. A mi izquierda había un tramo de escalera que conducía a las habitaciones superiores. Decidí que resultaba más seguro permanecer arriba que abajo. Me trasladé rápidamente a la escalera y empecé a subir lentamente. A medio camino tropecé con un peldaño oscilante, produciendo un fuerte crujido. Tuve la impresión de que mi corazón dejaba de latir por unos instantes. Subí el resto de los peldaños de dos en dos y de puntillas. No había hecho más que llegar al descansillo, donde no podía ser visto desde el vestíbulo, cuando percibí el ruido de una puerta que se abrió de pronto.

—¿No has oído nada? —interrogó Louis, con un temblor en la voz—. Parece como si alguien anduviese por la casa.

—¡Cállate, por Dios! —gruñó Joe—. Estás demasiado nervioso. Esta condenada casa está llena de ratas. En la cocina vi una del tamaño de un gato.

—Una rata no habría producido nunca ese ruido. Parecía como si...

—¡Oh! ¡Cierra el pico, hombre! Ya que estás tan asustado, ¿por qué no vas a echar un vistazo?

—No dejo de pensar en Berry.

—¿Crees que su espíritu vaga por aquí? —preguntó Joe, burlón, echándose a reír—. No tienes por qué preocuparte por él. A estas horas debe de estar muerto.

—No debimos abandonarlo, Joe. Ésa fue una mala faena.

—Yo no te traje aquí. Tú podías haberte quedado allí, con su mano entre las tuyas, atendiéndolo. ¿Por qué no lo hiciste? La verdad es que te faltó tiempo para largarte.

—Hubiéramos debido traerle a esta casa.

—No digas tonterías. Tenía una fractura de columna. No estaba en condiciones de desplazarse a tanta distancia. Hubiera gritado de dolor hasta desgañitarse. Ya cometimos una tontería, y de las grandes, al trasladarlo a su piso. Hubiéramos debido atravesarle la cabeza de un balazo y dejarlo en la calle.

Oí los pasos de Louis entrando de nuevo en la habitación.

—Yo no hubiera tolerado eso, Joe.

—Precisamente por el hecho de haberte mostrado tan timorato y afectado por lo de Berry, ahora nos vemos metidos en este lío. Cuando una persona sufre una fractura de columna, está lista para siempre. Ed lo habría rematado, pero tú, claro, no podías permitirlo. Bien. Ahora nos preguntamos dónde parará Ed. Si nos hubiésemos mantenido juntos en lugar de echar a correr hacia Queen's Avenue, él estaría con nosotros ahora.

—¿Qué vamos a hacer si él no aparece?

—¿Tú qué crees? Saldremos de aquí esta noche, a las diez, tanto si se presenta como si no.

—Quizá Hacket no quiera llevarnos a ningún sitio sin Ed.

—Yo me ocuparé de él. Déjame de mi cuenta. Él se avendrá a lo que le diga —manifestó Joe, lúgubre—. Cierra esa condenada puerta de una vez y acaba de comer.

Oí el ruido de la puerta al cerrarse, y entonces sus voces volvieron a ser un murmullo. Al menos, había conseguido alguna información. Ya sabía que Dix no se encontraba allí. Sin embargo, ellos lo esperaban, y pensaban abandonar la casa a las diez de la noche.

¿Dónde estaría Dix?, me pregunté. Si su rostro estaba manchado de azul, tal como Rawson había sugerido, ¿cómo podía arreglárselas para cubrir la distancia que le separaba de la granja sin ser localizado? Todos los policías del distrito se mantendrían al acecho para detenerle. Lo más probable era que se hubiese ocultado en alguna parte de Londres.

Decidí olvidarme de él de momento, y caminando muy cautelosamente exploré las habitaciones de la planta superior. La de la fachada, que quedaba sobre el cuarto en que estaban Joe y Louis en aquellos instantes, era probablemente el escondite más indicado. Todavía había en ella algunos muebles: una cama, un armario y un sillón tapizado en felpa cuyos muelles tocaban el suelo. Además, se veían en la ventana unas mugrientas cortinas.

El armario era suficientemente grande para ocultarme dentro y dejé sus puertas abiertas para meterme en su interior en el caso de que oyera subir a alguien.

Me acerqué a la ventana, desde la cual se dominaba todo el camino interior de la granja, la puerta de acceso y parte de la carretera.

Mientras me hallaba allí Joe y Louis salieron de la casa, encaminándose a la puerta de la granja.

Desplazándome rápidamente, me metí en el corredor e inspeccioné la otra habitación del mismo descansillo.

En un pequeño cuarto posterior encontré una maleta colocada sobre una cama. Toqué la cerradura y saltó la pestaña metálica. Levanté la tapa. Entre unas cuantas prendas de vestir hallé veinte o treinta bolsas de gamuza, cada una de ellas cerrada por un cordón. Cogí una y examiné el contenido. Consistía en un puñado de pequeños diamantes. Un rápido examen en otras tres bolsas me dio a entender que me encontraba frente al botín sustraído de la furgoneta del servicio de correos.

Cerré la caja, y volví a dejar la maleta tal como la había hallado. Titubeé, preguntándome qué debía hacer ahora.

Un rumor de pasos en el vestíbulo hizo que me desplazara silenciosamente hasta la puerta, adentrándome en el pasillo.

—Uno de nosotros debería ir al pueblo para comprar un periódico — estaba diciendo Joe—. Nos interesa saber qué es lo que ocurre en estos momentos.

—Pues ve tú —contestó Louis, con viveza—. Yo no me muevo de aquí hasta que llegue el helicóptero.

—Quizá consigamos así noticias de Ed —comentó Joe.

—Es posible. Si tanto te interesa tener noticias, ve tú por el periódico.

—Iría si tuviese la seguridad de que los diarios trajeran algo —repuso Joe—. Ahora que pienso: estarían imprimiéndose cuando nosotros llevamos a cabo el trabajo.

—Para cerebro brillante el tuyo —manifestó Louis en tono de mofa—. Pero, ¿es que de verdad creíste que iba a tragarme tu treta?

—¿Qué quieres decir?

—No soy tan tonto como tú te figuras, hombre. No voy a dejarte solo en esta casa y en compañía de los diamantes. Podrían ponerse en marcha súbitamente.

—¡Tú te has vuelto loco! —exclamó Joe, irritado—. ¿Y a dónde crees que podría ir?

—No lo sé. Ni me importa. El caso es que aquí guardamos una partida de diamantes cuyo valor asciende a trescientas mil libras, y que en el granero hay un coche. Yo he de ocuparme de que no salgan de este lugar los diamantes, ni el coche.

—Vamos, vamos. Cállate de una vez. Me das asco.

—No quiero perder de vista los diamantes ni un minuto tan sólo. Ahora mismo voy a ir a echarles una mirada.

Me desplazé silenciosamente a lo largo del pasillo, hacia la habitación delantera. Al meterme en el armario oí los pasos de Joe y de Louis subiendo las escaleras.

—No confiarías ni en tu propia madre —señaló Joe, enojado.

—¡Oh, sí, sí que confiaría! Está muerta —replicó Louis—. Siempre he confiado en las personas muertas cuando he tenido la absoluta seguridad de que fallecieron.

Mientras los dos caminaban por el pasillo, cerré la puerta del armario. Introduje mi mano en el bolsillo. Mis dedos se ciñeron a la culata de la pistola.

Los oí volver de la habitación posterior.

—Bueno, espero que ya estarás satisfecho —dijo Joe.

—Los dos haremos una buena pareja de estúpidos si Ed se las ha pirado. Él se hizo con la parte más importante del botín —declaró Louis—. ¿Qué es lo que puede impedirle reunirse con Hacket en otro sitio, dejándonos con un palmo de narices?

—¿Y cómo va a ponerse en contacto con Hacket, idiota? —gruñó Joe—. ¡Cállate ya, hombre! Estoy harto de escuchar tus lamentos.

La puerta de la habitación en que me había escondido acababa de abrirse...

—¿Qué esperas encontrar aquí? —preguntó Joe.

—Es una simple comprobación —contestó Louis, cruzando el cuarto en dirección a la ventana.

El hombre pasó a unos centímetros del armario en que yo me encontraba escondido.

—Salgamos de aquí, ¡por Dios! Esta casa parece un horno. Vayamos bajo los árboles.

—Está bien —repuso Louis, volviendo a cruzar la habitación.

Me apoyé en el fondo del armario, conteniendo la respiración. Esperaba que de un momento a otro aquel tipo abriese la puerta de mi refugio. Pero no lo hizo.

—Esta espera interminable me saca de mis casillas —comentó como si hubiera querido justificarse.

Los dos hombres bajaron las escaleras y yo salí del armario, aproximándome a la ventana. Mi corazón latía con fuerza. Acababa de vivir unos momentos de auténtico peligro.

Joe y Louis, cada uno de ellos con dos botellas de cerveza, avanzaban por entre las hierbas altas en dirección a un olmo de grandes dimensiones que proyectaba una acogedora sombra. Se sentaron con las espaldas apoyadas en el tronco del árbol. Desde su sitio veían perfectamente la fachada de la casa, pero no podían ser observados, en cambio, por quien se deslizara por la entrada de la granja. Encendieron sendos cigarrillos. Joe abrió una de las botellas y tomó un largo trago.

Me aparté de la ventana, reflexionando durante unos instantes. Luego eché a andar a buen paso rumbo a la habitación posterior, donde estaba la maleta de los diamantes.

Me asomé por la ventana.

Justamente debajo quedaba el tejado de la cocina. Me empecé sobre el antepecho, plantándome en aquél. Abajo, la hierba era espesa y alta. Llegué a la conclusión de que vendría a ser una especie de alfombra lo suficientemente gruesa para apagar el ruido de la maleta al dejarla caer desde el tejado.

Entré en la habitación y trasladé la maleta a la ventana, desde donde la bajé suavemente hasta el tejado, cogí la maleta por el asa y la sostuve en el vacío todo lo que me permitía la longitud del brazo. De este modo, la caída tendría un recorrido que no llegaba a dos metros, hasta alcanzar el terreno. ¿Oirían los dos hombres el ruido del impacto? Si era así y se apresuraban a rodear la casa, yo quedaría atrapado, pues no dispondría de tiempo para ocultarme. En fin: tenía que correr el riesgo. Y así, en el momento oportuno, abrí la mano, y solté la maleta.

Dio contra el suelo y la tierra produciendo un sordo ruido. No creí que pudiera ser oído desde el lado opuesto de la construcción.

Seguidamente me deslicé hasta el suelo agarrándome a la cañería de desagüe.

Antes de intentar otro movimiento debía asegurarme de que ellos no habían oído nada. Entonces, avancé pegado a una de las paredes de la casa, empuñando el arma, hasta llegar a un punto desde el cual podía observar el jardín delantero.

A unos cincuenta metros de mí, Joe y Louis continuaban haraganeando a la sombra del olmo. Louis fumaba, y Joe estaba bebiendo otra botella de cerveza.

Volví a ocultarme. Me detuve un momento para enjugarme el rostro y las manos con mi pañuelo. Regresé al sitio en que se hallaba la maleta.

Atravesé con ella el huerto, en busca de la abertura del seto, la que conducía a la explanada, junto a la cual dejé la maleta.

Creo que no había pasado más de un minuto desde el instante en que sacara la maleta por la ventana. La deslicé por el boquete, pasando yo también. La deposité en el fondo de la zanja existente al otro lado del seto, medio oculta por las hierbas altas.

Convencido de que sólo podría ser localizada en el caso de que alguien la pisara, volví a deslizarme por la misma abertura, en sentido inverso, volviendo a pegarme a uno de los muros laterales de la casa, para comprobar si Joe y Louis se habían movido.

Louis estaba ahora tendido en el suelo, boca arriba, con el sombrero echado sobre los ojos. Al parecer, se había quedado dormido.

Joe fumaba. Seguía con la espalda apoyada en el árbol, y sus ojos se hallaban obstinadamente fijos en la entrada.

Pensé, con perversa satisfacción, en el sobresalto que experimentarían cuando fuesen escaleras arriba en busca de su maleta. La primera parte de mi plan se había desarrollado con éxito.

Como no tenía nada que hacer, imité a Joe y Louis en su espera: me tendí sobre la hierba, de manera que pudiera vigilar a la pareja de atracadores.

El tabernero de la cara enrojecida no se había equivocado al anunciarme una tarde calurosa. A medida que las manecillas de mi reloj de pulsera avanzaban en su inexorable recorrido, los rayos del sol se dejaban sentir con mayor rigor. No se notaba ni la más leve brisa en el resguardado jardín. Pude ver que Joe conseguía a duras penas mantenerse despierto. Se estiraba y bostezaba, se enjugaba la sudorosa cara y de vez en cuando consultaba su reloj.

Transcurrieron así dos horas.

A las cuatro y cinco oí un sonido que me puso rígido y atento. Se acercaba un coche. Joe lo oyó también, pues extendió un brazo, sacudiendo a Louis

para que se despertara.

Los dos hombres se pusieron inmediatamente en pie, escondiéndose detrás del tronco del olmo. Ambos sacaron sus armas.

Se mantuvieron expectantes.

Yo me había incorporado a medias, situándome detrás de unos grandes matorrales. Eran unos momentos de excitación, tensos. ¿Había llegado el instante por mí esperado?

El coche siguió aproximándose. Después, percibí tres rápidos toques de claxon.

Los dos hombres salieron de detrás del árbol y corrieron por el camino en dirección a la puerta de la granja.

Salí de mi escondite, crucé de tres zancadas un espacio de terreno pelado y acabé agachado detrás del olmo que los dos atacadores acababan de dejar.

Desde aquí veía perfectamente el camino seguido por ellos.

El gran Cadillac de Dix penetró en la granja nada más abrir Joe la puerta.

Gloria se encontraba al volante, y no pude descubrir a nadie más dentro del vehículo.

—¿Dónde diablos está Ed? —preguntó Joe a Gloria en cuanto se detuvo el coche.

La joven señaló con el pulgar de la mano derecha la parte posterior del Cadillac, procedió luego a abrir la portezuela y, con la oportuna ayuda, a bajar hasta el suelo el asiento de atrás.

Entonces, Gloria echó a un lado una manta y apareció la cabeza y los hombros de un individuo tras el asiento del conductor.

Se trataba de Dix...

Al apearse, rígido, del coche, bajo la fuerte luz del sol, la figura de Dix resultaba grotesca y atemorizadora a la vez. Joe y Louis retrocedieron un paso al ver su cara. Era como si hubiera sido pintada en un tono azul muy intenso, haciendo pensar en una horrible máscara digna de figurar en cualquier atormentadora pesadilla.

—¡Por el amor de Dios, Ed! —jadeó Joe—. ¿Pero es que todavía no te has quitado eso de la cara?

—¡Cállate! —saltó Dix, bruscamente. Parecía estar poseído por una incontrolable ira—. Mete el coche en el granero. ¡Escóndelo! Hemos de evitar que nos localicen en este lugar.

—Por aquí no ha pasado nadie en todo el día —informó Louis, quien miraba a Dix con un gesto de curiosidad—. ¿Qué te ha pasado? Hemos estado esperando, esperando...

—¡Encierra ese coche! —chilló Dix—. Ven aquí, Gloria... El hombre se volvió y extendió una mano.

La joven se le acercó. Vi que miraba a Joe, moviendo la cabeza ligeramente. Luego, cogió a Dix por un brazo.

—Tráele algo de beber, Joe. Lo ha pasado mal.

—No estarás herido, ¿eh, Ed? —preguntó Joe, mirándolo fijamente.

—Me encuentro perfectamente. ¡Tráeme algo de beber, maldito! —resolló Dix.

Louis subió al coche y lo guardó en el granero.

—Dentro de la casa hace un calor infernal —manifestó Joe. Miró a Gloria, enarcando las cejas—. Sentaos allí, a la sombra.

Dix se metió dos dedos entre la camisa y su cuello, tirando de la misma nerviosamente.

—Dentro de ese condenado coche he sudado sangre.

—Vamos, Ed —invitó Gloria—. Nos sentaremos. Date prisa con esa bebida, Joe.

Joe echó a correr.

Dix y Gloria echaron a andar rumbo al árbol detrás del cual yo me había escondido. Lentamente, retrocedí por entre los matorrales y me eché al suelo. Ellos tomaron asiento apoyando sus espaldas en el tronco. Me separaría de los dos una distancia de tres metros.

—¿Qué tal están tus ojos ahora, Ed? —preguntó Gloria a su amigo, escrutando su rostro.

Dix se quitó la chaqueta. Debajo de ella apareció el correa que retenía en su axila un arma enfundada. Apoyando la mano en la culata, se la acomodó mejor.

—No muy bien. Me alegro de haberme cargado aquel bastardo. Se lo ganó. —Dix extendió un brazo, asiendo a Gloria por una muñeca—. Tú no te separarás de mí, ¿verdad, Gloria? No confío mucho en esos dos.

—No hables así, Ed —respondió Gloria—. No se les puede reprochar nada. Fue algo inevitable lo tuyo, querido. Pudo haberle sucedido a cualquiera.

—Ésa no es una respuesta a mi pregunta —objetó Dix.

La mano del hombre se ciñó con más fuerza a la muñeca de la joven, quien se mordió los labios para no proferir un grito.

—Me estás haciendo daño —dijo Gloria—. No tienes por qué preguntarme eso. Desde luego que no me separaré de ti. Te amo, Ed.

—¿Será esto verdad?, me he preguntado a veces. A ti nunca te gustó mi montaje del cine y lo demás, ¿eh?

—No, pero a fin de cuentas yo me beneficiaba. Haré lo que sea por ti, Ed. Tú lo sabes.

Él le enseñó los dientes en una sonrisa carente de alegría.

—Tú no te apartes de mí, Gloria. No te arrepentirás nunca. Todavía nos queda algún dinero. Haré que lo pases bien en París. No dejes de vigilar a esos dos. No me inspiran confianza.

—Joe se acerca —anunció Gloria en un susurro.

Joe avanzaba por entre los matorrales con una botella de *whisky*, vasos y un sifón. Louis se unió a él. Ambos tomaron asiento a poca distancia de Dix.

—¿Qué ha sido de Berry? —preguntó Dix.

—Lo llevamos a su piso —explicó Joe.

Éste vertió en un vaso *whisky* en cantidad, añadiendo soda. Ofreció el vaso a Dix.

—¿Ha muerto? —preguntó, sin prestar la menor atención al vaso.

—¡Ed! ¿No quieres tu bebida?

Dix extendió una mano. Sus dedos se movieron a unos centímetros de la mano de Joe. Éste acomodó el vaso entre los vacilantes dedos de su jefe, mirando a Gloria con un gesto de sobresalto.

—¿Ha muerto? —repitió Dix.

—A estas horas debe de haber muerto ya.

—¿A estas horas? —preguntó Dix, frenético—. ¿Es que no lo rematasteis?

—Estaba agonizando —contestó Louis, indignado—. No era necesario...

Dix derramó parte del contenido de su vaso al incorporarse a medias.

—¡Qué flojos sois! ¡Él estaba al tanto de nuestros planes! ¿Me estáis diciendo que lo dejasteis cerca de un teléfono? ¿Creéis de veras que mantendrá cerrado el pico?

—No podía moverse —gruñó Joe—. Nadie podía ayudarle ya. De lo contrario no me habría separado de él. Cálmate, Ed. Todo está en orden. Habrá muerto ya.

—Deberíais haberle atravesado la cabeza de un balazo.

—Era peligroso. Alguien hubiera podido oír el disparo. No tienes por qué preocuparte de él, Ed. Tranquilízate.

—Me dais asco. Podíais haberlo estrangulado. O haberle abierto las venas...

Gloria dejó caer una mano sobre un brazo de Dix.

—No hables así, Ed.

Éste se apartó de ella. Apuró su *whisky*, lanzó el vaso sobre la hierba y se palpó luego los bolsillos en busca de un cigarrillo.

—¿Por qué no te has quitado ya ese tinte de la cara, Ed? —preguntó Louis tras una larga pausa.

—¡No puedo quitármelo! —replicó Dix, furioso—. ¿Es que piensas que no he probado? ¿Qué diablos crees que he estado haciendo todo este tiempo? Pues limpiándome la cara hasta casi despellejármela. ¡No puedo quitármelo!

Se produjo entonces un embarazoso silencio.

—Pero es que tú no puedes ir a ninguna parte con la cara manchada de esa forma —consideró Joe, hablando lentamente—. La Policía te localizará a un kilómetro de distancia y dará con nosotros al mismo tiempo.

—¡Cierra tu cochina boca! Te he dicho que no puedo quitarme el tinte. Se trata de un producto químico. Desaparecerá por sí solo.

—¡Hombre, eso sí que está bien! —exclamó Louis, sarcástico—. ¿Y cuánto tiempo crees tú que tendrá que pasar?

—¿Y cómo voy a saberlo? ¡Cállate de una vez! ¡No vuelvas a hablar de ello!

Se produjo de nuevo un silencio cargado de tensiones. Luego, Joe preguntó:

—¿Qué fue de ti después de separarte de nosotros, Ed?

—No me hagas más preguntas —replicó Dix, malhumorado—. Si quieres estar informado habla con Gloria: ella te lo explicará todo. —Ed se puso en pie, nervioso—. Necesito dormir un poco. No he tenido un momento de reposo desde anoche. ¿Hay alguna cama ahí dentro?

—Yo te diré dónde está —contestó Louis.

Dix alargó una mano y se agarró al brazo de su amigo.

—Me duelen los ojos —declaró—. Parte del tinte que me dio en la cara me entró en los ojos.

Oí a Joe respirar profundamente.

—¿Quieres decir que no ves, Ed?

—Puedo ver bien. Simplemente que los ojos me escuecen. —No por ello dejó el brazo de Louis—. Adelante. Dime dónde está la cama.

Los dos hombres se alejaron.

Joe permaneció sentado, con las piernas cruzadas. Fijaba la vista, ensimismado, en sus manazas.

—¿Tienes un cigarrillo, Joe? —solicitó Gloria.

La joven estiró sus largas y bien torneadas piernas, recostando la espalda en el árbol.

—Desde luego —repuso Joe, sacando un paquete de Players, que arrojó al regazo de la chica—. ¿Hasta qué punto es malo lo suyo, Gloria?

—Está muy mal. Estaba ciego cuando lo encontré.

Joe miró con atención a la joven, fijando después la mirada en otra parte.

—Con el rostro manchado de esa forma y privado de la vista, este hombre no será para nosotros una gran ayuda cuando llegemos a París, ¿verdad?

—Ya he pensado en eso.

—Bueno, para ti es el fin, Gloria. Eres su chica.

—¿Lo soy, realmente? —Gloria movió las piernas de manera que la falda subió un poco más, exhibiendo generosamente las rodillas—. También podría serlo tuya. Depende de lo que pienses en tal sentido, Joe.

—¿Le gustaría eso a Ed?

—Puede que no se le ofrezca una ocasión para elegir.

Joe se movió, inquieto.

—Será mejor que no hables así en presencia de Louis.

—Todavía no has oído la historia completa.

Louis salió de la casa, dirigiéndose al sitio en que estaban los dos, bajo el olmo:

—Prácticamente está ciego —manifestó, excitado—. Lo tuve que acostar en la cama.

—Siéntate y cierra el pico —dijo Joe, secamente—. Gloria tiene algo que contarnos. ¿De qué se trata, Gloria?

—Cuando Ed se separó de vosotros dos —contestó ella, hablando rápidamente— sólo pudo llegar hasta White City. Luego, se quedó ciego. La sustancia que manchó su cara le afectó a los ojos.

—Es lo que él acaba de decirnos —señaló Louis, impaciente.

—Pero en cambio no os dijo que se estrelló con el coche. Se despistó, se salió de la calzada y chocó contra una pared.

Joe y Louis miraron a la joven fijamente.

—¿Qué ha sido de los diamantes? —preguntó Joe, apretando sus grandes puños.

—Ya me figuro que os habréis preguntado eso antes de ahora —dijo Gloria, encendió su cigarrillo.

—¿Qué ha sido de los diamantes? —repitió Joe, inclinándose hacia adelante, con los ojos centelleantes.

—Los dejó en el coche.

Joe se puso en pie de un salto.

—¡Mientes! ¡Maldita sea! ¡Esto es un engaño por partida doble! Nadie dejaría doscientos mil...

—¡No seas estúpido, Joe! —exclamó Gloria, con viveza—. Estaba ciego. El coche se estrelló contra una pared. ¿Qué determinación podía tomar con respecto a los diamantes? Había cuatro sacas de las utilizadas por el servicio de correos. Él no sabía en cuál de ellas estaban. ¿Crees que debió de echarse las cuatro sacas a la espalda?

—¡Por el amor de Dios! —dijo Louis, golpeando la palma de una mano con el puño—. ¡Eran nuestros diamantes!

—No, no es así —informó Joe, en seguida—. Nosotros tenemos nuestros diamantes en la casa, arriba, Louis. Los otros pertenecían a Ed y Gloria.

Louis lo miró vacilante.

—Nosotros íbamos a sacar de la operación setenta y cinco mil libras cada uno —declaró—. En la casa, el valor de los diamantes que hay allí no superarán las cien mil.

—Serán mejor cincuenta mil que nada —consideró Joe.

—Veinticinco mil, Joe —se apresuró a indicar Gloria—. Ahora hay que dividir el importe en cuatro partes.

—¿Quién dice eso? —quiso saber Joe.

—Ed lo dice.

Joe fue a hablar, pero se calló. Miró incómodo a Louis.

—Vamos Joe, adelante, no seas tímido —invitó Gloria—. Estás entre amigos.

Joe se sentó.

—Son nuestros diamantes —dijo—. Los cuidamos. No los perdimos. Ed no tiene ningún derecho sobre ellos.

—A mí no me digas nada —contestó Gloria, haciendo caer la ceniza de su cigarrillo sobre la hierba—. Díselo a Ed.

—Sólo conseguirás meterte en un buen lío, Joe —manifestó Louis—. Él es demasiado rápido para ti.

Joe guardó silencio. Contempló, ceñudo, sus manos. Después, levantó la vista, fijándola en Gloria.

—¿Tú que opinas?

—Supongamos que Ed accede a quedarse al margen —repuso la joven, serenamente—. ¿Qué pasa conmigo entonces?

—¿Quieres participar conmigo, Gloria?

—¡Eh! ¿Qué ocurre aquí? —preguntó Louis, receloso—. Ella es la chica de Ed. ¿Qué es lo que te sucede, Joe? ¿Es que te has vuelto loco?

—¡Cállate! —ordenó Joe, bruscamente—. ¿Tú qué dices, Gloria?

La joven dedicó a Joe una de sus características miradas. Otras así habían llegado a trastornarme a mí antes.

—Ya he dicho que podías tenerme a tu lado si era esto lo que querías.

Joe se inclinó sobre la chica, cogiéndola por un brazo.

Louis los observaba muy pálido y asustado.

—Si Ed se entera te matará.

—Tranquilo, Joe, ¿eh? —dijo Gloria, desasiéndose de la mano de aquél. Ninguno de los dos había hecho el menor caso de Louis—. Eso será dentro de poco, no ahora. ¿Qué es lo que vamos a hacer con Ed?

De repente, Joe se mostró cauto.

—Nos desentenderemos de él. El dinero será para nosotros tres. A Ed lo dejaremos aquí.

Gloria sonrió.

—Es posible que él tenga otras ideas. ¿Recuerdas lo que dijo acerca de Berry?

—Un disparo puede ser oído —manifestó Joe.

—Aludió a un procedimiento para acabar con Berry: abrirle las venas —especificó la joven.

Joe miró a Gloria y después a Louis, que permanecía con los ojos muy abiertos y con el rostro tan blanco como un copo de nieve.

—Sí, pero eso no resultará fácil.

—Entre los dos podéis hacerlo, Joe.

El hombre movió la cabeza, dubitativo.

—Ed es condenadamente rápido con las armas. No nos dejará ni acercarnos siquiera.

—Pero no ve, Joe. Si vosotros os precipitáis sobre él...

—Eso no es posible empuñando él un arma.

Gloria se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Qué vais a hacer entonces?

Joe volvió a sentarse. Encendió un cigarrillo, lanzó una larga columna de humo por la nariz, y luego miró a Louis.

—¿Tú qué dices, Louis?

Louis se secó la frente pasándose la manga de la chaqueta por ella.

—Yo no estoy dispuesto a compartir mi parte con nadie, Joe. Si te interesa Gloria, dale la mitad de la tuya.

—Yo no te he pedido nada, ¿verdad? —replicó Gloria, áspera.

—No, pero eso no quiere decir que no esperes que yo me muestre conforme —respondió Louis, ceñudo.

—Ahora estamos hablando de Ed —dijo Joe, incisivo—. ¿Tú crees que hemos de eliminarlo, Louis?

—¿No podríamos arriesgarnos a disparar sobre él? —propuso el otro al cabo de un prolongado silencio.

—¡No! —contestó Gloria—. Tenemos que seguir aquí hasta que llegue el avión. Faltan aún cinco horas. Si alguien oyera el disparo y diese cuenta a la Policía...

—Gloria tiene razón —señaló Joe—. Tú llevas encima una navaja, ¿verdad, Louis?

—Para usar una navaja tendría que acercarme demasiado a él. ¿Tan loco me crees?

—Podríamos actuar los dos. Yo saltaría sobre él y tú lo rematas.

—Eso nunca será posible mientras él disponga de un arma.

Joe asintió.

—Has hablado sensatamente. —El hombre miró a Gloria—. Hazte con su arma, Gloria, y nosotros nos encargaremos del resto. A ti te costará poco trabajo quitársela. Entra en su habitación y muéstrate cariñosa. Conseguiremos eliminarlo si tú le quitas el arma.

La mirada de la joven fue del rostro de Joe al de Louis. Reflexionaba.

—Voy a ver qué puedo hacer —dijo, poniéndose en pie—. Aunque no prometo nada.

—Consigue su pistola y lo eliminaremos —insistió Joe.

Ella los miró de nuevo, alternativamente.

—Esperad aquí. Esto me puede llevar algún tiempo. No prometo nada.

—Te será fácil —dijo Joe—. Él no podrá verte siquiera.

Gloria echó a andar. Sus caderas se movían rítmicamente bajo la fina tela del vestido. Joe estuvo observándola, con una sonrisa obstinadamente fija en sus labios.

—No debes de estar en tus cabales para haberte encaprichado de ella —declaró Louis, nervioso—. Yo nunca llegaría a aliarme con Gloria. Jamás confiaría en esa mujer hasta tal extremo.

—Tú no confías en nadie, ¿verdad, Louis?

—Procurará arrebatarte tu parte no bien sepa que la has conseguido. Conozco esa clase de mujer. Cuando haya dinero por en medio te dejará con cualquier pretexto. No querrás ser engañado tontamente si te figuras que representas algo para ella, ¿eh, Joe?

Joe movió enérgicamente la cabeza.

—Nunca se le presentará la ocasión de poner sus manos sobre mi parte.

Louis observó al otro, extrañado.

—¿Qué quieres decir?

—No seas tonto, hombre. Pero, ¿es que has llegado a pensar que me interesaba una pieza de segunda o tercera mano como ella? —inquirió Joe, impacientemente—. No podemos desembarazarnos de Ed si Gloria no le quita su arma. Es la única persona que puede hacerlo sin salir malparada. Y hay otra cosa: conoce a Hacket. Podrían surgir problemas con Hacket cuando vea que Ed no nos acompaña. Gloria se encargará de solventarnos esta dificultad también. Hacket siempre ha estado loco por ella. Gloria sabrá manejarlo convenientemente y nosotros alcanzaremos todos los objetivos con éxito.

Louis sonrió de pronto.

—¡Maldita sea! Eso está bien pensado. Creí que te habías encaprichado de ella. ¿Piensas deshacerte de Gloria cuando lleguemos a París?

Joe asintió.

—Un par de noches con ella es cuanto a mí me apetece, y luego una buena escapada cuando no esté mirando. Me reuniré contigo en Roma, Louis. Siempre he querido visitar Roma.

Louis echó un vistazo a la casa.

—¿Crees que tardará en volver?

—Ya nos lo previno. —Joe se puso en pie—. No quiero perderla de vista. Sería una gran contrariedad para nosotros que cometiese un error, dando lugar a que Ed la matara.

Louis también se puso en pie.

—Te acompañaré.

Se encaminaron a la parte posterior de la casa.

Yo continué donde estaba, tendido entre los altos matorrales. El sol me daba en la espalda. Y pensé entonces en Bill.

No quería levantar un dedo para detener lo que se avecinaba. La justicia se abría paso misteriosamente. Suponía un gran alivio para mí saber que todo se resolvería de un modo adecuado sin mi intervención. Si los dos hombres, tal como acordaron, lograban eliminar a Dix, mi misión habría finalizado. Si ellos fallaban en su propósito, yo me ocuparía de redondear el trabajo. Pero no creía que fracasaran. Eran tres personas contra una. Dix tenía todas las probabilidades de perder la partida.

Seguí esperando.

Las manecillas de mi reloj de pulsera seguían avanzando. Sólo los zumbidos de las abejas alteraban el completo silencio de aquel lugar.

Esperé.

Transcurrió media hora. Eran casi las cinco y cuarenta y cinco minutos.

De repente, Joe y Louis aparecieron, provenientes de la parte posterior de la vivienda. Los dos se quedaron mirando, expectantes, hacia la puerta principal de la casa, por la que al cabo de unos momentos salió Gloria.

Ésta se encaminó al olmo, haciéndoles una seña con la cabeza para que se unieran a ella.

Joe y Louis se apresuraron a seguirla. La joven se dejó caer de rodillas sobre el suelo, a la sombra del árbol y a pocos metros del sitio en que yo me encontraba tendido.

—¿Conseguiste el arma? —preguntó Joe.

Gloria sonrió. Sus negros ojos centellearon a causa de la excitación.

—Hice algo mejor —contestó, mostrando lo que tenía en la palma de la mano—. Me procuré las balas.

—¡Oh! ¿Cómo te las arreglaste para conseguirlas?

—Por eso he tardado. Tardé veinte minutos en sacar el arma de la funda. Él dormía, pero no se había desprendido de ella. Logré sacarla sin despertarlo. Pensé que sería mejor extraer las balas y dejar la pistola. De descubrir en su momento la desaparición del arma, se habría puesto inmediatamente en guardia, así que opté por volver a ponerla en su sitio. Tardé en esta operación

casi tanto tiempo como en la otra, pero me salí con la mía. —Gloria levantó la mano, arrojando los proyectiles entre los matorrales—. Le he limado las garras, Joe.

—¿Continúa durmiendo?

La joven asintió.

Joe miró a Louis.

—¿Qué es lo que estamos esperando?

Louis se puso en pie. Se introdujo una mano en el bolsillo trasero del pantalón, y cuando la sacó sujetaba una navaja. Su ancha hoja de acero brilló a la luz del sol.

—Adelante, entonces —dijo con voz ronca—. Librémonos de él.

Desde mi sitio, pese a la distancia, podía apreciar la intensa excitación que se había apoderado de Gloria. Permanecía de rodillas sobre la hierba, con los puños apretados e introducidos entre las piernas. Su rostro estaba pálido, y tenía los ojos muy brillantes. Apenas parecía respirar al observar cómo los dos hombres se dirigían a la casa, con una expresión salvaje y alevosa a la vez.

Joe llevaba en una mano un trozo de tubería de plomo. Caminaba delante de Louis, con sus poderosos hombros hundidos y la cabeza hacia el frente.

Louis procuraba ocultar la navaja, pegando el brazo a su costado. Daba cortos pasos. Adoptaba un aire vacilante. No se le veía seguro de sí mismo.

No habían hecho más que alcanzar el camino interior, cubierto de musgo, cuando la puerta principal de la casa se abrió y surgió Dix del interior, quedando de pronto su figura bañada por el sol. Avanzaba lentamente, con las manos extendidas, tanteantes, y los ojos entreabiertos.

Joe y Louis se detuvieron inmediatamente.

Dix se quedó frente a la entrada, como queriendo divisar sus rostros.

—¿Eres tú, Joe?

—Sí —respondió—. Precisamente iba a comprobar si te habías despertado ya.

Joe echó a andar de nuevo, procurando esconder a su espalda el trozo de tubería de plomo.

—¡No te muevas de donde estás, Joe! —ordenó Dix, ásperamente.

Joe se detuvo.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Tú límitate a no moverte de donde estás. ¿Dónde está Gloria?

—Ahí, bajo los árboles echando un sueño.

Joe empezó a avanzar de nuevo, y Louis caminó ahora describiendo un círculo para alcanzar a Dix por un lado.

De pronto, Dix enseñó los dientes en una sonrisa carente de toda alegría. Su mano derecha se perdió en el interior de su americana para empuñar una pesada pistola del 45.

—¡Manteneos a distancia los dos!

Joe se echó a reír.

—Tu cerbatana no te va a servir de nada ahora, Ed.

—Si das un paso adelante te atravieso de parte a parte —respondió Dix, quitando el seguro de su arma.

—Bien, Louis —gritó Joe—. ¡Vamos a por él ya!

El hombre dio un salto adelante blandiendo el trozo de tubería. Louis arrancó en desenfundada carrera. Corría apuntando a su víctima con la mano con la que empuñaba la navaja. Había una expresión salvaje y atemorizada en su cara.

Gloria se puso en pie de un brinco.

—¡Cuidado con ellos, Ed! —chilló.

Vi que Dix sacaba el arma y su dedo apretaba el gatillo. Joe, a casi dos metros de él, se abalanzó como un toro al embestir, elevando, amenazadora, la mano derecha.

Esperé oír el clic metálico del gatillo al funcionar inútilmente; esperé ver un cambio brusco en el gesto de Dix; esperé verlo derrumbarse bajo el golpe de Joe, para que Louis se adelantara a apuñalarle. Mi corazón latía con tanta fuerza que me sentí sofocado.

El ruido del disparo, cuando se produjo, fue tan sorprendente para mí que me faltó poco para ponerme en pie. Finalmente, me hundí más en mi escondite al comprender que el arma de Dix había estado en todo momento cargada y que Gloria había hecho caer en la trampa a Joe y Louis al incitarles a atacar a su jefe.

De la pesada pistola del 45 de Dix había salido una llamarada. El ruido del disparo se fue perdiendo lentamente en la lejanía, como el eco de un gran trueno, en el silencio de la granja.

Joe se detuvo inmediatamente, como si hubiera chocado con un muro invisible. De su cabeza desapareció la frente y quedó un esponjoso revoltijo de sangre y pelos. Cayó de bruces y fue rodando por el suelo, con las manos retorcidas. La tubería de plomo fue a parar a los pies de Dix.

Éste se volvió para enfrentarse con Louis. Había una diabólica expresión de gozo en su rostro.

Louis se había detenido al ver caer a Joe. Por unos instantes la visión de su amigo derrumbándose lo dejó paralizado. Seguidamente, dio la vuelta en redondo, con el rostro contraído en una mueca de temor y rabia. Echó a correr alocadamente en busca de Gloria.

—¡Eres una perra! —le gritó, blandiendo su navaja.

Gloria vio cómo se aproximaba, llevándose, angustiada, las manos al pecho. Su rostro se puso intensamente pálido.

No había hecho Louis más que dar unos diez pasos cuando Dix levantó de nuevo su arma, disparando otra vez.

La parte superior de la cabeza de Louis desapareció instantáneamente. Se derrumbó como lanzado, brotándole la sangre de la cabeza, yendo a caer a poco más de dos metros del sitio en que Gloria se hallaba. Ésta dio un salto hacia atrás, temblando, escondiendo el rostro entre sus manos.

—Bueno, ya está hecho —manifestó Dix, sonriendo—. Esos estúpidos se la ganaron. ¡Maldita sea! Creí que serían más listos.

Se acercó al cuerpo de Joe y lo examinó. Luego, hizo lo mismo con Louis, propinando a éste una patada en la espalda.

—Hemos terminado —comentó—. Solamente hemos quedado los dos, Gloria.

La joven se le acercó.

—Estaba asustada, Ed. Los dejaste acercarse demasiado.

Él volvió a sonreír.

—No podía errar los disparos. —Pasó un brazo por encima de los hombros de Gloria, oprimiéndola contra su pecho—. ¿Te diste cuenta de la forma en que me miró Joe? ¡Había llegado a creerse que yo estaba ciego, que era un ser desvalido! ¿Observaste la expresión de sus ojos al morir? —Dix soltó una salvaje risotada—. Jamás hubiera creído que llegasen a ser tan rematadamente idiotas.

—¿Habrás oído alguien los disparos? ¿Tú qué crees? —inquirió Gloria ansiosamente.

—Si alguien los ha oído pensará que se trata de algún cazador furtivo. No hay nadie en dos kilómetros a la redonda. Será mejor que te tranquilices. Siéntate, querida. Estás tan blanca como la sábana de un fantasma. Pronto quitaré de nuestra vista a esos dos «fiambres».

Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para reanimarse.

—Me encuentro bien —replicó—. No soy blanda. Te ayudaré, Ed. Tú sabes que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por ti.

Dix la miró, sonriente.

—Claro que te creo, tontuela.

—¡Ed! Bésame.

—Dentro de un momento haré algo más que besarte. Hagamos desaparecer esos cuerpos ahora.

Gloria se acercó a Dix, pasándole los brazos en torno al cuello.

—Te amo, Ed. Todo irá bien entre nosotros cuando estemos en París, ¿verdad?

Él la apartó a un lado.

—¿Quién dijo que no eras blanda? —inquirió él, burlón—. Quitemos a nuestros dos «fiambres» de en medio. Luego celebraremos el acontecimiento.

Ella miró a Dix inquisitiva. Después se inclinó, asiendo a Louis por el pie derecho.

—Lo meteremos en el granero —anunció él, cogiendo el cadáver por el otro pie—. Vamos... Adelante.

Los vi arrastrar el cadáver por las espesas hierbas, y entrar en el granero tras cruzar el camino. Una vez dentro saqué mi pañuelo, secándome el rostro con mano temblorosa.

Me sentía verdaderamente trastornado. En realidad, la cuenta no estaba saldada. Mi mano buscó el arma de Berry. La saqué de mi bolsillo y la examiné detenidamente, descargándola y cargándola de nuevo con todo cuidado. Yo no podía permitirme ningún error en el caso de que tuviera que hacer fuego.

Gloria y Dix arrastraban ahora el corpachón de Joe, también en dirección al granero. Se desplazaban lentamente, dejando un ancho rastro de sangre en la hierba. Cuando estuvieron dentro del granero me levanté, echando a correr hacia la parte posterior de la casa.

La escena siguiente del drama iba a tener lugar en el interior de la vivienda, y yo no quería perderme ni el más mínimo detalle.

Me encaramé a la ventana que había en la parte posterior de la casa y una vez en el interior me aposté junto a una puerta que dejé entreabierta. Y me dediqué a esperar...

Al cabo de unos minutos llegaron los dos, encaminándose a la habitación delantera.

—Prepárame un *whisky*, Gloria —solicitó Dix—. Que sea doble. Echa tú un trago también.

—Ojalá no tuviéramos que esperar mucho —manifestó ella, intranquila. Oí el tintineo de los vasos que manejaba y el rumor característico del licor al ser vertido—. Nos quedan, casi, tres horas y media de espera. Me gustaría que Torn se presentara aquí antes.

—Hay que esperar a que oscurezca. De ser localizado dirigiéndose aquí, la Policía podría mandar un avión en nuestra busca.

—Sí, pero con todo preferiría no esperar tanto tiempo. No me sentiré feliz hasta que llegemos a París, Ed.

—No estés tan segura de sentirte feliz entonces —gruñó Dix—. ¿Qué diablos voy a hacer en París con esta condenada cara que tengo ahora?

—Nos instalaremos en casa de Torn. Ese tinte desaparecerá con el tiempo, Ed. No te preocupes por él.

—Ni pensarlo —saltó Dix, irritado—. Torn se pasa en lo de mirarte, cosa que hace con el afán de quedar bien conmigo. Si alguna vez lo cogiera.

—¡Ed! No hables así, por favor.

—Dame otro *whisky* —ordenó Dix, furioso—. Te lo aviso, Gloria. Si Tom empieza contigo con las tonterías de siempre, terminará por lamentarlo, y tú también.

—Ed: ¿tú crees que debemos continuar esperando aquí? —insistió Gloria tras una breve pausa—. No hago más que pensar en Berry.

Dix profirió un juramento.

—Me olvidaba de Berry. De acuerdo, saldremos de aquí. Hay donde esconderse en el bosque. Tal vez estemos más seguros.

—Entonces de acuerdo —dijo Gloria, anhelosa—. Vámonos.

—Dame tiempo. Déjame apurar mi bebida. No hay por qué sentirse presa del pánico.

—Si algo marchara mal ahora...

—¡Oh! ¡Cállate! Nada irá mal ya.

Oí los pasos de Dix por el pasillo.

—¿No habían dicho Joe y Louis que la maleta se encontraba arriba, en la habitación trasera?

—Sí.

—Voy a subir a buscarla.

Le oí subir las escaleras. Miré por la puerta entreabierta. Gloria se encontraba en el pasillo, mirando hacia arriba y dándome la espalda. Volví a esconderme y esperé.

De repente, oí la voz de Dix profiriendo maldiciones, lanzando exclamaciones obscenas, diciendo vilezas. Sus pesados pasos resonaron estruendosamente arriba, rumbo a la habitación frontal.

—¿Qué ocurre, Ed? —chilló Gloria.

Oyóse un fuerte golpe al cerrar él violentamente la puerta del armario del cuarto.

—¿Que qué pasa? —gritó Dix, plantándose en el descansillo superior—. ¡La maleta no está aquí!

—¡Tiene que estar ahí!

—¡Maldita sea! ¡No está!

Gloria subió corriendo las escaleras.

—Déjame mirar.

—Anda, mira —dijo Ed. Su voz sonaba temblorosa a causa de la ira que le dominaba—. ¡No está aquí!

Oí los pasos de ella precipitándose dentro de la habitación posterior, y deslizándose luego rumbo al cuarto de la fachada principal.

—Pues entonces debe de estar abajo —manifestó ella, tras una prolongada pausa—. Estoy segura de que Joe dijo que la maleta se encontraba en la habitación de atrás... Quizá se refirió al cuarto de la planta baja.

Me desplacé hasta la ventana, deslizándome desde ella al sendero. Silenciosamente lo crucé, y me oculté detrás de los matorrales que crecían delante de la ventana.

Un minuto después, Dix entraba en el cuarto, mirando a su alrededor.

—Aquí no hay nada.

—Miremos en la cocina, entonces —propuso Gloria, con un tono de voz que delataba su incertidumbre.

Dix se le adelantó para entrar allí. Volvió sobre sus pasos inmediatamente. Sus ojos eran fríos como el hielo.

—Ahí tampoco hay nada.

—Tendrá que estar en el granero.

—Pues vamos a inspeccionar el granero —dijo Dix en voz baja, cargada de inflexiones salvajes. Tuve la impresión de que en estos momentos estaba realizando grandes esfuerzos para contener su indignación—. Adelante. Miremos en el granero.

Mientras los dos se dirigían por el corredor a la entrada principal, yo rodeé la casa por la parte posterior, situándome en un sitio estratégico, desde el cual podía ver sin ser visto, merced a las hierbas altas, las construcciones exteriores de la granja.

Los dos salieron de la casa a la carrera. Gloria tenía la cara muy pálida, con muestras de cansancio. Llegó antes él al granero. Unos segundos bastaron para convencerles de que la maleta tampoco estaba allí, y se dejaron ver de nuevo.

—Ha de estar en una de estas construcciones —afirmó Gloria, frenéticamente—. ¡Seguro, Ed!

—¡Pues ve a mirar!

Dix se quedó plantado ante el granero, bajo el sol. Su rostro tenía una expresión de indudable rabia, que al parecer todavía lograba controlar. Vio correr a Gloria desde los establos hacia las porquerizas y viceversa.

Gloria salió de los establos lentamente, muy desconcertada, y poseída de un miedo creciente que se reflejaba en sus ojos.

—No está ahí —declaró, con un movimiento denegatorio de cabeza—. No la encuentro por ningún lado.

—Será mejor que la encuentres, Gloria —murmuró Dix, blandamente.

La joven experimentó un sobresalto, mirando con fijeza a Ed.

—¿Qué quieres decir, Ed?

—Lo que te he dicho: será mejor que la encuentres, ¡y rápidamente! —La voz del hombre resonó en el silencio del lugar suavemente, pero cargada de amenazas y peligros—. ¿Dónde escondiste la maleta, Gloria?

Ella se volvió hacia Dix, rígida, enfrentándose con él.

—¿Que dónde la escondí? —repitió, con voz ronca—. ¿Estás loco? Yo no la escondí en ninguna parte.

—¿Que no? No podrás engañarme. Cuando yo dormía, bajaste la maleta para ocultarla donde no pudiera encontrarla. ¡Tengo muy presente a tu condenado Hacket! Ya me figuro el pequeño plan, pretendidamente inteligente, que forjasteis. Habéis hecho lo necesario para que yo acabara con Joe y Louis. Y ahora os proponéis acabar conmigo. Finalmente, tú y Hacket os enfrentaréis con la mejor oportunidad de vuestras vidas. Ignorabais que sé muy bien a qué atenerme con respecto a vosotros dos. Os he estado vigilando. Sé a lo que llegasteis la última vez que estuvisteis en París. —Dix se inclinó hacia adelante. Los rasgos de su cara, manchada de azul, estaban contraídos por efecto de la furia que lo poseía—. ¿Dónde escondiste la maleta, maldita sea?

Gloria empezó a retroceder. El pánico y la ira la hacían aparecer ahora vieja y fea. Me costaba reconocerla.

—Lo que has dicho es mentira, y tú lo sabes. ¡Tom no significa nada para mí! Eres tú quien, verdaderamente, escondió la maleta. Tú intentas privarme de mi parte del botín... Quieres hacer conmigo lo que antes hiciste con Joe y Louis y con Berry. Pero no vas a hacerlo. He estado siempre junto a ti, Ed. Te salvé cuando estabas ciego y vagabas por las calles. Engañé a Joe y a Louis para quedarnos tú y yo con sus partes. Siempre te apoyé, Ed. No puedes tratarme de esta manera.

—¿Dónde ocultaste esa maleta, Gloria? —repitió Dix, inflexible, moviéndose lentamente hacia ella—. Vale más que me lo digas.

Ella empezó a retroceder.

—¡Te juro que yo no la he tocado siquiera, Ed! ¡Te lo juro!

—¡Maldita sea! ¿Dónde la escondiste?

Repentinamente, Dix se abalanzó sobre la joven, pero ella le eludió, echando a correr alocadamente hacia la casa. Dix empezó a perseguirla. Sus

largas piernas le sacaban ventaja. Gloria dio unos gritos salvajes al verse alcanzada. Él la asió con firmeza, obligándola a dar la vuelta para que lo mirara.

—¿Dónde la escondiste? —gritó Ed, sacudiéndola brutalmente—. ¿Es que quieres que te saque la verdad a fuerza de golpes?

—¡Suéltame! —Gloria avanzó las manos, clavando sus uñas en el rostro de él y desgarrando las mejillas a partir de los párpados inferiores—. ¡Déjame!

Dix la asió por la garganta, obligándola a arrodillarse.

—¡No, Ed! —exclamó Gloria, jadeante—. ¡Te juro que yo no la toqué! ¡Debieron de esconderla esos dos idiotas!

Dix la obligó a doblarse más y más hacia atrás. Sus pulgares se hundían en la garganta de la joven, cortándole el aire. En su rostro había unas intenciones claramente asesinas.

—¿Dónde escondiste la maleta?

Gloria intentó gritar, pero se lo impedían los pulgares de Dix, que no la dejaban emitir ningún sonido.

—¡Yo la encontraré! —gruñó él, sacudiendo el cuerpo de la joven despiadadamente—. No puede estar lejos. ¡La encontraré sin tu ayuda, perra!

Dix siguió obligándola a doblarse hacia atrás. La cara de él, tintada de azul, brillaba a causa del sudor. Tenía la boca entreabierta, dejando ver sus grandes y blancos dientes. Parecía un animal salvaje.

Las uñas de la joven se habían clavado en sus muñecas; sus ojos parecían estar a punto de salirse de las órbitas; su cara estaba extremadamente congestionada.

Fui a incorporarme. Pero ya era demasiado tarde. En el cálido silencio del paraje oí un chasquido, como de hueso que se rompe, y vi que Gloria se derrumbaba, desmadejada. De su nariz brotó sangre, que se derramó sobre las manazas de Dix.

Éste la arrojó con rudeza a un lado, incorporándose y contemplando el inanimado cuerpo.

Cuando levanté la mano que empuñaba el arma, mi pulso estaba muy firme.

Yo me encontraba en aquel lugar, precisamente, para hacer aquello. ¿A qué pensar en Ann ya? La había perdido a partir del momento en que falté a mi promesa, y fui al piso de Gloria por la noche, una noche que ahora se me antojaba muy distante, muy remota.

Tenía que saldar una cuenta. Tenía la impresión de que cuando lo hubiera hecho lograría tranquilizar parcialmente mi conciencia. Me tenía sin cuidado lo que pudiera ocurrirme luego. Cerrado aquel episodio, cogería los diamantes y regresaría a Londres. Me entrevistaría con Rawson, le contaría toda la historia y le haría entrega del botín. Después, que hiciera lo que se le antojara conmigo. No tenía la menor idea sobre su posible determinación, ni me importaba lo más mínimo.

—Ha llegado la hora de Bill —murmuré—. Él se va a encargarse de ti en seguida.

El punto de mira quedó centrado en la cara manchada de azul. Dix estaba bien firme. No había ni el menor movimiento, como si se hubiese quedado pegado al objetivo.

Era un disparo difícil, pero sabía que no podía fallar.

El rostro manchado de azul giró de repente, mirando en dirección al sitio en que yo me encontraba, como si Dix hubiese tenido una repentina premonición anunciadora de que se hallaba solamente a un paso de la muerte. Vi asomar de pronto el temor en sus ojos. Su mano descendió en busca del arma, que había dejado caer; sus dedos entraron en contacto con el rostro sin vida de Gloria.

Mi mirada fue deslizándose a lo largo del cañón del arma. Luego, oprimí suavemente el gatillo.



JAMES HADLEY CHASE, (Londres, Gran Bretaña, 24 de diciembre de 1906 - Corseaux, Suiza, 6 de febrero de 1985). Fue uno de los seudónimos utilizados por René Babrazon Raymond para firmar sus obras de tipo negro y criminal.

Antes de dedicarse a la escritura, Chase trabajó como vendedor de enciclopedias o mayorista de libros. Prolífico en el campo de la novela negra tipo *pulp*, con inevitables referencias a la prohibición y a los *gángster*, Chase llegó a publicar, entre sus cuatro seudónimos, más de ochenta volúmenes. Sus obras más importantes son: *El secuestro de miss Blandish* (1939), *Con las mujeres nunca se sabe* (1942), *Eva* (1945), *Más mortífero que el hombre* (1946), *Acuéstala sobre los lirios* (1950), *Fruto prohibido* (1956) y *Un loto para Miss Quon* (1961). En 1966 Chase dejó Inglaterra por Francia para, finalmente, trasladarse a Suiza, donde vivió en Corseaux hasta su muerte.

J. HADLEY CHASE

**Un asunto
de hombres**

Lectulandia